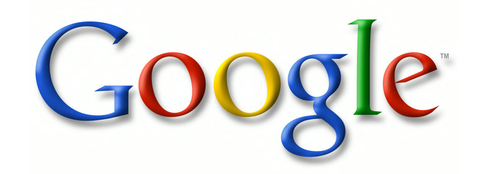
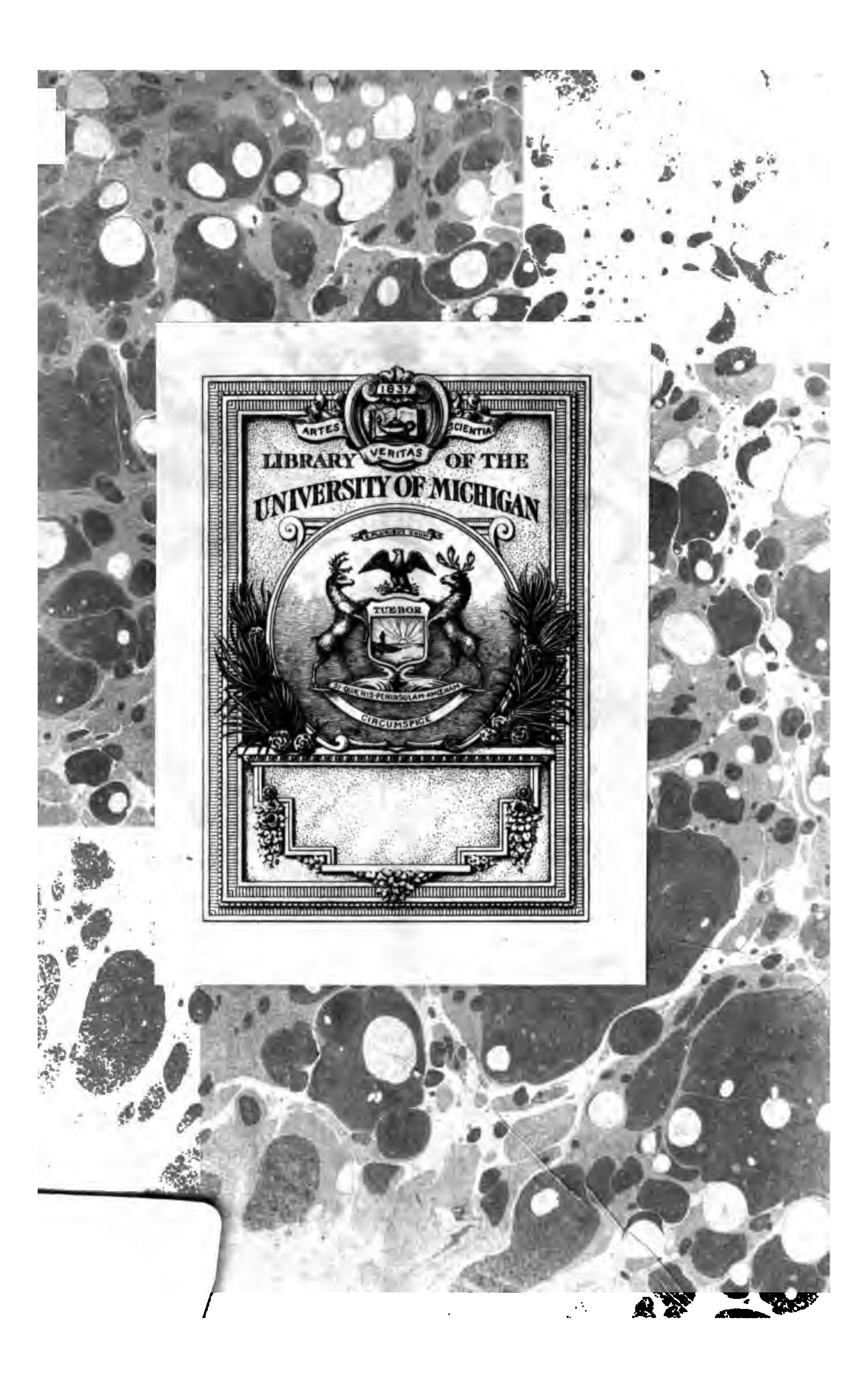



466416 DUPL


1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE









RELACIONES
DE LA VIDA
DEL ESCUDERO
MARCOS
DE OBREGON.

SU AUTOR

EL MAESTRO VICENTE Espinèl, Capellàn del Rey N. Señor, en el Hospital Real de la Ciudad de Ronda.



CON LICENCIA: En Madrid. Año de 1744.

APROBACION.

POr provision, y mandamiento del Consejo Real de su Magestad, he visto, y passado un Libro llamado: *Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregon*. Tiene doctrina moral, junta con deleyte: será libro de mucho provecho, y gusto; y assi es mi parecer, que su Magestad le puede hacer la merced que suplica. En Madrid.

El Abad de San Bernardo.

SUMA DE LA LICENCIA.

DIeron licencia los Señores del Real Consejo para imprimir este Libro intitulado: *Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregon*, como consta de su original, su fecha *6.* de Noviembre de 1743.

FEE DE ERRATAS.

PAG.30.col.1.lin.16.golges,lee golpes. Pag.*64*. col.2. lin.30.macha, lee mucha.Ibi.lin.penultima,necesserio,lee necessario. Pag.119.col. 1.lin.19. dedesean,lee desean.Pag.138.col.1.lin.26.moviento, lee movimiento.Pag.148.col.2.lin.30.le,lee la.Pag.159. col.1. lin. 16. missma, lee mismo.Pag.171.col.2.lin.15.lon,lee son.Pag.182.col.1.lin.7.Prinpe, lee Principe.Pag.208.col.2.lin.4.mararavilla,lee maravilla. Pag.212. col.1. lin.30.àlos,lee los.Pag.217.col.2.lin.3.seber,lee saber.Pag.220.col.2.lin. 3.alna,lee alguna.Pag.224.col.1.lin.13.mantenitos,lee mantenimientos. Pag.225.col.2.lin.25.consideran,lee consideracion.Pag.228.col.1.lin.33 en, lee el.Pag.252.col.2.lin.26.tentas, lee tantas. Pag.253. col.2.lin.35. pa,lee para. Pag.254.col.1.lin.5.acabas,lee acabadas.Pag.262.col.1.lin. 35.casas,lee cosas.

He visto este Libro intitulado:*Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregon*, su Autor el Maestro Vicente Espinèl, y advertidas estas erratas, corresponde à su original.Madrid, y Febrero 11. de 1744.

Por ausencia del Corrector General,
Lic. D. Fernando de Acuña y Figuereoa.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Consejo este Libro intitulado: *Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregon*, à seis maravedis cada pliego, como consta de su original.

PROLOGO AL LECTOR.

MUchos dias, y algunos meſes, y años eſtuve dudoſo, ſi echaria en el corro à eſte pobre Eſcudero, deſnudo de partes, y lleno de trabajos, que la confianza, y la deſconfianza, me hacian una muy travada, è interior guerra. La confianza llena de errores: la deſconfianza encogida de terrores; aquella muy preſumptuoſa, y eſtotra muy abatida: aquella deſvaneciendo el celebro, y eſta desjarretando las fuerzas; y aſsi me determiné de poner por medio à la humildad, que no ſolamente es tan acepta à los ojos de Dios, pero à los de los mas aſperos Juezes del mundo. Comuniquèlo con el Licenciado Trìbaldos de Toledo, muy gran Poeta Latino, y Eſpañol, docto en la lengua Griega, y Latina; y en las ordinarias, hombre de conſumada verdad: y con el Maeſtro Fr. Hortenſio Felix Paraveſin, doctiſsimo en letras divinas, y humanas, muy gran Poeta, y Orador: y alguna parte de ello con el P. Juan Luis de la Zerda, cuyas letras, virtud, y verdad, eſtàn muy conocidas, y loadas: y con el grande ingenio de Lope de Vega, que como èl ſe rindiò à ſujetar ſus verſos à mi correccion en ſu mocedad, yo en mi vejèz me rendì à paſſar por ſu cenſura, y parecer: con Don Domingo Ortìz, Secretario del Supremo Conſejo de Aragòn, hombre de excelente ingenio, y notable juicio: con Pedro Mantuano, mozo de mucha virtud, y verſado en mucha leccion de Autores graves, que me puſieron mas animo que yo tenia: y no ſolo me ſujetè à ſu cenſura, pero à la de todos quantos encontraren alguna coſa digna de re-

pre-

prehension, suplico me adviertan de ella, que serè humilde en recibirla. El intento mio fue, vèr si acertaria à escrivir en prosa algo que aprovechasse à mi Republica, deleytando, y enseñando, siguiendo aquel consejo de mi Maestro Horacio, porque han salido algunos libros de hombres doctissimos en letras, y opinion, que se abrazan tanto con sola la doctrina, que no dexan lugar donde pueda el ingenio alentarse, y recibir gusto: y otros tan enfrascados en parecerles que deleytan con burlas, y cuentos entremesibles, que despues de averlos leido, rebuelto ahechado, y aun cernido, son tan futiles, y vanos, que no dexan cosa de substancia, ni provecho para el Lector, ni de fama, y opinion para sus Autores. El P.M. Fonseca escriviò excelentemente del amor de Dios, y con ser materia tan alta, tiene muchas cosas donde puede el ingenio espaciarse, y vagarse con deleyte, y gusto, que ni siempre se ha de ir con el rigor de la doctrina, ni siempre se ha de caminar con la flogedad del entretenimiento: lugar tiene la moralidad para el deleyte, y espacio el deleyte para la doctrina; que la virtud (mirada cerca) tiene grandes gustos para quien la quiere: y el deleyte, y entretenimiento, dàn mucha ocasion para considerar el fin de las cosas.

En tanto que no tuve determinacion (assi por la persecucion de la gota, como por la desconfianza mia) para sacar al theatro publico mi Escudero, un Cavallero amigo me pidiò unos quadernillos de èl, y llegando à la noticia de cierto gentilhombre (à quien yo no conozco) aquella Novela de la tumba de S. Ginès, pareciendole que no avia

de salir à luz, la contò por suya, diciendo, y afirmando, que à èl le avia sucedido. Que ay algunos espiritus tan fuera de la estimacion suya, que se arrojan à entretener à quien los oye, con lo que se ha de averiguar no ser suyo.

Si à alguno se le assentare bien, tratar de personas vivas, y alegar con sugetos conocidos, y presentes, digo que yo he alcanzado la Monarquìa de España tan llena y abundante de gallardos espiritus en armas, y letras, que no creo que la Romana los tuvo mayores, y me arrojo à decir, que ni tantos, ni tan grandes. Y no quiero tratar de las cosas que los Españoles han hecho en Flandes tan superiores à las antiguas, como escriviò Luis de Cabrera en su perfecto Principe, sino de los que nuestros ojos han visto cada dia, y nuestras manos han tocado, como los que hizo Don Pedro Enriquez, Conde de Fuentes, con tan increìble animo. La toma, y saco de Amiens, que escrivió en sus Comentarios Don Diego de Villalobos, donde fue valeroso Capitan de lanzas, y Infanteria, que con un carro de heno, y un costal de nuezes, seis Capitanes tomaron una Ciudad tan grande, plantaforma, y amparo de toda Francia. La felicidad, y determinacion con que acuden al servicio de su Rey los Españoles, poniendo sus vidas à peligro de perderlas, como se viò aora en lo de la Mamora, que anduvieron nadando toda la noche, no hallando Baxèl, ni tierra donde ampararse, sobrepujando con valor à su fortuna, cosas que no se vieron en la Monarquìa Romana. Què Autores antiguos excedieron à los que ha engendrado España, en los pocos años que ha estado libre de guerras? Què Oradores fueron mayores que

Don

Don Fernando Carrillo, Don Franciſco de la Cueba, el Licenciado Berrio, y otros, que con excelentiſsimos, y levantados conceptos perſuaden la verdad de ſus partes? De no leer los Autores muertos, ni advertir en los vivos, los ſecretos que llevan encerrados en lo que profeſſan, nace no darles el aplauſo que merecen: que no es ſola la corteza la que ſe debe mirar, ſinó paſſar con los ojos de la conſideracion mas adentro. Ni por ſer los Autores mas antiguos, ſon mejores, ni por ſer mas modernos ſon de menos provecho, y eſtimacion. Quien ſe contenta con ſola la corteza, no ſaca fruto del trabajó del Autor: mas quien lo advierte con los ojos del alma, ſaca milagroſo fruto.

Dos eſtudiantes iban à Salamanca deſde Antequera, uno muy deſcuidado, otro muy curioſo: uno muy enemigo de trabajar, y ſaber: y otro muy vigilante eſcudriñador de la lengua Latina; y aunque muy diferentes en todas las coſas, en una eran ambos iguales, que ambos eran pobres. Caminando una tarde del Verano por aquellos llanos, y Vegas, pereciendo de ſed, llegaron à un pozo, donde aviendo refreſcado, vieron una pequeña piedra eſcrita en letras Goticas, yà medio borradas (por la antiguedad, y por los pies de las beſtias que paſſaban, y bebian) que decian dos veces: *Conditur unio, conditur unio*. El que ſabìa poco, dixo: Para què eſculpiò dos veces una coſa eſte borracho? (que es de ignorantes ſer arrojadizos) El otro callò, que no ſe contentò con la corteza, y dixo: Canſado eſtoy, y temo la ſed, no quiero canſarme mas eſta tarde. Pues quedaoos como poltron, dixo el otro. Quedòſe, y aviendo viſto las letras, deſpues de aver limpiado la piedra

dra, y descortezado el entendimiento, dixo: *Unio*, quiere decir union, y *Unio*, quiere decir perla preciosissima: quiero vèr que secreto ay aqui, y apalancando lo mejor que pudo, alzò la piedra, donde hallò la union del amor de los dos enamorados de Antequera, y en el cuello de ella una perla, mas gruessa que una nuez, con un collar, que le valiò quatro mil escudos: tornò à poner la piedra, y echò por otro camino.

Algo prolixo, pero importante, es el cuento, para que sepan como se han de leer los Autores, porque ni los tiempos son unos, ni las edades estàn firmes. Yo querria en lo que he escrito, que nadie se contentasse con leer la corteza, porque no ay en todo mi Escudero hoja que no lleve objeto particular, fuera de lo que suena. Y no solamente aora lo hago, sino por inclinacion natural, en los derramamientos de la juventud lo hice en burlas, y veras, edad que me pesa en el alma que aya passado por mi, y plegue à Dios que lleguen los arrepentimientos à las culpas.

RELA-



RELACION PRIMERA DE LA VIDA DEL ESCUDERO MARCOS DE OBREGON.



ESTE largo discurso de mi vida, ò breve relacion de mis trabajos, que para instruccion de la juventud, y no para aprobacion de mi vejèz, he propuesto manifestar à los ojos del mundo; aunque el principal blanco à que và inclinado, es, à aligerar por algun espacio, con alivio, y gusto, la carga, que (con justos intentos) oprime los ombros de V. S. Ilustrissima: Lleva tambien encerrado algun secreto, no de poca substancia para el proposito, que siempre he tenido, y tengo, de mostrar en mis infortunios, y adversidades, quanto importa à los Escuderos pobres, ò poco hacendados, saber romper por las dificultades del mundo, y oponer el pecho à los peligros del tiempo, y la fortuna, para conservar con honra, y reputacion un dòn tan precioso, como el de la vida, que nos concediò la Divina Magestad para rendirle gracias, y admirarnos, contemplando, y alabando este orden maravilloso de Cielos, y Elementos, los cursos ciertos, è innumerables de las Estrellas: la generacion, y produccion de las cosas para venir en verdadero conocimiento del universal Fabricador de todas ellas. Y aunque me coge este intento en los postreros tercios de la vida, como à hombre, que por viejo, y cansado se le hizo merced de darle una plaza tan honrada, como la de santa Cathalina de los Donados de esta Real Villa de

Madrid (donde passo lo mejor que puedo) en los intervalos que la gota me concediere, irè prosiguiendo mi discurso, guardando siempre brevedad, y honestidad: que en lo primero cumplirè con mi condicion, y inclinacion natural; y en lo segundo con la obligacion que tienen todos aquellos à quien Dios hizo merced de recibir al agua del Bautismo; Religion, que tanta limpieza, honestidad, y pureza ha professado, professa, y professarà desde su principio, y medio, hasta el ultimo fin de esta maquina elemental. Y con el ayuda de Dios procurarè, que el estilo sea tan acomodado à los gustos generales, y tan poco cansado à los particulares, que ni se dexe por pesado, ni se condene por ridiculo. Y assi, en quanto mis fuerzas bastaren, procederè deleytando al Lector, juntamente con enseñarle, imitando en esto à la provida naturaleza, que antes que produzca el fruto que cria para mantenimiento, y conservacion del individuo, muestra un verde apacible à la vista, y luego una flor, que la regala el olfato: y al fruto le dà color, olor, y sabor, para aficionar al gusto que le coma, y tome de èl aquel sustento que le alienta, y recrea, para la duracion, y perpetuidad de su especie. O harè como los grandes Medicos, que no luego que llegan al enfermo le martyrizan con la violencia del ruybarbo, ni con otras medicinas arrebatadas, sino primero disponen el humor con la blandura, y suavidad de los jaraves, para despues aplicar la purga, que ha de dexar el sugeto limpio, y libre de la corrupcion, que le aquexaba. Y si bien son muy trilladas estas comparaciones de los Medicos, y las medicinas pueden traerse muy bien entre manos, por ser faciles, è inteligibles: y mas yo, que por la excelente gracia que tengo de curar por ensalmos, puedo usar de ellos, como uso del oficio con tanta aprobacion, y opinion de todo el Pueblo, que me ha valido tanto el buen puesto en que estoy, junto con traer unas cuentas muy gruessas, unos guantes de nutria, y unos anteojos, que parecen más de cavallo, què de hombre, y otras cosas que autorizan mi persona, que estoy tan acreditado, que toda la gente ordinaria de esta Corte, y de los Pueblos circunvecinos, acuden à mi con criaturas enfermas de mal de ojo, con doncellas opiladas, ò con heridas de cabeza, y de otras partes del cuerpo, y con otras mil enfermedades, con deseo de cobrar salud; pero curo con tal dulzura, suavidad, y ventura, que de quantos vienen à mis manos, no se mueren mas de la mitad, que es en lo que estriva mi buena

opinion: porque estos no hablan palabra, y los que sanan dicen mil alabanzas de mi, aunque quedan perdigados para la recaida, que todos buelan sin remedio. Mas la gente que mas bendiciones me echa, es la que curo de la vista corporal: porque como todos, ò la mayor parte, son pobres, y necessitados, con la fuerza de cierta confeccion, que yo sè hacer de atutia, y cardenillo, y otros simples, y con la gracia de mis manos, à cinco, ò seis vezes que vienen à ellas, los dexo con oficio, con que ganan la vida muy honradamente, alabando à Dios, y à sus Santos con muchas oraciones devotas, que aprenden, sin poderlas leer.

DESCANSO PRIMERO.

ESTando pocos dias ha con los ojos altos, y humildes al Cielo, el rostro sereno, y grave, las manos sobre un muy blanco lenzuelo en los oìdos del enfermo, y pronunciando con mucho silencio las palabras del ensalmo, passò cierto Cortesano, y dixo: No puedo sufrir los embelecos de estos embusteros. Yo callè, y prosegui con mi acostumbrada compostura la medicinal oracion, y en acabandola, me dixo mi compañero: No oìstes como os llamò aquel gentilhombre embustero? El no hablò conmigo (dixe yo) y de lo que à mi no se me dice derechamente, no tengo obligacion de responder, ni hacer caso; y deseo persuadir esto à los que por la poca experiencia, ò por la condicion alterada, y presta, que naturalmente tienen; se dàn por sentidos de las ignorantes libertades, de quien no tiene atrevimiento para decirlas descubiertamente, que ni llevan orden de agravio, ni arguyen animo, ni valor en quien las dice: ella es ignorancia grande, introducida de gente, que trae siempre la honra, y la vida en las manos: que no tengo yo de persuadirme, à que pues no me hablan libremente, me ofenden, aunque tengan intencion de hacerlo: que los tiros que estos hacen son como los de una escopeta, cargada de polvora, y vacìa de vala, que con el ruido espantan la caza, y no hacen otra cosa. Los agravios no se han de recibir, si no vàn muy descubiertos, y aun de esto se ha de quitar quanto fuere possible, desapassionandose, y haciendo reflexion en si lo son, ò no, como discretissimamente lo hizo Don Gabrièl Zapata, gran Cavallero, y Cortesano, y de excelentissimo gusto, que embiandole un villete de desafio à las seis de la mañana cierto Cavallero, con quien avia tenido palabras la noche antes; y aviendole despertado sus criados, por parecerles negocio grave.

ye: en leyendo el villete, dixo al que le traìa: Decidle à vuestro amo, que digo yo, que para cosas que me importan de mucho gusto, no me suelo levantar hasta las doce del dia: que por què quiere, que para matarme me levante tan de mañana? Y bolviendose del otro lado, se tornò à dormir; y aunque despues cumpliò con su obligacion, como tan gran Cavallero, se tuvo aquella respuesta por muy discreta.

Don Fernando de Toledo, el tio (que por discretissimas travesuras que hizo, le llamaron el Picaro) viniendo de Flandes, donde avia sido valeroso Soldado, y Maestre de Campo, desembarcandose de una salva en Barcelona, muy cercado de Capitanes, dixo uno de dos picaros, que estaban en la playa, en voz que èl lo pudiesse oìr: Este es Don Fernando el Picaro. Dixo Don Fernando, bolviendo à èl: En què lo echaste de vèr? Respondiò el picaro: Hasta aqui, en que lo oìa decir, y aora, en que no os aveis corrido de ello. Dixo Don Fernando muerto de risa: Harta honra me haces, pues me tienes por cabeza de tan honrada professión como la tuya. Assi, que aun de aquellas injurias, que derechamente vienen à ofendernos, avemos de procurar por los mismos filos, hacer triaca del veneno, gusto del disgusto, donayre de la pesadumbre, y risa de la ofensa. Que pues procura un hombre entender por donde camina una espada, los circulos, y medios, la fortaleza, y flaqueza, la ofensa, y la defensa, y lo exercita con grandissima perseverancia, hasta hacerse muy diestro, para que no le maten, ò hieran: por què no se exercitarà en lo que estorva à venir à tan miserable estado, que es la paciencia? Que puesta la colera en su punto, y vistas dos espadas desnudas, una con otra han de herir, ò huìr; cosa que por tan infame se ha tenido siempre en todas las Naciones del mundo: y si con mucho menos trabajo, y exercicio se puede hacer un hombre diestro en la paciencia, que es quien refrena los impetus bestiales de la colera, la potencia de los poderosos, la braveza de los valientes, la descortesìa de los sobervios ignorantes, y ataja otros mil inconvenientes: por què no se procurarà esto, por no llegar à lo otro? En Italia dicen, que la paciencia es manjar de poltrones. Mas esto se entiende de una paciencia viciosa, que el que la professa, por comer, beber, y holgar, sufre cosas indignas de imaginar entre hombres. Aqui se trata de la paciencia, que acicala, y afina las virtudes, y la que assegura la vida, la quietud del animo, y la paz del cuerpo; y la que enseña, à

que no se tenga por injuria, la que no lo es, ni lleva modo de poderse estimar por tal: que en solo el uso de esta divina virtud se aprende, como se han de rechazar los agravios paliados; como se han de resistir los descubiertos; què caso se debe hacer de los que se dicen en ausencia, que es otro yerro notable, que anda derramado entre la gente, que ni sabe sufrir, ni lo quiere aprender, que asi se ofenden de un agravio encañado por arcaduces, como de una cuchillada en el rostro, como si huviesse alguno en el mundo (por justo que sea) que tenga las ausencias sin alguna calumnia. Y porque la materia de suyo es algo pesada, quiero aligerarla con decir lo que me passò sirviendo al mas desazonado colerico del mundo; porque tras de muchos infortunios, que toda mi vida he sufrido, me vine à hallar desacomodado al cabo de mi vejèz de manera, que porque no me prendiessen por vagamundo, huve de encomendarme à un amigo mio, Cantor de la Capilla del Obispo (que estos todo lo conocen, sino es à sì propios) y èl me acomodò por Escudero, y Ayo de un Medico, y su muger, tan semejante el uno al otro en la vanidad de valentìa, y hermosura, que no les quedò que repartir en los vecinos, con los quales me passaron lances harto dignos de saberse.

DESCANSO II.

LLamabase el Doctor Sagredo, hombre mozo, de muy gentil disposicion, algo loquaz, y aun loco, mas colerico, y facil de enojarse, que gozque de Panadero; presumptuoso, y estimador de su persona, y (para que no se echassen à perder dos casas, sino una) casado con una muger de su misma condicion, moza, y muy hermosa, alta de cuerpo, cogida de cintura, delgada, y no flaca, derecha de espaldas, el movimiento con mucho donayre, ojos negros, y grandes, pestaña larga, cabello castaño, que tiraba un poco à rubio, briosa, y no muy poco sobervia, vana, y presumptuosa. Llevòme à su casa el buen Doctor, y lo primero que encontrè fuè una mula muy flaca, en una cavalleriza tan ajustada con ella, que si tuviera alas, no pudiera caber dentro. Subimos una escalerilla, y representòseme luego la sala, donde estaba la señora Doña Mergelina de Aybar, que ansi se llamaba, à quien yo mirè de muy buena gana, que aunque viejo, incapàz de semejantes apetitos, por razon, y por edad, la mirè como à hermosa, que à todos ojos es la hermosura agradable. Dixo el Doctor: Veis aqui à quien aveis de servir, que es mi muger. Yo le

dixe: Por cierto bien merece tan gentil dama à tal galàn. Ella respondiò, como muger hermosa ignorante, ò por mejor decir, preguntò: Quien os mete à vos en esso? Señora (dixe yo) advierta V. m. que quando la llamè gentil, no quise decir, que nò era Christiana, sino que tenia muy gentil talle, y cuerpo. Que bien os entendi (dixo ella) sino que no quiero que nadie se me atreva à decirme requiebros. Es la honra del mundo (dixo el Doctor) servidla con gusto, y cuidado, que yo os lo pagarè muy bien. Mirè la casa muy de espacio (aunque se podia vèr muy de presto) porque no vì en toda ella, sino es un espejo muy grande, en un poyo muy pequeño de una ventana, y unas redomillas que lo acompañaban, con un cofrecillo pequeñuelo: y mirando à un rincon, vi un montante, con ciertas espadas de esgrima, dagas, y espadas blancas, una rodela, y broquèl. Dixome el Doctor: Què os parece de mi recamara? Miradla bien, que en Alcalà era temida aquella espada. No miraba (dixe yo) sino adonde estaban los libros, que soy aficionado à ellos. Estos son, dixo, mis Galenos, y mis Avicenas, que por la negra, y la blanca, nadie me igualò en Alcalà, y que no se meneò contra mi hombre de noche, que no fuesse lastimado de mis manos. Luego V. m. (dixe yo) mas aprendiò à matar, que à sanar. Yo aprendi (respondiò èl) lo que los demàs Medicos: y por aver poco que vine de mis estudios, no me he reparado de libros, que bien parecen en los professores de las facultades, tener cada uno los de la suya. Pero dexemos esso, y llevad â vuestra Ama à Missa, que es yà tarde. Pusòse su manto mi señora Doña Mergelina, y llevela, ò acompañela hasta S. Andrès, que vivian en la Moreria Vieja, y en el camino (como es costumbre) muchos de los que la topaban, le decian alguna cosa de su buen talle, y rostro: à lo qual ella respondia tan acedamente, que todos iban disgustados de sus respuestas. Yo le decia: Mire, señora, que yà que no responda bien, à lo menos tiene obligacion de callar, como muger principal, que en el silencio no puede avèr que notar. No soy yo muger (decia ella) à quien nadie ha de perder el respeto. Si alguno le decia, que era muy hermosa, ella le decia: Y èl hermoso majadero. Dixole un dia un mozalvillo, no de mal talle: Assi se me tornen las pulgas en la cama: al qual muy de proposito respondiò: Debe de dormir en alguna zahurda el lechon. Era tan descortès, y sacudida, que todos lo iban de sus respuestas, y ella lo quedaba de mis reprehensiones. A cierto Clerigo de

San Andrès, pequeño de cuerpo, y grande de animo, conocido mio, qué yendo muy pulido con una sobrepelliz muy blanca, porque le dixo, que no saliesse de casa à hacer el oficio de la muerte, le replicò: Tambien habla el escaravajo hinchado: que con aquel sacudimiento tenia mucho donayre, y gusto en qualquierá materia. Yo (entre muchas vezes que la reprehendi su vanidad) me arrojè una à decirle todo lo que me pareciò, que aunque ella estaba confiada en su buen parecer, quise vèr si podia enmendarla con el mio, y le dixe: Vuessamerced usa de su hermosura lo peor del mundo; porque pudiendo ser querida, y loada de quantos andan en èl, quiere ser aborrecida de todos: quien dice hermosura, dice apacibilidad, dulzura, suavidad de condicion, y trato: y mezclandola con sobèrvia, y desapacibilidad, se viene à convertir en odio, lo que avia de ser amor: que un dòn tan excelente, como la hermosura, concedido por merced de Dios, es razon que tenga alguna correspondencia con el animo, que si no parece lo uno à lo otro, arguye mal entendimiento, ò poco agradecimiento à la merced que Dios hace à quien lo dà. Hermosura con mala condicion, es una fuente clarissima, que tiene por guarda una *vivora*, y es sobrescrito, y carta de recomendacion, que en abriendola tiene un demonio dentro. Ay en el mundo quien quiera ser aborrecido? Ay quien quiera ser estimado en poco? No por cierto. Pues quien tiene consigo por que le amen, y estimen, por què quiere que le aborrezcan, y menosprecien? Es por fuerza, que la hermosura ha de estàr acompañada con vanidad, desdorada con ignorancia, y conservada con locura? Por què quando se mira V. m. al espejo, no procura, que lo interior se parezca à lo exterior? Pues adviertole, que suele el tiempo (y aun Dios) castigar de manera las vanidades, que los montes se allanan, y las torres vienen al suelo. Quantas hermosuras se han visto, y vèn cada dia en esta maquina, ò exemplo del mundo, rendidas à mil desdichas, y calamidades, por faltarles el govierno, y cordura? Que aunque la hermosura (el tiempo que dura) es querida, y estimada, en marchitandose, no le queda otra prenda, sino las que grangeò, y el credito, y amistades, que à fuerza de buen termino conquistò, quando estaba en su fuerza, y vigor. Y es el mundo de tan baxa condicion, que à nadie acaricia por lo que tuvo, sino por lo que tiene. Què hermosura se ha visto, que no se estrague con el tiempo? Què vanidad, que no venga à dàr en mil baxios? Què

estimacion propia, que no padezca mil hazares? Cierto, que fuera bien, que como ay para las mugeres maestros de danzar, y baylar, las huviesse tambien de desengaño, y que como se enseña el movimiento del cuerpo, se enseñasse la constancia del animo. Yo digo, y aun aconsejo à V. m. lo que, como hombre de experiencia, me parece que es razon, y lleva camino. Mire no la castigue su presumpcion, y demasiada estimacion de su persona. Estas, y otras muchas cosas le dixe, y decia cada dia; pero ella se estuvo siempre en sus trece; y quien no admite consejo para escarmentar en cabeza agena, seràle forzoso escarmentar en la suya, por seguir las inclinaciones propias, como sucediò à la señora Doña Mergelina, teniendo las suyas por ley, y al tiempo por verdugo de ellas, de esta manera.

Venìa casi todas las noches à visitarme un mocito Barbero, conocido mio, que tenia bonita voz, y garganta: traìa consigo una guitarra, con que sentado al umbral de la puerta, cantaba algunas tonadillas, à que yo le llevaba un mal contrabajo, pero bien concertado (que no ay dos vozes, que si entonan, y cantan verdad, no parezcan bien) de manera, que con el concierto, y la voz del mozo, que era razonable, juntabamos la vecindad à oìr nuestra armonia. El mozuelo tañia siempre la guitarra, no tanto por mostrar que lo sabia, como por rascarse con el movimiento las muñecas de las manos, que tenia llenas de una sarna perruna. Mi ama se ponia siempre à escuchar la musica en el corredorcillo; y el Doctor, como venia cansado de hacer sus visitas (aunque tenia pocas) no reparaba en la musica, ni en el cuidado con que su muger se ponia à oìrla. Como el mozuelo era continuo todas las noches en venir à cantar, si alguna faltaba, mi ama lo echaba menos, preguntaba por èl, con alguna demonstracion de gustar de su voz. Vino à parecerle tan bien el cantar, que quando el mozuelo subia un punto de voz, ella baxaba otro de gravedad, hasta llegar à los umbrales de la puerta, para oìrle mas cerca las consonancias; que la musica instrumental de sala, tanto mas tiene de dulzura, y suavidad, quanto menos de vozerìa, y ruido: que, como el Juez, que es el oìdo, està muy cerca, percibe mejor, y mas atentamente las especies que embia al alma, formadas con el plauso de la media voz. El mozuelo dexò de venir cinco, ò seis noches, por no sè que remedio, que tomaba para curarse, y las cosas que son muy ordinarias, en faltando, hacen mucha falta; y assi, mi ama cada

noche preguntaba por èl. Yo le respondi, mas por cortesìa, que por falta que èl hiciesse: Señora, este mozuelo es oficial de un Barbero, y como sirve, no puede siempre estàr desocupado: fuera de que agora se està curando un poquillo de sarna que tiene. Què haceis (dixo ella) de aniquilarle; y disminuirle, mozuelo, barbero, sarna; pues à fee que no falta quien con todas essas, que vos le poneis, le quiera bien. Bien puede ser (dixe yo) que el pobrecillo es humilde, y facil para lo que le quieren mandar; y cierto que muchas vezes le guardo yo de mi racion un bocadillo que cene, porque no todas veces ha cenado. En verdad (dixo ella) que à tan buena obra os ayude yo: y de alli adelante, siempre le tenia guardado un regalillo todas las noches que venia: una de las quales entrò quexandose, porque de una ventana le avian arrojado no sè què desapacible à las narices: à las quexas suyas saliò mi ama al corredor, y baxò al patio, estandose limpiando el mozuelo, y con grande piedad lo ayudò à limpiar, y sahumò con una pastilla, echando mil maldiciones à quien tal le avia parado. Fuesse el mozuelo con su trabajo, sintiendolo la señora Doña Mergelina, tan llena de colera, como de piedad, y con harta mas demonstracion, de la que yo *quisiera*, loando la paciencia del mozuelo, y agravando la culpa de quien le avia salpicado con tanto extremo, que me obligò à preguntarle: por què lo sentia tanto, siendo sucedido inadvertidamente, y sin malicia? A que me respondiò: No quereis que sienta ofensa hecha à un corderillo, como este? A una paloma sin hiel, à un mocito tan humilde, y apacible, que aun quexarse no sabe de una cosa tan mal hecha? Cierto, que quisiera ser hombre en este punto para vengarle, y luego muger para regalarle, y acariciarle. Señora (le dixe yo) què novedad es esta? Què mudanza de rigor en blandura? De quando acà piadosa? De quando acà sensible? De quando acà blanda, y amorosa? Desde que vos (respondiò ella) venisteis à mi casa, que truxisteis este veneno embuelto en una guitarra; desde que me reprehendisteis mis desdenes; desde que viendo mi bronca, y aspera condicion, quise vèr si podia quedar en un medio licito, y honesto, y he venido de un extremo à otro: de aspera, y desdeñosa, à mansa, y amorosa: de desamorada, y tibia, à tierna de corazon: de sacudida, y sobervia, à humilde, y apacible: de altiva, y desvanecida, à rendida, y sujeta. O pobre de mi (dixe yo) que agora me quedaba por llevar una carga tan pesada como esta! Què culpa puedo yo tener

ner en sus accidentes de V. m. ò; què parte en sus inclinaciones? Ay quien sea superior en voluntades agenas? Ay quien pueda ser Profeta en las cosas, que han de suceder à los gustos, y apetitos? Pero pues por mi comenzò la culpa, por mi se atajarà el daño, porque no venga à ser mayor, con hacer, que èl no buelva mas à esta casa, ò irme yo à otra; que si con la ocasion creciò lo que yo no pude pensar, con atajarla, tornaràn las cosas à su principio. No lo digo (dixo ella) por tanto, padre de mi alma, que la culpa yo la tengo (si ay culpa en los actos de voluntad) no os enojeis por mis inadvertencias, que estoy en tiempo de hacer, y decir muchas: antes os admirad de las pocas que vieredes, y oyeredes en mi: ni hagais lo que aveis dicho, si quereis mi vida, como mi honra; porque estoy en tiempo, que con poca mas contradicion, harè algun borron, que tizne mi reputacion, y la dexe mas negra que mi ventura: no estoy para que me desampareis, ni para admitir reprehension, sino para pedir socorro, y ayuda. Bien me deciades vos, que mi presumpcion, y vanidad avian de caer de su trono: quanto me podeis repetir, y traer à la memoria, yo lo doy por dicho, y lo confiesso: favorecedme, y no me desampareis *en esta ocasion*, y no me mateis con decir, que os ireis de esta casa: y con esto, y otras cosas que dixo, llorò tan tiernamente, cubriendo el rostro con un lienzo, que por poco fuera menester quien nos consolàra à entrambos: y si fuè grande la reprehension, que le di por sobervia, mayor fue el consuelo que le di por afligida: mas animandome en lo que era mas razon, acudiendo à mi obligacion, à su consuelo, y honra de su casa, le dixe, con la mayor demostracion que pude: Es possible, que en tan extraordinaria condicion ha podido caber tanta mudanza, y q̄ por ojos tan llenos de hermosura, y desdenes ayan salido tan piadosas lagrimas, y que por mexillas tan recatadas aya corrido un licor tan precioso, que siendo bastante à enternecer las entrañas de Dios, se aya derramado, y echado à mal por un miserable hombre? Y yà que se avia de precipitar, y arrojarse, y desdecir de sì propria, no hiciera eleccion de una persona de muchas partes, y merecimientos? Yà què se rinda, quien no podia ser rendida, avia de ser de una sabandija tan desventurada? Que se rinda la hermosura à la fealdad, la limpieza à la inmundicia, y asquerosidad, no sè que me diga de tal eleccion, y tan abominable gusto. O quan engañados (dixo ella) estàn los hombres, en pensar que las mugeres se enamoran por elec-

eleccion, ni por gentileza de cuerpo, ò hermosura de rostro, ni por mas, ò menos partes, grandeza de linage, sobervia de estado, abundancia de riqueza; (trato de lo que verdaderamente es amor) pues para que se desengañen, sepan, que en las mugeres el amor es una voluntad continuada, que de la vista crece, y con la comunicacion se cria, y conserva, sin hacer eleccion de este, ni de aquel; y la que no se guardare de esto, caerà sin duda: de esta continuacion ha nacido mi llama, y con ella se ha criado, hasta ser tan grande, que me tiene ciegos los ojos para ver otra cosa, y las orejas cerradas, para admitir reprehension, y la voluntad incapàz de recibir otro sello. Y quanto mas lo deshaceis, y aniquilais, tanto mas se enciende la voluntad, y el deseo. Por ventura los Barberos son de diferente metal, que los demàs hombres, para que aniquileis un oficio, que tanta merced hace à los hombres, en tornarlos de viejos mozos? Llamaisle sarnoso, por unas rascadurillas que tienen las muñecas, que parecen hojas de clavel? No echais de vèr aquella honestidad de rostro? La humildad de sus ojos? La gracia con que mueve aquella voz, y garganta? No me le deshagais, ni reprehendais mi gusto, que no està para contradecirlo, ni rechazarlo. Ojalà (dixe yo) fuera pelota, que yo la chazàra, y rechazàra. Però pues ha llegado à tan estrecho passo, harè con V. m. lo que con mis amigos, que es, en la eleccion aconsejarles lo mejor que sè, y en la determinacion ayudarles lo mejor que puedo. Dixele esto por no desconsolarla, hasta que poco à poco fuesse perdiendo el cariño, que pudiera traerla à ofensa de Dios, y de su marido, y con esto me apartè aquella noche de ella, espantandome de vèr, quan poderosa es la comunicacion, y considerando quan mal hacen los hombres, que donde tienen prendas que les duela, consienten visitas ordinarias, ò comunicaciones que duren: y quanto peor hacen los padres, que dàn à sus hijas Maestros de danzar, ò tañer, cantar, ò baylar, si han de faltar un punto de su presencia; y aun es menos daño que no lo sepan: que si han de ser casadas, bastales dàr gusto à sus maridos, criar sus hijos, y governar su casa: y si han de ser Monjas, aprendanlo en el Monasterio; que la razon de estàr algunas disgustadas, quizà es por aver yà tenido fuera comunicaciones de devociones, que por honestas que sean, son de hombres, y mugeres, sujetos al comun orden de naturaleza.

)(?)(

DESCANSO III.

EL dia siguiente vino el mozuelo mas temprano de lo que solia, puesto un cuello al uso, como hombre que se veìa favorecido de tan gallarda muger. Sucediò, que dentro de tres, ò quatro dias vinieron à llamar al Doctor Sagredo, su marido, y mi amo, para ir à curar un Cavallero estrangero, que estaba enfermo en Caravanchel, ofreciendole mucho interès por la cura: de que èl recibiò mucho contento por el provecho, y ella mucho mas por el gusto. Cogiò su mula, y Lacayo, y un braco, que siempre le acompañaba, y à las quatro de la tarde diò con su persona en Caravanchel. Ella, vista la buena ocasion, hizome aderezar de çenar, lo mejor que fue possible, regalandome con palabras, y prometiendome obras, no entendiendo que yo le estorvaria la execucion de su mal intento: vino el mozuelo al anochecer, y comenzando à cantar, como solia, ella le dixo, que no era licito, ni parecia bien à la vecindad (estando su marido ausente) cantar à la puerta; y assi mandò, que entrasse mas dentro. Mandò sentar al mozuelo à la mesa, deseando, que la cena fuesse breve, porque la noche fuesse larga. Pero apenas se comenzò la cena, quando entrò el braco haciendo mil fiestas à su ama con las narices, y la cola. El Doctor viene (dixo ella) desdichada de mi! què harèmos, que no puede llegar lexos, pues ha llegado el perro? Yo cogi al mozuelo, y pusele en un rincon de la sala, cubriendolo con una tabla (que avia de ser estante para los libros) de suerte, que no se podia parecer, quando entrò el Doctor por la puerta, diciendo: Ay bellaqueria semejante: que embien à llamar à un hombre como yo, y por otra parte llamen à otro Medico! Vive Dios, si en años atràs me cogieran, que no se avian de burlar conmigo. Pues de esso teneis pena (dixo ella) marido mio? No vale mas dormir en vuestra cama, y en vuestra quietud, que desvelaros en velar un enfermo? Què hijos teneis, que os pidan pan? Vengais muy en hora buena, que aunque pensè tener diferente noche, con todo esso, me diò el espiritu, que avia de suceder esto, y assi tuve, por sì, ò por no, aderezada la cena. Ay tal muger en el mundo (dixo el Doctor) yà me aveis quitado todo el enojo que traìa. Vayanse con el diablo ellos, y sus dineros, que mas aprecio veros contenta, que quanto interès ay en la tierra. Quantos engaños (dixe yo entre mi) ay de estos en el mundo? Y quantas, à fuerza de artificio, y bondad fingi-

fingida, se hacen cabezas de sus casas, que merecen tenerlas quitadas de los ombros? Apeòse de la rucia el Doctor, y el Lacayo pusola en razon, y fuesse à su posada con su muger, que le daban racion, y quitacion. Sentòse el Doctor à cenar, muy sin enojo, loando mucho el cuidado de su muger. El diablo del braco (que por la fuerza que estos animalejos tienen en el olfato) no hacia sino oler la tabla que encubria el mozuelo, rascando, y gruñendo de manera, que el Doctor lo echò de vèr, y preguntò, què avia detràs de la tabla? Yo de presto respondi: Creo que està alli un quarto de carne. Tornò el braco à gruñir, y aun ladrar algo mas alto: mi amo lo mirò con mas cuidado que hasta alli: yo echè de vèr el daño que avia de suceder, si no se remediaba; y conociendo la condicion del Doctor, di en una buena advertencia, que fue decir, que iba por unas azeytunas Sevillanas (de que eran muy amigos) y estuveme al pie de la escalerilla esperando su determinacion: el braco no dexaba de rascar, y ladrar; tanto, que mi amo dixo, que queria vèr por què perseveraba tanto el perro en ladrar. Entonces yo puseme en la puerta, y comencè à dar vozes, diciendo: Señor, que me quitan la capa: señor Doctor Sagredo, que me capean ladrones: èl con su acostumbrada colera, y natural presteza, se levantò corriendo, y de camino arrebatò una espada, poniendose de dos saltos en la puerta; y preguntando por los ladrones, yo le respondi, que como oyeron nombrar al Doctor Sagredo, echaron à huìr por la calle arriba como un rayo. El fue luego en seguimiento suyo, y ella echò al mozuelo de casa, sin capa, y sin sombrero, poniendo el quarto de carne detràs de la tabla, como yo le avia dado la advertencia. Hasta aqui bien avia caminado el negocio, mas el mozuelo iba tan turbado, lleno de miedo, y temblor, que no pudo llegar à la puerta de la calle tan presto, que no topasse mi amo con èl à la buelta. Aqui fue menester valernos de la presteza, en remediar este segundo daño, que tenia mas evidencia que el primero: y assi, antes que èl preguntasse cosa, le dixe: Tambien han capeado, y querido matar à este pobre mocito, y por esso se colò aqui dentro huyendo, que de temor no ossa ir à su casa: mire V. m. que lastima tan grande: y como es muy de colericos la piedad, tuvola mi amo del mozuelo, y dixo: No tengais miedo, que en casa del Doctor Sagredo estais, donde nadie os ossarà ofender. Ofender (dixe yo) en oyendo nombrar al Doctor Sagredo, les nacieron alas en los pies.

pies. Yo os asseguro (dixo el Doctor) si los alcanzàra, que os avia de vengar à vos, y à mi Escudero de manera, que para siempre no capeàran mas. Mi ama, que estaba hasta alli turbada, y temblando en el corredor, como viò tan presto reparado el daño, y buelta en piedad la que avia de ser sangrienta colera, ayudò à la compassion del marido, de muy buena gana, diciendo: Ay lastima como esta! No dexeis ir à esse pobre mozo, bastanle los tragos en que se ha visto, no le maten essos ladrones. No le dexarè (dixo el Doctor) hasta que le acompañe. Y como sucediò esto, gentilhombre? Iba, señor (respondiò el mozo) à hacer una sangria por Juan de Vergara mi amo, à cierta señora, del tobillo, y con harto gusto; pero como no duerme este Angel de los pies aguileños, sucedio lo que vuessa merced ha visto. Que no faltarà ocasion para hacerla (dixo la señora) sossieguese agora, hermano, que en casa del Doctor Sagredo està. Subios acà (dixo el Doctor) que en cenando, yo os llevarè à vuestra casa. El braco, aunque saliò à los ladrones imaginados, no por el ruido dexò de tornar à la tema de su tabla; y si antes avia rascadola por el mozuelo, entonces lo hacia por la tentacion de sus narices contra la carne. Mi amo, como viò perseverar al braco, fue à la tabla, y hallò el quarto de carne detràs de ella, con que se sossegò, loando mucho el aliento de su perro. Ella, aunque se avia librado de estos trances, todavia curando en su intento, me diò à entender, que no dexasse ir al mozuelo, que era lo que yo mas aborrecia. Cenaron, y el que primero avia sido cabecera de mesa, despues comiò en la mano, como gavilàn, y no como galàn en la mesa, que la fuerza puede mas que el gusto. En cenando, quiso el Doctor llevarle à su casa, y aunque yo le ayudè, mi ama dixo, que no queria que fuesse à ponerse en riesgo de topar con los capeadores, especialmente aviendo de passar por el passadizo de San Andrès, donde suele aver tantos capeadores retraìdos: y aunque esto (dixo) para vuestro animo es poco, serà para mi de mucho daño, porque estoy en sospecha de preñada, y podria sucederme algun accidente, ò susto, que pusiesse mi vida en cuidado; que esse mocito podrà dormir con el Escudero, que es conocido suyo, y por la mañana irse à su casa. Alto (dixo el Doctor) pues vos gustais de esto, sea en hora buena, yo me quiero acostar, que estoy un poco cansado. Fueronse à la cama juntos (que siempre llevaba la muger por delante) aunque como ella vivia con diferentes pensamientos, no diò lugar al sueño,

hasta

hasta que diò en una traza endiablada, que le costò pesadumbre, y le pudiera costar la vida. La sala era tan pequeña, que desde mi cama a la suya no avia quatro passos, y qualquiera movimiento que se hacia en la una, se sentia en la otra: y assi no le pareciò bien lo que por aqui podia intentar. La mula era de manera inquieta, que en viendose suelta, alborotaba toda la vecindad, antes que pudiessen cogerla. Pareciòle à la señora Doña Mergelina, que desatandola, podria bolver à la cama antes que su marido despertasse, para ir à ponerla en razon, y en el espacio que se avia de gastar en cogerla, y travarla, le tendria ella para destravar su persona. Y como las mugeres son faciles en sus determinaciones, en sintiendo al marido dormido, levantòse passo à passo de la cama, y yendo à la cavalleriza, desatò la mula, entendiendo, que pudiera bolver à la cama, antes que la mula hiciesse ruido, y el marido despertasse, con que tendria lugar para executar su intento. Pero parece, que la mula, y èl se concertaron; la mula en salir presto de la cavalleriza, haciendo ruido con los pies, y èl en sentirlo tan presto, que se levantò en un instante de la cama, dando al diablo la mula, y à quien se la avia vendido: y si no se entràra la *muger en la* cavalleriza, topàra con ella el marido. El cogiò una muy gentil vara de membrillo, y pegòle à la mula, que huyendo à su estrecha cavalleriza, apenas cupiera, por la huespeda que hallò dentro. Ella no tuvo donde encubrirse, por la estrecheza, sino con la misma mula, de suerte que alcanzò (como la vara era cimbreña) gran parte de los muchos varazos, que le diò con los tercios postreros en aquellas blancas, y regaladas carnes. Yo estaba en la escalera, como si aguardàra al verdugo, que me echàra de ella, turbado, y sin consejo: porque veìa lo que passaba, sin poder remediarlo. El braco sintiendo el ruido, y oliendo carne nueva en mi cama, comenzò à darle buenos mordiscones al mozuelo, y à ladrarle: de suerte, que la muger en manos del marido, y el mozuelo en los dientes del braco, pagaron lo que aùn no avian cometido. Yo, viendo la execucion de su colera, sin saber lo que hacia, le dixe: Mire V. lo que hace, que quantos palos dà en la mula, los dà en el rostro de mi señora, que la quiere de manera, por andar vuessa merced en ella, que no consiente, que la toque el Sol. Agradeced, señora mula, lo que me han dicho de vuestra ama, que hasta la mañana os estuviera pegando. Ay con que travar esta mula? Yo respondi: En esse corralillo hallarà

llarà vuessa merced una soguilla, que yo estoy con un dolorcillo de hijada, y no me atrevo à salir: assi como fue por ella, puseme à la puerta, haciendo pala à la señora, y subiòse à su cama callando, aunque lastimada. Yo (como siempre procurè, que no llegasse la ofensa à execucion) aunque no iba con mucho gusto para ello, en saliendo el Doctor, le tomè la soguilla, y embièlo à la cama. Travè la mula, y subime à reposar à la mia, donde hallè al mozuelo quexandose del braco, y à ella en la suya llorando tiernamente: y preguntandole el marido la causa, respondiò muy enojada: Vuestras coleras, y arrebatamientos, que como tan de repente os alborotasteis, y yo estaba en lo mejor del sueño, sobresaltada, y despavorida, caì detràs de la cama, y dì con el rostro en mil baratijas, que estàn aqui, con que me he lastimado muy bien. Sossegòla el marido lo mejor que pudo, y pudo muy bien; porque las mugeres honradas, quando tropiezan, y no caen en el yerro, caen en la quenta, que aviendo de ser muy estrecha, es de perdones; y como viò que à tres và la vencida, y ella lo quedò, saliendo mal de ellas, no quiso probar la quarta. Al mozuelo, con los peligros, y los dientes del braco, se le quitò el poco amor, y desvanecimiento, como por la mano.

DESCANSO IV.

COmo toda la noche, hasta alli, avia sido tan inquieta, y llena de disgustos, pesadumbres, y alteraciones, efectos proprios de semejantes devanèos, fundados en deshonor, ofensa, y pecado, lo que hasta la mañana quedaba, se durmiò tan profundamente, que siendo yo de poquissimo sueño, no despertè, hasta que por la mañana dieron golpes à la puerta, llamando al Doctor para cierta visita muy necessaria. Alzè el rostro, y vi, que el Sol visitaba yà mi aposento, que en mi vida le mirè de mas mala gana, y llamè al lastimado mozuelo, que mas parecia embelesado, que dormido; y hallandolo con determinacion de no tornar à las burlas passadas, le dixe: Pues el mayor peligro queda por passar, si no vivis con cuidado, y recato: que aunque es verdad, que vos actualmente no aveis hecho ofensa en esta casa, y los deseos, yà que manchan la conciencia, no estragan la honra, con todo esso, para la reputacion de ella, y seguridad vuestra, importa guardar el secreto, que como muchacho de poca experiencia, podiades revelar, pareciendoos, que son lances muy dignos de saberse, y que diciendolos por cifras no se entenderian, que es

un engaño en que caen todos los habladores: pues adviertoos, que no os và menos que la vida en saber callar, ò la muerte en querer hablar. Ningun delito se ha cometido por callar, y por hablar se cometen cada dia muchos: el hablar es de todos los hombres, y el callar de solos los discretos: yo creo, que quantas muertes se hacen, sin saber los autores, nacen de ofensas de la lengua: el guardar el secreto es virtud, y al que no le guarda por virtuoso, le hacen, que le guarde por peligroso: el callar à tiempo es muy alabado: porque lo contrario es muy aborrecido: hablar lo que se ha de callar, nos precipita en el peligro, y en la muerte, y lo contrario assegura el daño, y preserva la vida, y quietud. Nadie se ha visto rebentar por guardar el secreto, ni ahogado por tragar lo que và à decir: las abejas pican à su gusto, pero dexan el aguijòn, y la vida, y à los que dicen el secreto que les importa callar, les sucede lo mismo; y en resolucion, el callar es excelentissima virtud, y tan estimada entre los hombres, que de la suerte que se admiran de vèr hablar bien à un papagayo, que no lo sabia, se admiran de vèr callar bien à un hombre, que sabe hablar. Y para no cansaros mas, si no callaredes, porque es razon, callareis por el peligro en que os poneis, tratando de la honra de un hombre tan valiente como el Doctor. Con estas, y otras muchas cosas que le dixe, lo embiè à su casa, con mas temor que amor, ò mas temeroso, que enamorado. El Doctor se vistiò tan de priessa, que no tuvo lugar de mirar el señalado rostro de su muger, que lo primero que hizo, antes de vestirse, y sin aguardar à poner los pies en las mulillas, fue à mirarse al espejo; y viendose el sobreescrito con algunos borrones, lo sintiò de manera, que en muchos dias no se quitò del rostro un rebozo, que (como era tan apacible, y suave) parecia mas que le traìa por gala, que por necessidad. En estando para poderla hablar, me lleguè adonde estaba aderezandose el temeroso rostro, y lastimandome de los muchos cardenales, que le alcancè à vèr (que en personas muy blancas, de qualquier accidente se hacen) le dixe, con la mayor blandura que pude, y supe: Què le parece de su buena ventura? Què tal lo ha sido, pues en quantas vezes la ha probado, la ha guardado de que los pensamientos no viniessen à la execucion de las obras, para que su honra (yà que ha estado para despeñarse) quedasse salva en un aprieto tan grande, que arrojandose con tan determinada voluntad, le ha puesto tantos impedimentos para la caida, y la

tantas ayudas para el arrepentimiento. Si cayera en un rio muy hondo, y saliera sin mojarse la ropa, no lo tuviera à milagro; y cosa nunca vista? Si se arrojàra entre mil espadas desnudas, sin salir herida; no le pareciera obra de la mano de Dios? Pues crea, y tenga por cierto, que ha sido tanta evidencia de la misericordia divina, usada con V.m. y con su marido, pues de su misma voluntad la ha librado: que la mas poderosa fuerza que ay contra nosotros, es la voluntad propia, ella nos rinde, y hace al entendimiento tan esclavo, que no le dexa libertad para conocer la razon, ò à lo menos para bolver por ella: pues la voluntad depravada rindiò un pecho tan libre: ella misma, con el arrepentimiento, y la razon, le han de bolver à su libertad. El arrepentirse, y bolver sobre sì, es de animos valerosos: el escarmiento nos hace recatados, como la determinacion arrojadizos. Quando la voluntad nos arroja con atrevimiento, el mal sucesso lo remedia con temor: mejor es arrepentirse temprano, que llorar tarde. Un mal principio arrojado, mejora el medio, y assegura el fin: mas vale (considerando este mal sucesso) detenerse, que perseverando, esperar que se mejore. Dichoso aquel à quien le viene el escarmiento antes que el daño: los malos intentos, al principio errados, engendra recato para los venideros: quien no yerra, no tiene de que enmendarse; mas quien yerra, tiene en que mejorarse, que Dios juzgò por mejor que huviesse males, porque les siguiessen los arrepentimientos, que tener el mundo sin ellos, que mas grandeza suya es sacar de los males bienes, que conservar el mundo sin males. Ojalà, quantos males se cometen, tuviessen tan ruines principios como este, que los males serian menores por el escarmiento. Vuessa merced buelva en sì, estimando su hermosura, igualmente con su honra, que este daño tengo yo atajado, y le atajarè mas. A todas estas cosas que yo le decia, estuvo destilando unas lagrimas tan honestas, y vergonzosas por las rosadas mexillas, que enternecieran al mas tyrano executor del mundo. Mas alzando el temeroso rostro, despues de averse enjugado con un lienzo la humedad, que lo avia bañado, con voz un poco baxa, me dixo lo siguiente: Quisiera que fuera posible sacarme el corazon, y ponerle en vuestras manos, para que se viera el efecto que ha hecho en èl vuestra justa reprehension, y fuera para mi algun descuento de mis desdichas, si me creyerades, como os he creìdo, no solo para admitir el consejo, sino para obedecerlo, y ponerlo en execucion:

que

que quien oye de buena gana, enmendarse quiere. No digo que totalmente estoy fuera del caso, que como estos accidentes tienen su asiento en el alma, no pueden desampararla tan presto; pero como el amor, y el desamor nunca pàran en el medio (porque en el modo de engañarse vàn por una misma senda) asi yo voy passando de un extremo à otro; porque despues que me vi acardenalado, y lastimado el rostro, por quien tanta honra me hace todo el mundo, se me ha revestido un odio mortal contra quien ha sido la causa dello. Fuera de lo que esta noche, en lo poco que mis ojos descansaron, soñè, que estando cogiendo una hermosa, y olorosa manzana del mismo arbol, al tiempo que con los dedos la apretè, saliò de ella mucho humo, y una culebra tan grande, que me diò dos bueltas al cuerpo por la parte del corazon, y me apretaba tanto, que pensè morir: y como ninguno de los circunstantes se atreviesse à quitarmela, un hombre anciano llegò, y la matò con sola su saliva, echada en la cabeza de la culebra, y que al punto cayò muerta, dexandome libre, y despierta del sueño. Y haciendo reflexion sobre èl, à pocas bueltas le dì alcance: de modo, que con los malos principios, y la buena consideracion, vine à cobrar mi honra, y vida, y à tener mi corazon en el extremo de odio, que tenia de amor, por vuestros buenos, y saludables consejos. Por donde, si hasta aqui aveis sido mi Escudero, de aqui adelante seais mi padre, y consejero: y si alguna cosa aveis visto en mi, que sea en vuestros ojos agradable, por ella os pido, y ruego, que no me dexeis, ni desampareis en esta ocasion, ni en todo el restante, que os queda de vida, que el amor que yo tengo à vuestra persona es tan grande, como el cuidado que vos aveis tenido con mi honra: el desengaño me ha cogido antes que el gusto me assalariasse; aunque la voluntad se doblò, la honra quedò en pie. Si el consentimiento fuera obra, yo confessàra mi flaqueza por infamia: quien tiene aliento para asirse tropezando, tambien lo tendrà para levantarse cayendo: quien se arrepiente, cerca està de la enmienda, ni me desanimo por tierna, ni me acobardo por derribada. Si està en mi quien pudo derribarme, por què no lo estarà para levantarme? Sin consejo me rendi, pero con èl tengo de librarme. Si me dexè llevar sin persuasion agena, por què no bolverè en mi por la vuestra? Para caer fui sola, y para levantarme somos vos, y yo: mas agradece el enfermo la medicina que le cura, que no el consejo que le preserva. No admiti primero

vuestro saludable consejo, y agora me rindo al cautiverio de vuestra medicina. Al enfermo que no se ayuda, no le aprovechan los remedios: mas al que se esfuerza, y buelve en sì, todo le alivia, y alienta. La caridad ha de comenzar de sì propria. Si yo no me quiero à mi bien, què importa que me quiera quien no està en mi? Si yo aborrezco la salud, en vano trabaja quien me la procura. Mas si yo deseo convalecer, la mitad del camino tengo andado. Quien obedece al consejo, acertar desea: y quien no replica à la reprehension, no està lexos de convertirse. Quando la culebra despide el pellejo, renovarle quiere: no ay mas cierta señal para venir el fruto, que caerse la flor, ni mayores muestras del arrepentimiento, que aborrecer el daño, y conocer el desengaño. Yo lo conozco, padre de mi alma, y estoy con deseo de levantarme, y determinacion de no tornar à caer: ayudadme con vuestro consejo, y consuelo, para que buelva en mi, cobre lo perdido, y remedie lo passado, me anime en lo presente, y arme para lo venidero. Mas iba à decir la hermosa escarmentada, sino que por llamar el marido à la puerta, fue necessario dexar la mas que apacible disculpa, ò enmienda. Entrò el Doctor, y ella se fingiò de la enojada, cubriendose el lastimado (aunque bello) rostro, haciendo algunos melindres fingidos, para que la desenojasse, que amandola tan tiernamente, facil era el hacerlo. Viòle el rostro, y sintiòlo mucho mas que ella: y despues de averse blandamente disculpado, le dixo: Amiga, sacaos un poco de sangre. Para què (dixe yo) se ha de sangrar? Respondiò el Doctor: Por la caìda. Pues cayò (preguntè yo) de la Torre de San Salvador, para que se saque la sangre? Sabeis poco (dixo el Doctor) que de aquella contusion del lapso, aviendose removido las partes hypocondricas, y renes, podria sobrevenir un profluvium sanguinis irreparable, y del livòr del rostro quedar una cicatriz perpetua. Y luego, dixe yo, vendrà el arturo meridional à circunferencia metaphysica del vejetativo corporal, y evaquarse la sangre del hepate. Què decis (dixo el Doctor) que no os entiendo? No me entiende (dixe yo) pues menos entiende su muger à V. m: que para decir, que del golpe de la caìda puede venir algun flux de sangre, y quedar señal en el rostro, se han de decir tantas pedanterias, contusion, lapso, hypocondrios, profluvio, cicatriz, y livòr. Pongase un poco de balsamo, ò unguento blanco, ò zumo de hojas de rabano, y riase de lo demàs. Y aun creo que es lo mejor, dixo ella riendo,

mas es lo peor, que se me ha quitado la gana del comer. Poneos (dixo el Doctor) unos absyntios en la boca del ventriculo, y echaos un clistel, que con esto, y una fricacion en las partes inferiores, junto con la exoneracion del ventriculo, cessarà todo esso. Otra vez, dixe yo, que no se podria acabar con los Medicos mozos, que hablen en su lenguage, que los entiendan. Pues què quereis vos, dixo el Doctor, que hablen los hombres doctos como los ignorantes? Quanto à la substancia, dixe yo, no por cierto; pero quanto al lenguage, por què no hablaràn como los entiendan? Al Conde de Lemos Don Pedro de Castro, el de las grandes fuerzas, yendo à visitar su Estado à Galicia, como era tan grande, y gruesso, y muy bebedor de agua, del cansancio del camino le diò una enfermedad, que los Medicos llaman hermorrois; y como no iba preparado de Medico, dixole Diego de Osma: aqui ay uno, que desea tomar el pulso à V. S. dias ha. Pues llamadle, dixo el Conde: llamaronle, y el buen hombre que supo la enfermedad, fue muy preparado de retorica medicinal, pareciendole que por alli entraria en la voluntad del Conde; y vistiendose una ropa muy raìda, entre azul, y negra, y una sortija, que parecia remate de assador, entrò por la sala donde estaba el Conde, diciendo: Beso las manos à su Señoria; y el Conde: Vengais en horabuena Doctor. Prosiguiò el Medico: Dicenme, que su Señoria està malo del orificio. El Conde, que tenia extremado gusto de bueno, conociòle luego, y preguntòle: Doctor, què quiere decir orificio, Platero de oro, ò què? Señor, dixo el Doctor, orificio es aquella parte, por donde se inundan, exoneran, y expelen las inmundicias interiores, que restan de la decoccion del mantenimiento. Declaraos mas Doctor, que no os entiendo, dixo el Conde; y el Medico: Señor, orificio se dice de os oris, y facio facis, quasi os faciens; porque como tenemos una boca general, por donde entra el mantenimiento, tenemos otra por donde sale el residuo. El Conde, aunque enfermo, pereciendo de risa, le dixo: pues esse de este modo se llama en Castellano (nombrandolo por su nombre) andad, que no sois buen Medico, pues lo echais todo en retorica vana: de manera, que por donde pensò acreditarse con el Conde, se echò à perder: èl se fuè corrido, y el Conde quedo de manera riendo, que hacia temblar la cama, y aun la sala: yo creo cierto, que es alivio para los enfermos, que el Medico hable en lenguage que le entiendan, para no poner en cuidado al pobre paciente. Tie-

nen

nen fuera de esto, obligacion de ser dulces, y afables, de semblante alegre, y de palabras amorosas: es bien que les digan algunos donayres, y cuentecillos breves, con que les alegren: sean corteses, limpios, y olorosos, acaricien tanto al enfermo, que parezca, que sola aquella visita es la que les dà cuidado: miren si tienen bien hecha la cama, con asseo, y limpieza, y hagan lo que el Doctor Luis del Valle, que à todos, juntamente con hacerles sacramentar, los alienta con buenas esperanzas de salud, que ay algunos tan ignorantes en la buena policia, y trato, que sin estàr una persona enferma, por encarecer su trabajo, y subir su ganancia, dicen al enfermo que està peligroso, para que lo estè de veras: y es bien, que pues se tienen por ministros de naturaleza, lo sean en todo. No digo mil descuidos que ay en el conocimiento de las enfermedades, y en la aplicacion de las medicinas. Es muy de Medicos viejos (dixo mi amo) andar tan despacio como vos quereis, y mirar en essas niñerias: yà los Neotoricos vamos por otro camino, que para lo que es curar tenemos el metodo de purgar, y sangrar, con algunos remedios empiricos, de que nos valemos: y aun por esso (dixe yo) huyo de curarme con Medicos mozos: porque un amigo mio, que lo era en edad, y en experiencia, muy gentil estudiante, aviendose acreditado conmigo con ciertos aforismos de Hipocrates, que sabia de memoria, traidos en buena ocasion, y pronunciados à lo melindroso, me entreguè en sus manos la primera vez que me diò la gota, de las quales sali con veinte y dos sudores, y unciones, y me las estuviera dando hasta agora, si yo propio no me hallàra el pulso con intercadencias: y con decir que aviamos errado la cura (como si yo tambien la huviera errado) me dexò, y se apartò de mi confuso, y corrido: mas yo, con la recia complexion que tengo, y con governarme bien, en convaleciendo me encontrè con èl en la Plazuela del Angel cara à cara, la suya de color de pimiento, y la mia de gualda; y me huve con èl de manera, que saliò de mi legua peor que yo de sus manos. Los grandes Medicos que yo he conocido, y conozco, en llegando al enfermo procuran con gran cuidado saber el origen, causa, y estado de la enfermedad, y el humor predominante del paciente, para no curar al colerico como al flematico, y al sanguino como al melancolico: y aun si es possible (aunque no ay ciencia de particulares) saber la calidad oculta del enfermo, y de esta manera se acierta la cura, y se acreditan los Medicos. No he visto en mi

vida

vida, dixo el Doctor, Escudero tan Licenciado. Pues mas tengo de licencioso, (dixe yo) porque en viendo una verdad desamparada, me arrojo en su ayuda con la vida, y el alma. Què sabeis vos de intercadencias (dixo el Doctor) y què señales teneis de gota, pues os aveis escapado de lo uno, y no padeceis lo otro? Las intercadencias (respondi yo) otras vezes las he tenido, que me he visto con enfermedades aprètadas; pero no me he desanimado, antes à un Medico mozo, y muy galàn, que me curò en Malaga, le animè, porque se turbò hallandomelas en el pulso (que en esto yo fui Medico, y èl paciente) y aunque me digan, que es calidad propria de mi pulso, ellas tienen todas las partes de intercadencias. Y aviendome escapado de esta ardentissima fiebre de que me curè con un cantaro de agua fria, que me echè à pechos, me quedaron unas gandissimas ventosidades: para lo qual me diò un remedio Tudesco, que si yo le guardàra, hicieran tanta burla de mi los muchachos, como yo hice de èl: porque à un hombre colerico, y nacido en region calida, le mandò, que en toda su vida no bebiesse gota de agua, y de la gota me preservò con un consejo de Cicerón, que dice, que la verdadera salud consiste en usar de los mantenimientos, que aprovechan, y huir de los que nos dañan: no uso de mantenimientos humedos, no bebo entre comida, y comida, no ceno, bebo agua, y no vino, hago todas las mañanas una fricacion antes de levantarme de la cama, con grande vehemencia, desde la cabeza, discurriendo por todos los miembros, hasta los pies, y quando me siento cargado, hago un bomito: con esto, y la templanza en otras cosas, me preservo de la gota. Perdoneme V. Señoria Ilustrissima, si le canso con estas niñerias, que me passaron con este Medico, que las digo, porque quizà encontrarà con ellas alguno, à quien aprovechen. Dixome el Doctor entonces: Por vuestra vida, que me digais si aveis estudiado, y adonde, que procedeis con tan buena gracia en todo, que me aveis aficionado de manera, que si fuera un gran Principe, no os apartàra de mi lado un punto. Lo mismo, dixo ella, os ruego yo, padre de mi vida, y assi os la dè Dios muy larga, que nos deis cuenta de vuestra vida, que vos procedeis de modo, que serà grandissimo entretenimiento al Doctor por el entendimiento, y à mi por la voluntad. Contar desdichas (dixe yo) no es bueno para muchas vezes: acordarse de infelicidades el que està caìdo, puede traerlo à desesperacion. Una diferencia ay entre la prospe-

peridad, y la adversidad; que la memoria de las desdichas en la adversidad, entristeze mas: pero en la prosperidad aumenta el gusto. No se le ha de pedir al que todavia està en miserias, que cuente las que ha passado: porque es renovarle la llaga, que ya se iba cerrando, con traerle à la memoria lo que desea olvidar. El que se ha escapado de la tormenta, no se contenta con solo verse fuera della, sino con besar la tierra: pero el que està todavia padeciendo el naufragio, solamente se acuerda de lo presente, que solicita el remedio: porque aunque yo tengo condicion de pobre, tengo animo de rico, y si no me desanimo por caìdo, no tengo de què animarme por levantado; y no son mis trabajos para contados muchas vezes.

DESCANSO V.

MAs como la privacion puede tanto con las mugeres, por el mismo caso que yo lo reusaba, mi ama procuraba mas, que lo dixesse; que como tenia pecho noble, y le parecia que la tenia obligada en alguna manera, sacaba fuerzas de flaqueza, y buscaba modos como darme à entender, que estaba de mi agradecidissima. Que esta diferencia hace un pecho liso, y sencillo, à uno de mala raza, y cosecha, que el bueno, aun el bien imaginado agradece, mas el bronco, y desabrido, no solamente no agradece, pero busca modos como dèsagradecer el bien recibido: pero quanto mas mi ama se esforzaba por dar à entender su agradecimiento, tanto mas me ofendia yo en que pensasse que avia hecho algo en servirla; que el saber flaquezas agenas, que, ò todos las cometemos, ò estamos naturalmente dispuestos à ello, no ha de ser parte para estimar en menos à aquellos de quien las sabemos: saber el secreto ageno, ò es acaso, ò por confianza que hacen de nosotros: si es acaso, la misma naturaleza nos enseña, que puede suceder lo mismo por nosotros: y si es por confianza, yà entra en guardarle la reputacion del que lo sabe. Encubrir faltas agenas es de Angeles, y descubrirlas es de perros, que ladran quando mas dañan. Querer saber secretos agenos, nace de pechos sin merecimientos, que lo que no pueden merecer por sì, quieren merecerlo à costa agena: quien quiere saber faltas agenas, quiere estàr mal con todo el mundo, y que se publiquen las suyas. Dichosos aquellos, à cuya noticia no han llegado las faltas agenas, que ni ofenderàn, ni seràn ofendidos. Ay algunos animos tan fuera del orden natural, que les parece que han alcanzado una gran joya, quando saben alguna falta de su proximo:

pues

pues no se persuada à entender, quien tiene tan abominable costumbre, que no ay contratretas para semejantes desafueros, que todos traen el castigo por sombra; y no ay mala intencion, que no tenga su semejante, ò peor. Un Frayle, aunque no muy docto, bien intencionado, preguntando en un escrutinio, si sabia faltas, ò descuido de sus compañeros, respondiò que no; porque si las avia oìdo, ò no avia reparado en ellas, ò las avia dexado olvidar; y si venian por relacion, ò no las avia oìdo, ò no las avia creìdo. Y otro, aviendo desacreditado à todos los compañeros, por acreditarse à sì en el escrutinio, saliò mas culpado que todos. Este almacèn de palabras he traìdo, para decir el rezelo, que mi ama debia tener, pareciendole, que podia revelar su secreto, ò que à lo menos le querria tener (como dicen) el pie sobre el pescuezo: y assi, prosiguiendo en su intento, dixo, que por mi buen termino, y trato, quisiera perpetuarme en su casa, para tenerme en lugar de padre, queriendome casar con una parienta suya, doncella, y de muy buena gracia, y de poca edad: y declarandose con su marido, y conmigo, encareciendo la bondad, y virtud de la moza, y quan bien me estaria para el regalo de mi vejèz casarme con ella, yo le dixe: Señora, no harè esso por todas las cosas del mundo, porque quien se casa viejo, presto dà el pellejo: y riendose ella, prosegui, diciendo, que en Italia traen un refrancete à este modo: Que el que casa viejo tiene el mal del cabrito, ò que se muere presto, ò viene à ser cabron. Jesus (dixo mi ama) pues esso ha de imaginar un hombre tan honrado como vos? Señora (dixe yo) lo que veo, y he visto siempre, es, que al viejo que se casa con moza, todos los miembros del cuerpo se le vàn consumiendo, sino es la frente, que le crece mas. Las mozas son alegres de corazon, y regocijadas en compañia, andan siempre jugando, y saltando como ciervas, y los maridos como ciervos, siendo viejos. No es tan perseguida la liebre de los galgos, como la muger del viejo de los passeantes: no ay mozo en todo el lugar, que no sea su pariente, ni vieja rezadera, que no sea su conocida: en todas las Iglesias tiene devociones, ò por huìr del marido, ò por visitar las comadres: si es pobre el marido, se anda quexando de èl: si es rico, à pocas bueltas le dexa como el Invierno à la cornicabra, con solo el fruto en la frente. He rehusado en mi mocedad tomar esta carga sobre mis ombros, y la avia de tomar agora sobre mi cabeza? Dios me guarde mi juicio.

cio, bien me estoy solo; yà me sè governar con la soledad, no quiero entrar en nuevos cuidados; à fuera consejos vanos. A todo esto el Doctor estaba pereciendo de risa, y su muger pensando en la rèplica que avia de hacer; y assi, con muy gran donayre, y desemboltura, dixo à su marido, y à mi: Cada dia vemos cosas nuevas, bien es vivir para experimentar condiciones: el primer viejo sois, que he visto, y oìdo decir, que aya rehusado casamiento de niña: todos apetecen la compañia de sangre nueva, para conservacion de la suya: à los arboles viejos, con un engerto nuevo los remozan: à las plantas, porque no se hielen, les ponen abrigo: la palma, si no tiene junto à sì su compañera, no lleva fruta: la soledad, què bien puede traer, sino melancolìa, y aun desesperacion? Todos los animales, racionales, y brutos, apetecen la compañia. No seais como aquel bestial Filosofo, que aviendole preguntado, qual era buena edad para casarse, respondiò, que quando era mozo era temprano, y quando viejo tarde. Mirad, que fuera de ser para mi grande gusto, para vuestra comodidad es bien vivir con abrigo. Yo confiesso, le dixe, que tan elegantes razones, dichas con tanta gracia, y estilo, persuadieran à qualquiera, que no estuviera con tanta experiencia de las cosas del mundo, y tan hecho à la soledad como yo; pero verdades tan apuradas, no admiten persuasiones retoricas: porque casarse un viejo con una muchacha, si ella es como debe ser, es dexar hijos huerfanos, y pobres, y en pocos años venir à ser entrambos de una misma edad, porque naturaleza và siempre tras su conservacion, y el viejo conserva la suya, consumiendo la juventud de la pobre muchacha: y si no es de esta suerte, tiene puestos los ojos en lo que ha de heredar, y la voluntad, è intencion, en el marido que ha de escoger. Mas què tal pareciera yo con mis blancas canas, junto à una niña rubia, y blanca, bien puesta, y hermosa, que quando alzàra los ojos à mirarme el copete, lo viera mas liso que el carcañal, las entradas como el colodrillo de la ocasion, la barba mas crespa, y cana, que la del Cid? Esso no os dè pena (dixo ella) que Juan de Vergara tiene una tinta tan negra, y fina, que à quantos hombres, y mugeres entran en su casa con canas, los pone de manera, que à la salida no los conocen. Ni aun ellos propios se conocen à sì mismos, dixe yo, con un engaño como esse; y creo cierto, que nace essa flaqueza de no conocer nuestra hechura; porque disfrazar, y entretener las canas, no sè de què sirve, si-

no

tio de una ocupacion de zurradores, que no rehusan traer las manos como evano de Portugàl. Y realmente, los que lo hacen tienen tanta ventura, que à nadie engañan, sino à sì solos, porque todos lo saben: de modo, que les añaden muchos mas años de los que tienen, y ellos no se desengañan, hasta que por alguna enfermedad dexan de teñirse, y se hallan, quando se miran la barba, como urraca ahorcada. Pues si la tinta no acierta à ser del color de la barba, que es muy ordinario, en dandoles el Sol, hace visos como el arco del Cielo. Si con el teñir se reparàra la flaqueza de la vista, se suplierá la falta de los dientes, se cobrára la fuerza de piernas, y brazos, ò se entretuvieran los años para engañar à la muerte, todos lo hicieramos; pero hase la muerte con los teñidos, como la zorra con el asno de Cumas, que se vistiò una piel de leon, para espantar à los animales, y pacer con seguridad: mas la zorra, viendole andar tan de espacio, miròle à las patas, y dixo: Asno sois vos. Assi la muerte, mira à los teñidos, y les dice: Viejo sois vos. Tiñase quien quisiere, que yo tengo por mejor lo claro que lo obscuro, el dia que la noche, lo blanco que lo negro. Mas quiero parecer paloma, que no cuervo: mas hermoso es el marfil, que el evano. Si como las barbas passan de negras à blancas, passaran de blancas à negras, quanto mas odiosas fueran por el color tapetado? En fin, la plata es mas alegre que el evano, no basta casado, sino tiznado? Andad (dixo mi ama) que con esso se dissimulan algunos años, y sin esso no se pueden negar. Aunque los hombres de bien (dixe yo) jamàs han de mentir, en todas las cosas del mundo puede aprovechar una mentira, sino es en los años, y en el juego; porque ni los años pueden ser menos por negarlos, ni la ganancia se ha de quitar por confessarla. Pero bolviendo à nuestro proposito, que el matrimonio es cosa santissima, no se puede negar, ni yo lo niego; que el no apetecerlo yo, nace de la incapacidad mia, y no de la excelencia suya; apetezcalo quien està en edad, y disposicion para ello, con la igualdad que la misma naturaleza pide, que ni sean ambos niños, ni ambos viejos, ni èl viejo, y ella niña; ni ella vieja, ni èl niño. Sobre lo qual ay diversas opiniones entre filosofos; y la mas cierta es, que el varon sea mayor que la muger diez, ò doce años; pero que tenga yo cinquenta años, y mi señora muger quince, ò diez y seis, es como querer, que un contrabaxo, y un tiple canten una misma voz, que por fuerza han de ir apartados ocho puntos

el uno del otro. Pues nunca aveis sido enamorado? (dixo mi ama) Y tanto (dixe yo) que he compuesto coplas, y reñido pendencias, que la mocedad està llena de mil inconsideraciones, y disparates. No lo seràn (dixo ella) que los hombres de buen discurso, sazonan las cosas diferentemente que los demàs. Reniego, dixe yo, de exercicio que ha de traer à un hombre hecho lechuza, guardando cementerios, sufriendo frios, y serenos, incomodidades, y peligros tan ordinarios, como suceden de noche, y aun cosas dignas de callarse. El que anda de noche vè los daños agenos, y no conoce los suyos, consume presto la mocedad, y se desacredita para la vejèz: vense de noche cosas que se juzgan por malas, no siendolo; què de temores, y espantos cuentan los que passean de noche, que vistos de dia nos provocarian à risa. Acuerdome, que teniendo cierto requiebro al barrio de San Ginès, con otro juicio tal como el mio era entonces, Martes de Carnestolendas por la tarde, me embiò à decir la señora, q̃ le llevasse algo bueno para despedirse de la carne, que en estos dias ay libertad para pedirlo, y aun para negarlo; pero por usar de fineza, por ser la primera cosa que hacia en su servicio, vendi ciertas cosillas, que me hicieron harta falta: y en acabandose la grita de geringas, y naranjazos, y el martyrio perruno, causado de las mazas (de quien sin saber porquè, huye hasta rebentar) di conmigo en un tabernaculo de la gula; donde henchi un paño de manos con una empanada, un par de perdizes, un conejo, y frutillas de sarten, y atandolo muy bien, caminè à darlo por una ventana, à mas de las once de la noche; y como el dia siguiente (por ser Miercoles de Ceniza) era dia de mucha recoleccion (aunque todo el passado avia sido alegria para los muchachos, y trabajos para los perros, avia silencio general) de suerte, que aunque yo iba bien cargado, no me podia vèr nadie: llegando à la plazuela de San Ginès, senti que venia la Ronda, y retirème debaxo de aquel cobertizo, donde suele aver una tumba para los aniversarios, y exequias; y antes que pudiessen llegar à mi los de la Ronda, meti el paño de manos, atado como estaba, por un agujero grande, que tenia la tumba por la parte de abaxo; y sacando un Rosario, que siempre traygo conmigo, comencè à fingir que rezaba. Llegò la ronda, y pensando que fuesse algun retraìdo, asieron de mi, preguntando, què hacia alli? Llegò el Alcalde, y visto el Rosario, y mi poca turbacion (que importa mucho en qualquiera ocasion no pertur-

sarse el animo) dixo, que me dexassen, y me recogiesse: hice que me iba, y en transponiendo la ronda, tornè por mi paño de manos, y cena à la negra tumba, donde lo avia dexado, y (aunque con un poco de temor, por la hora, y la soledad) alarguè la mano, y brazo todo lo que pude alcanzar, y no topè con el paño, ni con lo que estaba en èl: de lo qual quedè temblando, y helado: y es de creer, que me causaria horrible miedo una cosa tan espantosa, en un cementerio, debaxo de una tumba, à mas de las once de la noche, y con tan gran silencio, que parecia se avia acabado el mundo: pues junto con esto, sentì dentro en la tumba tan gran ruido de hierro, que se me representaron mil cadenas, y otras tantas animas, padeciendo su purgatorio en aquel mismo lugar. Fuè tanta mi turbacion, y desatiento, que se me olvidò el amor, y la cena, y quisiera hallarme mil leguas de alli: pero lo mejor que pude, ò lo menos mal que acertè, bolvi las espaldas, y fuime poco à poco; arrimandome à la parèd, pareciendome, que iba tràs mi un exercito de difuntos: pues yendo con esta turbacion, me sentì por detràs tirar de la capa desanimandome de manera, que dì un golpazo con mi persona en el suelo, y con los hocicos en la guarnicion de la espada: bolvì à mirar, si era algun cadaver descarnado, y no vi otra cosa, sino mi capa asida al calvario, que està en aquella pared; con esto respirè un poco, y fui cobrando aliento, y descansando el temor del clavo, y de la capa, pero no el de la tumba. Sentème, y mirè al rededor a vèr si avia cosa que pudiesse acompañar, y descansè, porque estaba tan cansado, que lo huve menester, que no lo estuviera mas, si huviera andado cien leguas por los altos, y baxos de Sierramorena. Hice reflexion sobre lo passado, considerando, què cuenta daria yo de mi el dia siguiente, contando lo que avia sucedido, sin aver visto còsa que fuesse de momento: porque decir un terror tan horrible, sin aver averiguado el fundamento, era desacreditarme, y quedar en fama de cobarde, ò mentiroso: dexar de contarlo, era quedar en opinion de miserable con la señora Daifa, aviendo gastado lo que no tenia, sin decir el fin que tuvo. Por otra parte veia, que si fuera algun difunto, no tenia necessidad de mi pobre cena: pues hombre no podia estàr tan abreviado, que no topàra con èl quando estendì el brazo; al fin hice mi cuenta de esta manera. Si es demonio, mostrandole la señal de la Cruz huirà; si es anima, sabrè si pide algunos sufragios: y si es hombre, tan buenas manos, y espada tengo co-

mo èl; y con esta resolucion, fuime animosamente à la tumba, desembaynè la espada, y rodeando la capa al brazo, dixe con muy gentil determinacion: Yo te conjuro, y mando de parte del Cura de esta Iglesia, que si eres cosa mala te salgas de este lugar sagrado: y si eres anima, que andas en pena, que me reveles, què quieres, ò què has menester (y el ruido del hierro, con mi conjuro andaba mas agudo) una, dos, y tres vezes te lo digo, y torno à decir; pero quanto mas le decia, tantos mas golpes de hierro sonaban en la tumba, que me hacian temblar. Visto que mi conjuro no era valido, y que si dexaba enfriar la determinacion que tenia, tornaria de nuevo el temor à desanimarme, puseme la espada entre los dientes, y con ambas manos asi de la tumba por el agugero de abaxo, y en alzandola saliò corriendo por entre mis piernas un perrazo negro, con un cencerro atado à la cola, que huyendo de los muchachos se avia recogido à descansar à sagrado; y como despues de aver reposado oliò la comida, retiròla para sì, y sacò el vientre de mal año: pero con el grande, y no pensado ruido, que hizo saliendo, fue tanto mi espanto, que como èl fue huyendo por una parte, yo fuera por otra, sino por un espinillazo, que al salir me diò con el cencerro, de que no me pude menear tan presto: pero fue tanta la passion de risa, que (despues de quitado el dolor) me diò, que siempre que me acuerdo de ello (aunque sea à solas, y por la calle) no puedo dexar de dàr alguna demonstracion. Fuè menester, que el Doctor, y su muger acabassen de reir, para proseguir el intento, para que truxe el cuento; y aviendolo solemnizado, les dixe: No se podrà creer lo que yo me holguè de averiguar aquella duda, que en tanta confusion me avia de poner para contar lo que no avia visto, por donde pusiera mal nombre à aquel lugar, como lo han hecho otros muchos, que por no averiguar los temores, ò las causas de ellos, desacreditan mil lugares, y quedan siempre desacreditados por temerosos, y espantables, sin aver causa para ello, mas de aver visto alguna extraordinaria cosa, y sin averiguarla, vàn à contar mil deslumbramiẽtos, y disparates. Uno dixo, que avia visto un cavallo lleno de cadenas, y descabezado, y era una bestia, que venia del prado à su casa, con las travas de hierro. Son infinitos los disparates que en esto se dicen: de manera, que no ay poblacion, donde no ay un lugar desacreditado por temeroso; y ninguno, si no es burlando, ò haciendo donayre, dice la verdad. En Ronda ay un passo temeroso, despues

que se subiò una mona en un tejado, que con la maza, y cadena atorò, ò encallò en una canal; y desde alli echaba tejas à quantos passaban, y todo es de esta manera. Solas dos cosas hallo yo, que pueden hacer mal de noche, que son los hombres, y los serenos, que los unos pueden quitar la vida, y los otros la vista.

DESCANSO VI.

AL tiempo que me iba hallando mejor con el Doctor Sagredo, y mi señora Doña Mergelina de Aybar, por el amor que me tenian (como mi suerte ha sido siempre variable, hecha, y acostumbrada à mudanzas de fortuna, y exercitada en ellas toda mi vida) vinieron à llamar de un Pueblo de Castilla la Vieja al Doctor Sagredo con un gran salario, el qual no pudo reusar, por averlo menester, y para exercitar lo que avia estudiado, que ni la grandeza del ingenio, ni el continuo estudio hacen à un hombre docto, si le falta experiencia, que es la que sazona los documentos de las escuelas, sosiega las bachillerias, que hacen al ingenio confiado, por las filoterias de la Dialectica, que realmente no podemos decir que tenemos entero conocimiento de la ciencia, hasta que conocemos los efectos de las causas que enseña la experiencia, que con ella se comienza à saber la verdad. Mas sabe un experimentado sin letras, que un Letrado sin experiencia: la qual faltaba al Doctor Sagredo, y assi le estuvo bien aceptar aquel partido, por esto, y por repararse de las cosas necessarias, para la conservacion de la vida humana. Aceptado el partido, pidieronme con toda la fuerza possible, que me fuesse con ellos: lo qual yo hiciera, sino fuera, que no me atrevi à los frios de Castilla la Vieja, que estando un hombre en los postreros tercios de la vida, no se ha de atrever à hacer lo que hace en la mocedad. El frio es enemigo de la naturaleza, y aunque uno muera de ardentissimas fiebres, al fin queda frio. Las acciones del viejo son tardas, por la falta del calor: como la mocedad es calida, y humeda, la vejèz es fria, y seca: por falta de calor viene la vejèz, y por esto han de huir los viejos de regiones frias, como yo lo hice, que me quedè desacomodado, por no ir adonde me acabasse el frio en breve tiempo. Fueronse, y quedeme solo, y sin arrimo, que me pudiesse valer: que los que dexan passar los verdes años, sin acordarse de la vejèz, han de sufrir estos, y otros mayores daños, y trabajos. Nadie se prometa esperanzas de vida, ni piense, que sin diligencia puede assegurarla, que ay tan poco de

la

la mocedad à la vejèz, como de la vejèz à la muerte: no puede creerlo sino quien ha entregado sus años à la dilacion de las esperanzas. Cada dia, que se passa en ociosidad, es uno menos en la vida, y muchos en la costumbre, que se và haciendo. Siendo estudiante en Salamanca el Licenciado Alonso Rodriguez Navarro, varon de singular prudencia, y ingenio, le hallè una noche durmiendo sobre un libro, y diciendole, que mirasse lo que hacia, que se quemaba las pestañas, respondiò, que apelaria para el tiempo, que le diesse otras; pero que si perdia el tiempo, no tenia para quien apelar, sino para el arrepentimiento. Al mismo, preguntandole, por què camino avia venido à ser tan bien quisto en su Ciudad, que es Murcia; respondiò, que haciendo placer, y dissimulando desagradecimientos: pero que nunca llegaron à engendrar en su pecho arrepentimientos, de aver hecho el bien: que los hombres de bien no han de hacer cosas, de que se deban arrepentir; y assi el arrepentimiento viene tarde, y es bien recibido; aprovecha para el reparo de la vida, que como el arrepentimiento sigue à los daños sucedidos por propia culpa, viene acompañado con assomos de virtud, nacida del escarmiento, y ayudados de la prudencia. Mas *no ay arrepentimiento que venga tarde, como sea bien recibido.* Quatro efectos suelen resultar del tiempo mal gastado, y peor passado, dexamiento de sì propio, desesperacion de cobrar lo perdido, confusion vergonzosa, arrepentimiento voluntario: estos dos postreros arguyen buen animo, y estàr cercanos à la enmienda: pero entiendese, que como el yerro fue con tiempo, el arrepentimiento no ha de ser sin tiempo: que si el mucho tiempo se passò presto, el poco se passarà volando, y llegarà tarde el arrepentimiento, como el tiempo, que se passa al descuido con gusto, no se cuenta por horas, como el que se passa trabajando, no se echa de vèr, hasta que es passado. Yo quedè solo, y pobre, y para reparo de mis necessidades, me topò mi suerte con cierto hidalgo, que se avia retirado à vivir à una Aldea, y avia venido à buscar un Maestro, ò Ayo para dos niños, que tenia de poca edad: y preguntandome, si queria criarselos, le respondi, que criar niños era oficio de amas, y no de escuderos: riòse, y dixo: Buen gusto teneis; à fee de Cavallero, que aveis de ir conmigo: no os hallareis bien en mi casa? Yo respondi: Agora sì, pero despues no sè. Por què? (preguntò el hidalgo) Porque hasta tomar el tiento à las cosas, (dixe yo) no se puede responder afirmativamente; y no se ha de

preguntar à los criados, si quieren servir, sino si saben servir, que el querer servir arguye necessidad, y saber servir habilidad, y experiencia en el ministerio que los quieren: de aqui nace, que muchos criados, à pocos dias de servicio, ò se despiden, ò los despiden, porque entraron à servir por necessidad, y no por habilidad, como tambien algunos Estudiantes perdidos, que en viendose rematados, entran en Religion, tan llenos de necedad, como de necessidad, y à pocos lances, ò desamparan el habito, ò el habito los desampara: primero se ha de inquirir, y escudriñar si es bueno, y suficiente el criado para el cargo que le quieren dar, que no si tiene voluntad de servir; porque de tener criados ociosos, y que no saben acudir al oficio para que fueron recibidos, fuera del gasto impertinente, se siguen otros mayores inconvenientes. Aunque cierto Principe de estos Reynos, diciendole un Mayordomo suyo, que reformasse su casa, porque tenia muchos criados impertinentes, respondiò: El impertinente sois vos, que los valdios me agradecen, y honran, y essotros, pagandoles, les parece, que me hacen mucha merced en servirme; y el que no obliga con buenas obras, ni es amado, ni ama, y en las buenas se parece un hombre à Dios. Pareceme (dixo el hidalgo) que quien sabe esso, sabrà tambien servir en lo que le mandaren; especialmente, que mi hijo el mayor os podrà hacer bien en algun tiempo, que tiene accion, y expectativa à un Mayorazgo de parte de su madre, que agora possee su abuela; y del hijo mayor, à quien le viene, no tiene sino dos nietecillos enfermizos, y muriendo ellos, y su padre, queda mi hijo por heredero. Esso es (dixe yo) como el que deseando hartarse de datiles, fue à Berberia por una planta de palma, y comprò un pedazo de tierra en que la plantò, y està esperando todavia que dè el fruto: y assi, yo tengo de esperar tres vidas, estando la mia en los ultimos tercios, para la poca merced que se aguarda, de quien aun no tiene esperanza, que como ella vive entre la seguridad, y el temor, es necessario, que tenga larga vida, quien se sustenta de ella, que no ay cosa que mas la vaya consumiendo, que una esperanza muy dilatada: y es de creer, que el que se và à passar la suya entre robles, y jarales, ni la tiene muy cerca, ni muy cierta; que por no martyrizarme con ellos; ni verme en los tragos en que ponen à quien los sigue, he tenido por mejor, y mas seguro, abrazarme con la pobreza, que abrazarme con la esperanza. Essa (dixo el hidalgo) es la quenta de los perdidos.

dos, que por no esperar, ni sufrir, quieren ser pobres toda la vida. Y què mayor pobreza, (dixe yo) que andar bebiendo los vientos, echando trazas, acortando la vida, y apresurando la muerte, viviendo sin gusto, con aquella insaciable hambre, y perpetua sed de buscar hacienda, y honra: que la riqueza, ò viene por diligencia buscada, ò por herencia posseìda, ò por antojo de la fortuna prestada: si por diligencia, no dà lugar à otra cosa de virtud: y si por herencia, ordinariamente se possee acompañada de vicios, y embidiada de parientes: si por antojo, ò arrojamiento de la fortuna, hace al hombre olvidarse de lo que antes era, y de qualquier manera que sea; todos en la muerte se despiden de mala gana de la hacienda, y de las honras, que por ella les hacian. Una diferencia hallo en la muerte del rico, y la del pobre, que el rico à todos los dexa quexosos, y el pobre piadosos.

DESÇANSO VII.

PAreçe (dixo el hidalgo) que nos avemos apartado de mi principal intento, que es la crianza, y doctrina de mis hijos, en que consiste salir industriados en virtud, valor, estimacion, y cortesìa, que son cosas, que han de resplandecer en los hombres nobles, y principales. Acerca de la materia de criar los hijos ay tantas cosas que advertir, y tantas que observar, que aun de los propios padres que los engendraron, no se puede muchas vezes confiar la doctrina, que ellos han menester; porque las costumbres corrompidas, ò mal arraygadas en el principio de los padres, destruyen los successores de las casas nobles, y ordinarias. Si los antecessores saben los hijos que fueron cazadores, los hijos quieren serlo: si fueron valientes, hacen lo mismo: si se dexaron llevar de algun vicio, que los hijos lo sepan, siguen el mismo camino; y para corregir, y enmendar vicios heredados de sus mayores, casi es menester, y aun necessario, que no conozcan à los padres, que serìa lo mas acertado sepultar las memorias de algunos linages, que por ellos se vàn imitando lo que oyeron decir de sus mayores, que mas valiera que no lo oyeran, para que no lo imitàran. Y de aqui nace, que suban unos en virtud, y merecimientos, no aviendo à quien imitar en su linage, por la educacion valerosa, que se imprimiò en los verdes años, y otros baxen al mismo centro de la flaqueza, y miseria humana, degenerando de la virtud heredada, ò por la imitacion adulterada de los ascendientes, ò por la depravada doc-

doctrina, impressa, y sembrada en los tiernos años, que es tan poderosa, que de una yerva tan humilde como la chicoria, se viene, por la crianza, à hacer una hortaliza tan excelente como la escarola, y de un ciprès tan eminente, y alto, por sembrarlo, ò plantarlo en una maceta, ò tiesto, se hace un arbolito enano, y miserable, por no averlo ayudado con la buena educacion. Si à los animales de su naturaleza bravos, nacidos en incultos montes, y breñas, como son javalies, lobos, y otros semejantes, los crian, y regalan entre gentes, vienen à ser mansos, y comunicables; y si à los domesticos los dexan con libertad irse à los montes, y criarse sin vèr gente, vienen à ser tan feroces como las mismas naturales fieras. En tiempo del potentissimo Rey Phelipe Tercero anduvo una leona en los patios de los Consejos, y jugaban los pajes con ella, y si le hacian mal, se amparaba con llegarse à las piernas de un hombre. Yo la vì echarse à los pies de las criaturas, y porque no la tuviessen miedo, se arrojaba à sus pies. Y en tiempo del prudentissimo Phelipe Segundo, en Gibraltar se fue un lechon al monte, que està sobre la Ciudad, y vino à ser tan fiero dentro de quatro, ò cinco años, que anduvo libre en el monte, que à quantos perros le echaban para matarle, los destripaba: que es tan poderosa la crianza, que hace de lo malo bueno, y de lo bueno mejor: de lo inculto, y montaràz, urbano, y manso: y por el contrario, de lo tratable, y sujeto, intratable, y feròz. Bien sè (dixo el hidalgo) que es importantissimo el cuidado de criar bien los hijos, porque de aì viene la vida, y honra suya, y la quietud, y descanso de sus padres, que como han de conservar en ellos su mismo sèr, y especie, al passo que los aman, desean su proceder, y termino, y la imitacion de sus progenitores. Sabemos, que dixo aquel Rey de Macedonia, que tenia por tan gran merced del Cielo aver nacido su hijo en tiempo de Aristoteles, para que fuesse su Maestro, como tener quien le sucediesse en el Reyno. De tal suerte (dixe yo) han de ser los Maestros, ò Ayos, que con la aprobacion de su vida, y costumbres enseñen mas que con los preceptos morales, llenos de superflua vanidad, que muchas vezes enseña mas el Maestro por acreditarse à sì, y por mostrar jactancia, que por mostrar virtud, y fundamentar al discipulo en valor, bondad, y humildad: la doctrina llena de este deseo santo de acertar el camino de la verdad, al buen natural perficiona, y à la mala inclinacion corrige. Al hijo del

Cavallero, hanfele de enſeñar con las letras juntamente virtudes, que refieran aquellas del origen, que trae la antiguedad de ſus paſſados, humildad con valor, y eſtimacion ſin deſvanecimiento; cortesìa con el ſuperior, amiſtad con el igual, llaneza, y bondad con el inferior; grandeza de animo para las coſas arduas, y dificiles de cometer; deſprecio voluntario de las que no pueden aumentar ſus merecimientos. La zorra un tiempo puſo eſcuela de enſeñar à cazar, y como el lobo ſe hallaba viejo, y ſin preſas, rogòle, que le enſeñaſſe un hijo, que le parecia, que avia de ſer valeroſo para mantenerlo à èl, y à ſu madre en ſu vejèz; la zorra, hallando en que vengarſe de los agravios, que el lobo le avia hecho, con mucha preſteza, y buen guſto recibiò el pupilo. Lo primero que hizo fuè, apartarle de ſus atrevidas inclinaciones, que eran de acometer à reſes grandes, y enſeñarle las rapoſerias, que ella ſolia uſar por ſu natural inſtinto; y diòſe tan buena maña, que en menos de un año el lobillo ſaliò grandiſsimo cazador de gallinas. Embiòſelo al padre por muy habil, y dieſtro en el oficio: holgòſe el padre, y la madre, penſando que tenian un hijo, que avia de aſſolar la campiña de ganado. Embiaronle à buſcar la vida, para matar la hambre, que avian padecido; y aviendo tardado dia y medio, bolviò con una gallina, y muchos mordiſcones, y palos, que le avian dado. Viendo el lobo la mala doctrina, que avia aprendido, dixo: Al fin nadie puede enſeñar lo que no ſabe. Dexème engañar de la zorra, por no trabajar con mi hijo: porque la poltroneria hace buen roſtro à la mentira, y hame ſalido à los ojos, lo que no mirè con los de la conſideracion. Hijo, andad acà, y moſtrandole unas ternerillas cerca de un cortijo, le dixo: Aquella es la caza que aveis de aprehender, y cazar. Apenas acabò de moſtrarſelas, quando inconſideradamente cerrò con ellas: porque las madres, que yà los avian olido, en un momento puſieron los hijos en medio, y todas pueſtas en muela, hicieron trincheras de ſus cuernos, y el pobre lobillo, que pensò llevar preſa, quedò preſo, porque le recibieron con las picas, ò picos de ſu herramienta, y lo echaron tan alto, que quando cayò, no fue para levantarſe mas: el padre, que con ſu ancianidad no pudo vengar la muerte de ſu hijo, ſe bolviò à ſu guarida, diciendo: La mala doctrina no tiene medicina; coſtumbres de mal Maeſtro, ſacan hijo ſinieſtro. De aqui quedaron los odios para ſiempre confirmados entre la zorra, y el lobo: y aſsi ella no

yà

và à buscar la vida ; sino adonde el lobo no se atreve, que es à las poblaciones, porque alli no pueden encontrarse. Mucho gustàra (dixo el hidalgo) ya que aveis traído tan à proposito el cuento, que alargassemos un poco mas la materia, para que averiguemos como se podria elegir el Maestro, que ha de ser el guion del cuerpo, y alma del hijo ageno, que ha de criar con mas cuidado que si fuera suyo, y enseñarle para conseguir el verdadero camino, que le guie à la perfeccion de Cavallero Christiano, que de Cavallero solamente, yà tenemos entendido el modo que todos siguen. Este modo de Cavallero (dixe yo) està muy cargado de obligaciones, por la significacion que traen consigo, de que podrà ser tratar despues, si el tiempo nos diere lugar; porque ni la materia quiere brevedad, ni yo tengo espacio para ser largo: y alargando la que tenemos comenzada, digo, que la primera, y principal parte que ha de tener el que ha de ser Maestro de algun Principe, ò gran Cavallero es, que tenga experiencia con madurèz de edad, que por lo menos tenga los azeros de la juventud gastados: edad, en que con dificultad puede ser sabio, y prudente un hombre, por faltar el tiempo que nos hace previstos, y recatados. Mas si fuere mozo, sea tal, que le alaben los viejos experimentados en ciencia, y bondad, aunque la mocedad es tan sujeta à variedades, impaciencias, furores, y otros inconvenientes arrebatados, que si no es con mucho valor, y entereza de virtud experimentada, y conocida, tendria por mejor elegir para Maestro un viejo cansado del mundo, y con buena opinion, que à un mozo, que và entrando en èl, y con buenas esperanzas, que al fin de aquel se tiene la seguridad que basta, y de este la confianza que puede mudarse. En los viejos và creciendo siempre el desengaño, y la ciencia, y disminuyendose la fuerza, se levanta la contemplacion: y en el mozo và creciendo la confianza, y el desvanecimiento, fuerza, y estimacion propia: de modo, que tiene necessidad de ageno consejo, y amigable sofrenada, que en nuestros tiempos se han visto en algunos sugetos dignos de estimacion por su nacimiento, tan exorbitantes vicios, y desdichas, por la imprudencia de Maestros mozos, destemplados, y lascivos, que dà horror removerlas en la memoria: à las quales infelicidades no diera lugar la doctrina de un Maestro viejo, cansado de dàr, y recibir heridas, yà sanas, del trato, y comunicacion del mundo. Que de darles Maestros, no elegidos por

capacidad, y partes dignas de tal oficio, sino mozos recibidos por favor, y ruegos, armados de un poco de hypocresìa, suelen venir à dàr en cosas indignas de imaginarse. Ha de ser el Maestro lleno de mansedumbre, con gravedad, para que juntamente le amen, y estimen, y haga el mismo efecto en el discipulo, no perdiendole un punto de su vista, si no fuere los ratos diputados para el gusto de sus padres, ò quando el niño le tuviere con sus iguales: y en el entretenimiento se halle presente el Maestro, alentandole, y mostrandole el modo con que se ha de haber en el passatiempo, no haciendo lo que yo vi hacer à un pedante, Maestro de un gran Cavallero, niño de muy gallardo entendimiento, hijo de un gran Principe, que aviendo concertado con otros sus iguales en edad, y calidad un juego de gallos dia de Carnestolendas, saliò tambien el barbaro pedante con su capisayo, ò armas de guadamacil sobre la sotana, con mas barbas que Esculapio, diciendo à los niños: Detrorsum heùs sinistrorsum, y desembaynando su alfange de haro de cedazo, descolorido todo el rostro, iba con tanta furia contra el gallo, como si fuera contra Morato Arraez, diciendo à grandes vozes: Non te peto, piscem peto, cur me fugis galle? De la qual pedanteria èl quedò muy ufano, y contento, y los que lo oyeron, llenos de risa, y burla. Yo me lleguè, y le dixe: Mire señor Licenciado, que por tener poca memoria los gallos, se les olvida el latin. El respondiò muy presto: Nunquam dicerunt, nisi roncantes excitare. Este, con mil impertinentes bachillerias, llenas de ignorancias Gramaticales, dexò al Cavallero estragado su buen natural: dieronle otro Maestro cuerdo, poco, ò nada hablador, modesto, y de buena compostura, y en pocos dias enmendò los borrones, que el otro le avia enseñado, que con muchas reglas, mal sabidas, y peor enseñadas, y à vozes repetidas, le avia estragado, y estotro con pocas, y muy calladas lo reparò. Parecieron à dos hermanos, el uno muy colerico, y el otro muy reposado, y lleno de santimonia, que ganaban la vida con un pollino: el colerico le daba mil vozes, y palos, y el jumento no por esso hacia mas movimiento que antes. El reposado no le decia mas que: Harre, valgate Jesus, y hincabale un aguijòn de un geme por las ancas, con que le hacia volar. La modestia del Maestro, y las otras partes buenas, se imprimen, y son como espejo en que se mira el discipulo; y la imprudencia, y poco valor, es causa de menosprecio para con el Maestro, y incapàz para lo demàs: y assi, lo

lo que avia de ser doctrina, viene à ser passatiempo: y si se passa, no puede cobrarse; y en este poco se le puede enseñar con brevedad la lengua Latina, sin cargarle de preceptos, que los mismos Maestros, ò no los saben, ò los han olvidado: de suerte, que en sabiendo declinar, y conjugar, les lean libros importantes, assi para la lengua Latina, como para las costumbres, y todo lo demàs tengo por tiempo mal gastado: porque las diferencias, ò propiedades de nombres, y verbos, se pueden declarar en los libros que se fueren leyendo, sin hacer lo que los Cirujanos, que detienen la cura, porque dure la ganancia: que en esto realmente son culpados los Maestros de lenguas que se aprenden por reglas, porque faltaron los que las hablan; porque las ordinarias facilmente se aprenden con oirlas à los que las hablan; y los que las aprenden para saberlas, y no para enseñarlas, con que entiendan el libro que les leyeren, sabràn mas que sus Maestros. Y bolviendo al exemplo de la zorra, sea el Maestro de buen nacimiento, ò crianza, templado, vergonzoso, verdadero, secreto, humilde, con valor, callado, no lisongero, ni hablador, que como dicho tengo, enseñe mas con la vida, y costumbres, que con las palabras; ò à lo menos, que se parezca lo uno à lo otro, para que no le abata al discipulo los pensamientos bien heredados, à presas mal arraygadas, por la ignorante doctrina, que la virtud ha de crecer con el discipulo, de manera, que con enseñarle modestia, no le enseñen encogimiento, que le desjarrete el valor del animo con que naciò. La educacion de los Cavalleros ha de ser como la de los alcones, que el alcòn, que se cria encerrado, no sale con aquella fiereza, y aliento, con que sale el que se cria donde le dè el ayre, como le criaban sus padres. Hase de criar el alcòn en lugar alto, en donde gozando la pureza del ayre, pueda vèr las aves, à quien despues se ha de abatir. El que se cria encerrado (fuera de ser mas tardio en el oficio para que le crian) no sale con aquel corage, y determinacion, que el otro que se criò al ayre. Assi el Cavallero que se ha de criar, para imitar la grandeza de sus progenitores (aunque se crie lleno de virtud, y modestia) aquel recogimiento no ha de ser encogimiento de animo, sino (como arriba dixe) ha de tener valor con humildad; estimacion sin desvanecimiento; cortesìa, y circunspeccion en todos sus actos: de suerte, que no le falte cosa para cabal señor; que esso quiere decir Cavallero, compuesto de esta voz, cabal, y hero, que en Latin quiere decir,

Señor. Assi, que Cavallero es cabal hero, ò cabal Señor; que no le falta cosa, para serlo; y digan otros lo què quisieren, que la philosofia Christiana nos dà lugar, y licencia para dàr sentido, que tenga olor de virtud. Mucha satisfaccion, y gusto (dixo el hidalgo) he recibido con el buen discurso que aveis hecho: satisfaccion en la doctrina, que realmente và encaminada à la verdad Christiana, y gusto de las ignorancias de aquel pedante. Mas quanto à la derivacion de Cavallero, es muy sabido, que se dice de cavallo, porque sustentan cavallo, y andan à cavallo, y pelean à cavallo. Si por essa razon fuera (dixe yo) tambien se llamàra Cavallero el playero, ò hartiero, que trae cavallas de la mar; y tambien se dice el que và en un jumento, ò azemila, que và cavallero, que realmente no es cavallo; y parece, que en essa opinion es impropio. Tambien (dixo el hidalgo) llamaron Eques al Cavallero, de esta palabra equus, que quiere decir cavallo. Tampoco (dixe yo) concedo lo uno, como lo otro: porque los Romanos siempre dieron los nombres à las cosas, que significassen la misma obra para que las criaban. Como à los Consules les dieron este nombre de Consulo, que quiere decir aconsejar, y mirar por el bien de la Republica. Y assi al Cavallero, no creo què le dieron el nombre de equus, por cavallo, sino de æquus, æqua, æquum, por cosa igual, cabal, y justa, como tiene obligacion de serlo: quien ha de ser cabeza, y modelo de las costumbres que han de imitar los miembros inferiores de la Republica, aunque realmente se vàn deslizando algunos de sus obligaciones, quizà entendiendo, que el Cavallero quiere decir alcavalero de los mercaderes; sacandolo de su propia significacion, y de la entereza, y firmeza que ha de guardar en todas sus acciones, que por esso al baluarte le llaman cavallero, porque ha de estàr siempre firme, è immutable à la fuerza de los contrarios, y al impetu de la artilleria, como el Cavallero lo ha de estàr à resistir los injusticias, y agravios, que se hacen à los inferiores, y oprimidos; y haciendo al contrario, vàn contra su calidad, y contra las obligaciones, que heredaron de sus passados.

DESCANSO VIII.

Toda esta platica, ò conversacion passò, estando este hidalgo, y yo, echados de pechos sobre el guardalado de la Puente Segoviana, mirando àzia la casa del campo, por donde vimos assomar un buen atajo de vacas, que nos interrumpiò la con-

conversacion, y viendolas, le dixe: Aquellas bacas han de passar por esta Puente, mas apiñadas, y mas apriessa que vienen por aquella parte; por esso, no aguardèmos aqui el impetu con que han de passar. No temais (dixo el hidalgo) que yo os guardarè à vos, y à mi. Guardese à sì (dixe yo) que à mi aquella pared, que baxa de la Puente al rio me guardarà, porque yo no me entiendo con gente que no habla, ni sè reñir con quien trae armas dobles en la frente. Fuera de lo que dicen: Dios me libre de bellacos en quadrilla. Hase de reñir con uno, que si le digo, teneos allà, me entienda: reñir con un animal bruto, es dàr ocasion, que se ria quien lo mira, y quando salga bien de ello, no ha hecho nada. Nose ha de poner un hombre en peligro que no le importa mucho: defenderse del peligro es de hombres, y ponerse en èl, es de brutos. El temor es guarda de la vida, y la temeridad es correo de la muerte. Què honra, ò provecho se puede sacar de matar un buey (quando se haga por ventura) sino tener que pagar à su dueño? Si yo puedo estar seguro, por què tengo de poner mi seguridad en peligro? Con todo esto que yo le dixe, èl se quedò haciendo piernas, y yo con las mias me puse, lo mas presto que pude, detras de la esquina. Venia por la Puente adelante una mula con dos cueros de vino de S. Martin, y un negro atassajado en medio de ellos, y aunque venia un poco apriessa delante de los bueyes, con el impetu que venian (por la priessa que los baqueros les dieron) cogieron à la mula en medio: al tiempo que llegaron à emparejar con mi negro hidalgo, la mula era maliciosa, y como se viò cercada de cuernos, comenzo à tirar puñadas, y cozes de manera, que arrojò à el negro, y à los dos cueros encima de la herramienta de un novillejo harto alegre, y que comenzando à usar de sus armas, arrojò el un cuero por la Puente al rio en medio de muchas lavanderas. El hidalgo, por librar al negro, y defenderse à sí, puso mano à su espada, y afirmandose contra el novillo, le tirò una estocada uñas à baxo, con que hizo al otro cuero dos claraboyas, que alegraron harto à la gente lacayuna: pero no fue tan de valde, que no le traxesse por delante, asido por las cuchilladas de las calzas, que de puro manidas, no pudiendo resistir à la violencia de los cuernos, se rindieron, y èl quedò arrimado al guardalado de la Puente, con algunos chichoncillos en la cabeza, diciendo: Si traxera las nuevas, buen lance avia echado. En passando la manada (que fue en un instante) acudieron los gentilesshombres, guiones de la gente de

à cavallo, y acometiendo por los orificios de los hijares al cuerpo sin aliento, en un instante le dexaron sin gota de sangre. Las lavanderas acudieron al que avia caìdo en el rio, cada una con su jarrillo, que llevando uno en las tripas, y otro en la mano, le dexaron la boca al ayre, y el señor cuero callar; al negro medio deslomado le pusieron sobre la mula, no sè lo que fue de èl. Yo acudì à mi hidalgo, no à darle en cara, el no aver seguido mi consejo, sino à limpiarle, y consolarle, diciendo, que lo avia hecho muy como valiente hidalgo. Que es yerro al afligido, y corrido, reprehenderle lo que no tiene remedio: con la reciente pesadumbre, à nadie se ha de decir: Bien os decia yo; que en el daño hecho, es mala la correccion temprana: al que està compungido de su daño, no se ha de dàr en cara lo que dexò de hacer, que èl se tiene consigo la penitencia de su yerro: y en semejantes sucessos, el empacho, y verguenza son castigos de la confianza. El se puso muy hueco del consuelo que yo le di, en alabarle de su disparate, aunque se le echò de vèr la confusion que tenia en el rostro. Con todo esso me agradeciò lo que le dixe, y para alegrarlo, le mostrè el estrago que los lacayos hacian en el cuero, y la alegria de las lavanderas, que le echaban mil bendiciones al novillo, rogando à Dios, que cada dia sucediesse lo mismo. Y en aviendo ellos, y ellas concluìdo con dexar los pellejos sin alma, se tornaron à su costumbre antigua. Los lacayos à decir mal de sus amos, y del govierno de la Republica, y las lavanderas à murmurar de doncellas, y Religiosos. Lastimosa cosa, que passando toda la vida en pobreza, trabajo, y miseria, con que pueden ganar à Dios la voluntad, venga à hallar alivio, y descanso en los brazos de la murmuracion! Que es tan poco humilde nuestra naturaleza, que ordinariamente la pobreza se rinde à la embidia, como si el repartimiento de las partes superiores, dependiesse de sola la diligencia humana, sin orden de la voluntad Divina, y que se aborrezca por cosa infame, lo que tanto amò el Autor de la vida. Los pobres son piadosos para otros pobres, pero no para los ricos; y si considerassen con los ojos del alma, quanto mas cargados de obligaciones estàn, y cuydados los ricos, que los pobres, sin duda no trocarian su suerte por la del rico, que al rico todos procuran derribarle, y al pobre nadie le tiene embidia: y con todo esso, su mayor consuelo es murmurar del que vèn acrecentado, ò en mejor estado que el suyo: pero dexemos aora à los

la-

lacayos governar el mundo, y à las lavanderas aniquilar, y deshacer lo mejor que ay en èl. El hidalgo (aunque algo desabrido del sucesso) con grandes veras me comenzò à persuadir, que fuesse con èl, y yo à considerar, si me estaba bien; porque quanto à lo primero, yo echaba de vèr, que el andar vagamundo, y ocioso, era cosa perniciosa para conservar la reputacion, y sustentar la vida, que aunque es asi, que la ocupacion cansa al cuerpo, la ociosidad fatiga el espiritu, y el que trabaja, piensa en lo que hace de bien, y el ocioso en lo que puede hacer de mal. Gracia del Cielo es menester para que el ocioso se ocupe en cosas de virtud, y mucha fuerza de mala inclinacion, para que el ocupado se exercite en el vicio. Muchas vezes oì decir al Doctor Cetina, (gran Juez) que aborrecia las ocupaciones de su oficio, por no saber faltas agenas, y por otra parte las deseaba, por no estàr ocioso. Quanto à lo segundo, consideraba, que no era cordura salir de Madrid, adonde todo sobra, por ir à una Aldea, donde todo falta, que en las grandes Republicas, el que es conocido, aunque anochezca sin dineros, sabe, que el dia siguiente no ha de morir de hambre. En los pueblos pequeños, en faltando *lo proprio, no ay* esperanza de lo ageno: el perro, que no es de muchas bodas, siempre anda flaco. Si el conejo tiene dos puertas en su vivar, puede salvarse; pero si no tiene màs de una, luego es cazado. El hombre que no sabe nadar, en un charco se ahoga; pero el que sabe entrar, y salir en la mar, no se anega. Lo tercero, veìa tan inclinado al buen hidalgo à llevarme consigo, y à mi tan agradecido à quien me quiere bien, que no sabìa negarselo: que el agradecer el amor, y las buenas obras, es de pechos nobles; y la ingratitud de tyranos: el que no agradece, no merece tener amigos: nada tienen los hombres, que no sea recibido: y asi, desde nuestro nacimiento avemos de comenzar à agradecer. Tras de todo esto considerè mi estado, y la obligacion natural que tengo à mi propio. El buen hidalgo era no muy rico, y de sus acciones descubria estrecheza de corazon: no parecia liberal: pobreza, y miseria en un sugeto, aunque son para en uno, no quiero que sean para mi: yo naturalmente soy enemigo de la escasèz, y aun creo, que la misma naturaleza la aborrece, siendo, como es, prodiga en dar: y à este hidalgo se le echaba de vèr, que no era escaso por pobre, sino por inclinacion; pero con todo esso me aventurè à no negarle lo que me pedia. Fuime

con èl à casa de cierto Titulo, con quien professaba parentesco, ò amistad; porque èl tenia necessidad de algun regalo, por las burlas que le avian passado con el novillo, y en entrando, dixo à un despensero de la casa, que me regalasse: èl entendiò sin duda, que me reglasse, y assi lo hizo: de manera, que de pura dieta casi se me vino à juntar el pecho con el espinazo. Era yà tarde, y mostròme el dicho despensero un tinelo, donde comian los criados mas importantes de la casa, como son gentileshombres, y pajes. Llegòse la hora de cenar, y el tinelo estaba mas obscuro, qué la ultima cubierta del navìo. Entrò cierto galancete, aunque no alto de cuerpo, de razonable talle, trigueño de rostro, ceja arqueada, casi de hechura de mariposa de seda, buena expedicion de lengua, pocos conceptos, y muchas palabras, mas lleno de hambre, que de hidalguia; y como viò tan lobrego el aposento, dixo: Ola, trae aqui velas. Vino un picaro, con mas andrajos que un molino de papel, con un cabo de vela Portuguesa, y hincòla en un agujero de la misma mesa tinelar, que si no tuviera nudo la madera, la hincàra en la pared. Pusieron en ella unos manteles desvirados, que parecian delantal de zurrador. Sacò aquel galàn una servilleta de la faltriquera, no mas limpia; pero mas agujerada, que cubierta de salvadera, y por gran cosá dixo. Mas ha de veinte años que la tengo conmigo: lo uno, por no ensuciarme con estos manteles: lo otro, porque me la diò cierta señora, que no quiero decir mas. Pusieronles à cada uno un rabano, cuyas hojas fueron la ensalada, y el rabano el sello estomatical. Yo les dixe, que estaban seguros de la fatigosa passion de orina, assi por el uso de las hojas, como por la templanza en la comida, que no les dieron à cenar, sino unos bofes salpimentados con hollin, y salpimienta. Respondiò aquel entonadillo: Siempre en casa de mis padres oì alabar essa virtud de la templanza, y por averme criado con ella, soy templado en todas mis acciones. Sino es en hablar, dixo otro gentilhombre, y prosiguiò, que los hidalgos tan honrados, y bien nacidos como yo, no se han de enseñar à ser glotones, que no saben en lo que se han de vèr, en paz, ò en guerra. No se halla, que mi padre comiesse mas de una vez al dia, y con mucha templanza (sino era quando le combidaba el Duque de Alva, grande amigo suyo, que entonces comia mas que quantos avia en la mesa, por ser tan gran Cortesano, tan discreto, y decidor, que entretenia solo à una sala de gente) y con

todo esso nos dexò muy pobres. No me espanto de esso, dixe yo, que el caudal eran palabras, la resulta serìa viento: que quando el hablar no se acompaña con el hacer, como se queda en la primera parte, nunca se vè el fruto de la segunda. La dulzura, y gracia de la lengua satisface tanto à su dueño, que todo se và en vanagloria para sì, y detraccion para los demàs. Y en resolucion, la lengua es la mas cierta señal de lo interior del alma, que la mucha loquacidad, no dexa cosa en ella, que no lo echa fuera. A todo esto, yo esperaba mi cena, que segun se tardaba, me parecia, que servia yà en Palacio. Assomò mi despensero con un platillo de mondongo, mas frio que las gracias de Mari-Angola. Tomèlo, y despedazèlo, que no avia con que cortarlo, y al olor que subiò de tripa mal lavada, dixo aquel hablador: En viendo este genero de comida, siento un olor ambarino, que me consuela el alma, porque lo comiamos siempre en mi Aldea, hecho por las manos de una hermana mia, que sino fuera por unos cabellejos, mas rubios que el oro, que se le caìan encima, lo podia comer un Ermitaño: à mi me oliò de manera, que deseaba que el picaro me lo quitàra de delante, y combidèle à aquel hidalgo con èl: diciendo que avia cenado, èl lo probò, y aprobò, y alabando el picante de la pimienta, y cebolla, y la limpieza de las manos que lo avian hecho, se acabò, junto con el cabo de vela. Comenzò este à decir: Picaro, trae aqui velas. Quales velas? preguntò el picaro: vayase à passear, y dexe las velas. A fee de hidalgo, dixo aquel gentilhombre, que os tengo de hacer quitar la racion. Esso fuera, dixo el picaro, si me la huvieran dado; pero la que no se ha dado, mal se puede quitar, que como sabe, ha mas de quatro meses, que no se dà racion en esta casa. O villano, dixo el otro, deshonra buenos; y tal has de decir? Los mal nacidos, como este, infaman las casas de los Señores, que no saben tener paciencia, ni sufrir un mal dia, luego echan las faltas en la calle, no se contentan con el respeto que los tienen por servir à quien sirven: mal callarades vos lo que yo he callado, y sufrierades lo que yo he sufrido, y huvierades hecho lo que yo he hecho, supliendo sus faltas, gastando mi hacienda, prestando mi dinero, y diciendo muchas mentiras, por disculpar sus descuidos. Los bien nacidos tienen consideracion à las muchas obligaciones de los Señores: si oy no tienen, mañana les sobra, y pagan junto lo que no dàn por menudo. Señor, dixo el picaro, yo no tengo las

inteligencias que V. m. que se và à las casas de juego. Atajòle de presto el gentilhombre, diciendo: Es verdad, que yo juego de ordinario, que aun no ha mas de esta tarde, que ganè dineros, y ciertas joyuelas, y una cadenilla de oro. Pues como no tiene para velas? dixo el picaro: Porque di, respondiò, todo el dinero de varato. No es mucho, dixo el picaro, si es verdad esso, que de quantas vezes lo recibe, lo dè una. Yo, picaro, dixo el mozalvillo. Como su padre, respondiò el picaro. Mi padre, dixo el galàn, tomabalo, porque se lo daban, y lo merecia. Y V.m. dixo el picaro, porque lo pide, y no lo merece. A toda esta pendencia, y otra que se avia travado entre dos pajes sobre la antiguedad del assiento, estaba à obscuras el lobrego tinelo: y yo espantado, dixe al mozuelo que callasse, y tuviesse respeto, que à los que tienen oficio superior en casa de los Señores, no se les avian de atrever de aquella manera. Dexelo V. m. dixo otro gentilhombre, que si el picaro habla, por todos habla: què si jugando sentencian una causa, que no sea en su favor, luego dice, que lo hacen porque le dèn varato: Fuera de ser el que nos pone à todos en mal con el Señor: congraciador general, y celebrador, y reidor de lo que *el Señor dice*: arcadùz de la oreja, manantial de chismes, estafeta de lo que no passa en todo el mundo. Si dice algo, èl lo celebra, y quiere que se lo celebren todos: si otro dice, ò hace algo bueno, lo procura derribar, y deshacer; y si malo, à pura risa lo persigue; y si alguno le parece, que se le và entrando al Señor en la voluntad, por mil caminos le descompone. Estas, y otras muchas cosas le dixera yo de mi persona à la suya, con cinco palmos de espada. Quando yo esperaba una grande pendencia, el habladorcillo diò una gran carcaxada de risa, con que el otro se indignò mucho mas, y dixo: Luego no es verdad lo que digo? Y el otro con una risa falsa, le dixo: Esso, y mucho mas es verdad: y V. m. sabe poco de Palacio, que aqui el doblèz, y la ficcion estàn en su lugar: no ay verdad, sino lisonja, y mentira, y el que no la trata, no puede valer en Palacio. Desde que naci me criè en èl, y aunque mi padre me avisaba de esto mismo, nunca le vì medrar, sino quando decia mal de algun ausente, que como sea dicho con donayre (como èl lo decia) alegra el animo, endulza el oìdo, atrae la voluntad, saca risa de los pechos melancolicos. Y llevaràse el diablo, dixe yo, à quien lo dice, à quien lo escucha, à quien incita à que se diga, à quien tiene tan ruin opinion,

, y à quien lo consiente,
endo estorvar que no se
. Y querer nadie hacer ley
u mala condicion, y costum-
en las cosas de Palacio, es
o notable, y digno de cas-
, que todos essos son actos,
tienen su principal descen-
:ia, y origen de la antiquis-
casa de la embidia. Passion
ne, engendrada en pechos,
piensan que el bien ageno
le redundar en daño suyo,
udos de partes, y mereci-
ıtos: la qual embidia es la
perniciosa de todas; porque
o tiene su fundamento en
r del bien ageno, todo el
po que dura en aquel la
peridad, dura en este la
cia, y sin tassa, ni eleccion:
que el mismo en quien se ha-
an abominable inclinacion,
los se opone: al menor, por-
no le le iguale, y al igual,
ue no le dexe atràs, y al
or, porque no le sujete. Què
ılado està à lo viejo, dixo el
ador. Y què destemplado
:l à lo moderno, dixe yo. Y
guiò, diciendo: Entre los
giosos, y Religiosas, puede
rme, que no son muy ordi-
ıs las embidias sobre las
:iones de Superiores, y ofi-
? Quando las aya, que po-
ezes las ay, dixe yo, al fin
obre cosas honradas, de mu-
:alidad, è importancia para
:ligion, y cada uno sigue el vando, que mas le parece conveniente para cosas de tanta substancia; pero en Palacio, sobre què es la embidia, sino sobre unas calzas viejas, que desechò el Señor, por mas que viejas? O sobre hacerle Secretario de lo que es publico en la boca de todos? Pues quiero que entiendan los habladores, y cizañeros de Palacio, que yà con su argenterìa falsa pueden traer enlabiado al Señor, en tanto que por la tierna edad se dexa llevar de congraciadores, que al fin son descendientes de sangres alimentadas con virtud, y valor de animo, y han de caer en la quenta, mejor que en el yerro, y conocer lo que es bien, y mal, y premiarlo conforme à la intencion con que ha corrido. Preguntò aquel gentilhombre: Pues no ha de tener el Principe criados, que por la reputacion del Señor, sepan cumplir de palabra con los Mercaderes, y entretener los acreedores à quien deben? Esso, dixe yo, es lo que menos importa à los Señores; porque los tales criados, no mienten por entretener las trampas de los Señores, sino por dilatar las que ellos hicieron à bueltas de ellas. Mas pregunto: Es forzoso, que por estàr un hombre ocioso, y vicioso, ha de servir toda la vida, sujeto à las costumbres envejecidas de los que no pretenden mas de vivir.

y morir; y por levantarse tarde, y exercitar la poltronerìa, han de estàr todo el dia arrimados à la pared, como anima de giganton en puerta de taberna? Bien sè, que no han de ser todos Soldados, ni todos Estudiantes, Oficiales, y Sacerdotes, que servirse tienen las gentes de las gentes, y los Principes de los hombres, que sean hombres, que no professan la adulacion por comer, y holgar. Estudien, lean, aprendan algo de virtud, que no ha de ser todo congraciarse con el Señor, derribando al uno, desacreditando al otro, y amenazando à aquel, y enfadando à todos, sobre cosas, que no tienen mas calidad, ni cantidad, que comer, y passearse, y à la vejèz contar historias, que ni las vieron, ni las leyeron, ni aun quizà las oyeron, que la necessidad los hace inventores. Yà se me iba desatando el frenillo contra la vida de Palacio, como el estomago estaba desocupado, y las partes organicas obraban mas desembueltamente, quando entraron hachas encendidas, alumbrando toda la casa, que sirviò la visita, de que por una saetìa entrasse la luz à la mesa de los doce pajes, y acudiendo cada uno à sus obligaciones, quedè tan solo, que pude desamparar las mias en el tinelo, y desliceme, lo mas calladamente que pude sin despedirme de nadie, ni hablar palabra, bolviendo de quando en quando el rostro atràs, por vèr si me seguian, por la costa que avia hecho en el regalo mondonguil, que no comi, ni comiera, y en verme libre de aquel carnero de huessos mondos, entendì que me avia escapado de alguna mazmorra de Argel. Fuime à mi posadilla, que aunque pequeña, me hallè con una docena de amigos, que me restituyeron mi libertad, que los libros hacen libre à quien los quiere bien. Con ellos me consolè de la prision que se me aparejaba, y satisfice la hambre con un pedazo de pan conservado en una servilleta, y à la dieta, con un capitulo, que encontrè en alabanza de el ayuno. O libros, fieles consejeros, amigos sin adulacion, despertadores del entendimiento, maestros de el alma, governadores del cuerpo, guiones para bien vivir, y centinelas para bien morir! Quantos hombres de obscuro suelo aveis levantado à las cumbres mas altas del mundo? Y quantos aveis subido hasta las sillas de el Cielo? O libros, consuelo de mi alma, alivio de mis trabajos, en vuestra santa doctrina me encomiendo! Reposè aquella noche muy poco; porque como el sueño, que se diò para descanso de el cuerpo, se hace de vapores calidos, y humedos, que suben de el estomago, y manjar al celebro, y yo estaba

en ayunas, fue tan poco
sueño, que à las seis de la
iana estaba ya vestido. Santi-
me, y encomendandome al
or de la vida, fuime à un hu-
adero de el bendito Angel de
Guarda, que està de la
parte de la Puente Sego-
ia. El dia amaneciò claro, y
ol grande, y de color ama-
izo. Fuera de esto, en un re-
o de ovejas, que encontrè
a de la Puente, vi que los car-
s se topaban unos con otros,
e quando en quando alza-
los rostros al Cielo; echè
vèr la tempestad que amena-
el dia, dime priessa por bol-
presto. Fui à rezar, y en aca-
do, llegò el Ermitaño à mi
pareciò ser hombre de buen
urso) y me dixo: No harà
buen dia oy, como hizo el
Bienaventurado San Isidro, si
n. se hallò aqui. Si me hallè,
yo, y he conocido las mis-
señales del mal tiempo, por
de este dia no se parecerà al
. Cierto, dixo el Ermitaño,
mirè desde este alto, y se
epresentò con la mucha can-
d que avia de coches, y car-
una hermosa flota de Na-
de alto bordo, que me tra-
la memoria algunas que he
en España, y fuera de ella.
l mismo concepto, dixe yo,
ve aquel dia, que venia con
poco de gota, con el espa-
, y remanso que requiere tal
enfermedad, y me acordè de la Armada de Santandèr, que tan hermosa apariencia tuvo, y tan mal se logrò. Llegando al medio de la Puente, me llamaron para subir en un coche dos Cavalleros del Habito Eclesiastico, de muy gallardos entendimientos, acompañados de prudencia, y bondad. Subì, y apenas estuve en el coche, quando se alborotaron los cavallos, por una supercheria que usò un hombre de acavallo con un hidalgo de à pie, de muy buena suerte, sobre aver sido estorvo, para no hablar à su comodidad con una quadrilla de cien mugeres, que ocupaban un coche ageno; que en cogiendole prestado, cabe dentro todo un linage, y toda una vecindad. Alborotada la flota carrozal, llegòse cerca de nosotros el autor de la pesadumbre, muy ufano de lo que avia hecho. Dixole uno de aquellos dos Cavalleros, Bernardo de Oviedo: Si fuera licito à los hombres hacer todo lo que pueden, no se fuera V. m. riendo de la sinrazon que ha hecho. Respondiò el otro: V. m. no debe de saber, què cosa es ser enamorado. A lo menos, dixo Bernardo, sè, que el amor no enseña à hacer cosas ruines. Passò acaso por alli el Maestro Franco con su mula, y dixo al agressor: No se desconsuele V. m. que por lo menos ha grangeado la voluntad de doce mugeres,

que con essa hazaña, y doce pasteles de costa, iràn à decir, que V. m. es un Alexandro, y un Scipion. Huelganse conmigo, dixo el valiente, pues vive Dios, que si no fueran Clerigos, avia de passar el negocio adelante. Pues por esso, dixo el Maestro Franco, lo hizo Dios mejor; que sin quedar V. m. descomulgado, nos ha dado harta materia para reir. A todo esto estaba muy colerico cierto gentilhombre, que iba alli, de buena conversacion, y poca substancia, y dixo: Es possible, que ha tenido aquel hidalgo paciencia para no vengarse de su agravio, aunque le hicieran pedazos? De qual agravio? dixo Bernardo. El anduvo muy bien en no hacer diligencia donde no avia de aprovechar: y los agravios, que no caen sobre materia, no tocan à la honra, ni aun à la ropa, si bien perturban el animo. Jugando suelen decir mil disparates los que pierden, como decir: Qualquiera que se huelga que pierda, miente, y es un cornudo. Hase de reir de esto, porque nadie diò materia para la desmentida; y llamase materia la ocasion de agravio, hecho con palabras, ò con obras, sobre que cayga la venganza. Si dandole à un jumento de varazos, le alcanzan à dàr à un hombre: ò si jugando al mallo, ò à los trucos, le aciertan à dàr un palo, no tiene de que sentirse, porque aquel agravio no cayò sobre materia: y la paciencia en semejantes casos, arguye mucho valor de animo. Ea, señor, dixo el otro, que la paciencia en tan notorias injurias, descubre pocos higados, en quien ordinariamente la tiene. Por tres cosas, dixo Luis de Oviedo, tiene un hombre paciencia notable: ò por no entender bien las cosas del mundo, ò por templanza natural de condicion, ò por virtud adquirida de muchos actos: y el que sin estas tres cosas sufre injurias, que no puede remediar, manifiesta invencible animo para ellas, y menosprecio para quien las hace. Al tiempo que acababa esta conversacion con el Ermitaño, vì todo el Cielo rebuelto, y turbado: fuime à despedir para irme, y èl me detuvo, diciendo, que antes que acabasse de passar la Puente me cogeria la borrasca: dentro de poco espacio fue tan grande la tempestad de truenos, relampagos, y rayos, que la creciente, en menos de media hora, casi vino à cubrir los ojos de la Puente, y fue forzoso cerrar las puertas de el humilladero, que combatidas de el ayre, hicieron mucho en no rendirse à su violencia. Mejor està V. m. aqui, dixo el Ermitaño, que no en el camino. Què mejor, dixe yo, que estando en la casa de el mismo defensor de nuestras almas, y cuerpos, criado

do para esso de la inefable bondad del Eterno Padre, mas bien guardados estamos que fuera de ella. Gúarda, à quien no solamente la heredad de Dios reverencia, y conoce: pero aun la antiguedad, ciega de la lumbre de la Fè, tuvo grande veneracion, dedicandole Templos, y levantandole Altares, en nombre de el Genio, que assi llamaban los antiguos al benditissimo Angel Custodio. Jesus; y què continuos, y civiles truenos! què gruessa piedra! què perseverancia tan grande! Desde que yo vine à Castilla, nunca entendi, que fuera tan sujeta à tempestades tan desatadas, como las que muchas veces he visto: que en mi tierra, por ser llena de grandes montañas muy altas, y sujetas à la fuerza de los vientos, no es tan de admirar, que se vean estos tan arrebatados turbiones, mezclados con vientos, y granizo. De donde es vuessa merced? dixo el Ermitaño. Yo, señor, respondi, soy de Ronda, Ciudad puesta sobre muy altos riscos, y peñas tajadas, muy combatida de ordinario de Ponientes, y Levantes furiosos: de manera, que si fueran los edificios como estos, se los llevàran las tormentas. Nunca he sabido hasta agora, dixo el Ermitaño, de donde fuesse vuessa merced, aunque le conocì en Sevilla, y le comuniquè en Flandes, y en Italia. Mirèle con cuidado, y haciendo reflexion, conocile (que avia sido Soldado donde dixo) holguème, y abracèlo, y supe de èl, que se avia retirado à la soledad de los montes, algunos años avia, à servir à Dios; y por aver enfermado, se vino à poblado, ò cerca de èl, à passar la vida eremitica, dandole à Dios lo que le quedaba. Aunque la furia del argavielso no durò mas de una hora, el agua que tràs èl se siguiò, durò sin cessar hasta el dia siguiente, con furia de vientos deshechos. El buen Ermitaño se hallò con carbòn, encendiò un brasero, y hizome quedàr à comer con èl, de lo que Dios le avia embiado por mano de gente muy devota, de que ay mucha abundancia en Madrid.

DESCANSO IX.

Cerradas las puertas del humilladero, para defensa del viento; y encendido el carbòn para la del frio, estaba el lugar abrigado, y apacible; que el armonìa, que el ayre hace, con el ruido de las canales, produce una consonancia agradable para las orejas, y no para el cuerpo, que en esso se diferencia el oìdo del tacto; que ay cosas que todas son buenas, y oìdas son malas, y al contrario. Comimos, y encerrados todo el dia, con la obscuridad, la noche,

y dia fueron todo noche. Tornò el Ermitaño à repetir su primera pregunta, y como estabamos ociosos, y encerrados, sin tener otra ocupacion, tratamos de lo que se nos ofreciò. Preguntòme donde avia estudiado, y como me avia divertido tanto por el mundo, siendo de una Ciudad tan apartada del concurso ordinario, y que para la cortedad de la vida humana, tiene bastantes, y sobrados regalos para passar con alguna quietud? Yo le respondi à todo lo que me preguntò: Aunque aquellos altos riscos, y peñas levantadas (por la falta de la comunicacion) despertadora de la ociosidad, y engendradora de amistades, no son muy conocidos, con todo esso cria tan gallardos espiritus, que ellos mismos apetecen la comunicacion de las grandes Ciudades, y Universidades, que purifican los ingenios, y los hinchen de doctrina, por donde ay vivos en este tiempo varones, con cuya salud se alegra, con tanta aprobacion de hombres doctos, que no tienen necessidad de la mia. Tuvimos alli un gran Maestro de Gramatica, llamado Juan Causino, no de los que dicen aora Preceptores, sino de aquellos, à quien la antiguedad diò nombre de Gramaticos, que sabian generalmente de todas las ciencias, doctissimo en las humanas letras, virtuoso en las costumbres, dechado que oblig que se las imitassen, las q enseñò, juntamente con la gua Latina, en que hacia elegantes versos. Era na mente manco de ambas m pero de los mas respetado temidos, à fuerza de virtud pia: lo qual grangeò con ñar silencio, mas que h porque decia èl muchas que el hablar era para la siones forzosas, y el callar siempre. De esto, y la le Latina, sino fui de los me discipulos, tampoco fui d peores. Estando yo razon mente instruìdo en la lengu tina, de manera, que sabì tender una epygrama, y poner otra, y adornado c poco de musica (que siempr tenido entre sì algun parer estas dos Facultades) por quietud natural, que sie tengo, y he tenido, qui adonde pudiesse aprender na cosa, que me adornas perficionasse el natural ta que Dios, y naturaleza me concedido. Mi padre, v mi deseo, è inclinacion, hizo resistencia, antes me à su modo, con la sencillè por allà se usa, diciendo: mi costilla no alcanza à m lo que he hecho, id à l vuestra ventura; Dios os y haga hombre de bien; esto me echò su bendicio

me diò lo que pudo, y una espada de Bilbao, que pesaba mas que yo, que en todo el camino no me sirviò, si no de estorvo. Partime para Cordova (aunque lleguè entero) que es donde acude el harriero de Salamanca, y alli vienen de toda aquella comarca los Estudiantes que quieren encaminarse para la dicha Universidad. Fuime al Meson del Potro, donde el dicho harriero tenia posada: holguème de vèr à Cordova la Llana, como muchacho inclinado à trafagar el mundo. Fuime luego à vèr la Iglesia Mayor, por oìr la musica, donde me dì à conocer à algunas personas, asi por acompañar à mi soledad, como por tratar gente, de quien poder aprender: que realmente, con la poca experiencia, y averme apartado, poco avia, de mis padres, y hermanos (acto que engendra encogimiento en los mas gallardos espiritus) viendo que en aquella ausencia era forzoso, y que la fortuna nos acomete con cobardìa, animème lo mejor que pude, diciendo: La pobreza me sacò, ò por mejor decir, me echò de casa de mis padres; què quenta daria yo de mi, si me tornasse à ella? Si los pobres no se alientan, y animan à sì proprios, quien los ha de animar, y alentar? Y si los ricos acometen las dificultades, los pobres, por què no acometeràn las dificultades, y aun los imposibles, si es posible? Enternezcome con la memoria de mis hermanos; pero esta se ha de olvidar con el deseo de poderles hacer bien: y si no pudiere, à lo menos avrè hecho de mi parte lo posible, y obligatorio. No se vienen las cosas sin trabajo: quien no se anìma por cobarde, se queda en los principios de la dificultad: si no hago mas que mis vecinos, tan ignorante me quedarè como ellos: animo, que Dios me ha de ayudar. Fuime à mi posada, ò à la del Meson del Potro, y puseme à comer lo que yo pude, que era dia de pescado, en sentandome à la mesa, llegòse cerca de mi un gran marchante, que los ay en Cordova muy finos, que debia ser vagamundo, y me oyò hablar en la Iglesia Mayor, ò el diablo hablaba en èl, y dixome: Señor Soldado, bien pensarà V. m. que no le han conocido: pues sepa, que està su fama por acà esparcida muchos dias ha. Yo soy un poco vano, y no poco, y creìmelo, y le dixe: V. m. conoceme? Y èl me respondiò: De nombre, y fama muchos dias ha: y diciendo esto, sentòse junto à mi, y me dixo: V. m. se llama fulano, y es gran Latino, Poeta, y Musico: desvanecime mucho, y combidèlo, si queria comer; èl no se hizo de rogar, y echò mano de un par de huevos, y unos

pe-

pezes, y comiòlos: yo pedi mas, y èl dixo: Señora huespeda, (porque no posaba en aquella posada) no sabe V. m. lo que tiene en su casa; sepa, que es el mas habil mozo que ay en toda la Andalucia: à mi diòme mas vanidad, y yo à èl mas comida, y dixo: Como en esta Ciudad se crian siempre tan buenos ingenios, tienen noticia de todos los que ay buenos en toda esta comarca. V. m. no bebe vino? No señor, respondi yo. Hace mal, dixo èl, porque es yà hombrecito, y para caminos, y ventas, donde suele aver malas aguas, importa beber vino: fuera de ir V. m. à Salamanca, tierra frigidissima, donde un jarro de agua suele corromper à un hombre: el vino templado con agua, dà esfuerzo al corazon, color al rostro, quita la melancolìa, alivia en el camino, dà corage al mas cobarde, templa al higado, y haze olvidar todos los pesares: tanto me dixo del vino, que me hizo traer de lo fino media azumbre, que èl bebiesse, que yo no me atrevi. Bebiò el buen hombre, y tornò à mis alabanzas, y yo à oìrlas de muy buena voluntad, y al sabor de ellas, à traer mas comida: tornò à beber, y à combidar à otros tan desengañados como èl, diciendo, que yo era un Alexandro: y mirando àzia mi, dixo: No me harto de vèr à V. m. que V. m. es fulano. Aqui està un hidalgo, tan amigo de hombres de ingenio, que darà por vèr en su casa à V. m. docientos ducados. Yà yo no cabia en mi de hinchado con tantas alabanzas; y acabando de comer, le preguntè quien era aquel Cavallero. El dixo: Vamos à su casa, que quiero poner à V. m. con èl. Fuimos, y siguiendole aquellos amigos suyos, y del vino, y yendo por el barrio de San Pedro, topamos en una casa grande un hombre ciego, que parecia hombre principal, y riendose el bellacòn, me dixo: Este es el hidalgo, que darà docientos ducados por vèr à V. m. Yo corrido de la burla, le dixe: Y aun por veros à vos en la horca, los diera yo de muy buena gana. Ellos se fueron, y yo quedè muy colerico, y medio afrentado con la burla; y aunque dixo verdad, que el ciego bien diera por verme todo quanto tenia. Esta fue la primera baza de mis desengaños, y el principio de conocer, que no se ha de fiar nadie de palabras lisongeras, que traen el castigo al pie de la obra. De què podia yo desvanecerme, pues no tenia virtud adquirida en que fundar mi vanidad? La poca edad està llena de mil desconciertos, y desalumbramientos: los que poco saben, facilmente se dexan llevar de la adulacion. Yo me dexè engañar con aquello que

desea-

:aba huviera en mi; pero no
de espantar, que un hombre
cillo, y sin experiencia sea
;añado de un hombre caute-
ɔ, mas serà digno de castigo,
e dexa engañar segunda vez.
tenia de que correrme por
hecho, sino de que aprender
a adelante, à desapasionarme
las cosas del mundo; pero al
me lastimò la burla de mane-
, que no siendo amigo de ven-
ızas, quise probar la mano, à
si sabria dàr una traza, pa-
que me la pagasse aquel bur-
or. Avia otros Estudiantes es-
ando al mismo harriero, hi-
ne camarada con ellos, y co-
nzamos à passear juntos. Yo
quitè el vestido de camino,
ne vestì una sotanilla, y fer-
uelo negro de muy gentil
ıtidoseno de Segovia, y traxe-
le manera, que los Estudian-
lo conociessen bien, y luego
tornè à poner de camino. El
laco del burlador vino à la
le, riendose mucho, y yo
; porque no entendiesse,
: me avia corrido, dixele: Que
:ria por mi amigo à hombre
tan buen gusto, y entre los
, y sus amigos, reìmos el
imulo con que avia comido,
ablado. El tenia conocimien-
no muy sencillo) en una ca-
donde se daba de comer ra-
ıablemente, y à precio con-
ıible; y asi me dixo, que
:ria que comiesse yo alli siem-
pre, porque nos harian cortesìa;
yo le dixe: Si harè, con tal que
V. m. coma conmigo; pero es-
toy esperando un Mercader, que
acude à las ferias de Ronda, pa-
ra quien traygo una libranza de
cien ducados, y hasta que èl
venga, no lo puedo passar muy
bien. No le de à V. m. pena, di-
xo èl, pensando que tenia lan-
ce, que yo harè, que le fien quan-
to quisiere. Esso no, dixe yo, que
tiemblo de tratar de fiar, ni ser
fiado, que por aì se perdiò mi
padre. Yo le darè à V. m. una
muy gentil prenda, sobre que
nos fien, hasta que venga este
Mercader. Sea en horabuena, di-
xo el buen hombre. Fuime à mi
casa, y doblando muy bien aquel
ferreruelo de ventidoseno, lla-
mèle à solas, de que èl se holgò
mucho, y diselo, para que le
llevasse por prenda, yendo yo
con èl: visele dàr, y comenza-
mos à comer sobre èl, el bella-
còn, y los dos estudiantes: y
yo estuve siempre alerta, que
no pudiesse entrar sin mi à la ca-
sa donde comiamos, porque no
me hiciesse alguna treta, como
lo tenia pensado, que de la mia
no tenia sospecha. Vino el har-
riero de Salamanca, y tratamos
de irnos. El redomadazo, como
no pudo hacer treta, con el cuy-
dado que yo tenia, à lo menos
pidiòle à la buena muger una
docena de reales sobre el ferre-
ruelo, porque dixo, que queria

ir fuera: no pudo decirselo, sin que yo lo entendiesse; dixele: Pues se và fuera V. m. digale à essa señora, que si yo viniere por el ferreruelo con el dinero, me lo dè; y asi lo hizo, que su intencion era desaparecerse, hasta que se huviesse ido el harriero, y quedarse con la prenda. Desapareciòse, y yo fui à un Juez, y le dixe con gran sentimiento, y palabras, que pudiesan moverle, que como avia sido Estudiante, era facil el persuadirle, quexandome: Señor, yo soy Estudiante, y estoy de camino para Salamanca, aviendo quince dias que estoy aqui esperando al harriero, hanme hurtado un ferreruelo, que me llegò à veinte ducados, tengo noticia que està en cierta casa, suplico à V. m. porque no me desavie de ir con el harriero, pues sabe V. m. como tan gran Estudiante, y Letrado, en que caen estas cosas, me mande con justicia restituir el ferreruelo, que el que lo hurtò aguardò al punto crudo, porque me faltasse tiempo para cobrarlo, y gozar mas de su bellaqueria. No le valdrà, dixo el Juez, que à semejantes trazas, sè yo acudir con justicia, y diligencia. Què grande maldad! que à un pobre Estudiante, que quizà no llevaba otra cosa con que honrarse en Salamanca, le querian desaviar, quedandose con su hacienda hurtada. Diò luego à un Alguacil, y Escrivano comision, para que hiciesse la diligencia. Yo reparti entre los dos ocho reales, con que se les encendiò el deseo de cumplir con lo mandado por el Juez. Fui con los dos Estudiantes à la buena muger (Dios me lo perdone) y dexando à la puerta el Escrivano, y Alguacil, dixele que me sacasse el ferreruelo. Sacòlo, vieronlo los Estudiantes, y conocieron ser el mio. Entraron el Alguacil, y Escrivano; y tomados los testigos, la muger, dixo: Que no queria dàr el ferreruelo, sino à quien se lo avia empeñado, que era un conocido suyo, hombre muy honrado. El Escrivano se hizo depositario de èl, y en llegando al Juez con la informacion, mandò entregarme mi ferreruelo, dando mandamiento de prision contra el bellaconazo, que antes no parecia, por lo que me queria hacer, despues no pareciò, por lo que querian hacer con èl. Fuimonos con el harriero, aviendo comido à costa suya, lo dexamos en este trance, con que reimos todo el camino. No alabo yo el aver hecho esta pesada burla, que al fin fue venganza, cosa indigna de un valeroso pecho, y que realmente en esta edad no la hiciera; pero quien hace mal à quien no se lo merece, què espera, sino venganza, y castigo? Estos hombres vaga-

ndos, y ociosos, que se quie-
sustentar, y alimentar de san-
agena, merecen que toda la
ublica sea su fiscal, y verdu-
El ocioso siempre piensa en
er mal, ò en defenderse del
ha hecho, y en no pensan-
en esto, està triste, y melan-
co. La melancolìa facilissima-
te acomete à los holgazanes.
contento queda uno de es-
quando ha puesto en execu-
una maldad: y què presto
ve à estàr en su mala inten-
: la misma vida que trae el
so, lo trae arrastrando: por
infelice tengo à un hombre
so, que à un enfermo: por-
este tiene esperanza de sa-
y la procura con todos los
ios possibles; mas los ocio-
y vagamundos, nunca de-
salir de su mal estado; co-
el que està en galeras mu-
años no se halla fuera de
lla miseria, assi el ocioso,
cupandolo, no se halla fue-
su ruin vida. Què disgustos
, quando juega, y pierde!
desesperacion siente, quan-
è à los virtuosos bien pues-
Què carcoma infernal le aco-
, quando se vè incapàz de
cer lo que el otro alcanza!
nos libre de tan abomina-
icio, origen, y principio de
eza, poca estimacion, olvi-
de la honra, y ofensa
de la Magestad de
Dios.

DESCANSO X.

FUimos caminando con el har-riero, la mitad del camino al pie de la letra, y la otra como tercios de pescado. Quando à el harriero se le antojaba, que era mozo tiesezuelo, de condicion desapacible, enseñado à perder el respeto à los Estudiantes novatos; y assi nos quiso hacer una burla en un Pueblo pequeño, y en parte la hizo; lo uno por llevar sus mulos descansados; y lo otro, porque pensò, quedandose solo, derribar la fortaleza de una mugercita de buena gracia, que iba en nuestra compañia, destituyendola de el arrimo, y apoyo, que llevaba con cierto Oficial, que se avia de casar con ella. Fingiò, que le avian hurtado un zurròn de dineros, y que la justicia venia à prendernos à todos, para darnos tormento, hasta averiguar quien lo tenia: y junto con esto, jurò que nos avia de dexar en la carcel, y caminar con sus mulos lo que pudiesse, que para muchachos sin experiencia, qualquiera temor de estos bastaba: creimoslo, como si fuera verdad averiguada, y encareciòlo de manera, que nos hizo andar toda aquella noche (tràs lo que aviamos caminado el dia antes) cinco, ò seis leguas, y no caminando, sino huyendo por dehessas, y montañas, fuera de camino, sin

guia,

guia, que nos pudiesse alumbrar por donde ibamos, y èl se quedò riendo, importunando con requiebros, y mal lenguaje à la pobre muger, sola, y sin defensa; pero no le sucediò como pensaba, porque el ruido que èl avia hecho, avia sido por medio de un Alguacilejo amigo suyo: y la muger como valerosa, despues de averse defendido de la violencia que con ella quiso usar, tuvo modo como escabullirse de èl, y yendose à el Alcade, le dixo con grandissi ma accion de palabras, y sentimiento, que aquel harriero avia hecho una estratajema, y maraña muy perniciosa, por aprovecharse de ella, y quitarle el remedio que consigo traìa, creyòlo el buen hombre; assi por conocer la desverguenza, y mal trato de el harriero, como por atajar el daño, que à la pobre muger le podia suceder; y afeandole este caso, y la inhumanidad que avia usado con los Estudiantes, le mandò que diesse fianzas, que llevaria muy regalada à la muger, sin hacerle agravio, ni ofensa, y que no le castigaba muy gravemente, por no desaviar la jornada à los Estudiantes: y amonestòle, que mirasse còmo procedia, porque le castigaria con todo rigor, sin tener respeto à cosa alguna, si por el camino iba haciendo insolencias: y mandòle con esto, que se aviasse muy de mañana, para recoger à los cansados, y hambrientos Estudiantes. O harrieros, impia gente, y sin caridad, crueles contra su misma naturaleza! No conocen à nadie, mas de en quanto le estàn quitando el dinero. Y assi los castiga Dios, porque tienen muchas possadas, y pocos amigos. Todos los generos de gente aman la piedad, sino son estos. El dia que no hacen alguna burla à los caminantes, no estàn en sì: Tratan con bestias, y assi se vàn convirtiendo en su naturaleza. No se ha visto, que llevando bestias vacias, aliviassen del trabajo, y cansancio del camino à algun miserable; parece, que les falta el uso de la razon natural, como à este, que no pudiera uno de ley contraria, usar con nosotros mas exorbitante bellaqueria, que hacernos huir de noche, cansados de aver caminado el dia antes, sin mas ocasion que cometer dos enormes maldades. Ibamos huyendo, y por no ser sentidos, y en tropa, dividimonos cada qual por donde mejor le pareciò. Yo segui una medio vereda, que estaba bien cubierta de arboles, hice quanto pude de mi parte, por no quedarme mas atràs de los otros: pero mi cansancio era de modo, que en poco espacio à ninguno de todos sentia. Puse el oìdo en la tierra (que de este modo se oyen mejor los passos, aunque estèn algo le-

xos) no sentia cosa que me hiciesse compañia. Traspuseme un poco, y luego dime priessa à andar, bolviendome àzia atràs, pensando que iba adelante; y assi, quanto mas andaba, y me apresuraba, menos esperanza tenia de alcanzar los compañeros: àzia las espaldas me parecia, que oìa perros ladrar algo lexos, que como los compañeros iban à priessa, alteraban estos animalejos. Como no estaba exercitado en caminos, y el dia antes se avia trabajado en esso, el sueño (como descanso general de todos los miembros) solicitaba sus horas diputadas: y no pudiendo yà mas conmigo, rendime al cansancio, y al sueño. Topème con un alcornoque bien ancho de tronco, y por una parte descorchado, de suerte, que formaba un arrimo, a modo de alacena, donde pude arrimar, y reclinar las molidas espaldas. Dexème dormir, pero como no se duerme bien sentado, caìme de lado, como una cosa muerta. Despertè al cabo de un rato, porque parecia que me andaban hormigas por el rostro, limpièlas con la mano, y bolvime del otro lado; tornè à recordar, porque senti lo mismo; pero como el cansancio era tanto, y el sueño tan profundo, aunque algo temeroso de la soledad en que me veìa, dexème caer tercera vez en el mismo lugar. No mucho despues (aunque el sueño no mide el tiempo) despertè à una tristissima, y muy cansada voz de un ay, que (al parecer) salia de las entrañas de la tierra, que hizo en las mias tal armonìa, que por poco me faltàra el aliento, y la vida: mas teniendo la respiracion, assi por el temor, como por tornar à escuchar con atencion la dolorosa voz, senti otra mas cerca de mi, que como avia unas matas un poco altas, no veìa el instrumento de donde salia. Yà yo estaba casi para espirar, ò para hacer alguna flaqueza indigna de hombre de pecho, quando muy cerca de mi, tanto, que veìa el bulto, sonò tercera vez la voz, diciendo: Ay de mi, mas infelice, y sola, que quantas padecen cautiverio, y servidumbre en las mazmorras de crueles, è inclementes Moros! Ay de mi, la mas desventurada, que las que han visto despedazar sus hijos en su presencia! Ay, mas sin remedio, y consuelo, que las yà condenadas por sentencia de riguroso Juez! O sitio maldito, arbol descomulgado, testigos de dos muertes, por quien yo diera mil vidas, si las tuviera. Què exequias harà, quien desea morir sin ellas, siendo homicida de sì propia? Con què llanto podrè entregarme à la rabiosa muerte, que tanto huye de mi? Quantos dias, y noches vengo à vèr si puedo acompañar

fiar à estos despedazados miembros? Yo me levantè, y estando ella muy junto à mi, sin hacer movimiento, y yo temblando, me dixo: Eres à caso sombra, que vienes embiada de la region de los muertos, à llevarme à la compañia de mi esposo, y de mi amigo? Si eres de allà, yà sabes, que en este mismo lugar adonde estàs, mi amante diò la muerte à mi esposo, sin consentimiento mio, por gozarme à solas, y con libertad: y que en esse mismo arbol, el amante que me avia quedado para consuelo, pagò la culpa de su delito. Veslo aì sobre ti colgado, siendo mantenimiento de aves, y animales. Yo escandalizado, alcè el rostro, y vi (porque yà comenzaba à amanecer) à aquel, cuyos gusanos andaban por mi rostro, quando yo pensaba que eran hormigas: y confiesso, que con el horrendo expectaculo de la desesperada muger, y con el hediente espantajo del arbol, si no huviera luz, me cayera muerto, cortado, y sin fuerzas: mas para no hacerlo, me ayudò el oir los cencerros, y campanillas de la requa del harriero, que yà salia del Pueblo; porque (como arriba dixe) pensando, que iba delante, me iba àzia atràs, y à èl le hicieron salir mas de mañana que solia, porque fuesse à recoger los engañados Estudiantes. *Y prosiguiendo la miserable* muger, dixo: Y si eres cosa de este mundo, huye de este execrable lugar, y dexame proseguir mis acostumbradas exequias, desesperado mantenimiento, con que me desayuno todas las mañanas: y bien pudo dudar la irremediable muger, si yo era fantasma, ò vision horrible de los olvidados sepulcros, porque el temor me avia chupado los carrillos, alargando el rostro, y teñido el color de rojo en pagizo: la falta del sueño me tenia hundidos los ojos à lo ultimo del colodrillo: la hambre, prolongado el pescuezo vara y media: y el cansancio desjarretado piernas, y brazos: el ferreruelo tenia hecho turbante sobre la cabeza: miren que figura para no juzgarme por del otro mundo: y no digo lo demàs por mi honra. No pude responderle palabra, ni ofrecerle ningun favor, porque para mi le avia menester. No acertaba à apartarme de aquella mas que horrible muger, de ojos encarnizados, y hundidos: nariz prolongada, rostro arrugado, y hambriento: dientes amarillos, labios negros, barba aguzada, el cuello, que parecia lengua de baca: torciase las manos, que parecian dos manojos de culebras, y todo lo demàs à esta traza. El temor me tenia travado el entendimiento, y el entendimiento las demàs acciones, que podian aprovecharme

me para partirme de ella; pero alentandome lo mejor que pude, (y pude muy mal) fui moviendo los pies, como toro desjarretado, maldiciendo la soledad, y à quien quiere andar sin compañia, considerando, que bien puede traer, sino es estas cosas, y otras peores. Què temores no trae? Què imaginaciones no engendra? Què males no causa? Què desesperaciones no ofrece? Los que tienen aborrecida la vida, buscan la soledad para acabarla de presto. Quien huye la compañia, no quiere ser aconsejado en su mal. Ay mas apacible cosa, que la compañia? Ni mas odiosa que la soledad? Quantas desdichas, quantos robos, quantas muertes suceden cada dia, por ir sin compañia? Quantas venganzas se ponen en execucion, que no se pondrian, sino por la soledad? Al solo nadie le và à la mano en el mal, ni le ayuda en el bien. Ay del solo, que si cae, no ay quien le ayude à levantar. Andese quien quisiere solo, que la soledad solo es buena para Santos, ò para Poetas, que los unos tratan con Dios, que los acompaña, y los otros con su imaginacion, que los desvanece.

***

*** *** ***
*** *** ***

DESCANSO XI.

Con estas solitarias consideraciones lleguè al camino, donde viendome el harriero, con mas blandas palabras que solia, parò la requa, y con cortesìa, y afabilidad me dixo, que subiesse, doliendose mucho de la mala noche que aviamos padecido. Y aun si bien lo supierades, dixe yo: y preguntando à la muger que venìa con èl, què novedad era aquella, respondiò lo referido. Los demàs, con el marido de la buena muger, hallamos yà hartos de dormir, y comer. Yo, aunque me preguntaron, como me avia quedado atràs, no respondi mas, de que avia errado el camino. Del cuento sucedido no les dixe palabra: lo uno, por pensar que pudiera aver sido ilusion del enemigo del genero humano. Lo otro, porque las cosas tan extraordinarias, hacen diferentes efectos en los que las oyen, y el mas cierto es reirse, y dàr matraca à quien las cuenta. Las cosas en que puede ponerse duda, no se han de decir, sino à los muy particulares amigos, ò à los discretos, que las reciben como ellas son. No todos tienen capacidad para oìr cosas graves. Verdades, que pueden escandalizar, y alborotar los pechos, quando no es necessario, no se han de decir.

Yo rebentaba por hablar ; pero consideraba, que me ponia à peligro de no ser creìdo. Mas vale callar, que dàr ocasion de incredulidad, ò murmuracion. La admiracion dà ocasion al silencio, y de esta vez quise vèr, si podia enseñarme à callar. Fuimos nuestro camino, sin suceder cosa notable, yo callando, y los demàs preguntandome la causa: yo respondia, no mas de que era condicion natural mia; pero en todo el camino no se apartò de mi imaginacion la muger, el arbol, la fruta, y la cama llena de gusanos, hasta que llegamos à Salamanca, donde la grandeza de aquella Universidad hizo que me olvidasse de todo lo passado. Alegròse mi alma de vèr, que los ojos gozassen lo que tenian los oìdos, y los deseos llenos de la sobervia fama de aquellas Academias, que han puesto silencio à quantas ha avido en el mundo. Vi aquellas quatro columnas, sobre quien estriva el govierno universal de toda la Europa, las vasas, que defienden la verdad Catholica. Vi al Padre Mancio, cuyo nombre estaba, y està esparcido en todo lo descubierto, y otros excelentissimos sugetos, con cuya doctrina se conservan las Facultades en su fuerza, y vigor. Vi al Abad Salinas, el ciego, el mas docto varon en musica especulativa, que ha conocido la antiguedad, no solamente en el genero Diatonico, y Cromatico, sino tambien en el armonico, de quien tan poca noticia se tiene oy, à quien despues sucediò en el mismo lugar Bernardo Clavijo, doctissimo en entender, y obrar, oy Organista de Phelipo Tercero. En comenzando à beber del agua de Tormes frigidissima, y à comer de aquel regalado pan, me quaxè de sarna, como les sucede à todos los buenos comedores: de manera, que estudiando una noche la leccion de Sumulas, me comencè à rascar los muslos, al sabor de unos carboncillos, que tenia encendidos en un tiesto de cantaro, y quando bolvi en mi, los hallè tan desollados, que con el agua que destilaban, me quedè hecho una alquitàra, y por quince dias me negaron la obediencia, y respeto: daño, en que ordinariamente caen los principiantes en Salamanca; porque como el pan es blanco, candial, y bien sazonado, y el agua delgada, y fria, sin consideracion comen, y beben, hasta cargarse unos de la perruna, y otros de la gruessa: y assi es menester, que los que comienzan nuevos en Salamanca, vivan con cuidado en esto, porque tambien suelen acudir unas camaras de sangre algo peligrosas: y aunque en todas las partes donde ay mudanzas de aguas, y manteni-

mientos, se ha de entrar con recato en el uso de ellos, mas particularmente se ha de hacer en Salamanca: lo uno por la frialdad, y sutileza del agua; y lo otro, porque los estudiantes vàn hechos al regalo de sus casas, y de sus padres, y tierras, y con la poca edad se recibe mas facilmente el daño: fuera de que entrando con este cuidado, la templanza es la que conserva la salud, y aviva el ingenio. Los repletos de comida, y bebida, estàn incapaces de acudir à cosas de entendimiento, y prudencia: y realmente la templanza dà mas gusto à los mantenimientos de èl, que ellos en sì tienen, y con ella se templa la luxuria en los mozos; pero yo me huve tan destempladamente con el pan, y agua de Salamanca, que por la Natividad de nuestro Redemptor me dieron unas grandissimas calenturas; llamè al Doctor Medina, Cathedratico de Prima, doctissimo de aquella Universidad, y lo primero que hizo, fue mandar, que me quitassen el agua. Yo le dixe, que mirasse que era colerico, y muy encendido de sangre; y èl me respondiò (como si dixera una grande hazaña suya:) Yà saben, que el Doctor Medina quita el agua à los enfermos. Creciò la calentura, y no el remedio: comenzò à darme unos cordiales, que no aprovecharon cosa; porque la salud de los colericos con calenturas, solo consiste en darles agua fria à sus tiempos, y sangrias moderadas, y consistiendo la salud mia en no negarme el agua, no me la dexaron en todo el aposento. Dieronme unos baños con veinte suciedades, y dexaronse alli una artesilla, en que me los avian dado: yo me vi tan impaciente, y tan acosado de la sed, que me levantè como pude à buscar agua, y como no la hallè, peguè con la artesilla del agua, que estaba fria como un hielo, y à dos golpes que bebi, la dexè en el assiento, y la panza como vela latina con el viento en popa; pero durò poco, porque dentro de un quarto de hora comenzò el estomago à basquear, y arrojò tanta cantidad de bocanadas, que de vacìa la barriga, la doblaba como alforza un lado sobre otro. Vino à la mañana el Doctor, y viò el artesilla mas llena que la dexò, porque en ella misma descargò el nublado. Preguntòme, como me hallaba: respondile, que muerto de hambre. Mirò el pulso, y hallòle sin calentura: admiròse de vèr la mudanza, y dixo: O milagroso baño! No se ha inventado tal medicina en el mundo, no le he dado à hombre, que no le haga notable provecho. Abranle tomado, dixe, como yo. Este baño, dixo el Doctor, alienta, y refresca, con-

fortando las partes interiores. Y còmo se le dà V. m. dixe yo, à los demàs? Tibio, respondiò èl, y bañando todo el cuerpo por defuera. Pues dèsele, dixe yo, frio, y bebido, que assi lo tomè yo, y les aprovecharà mucho mas, y contèle el caso, y dixo: Rectum ab errore, repitiendolo quatro, ò cinco vezes; y haciendose cruces, se fue, y me dexò sano. Ay Medicos tan crueles, que à un pobre enfermo, colerico, fogoso, le dexan, que se le abrase el higado, y se le sequen los huessos, pareciendoles que negandole el agua, acabarán mas presto con la enfermedad, y el enfermo. Aquel refràn, que dicen, al que es de vida, el agua le es medicina, se ha de entender de esta manera, que aquel (de vida) sea participio: de manera, que al que es de vida el agua, y al que se le debe el agua, à esse le es medicina, que no al otro. Y siendo assi, à quien se le debe mas que à un colerico con calentura? Y essa otra significacion ordinaria la tengo por burla, y modo de hablar de gracia. En Ronda conoci yo un tejero, que avia quarenta y quatro años que no probaba el agua, que decia por donayre: Que èl no avia de beber licor, donde se ensuciaban las ranas. Vino una vez con tanta sed, y cansancio, que para quitarla bebiò un jarro de agua fria, que dentro de veinte y quatro horas se puso como el barro con quien trataba. A este no se le debia el agua. Lo uno, por no estàr acostumbrado à ella. Lo otro, porque su estomago no era de hombre colerico, y al que es de vida, el agua le es medicina.

DESCANSO XII.

SI los trabajos, y necessidades, que los Estudiantes passan, no los llevasse la buena edad en que los coge, no avia vida para sufrir tantas miserias, y descomodidades, como se passan ordinariamente; pero con ser en la puericia, y adolescencia, edad tan quitada de cuidados, y sentimientos, se hace gusto del acibar, risa, y passatiempo de la necessidad, con que se và passando aquel espacio, en que se sazona, è hinche de doctrina el entendimiento, que con la esperanza del premio todo se hace sufrible. Ninguno ay, que no se prometa grandes cosas en los primeros años, que en comenzando à gustar, ò digustarse de la macha correspondencia, por la tardanza de los harrieros, ò de el olvido de los padres, y parientes, por la mayor parte se encogen, y desaniman, especialmente aquellos que por ser pobres, no tienen quien les acuda con lo necesserio, ò parte de ello: que cierto desjarreta mu-

:ho la necessidad al que con
nos pensamientos comienza
estudios. La falta de mante-
ientos, el carecer de libros,
lesnudèz, la poca estimacion
consigo traen estas cosas,
ie muchos, y grandes ingenios
bardados, arrinconados, y
distraídos por la privacion
sus esperanzas malogradas.
confiesso de mi, que la inquie-
natural mia, junta con la
a ayuda que tuve, me que-
ron las fuerzas de la volun-
, para trabajar tanto como
:a razon. Y como en esta edad
alientos de la mocedad estàn
dispuestos para el manteni-
nto, nunca se vè un hombre
to. Acuerdome, que despues
ver comido la racion del pu-
ge de Galvez, me comi seis
eles de à ocho en una Paste-
a excelentissima, que avia en
lesafiadero. Miren que alien-
estos para las necessidades de
manca. Estabamos despues
sto tres compañeros al bar-
de San Vicente, tan abun-
tes de necessidad, que el me-
desamparado de las armas
les era yo, por ciertas lec-
ies de cantar que yo daba,
n las daba, porque se paga-
tan mal, que antes eran da-
, que pagadas, y aun da-
al diablo. Consolabamonos
la igualdad de la provision;
nque parezcan niñerias, in-
nas de este lugar, y aun de
acordarse, y tratarse, tengo de
decir alguna, para que no se des-
animen los que se vieren con in-
genio, y pobreza, y con deseo
de saber, que haciendo gusto de
la necessidad, puede llevarse la
penuria, que de ordinario se
passa en los estudios: vèr passar
à otros mayores trabajos, dis-
minuye la fuerza de los nuestros.
Miserias, y necessidades agenas
(aunque sean contadas para
exemplo) en parte consuelan à
los afligidos. Què trabajos pue-
de tener un Estudiante, que no
los aya mucho mayores? El tra-
bajo, y necessidad que toca à
muchos, y muchos le llevan, se
hace sufrible, aligera, y alivia
las cargas de todos. Quanto mas,
que el que con buen animo aco-
mete al trabajo, la mitad tiene
hecho, y al fin los valerosos ani-
mos atropellan las forzosas ne-
cessidades. Digolo, porque las
que passaron mis compañeros, y
yo fueron de manera, que pudie-
ran consolar à los Estudiantes
mas llenos de miserias del mun-
do: y entre otras contarè
una, que puede servir de risa,
y de consuelo. Hallamonos
una noche (entre otras muchas)
tan rematados de dineros, y pa-
ciencia, que nos salimos de casa
medio desesperados, sin cenar, sin
luz para alumbrarnos, sin lumbre
para calentarnos, haciendo un
frio, que en echando el agua en
la calle se tornaba cristal. Yo fui

en casa de cierto discipulo, y diòmo un par de huevos, y un panecillo: vine muy contento à casa, y hallè à mis compañeros temblando de frio, y muertos de hambre (como dicen los muchachos) que no osaban desembolver un poco de rescoldo, que se avia guardado para su menester, dixe lo que traìa, salieron à buscar algunas serillas para avivar el rescoldo: vinieron presto muy contentos, por averse hallado un leño bien largo: pusieronle al rescoldo que avia quedado, y soplamos quanto pudimos todos tres, y el leño no se queria encender: tornamos à soplar una, y otra vez; pero quedandose el leño sin encender, se hinchò el aposento de un humo muy hediondo. Echè un papel en el rescoldo, para que diera luz en el aposento, y en encendiendose, descubriò, que el leño era un muy descarnado zancarron de un mulo, que por poco nos hiciera rebentar de asco: y si antes no cenamos, por no tener què, despues no cenamos por esso, y por la nausea de nuestros estomagos, que huvo alguno, que purgò por dos partes lo que no avia comido, ni cenado, hasta echar sangre por la boca, y el que lo traxo, quiso cortarse la mano. Bien confiesso, que no son estas cosas para contarsè; pero como sean para consuelo de afligidos, y mi principal intento sea enseñar à tener paciencia, à sufrir trabajos, y à padecer desventuras, puede llevarse con lo demàs que cuento. Todo lo que se escrive, para doctrina nuestra se escrive; y aunque sea de cosas humildes, se ha de recibir para el efecto que se dice. Y avemos de pensar, que ni en los exemplos de cosas grandes ay siempre provecho, ni que en las pequeñas falta doctrina. Tan bien se reciben las fabulas de Hysopo, como las estratagemas de Cornelio Tacito. Mas gusto se halla en un higo, que en una calabaza: assi contè una niñeria como esta, porque para decir necessidades de Estudiantes, que son de hambre, desnudèz, y mal passar, tambien las historias exemplos han de ser de pobreza, para consolar à quien la padece. No parò aqui la mala ventura de aquella noche, porque estando à la puerta de la calle, por no poder sufrir el pestilencial olor del leño mular, passò rondando el Corregidor (que al presente era) Don Enrique de Bolaños, muy gran Cavallero, cortès, y de muy buen gusto, y nos dixo: Què gente? Yo me quitè el sombrero, y descubri el rostro, y haciendo una gran reverencia respondi: Estudiantes somos, que nuestra misma casa nos ha echado en la calle. Mis compañeros se estuvieron con sus sombreros, y cebaderas, sin hacer cortesia à

la

la justicia. Indignòse el Corregidor, y dixo: Llevad presos à estos desvergonzados. Ellos, como ignorantes, dixeron: Si nos llevaren presos, nos soltaràn un pie à la Francesa, asieronlos, y llevaronlos por la calle de Santa Ana abaxo. Yo, con la mayor humildad que pude, le dixe: Suplico à V.m. se sirva, de no llevar à la carcel à estos miserables, que si V.m. supiesse como estan, no los culparia. Tengo de vér, dixo el Corregidor, si puedo enseñar buena crianza à algunos Estudiantes. A estos, dixe yo, con darles de cenar, y quitarles el frio, los harà V.m. mas corteses, que à un Indio Mexicano, y junto con esto (viendo que me escuchaba de buena gana) le contè lo passado de los huevos, y de la humarada, que procediò de el sacrificio acemilar. Riòse de el cuento (que tenia mucha apacibilidad) y à costa de ciertas espadas que avia quitado à ciertos escolares vagamundos, les inchò el vientre de pasteles, y marrana, y de lo de la tabernilla, y à mi me hizo mucha merced de alli adelante. Dixeles à mis compañeros: Amigos, muy mal anduvisteis con el Corregidor. Por què, preguntaron ellos, es nuestro Juez? Respondì yo: Porque à las personas constituidas en dignidad, sean, ò no sean superiores nuestros, tenemos obligacion de tratarlos con reverencia, y cortesìa: y no solo à estos, sino à todos los mas poderosos, ò por oficios, ò por nobleza, ò por hacienda: porque siendoles bien criados, y humildes, en cierta forma los igualamos con nosotros, y haciendo al contrario, nos damos por enemigos de los que nos pueden agraviar muy à su salvo. Dios criò el mundo con estos grados de superioridad, que en el Cielo ay unos Angeles superiores à otros: y en el mundo se vàn imitando estos mismos grados de personas, para que los inferiores obedezcamos à los superiores. Y, yà que no seamos capaces de conocernos à nosotros propios, seamoslo de conocer à quien puede, vale, y tiene mas que nosotros. Esta humildad, y cortesìa es forzosa para conservar la quietud, y assegurar la vida. Es muy gran yerro querer ajustar nuestras fuerzas con las de los poderosos, usar del rigor de nuestra condicion, con quien es mas cierto el perder que el ganar. La humildad con los poderosos, es el fundamento de la paz; y la sobervia la destruccion de nuestro sossiego, que al fin pueden todo lo que quieren en la Republica. En esta vida passè tres, ò quatro años, hasta que se me diò una plaza en el Colegio de San Pelayo, estando entonces alli el señor Don Juan de Llanos Valdès, que quando esto se escrive, es del Consejo Supremo de la In-

Inquisicion; en compañia de sus hermanos, tan grandes Estudiantes, como Cavalleros: y el señor Vigil de Quiñones, que à fuerza de virtud, y merecimientos es aora Obispo de Valladolid, donde teniamos conclusiones todos los Sabados; y pudiera yo aprovecharme, si la necessidad de mis padres, y el deseo que yo tenia de servirles, no me sacàra con una carta suya para ir à heredar cierta hacienda, de que un pariente me queria hacer donacion, ò Capellania.

DESCANSO XIII.

SAli de Salamanca, sin el dinero que bastàra para dexar de ser peon, y como era por fuerza el serlo, acordandome de la poca poblacion que avia en Sierramorena, por aquella parte de la Hinojosa, que avia quince leguas sin poblado, y por no dexar de vèr à Madrid, y à Toledo, vine por esta maquina: passè por Toledo, y Ciudad-Real, donde una Monja muy virtuosa, y principal, llamada Doña Ana Carrillo, me regalò, y ayudò para el camino. Saliendo de Ciudad-Real, me encontrè con un mozo de muy buen talle, que parecia estrangero: fuimos caminando àzia Almodovar del Campo, y topamos con dos gentileshombres en el camino, que llevaban entre los dos un muy gallardo macho, remudandole vezes de quando en quando. Travamos conversacion con ellos, y parece que se inclinaron à no dexarnos atràs. Colegi de su modo de proceder, que traìan lengua de dos mercaderes, que iban à la feria de Ronda con muy gentil dinero, que à mi me diò gusto, por ser aquel mi viage. No me pareciò bien, y con gran cuidado les mirè à las manos, y à las bocas. Entramos en una misma posada, y como yo llevaba tragada la malicia, y andaba sobre aviso, no hablaban palabra, que fingiendome dormido, no se la entendiesse. El uno de ellos no hacia sino entrar, y salir en la posada, hasta que yà topò con la de los Mercaderes. En amaneciendo cogiò el uno de ellos una cavalgadura, y se partiò delante, llevando para cierto efecto una graciosissima sortija; que no pudieron dàr la traza sin que yo la oyesse. Fuese aquel delantero, como criado, y quedòse estotro como señor. Muy por la mañana aderezò su macho, y estuvo con mucho cuidado aguardando à que passassen los Mercaderes: en passando, hizose encontradizo con ellos, y preguntòles con grande comedimiento, adonde caminaban, y respondiendoles ellos, que à la feria de Ronda, hizo grandes demonstraciones de holgarse, diciendo: Mejor

me ha sucedido que pensaba, en averme encontrado con tan principal compañia; porque voy à la misma feria à comprar un atajuelo de docientas, ò trecientas bacas, y por no aver andado este camino, à lo menos de las Ventas nuevas adelante: iba con algun rezelo de mil daños, que suelen suceder à los que llevan dinerillo: y aviendo encontrado con vuessas mercedes, irè muy consolado, assi por la buena compañia, como porque vuessas mercedes me encaminaràn allà, (pues tienen mas inteligencias que yo) para lo que voy à comprar, ellos le ofrecieron de ayudarle, y hacerle amistad en la feria, por ser muy conocidos en la Ciudad. Estos dos vellaçones, que iban en seguimiento de los Mercaderes (à lo que despues entendi) eran de un genero de fulleros, que entre ellos llaman donilleros: fueron riendo por el camino, porque el fullerazo era grande hablador, y les iba diciendo cuentos, con que los entretenia con mucha gracia, y donayre. Yo, por no perderlos hasta vèr el fin, andaba lo mas que podia, asiendome de quando en quando al estrivo, ò al tranzado del macho, que como dixe, que iba à la feria de Ronda, y era natural de allà, los Mercaderes me animaban, y esperaban à ratos. Llegando cerca de cierta venta, que la mitad del año està desamparada, puesta en una ladera à mano derecha como subimos, el fullero sacò de la faltriquera ciertos mostachones, que por la mucha especia llaman la sed à tiro de arcabuz, y diò à cada Mercader uno: y como era por el mes de Mayo, quando llegaron à emparejar con la venta, que estaba medio caìda, y sin gente, iban yà pereciendo de sed, dixo el fullero: Aqui dentro ay una fuentecica muy fresca, entremos à cumplir con los mostachones: y si vuessas mercedes quieren, aqui llevo una bota de muy gentil vino de Ciudad-Real, con que podemos hacer satisfaccion al llamamiento. Apearonse, y entrò el fullero primero en la venta, llegò à la fuente, y siguiendole los Mercaderes, baxòse à beber, y dixo con grande admiracion: Ay! què es esto que me he hallado aqui? Y alzò la sortija, que el ladron de su compañero avia dexado en la fuente. O que graciosa sortija, dixeron los Mercaderes, sin duda que algun Cavallero se la quitò para lavarse las manos, y se la dexò olvidada: cada qual se holgàra de aversela hallado. Todos tres, dixo el vellacon del fullero, la hallamos, y de todos tres ha de ser. Pues què harèmos de ella? dixo un Mercader. Echarla à una quinola, dixo el fullero, en llegando à la venta,

y à quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Bien dice vuessa merced, dixeron los Mercaderes, y à fee que si la gana qualquiera de los dos, se ha de emplear muy bien. Pero cierto la sortijuela era de mucha codicia, porque al rededor tenia doce diamantes, aunque pequeños, muy finos, y en lugar de piedra un rubì de hechura de corazon, que à qualquiera aficionàra, labrado todo con mil donayres. Fueron todos muy codiciosos de ella, tratando por todo el camino los Mercaderes del descuido del que la avia perdido, y el bellacon del cuydado del que la avia dexado, haciendo mil monerias con ella, para ponerles mas codicia. Llegaron à Ventas-Nuevas, y no parando en la primera, llegaron à la segunda, por hallarse mas cerca del Puerto. Apearonse, y el bellacon sacò la bota de vino añejo de Ciudad-Real, de mas ojas que un Calepino, de que bebieron de muy buena gana. En comiendo un bocado de priesa, por codicia que cada uno tenia de la sortija, que les estaba haciendo del ojo, con el bocado en la boca, preguntaron al huesped si tenia unos naypes para echar una rifa? Dixo que no, y el ladron del compañero, haciendose bobo, dixo: Yo llevo aqui unas no sè quantas barajas, que me encomendaron en mi Pueblo, y por las muchas que allà se levantan sobre ellas, no las llevo de muy buena gana. Si sus mercedes me las pagan, yo se las darè. Mostrad acà, dixo el fullero, que estos señores, y yo, os las pagaremos muy bien. Diòles una baraja hecha à su modo, y como el licor de Ciudad-Real se arrima tanto al corazon, y humèa para el celebro, alegraronse, y con mucho gusto echaron la rifa à quatro quinolas. El fullero les dexò llegar à cada uno à tres, sin aver tomado ninguna para sì; y en dos passantes que echò una de su mano, y otra del que tenia al lado, hizo las quatro, y arrebatò la sortija, haciendo grandes algazaras con ella. Picaronse de esto, y dixeron: Juguemos dineros. El fullero, con cierta socarroneria, negando al principio, dixo, que no queria poner en peligro èl su dinero, ò las bacas que se avian de comprar de èl: pero al fin persuadido, jugò, teniendo mas gana èl que los otros, que con palabras que tenia hechas à proposito, los iba haciendo picar. Pedia que les diessen de beber de la olorosa bota, que estaba metida en parte fresca, y en calentandose las orejas, echaban dobles como granizo; de suerte, que se estuvieron toda la tarde jugando, una vez ganando el fullero, y otra dexando ganar à los Mercaderes, por dissimular la fulleria; y

quexandose á vezes, decia: Vuessas mercedes me han de ganar aqui esta tarde quatro, ò cinco mil escudos, segun estoy de picado. Al tiempo que entramos en la venta al mocito, y yo, nos dixeron, que alli no se daba posada à gente que no traìa cavalgaduras. Recibimos con humildad la notificacion, y paramonos à descansar un poco. Mi compañero afligido preguntò: Pues què avemos de hacer, para esperar el fin, y sucesso de esta grande aventura? Yo le respondì: Dexadme, que yo conjurarè à la ventera, de manera, que no nos eche de la venta. Pues es endemoniada, dixo èl, ò bruja? A lo menos, dixe yo, parecèlo: pero no digo yo, sino con el conjuro general de las mugeres. Qual es? preguntò el otro. Agora lo vereis, dixe yo: Lleguème à la Ventera, que era una muger coxa, y mal trazada: tenia las narizes tan romas, que si se reìa, quedaba sin ellas: los ojos parecian de capirote de deciplinante: echaba un tufo de ajos, y vino, por unos dientes entresacados, y pardos, bastante à auyentar todas las vivoras de Sierramorena, las manos parecian manojos de patatas; solo tenia que notar la limpieza, que parecia aver salido del naufragio de los Condes de Carrion. Con todo esto me lleguè à ella, y le dixe: Què desdicha fue la que traxo à estas soledades à una muger de tan buena gracia como V. merced? Què despacio està, dixo ella, el señor Estudiante. No he cierto, no he cierto, dixe yo, sino que desde el punto que lleguè aqui, puse los ojos en V. m. para consolarme del cansancio del camino. No haga burla, dixo ella, de las mal vestidas. Yo no hago tal, sino que me parece V. m, muy hermosa. Hermosa, dixo ella, como gata lagañosa. Pareciòme que yà iba creyendo, y dixele: Pues miren con què gracia, y donayre responde, Cierto que es igual èl rostro con la habla, y todo es con mucho gusto. Y como Deo gracias, dixo ella, si conocieran à una hermana mia, que tengo tabernera en las ventas de Alcolea, dixeran esso de veras, que por solo oìrla echar pullas, vàn à beber à su casa quantos passan. Y V. m. dixe yo, còmo no se acerca àzia Cordova? Porque señor, dixo esta, unos tienen ventura, y otros tienen ventrada. Pues es posible, dixe yo, que no ha avido quien saque à V. m. de tan mal oficio? Y respondiò ella. Estase la carne en el garavato por falta de gato. Pues à fee, dixe yo, que si me hallàra en disposicion que avia de hacerlo: porque me dà lastima vèr entre estos riscos, y montañas à una muger de tan buenas partes. Pues calle V.m. dixo ella, que mi marido, y yo, les avemos de quitar el dinero à estos que

quedaron con èl, y por la mañana haremos lo que nos pareciere; y si acaso mi marido bolviere à decir à la noche que se salgan de la venta, vayanse por la puerta trasera del corral, que yo se la dexarè abierta. Fuesse, y mi compañero me preguntò: Què es del conjuro? Què mayor conjuro quereis, dixe yo, que aver llamado hermosa à una bestia, que parece panza de baca, con su zumaque, y menudillos. Conjuro es esse, dixo, que puede servir de malilla en todo el mundo. En tanto que passamos esta conversacion, se llegò la noche, y la desesperacion de los Mercaderes: porque con las trampas, que el fullero iba haciendo, y con los tragos de quando en quando de Ciudad-Real, los fue chupando la plata; y oro, y los zurrones, en que tenian el dinero. Los Mercaderes quedaron dados al diablo, y maldiciendo la venta, y quien à ella los avia traìdo, se bolvieron à dormir à la que avian dexado atràs, con intencion de bolverse à Toledo. El huesped, que no era lerdo, entendiò muy bien la bellaquerìa: yo estaba para rebentar, por lo que avia oìdo la noche antes, y por lo que avia visto entonces. Estuve determinado de revelarles la maldad, porque bolviendose los Mercaderes, me faltaba el bien, que me avian prometido hacer por el camino; però considerè, que decir el secreto que estaban en duda, era desacreditar à los fulleros, y à mi ponerme en peligro; que no siendo una cosa sabida, tenemos obligacion de callarla, como secreto natural. La seguridad consiste en el silencio, y en estas ocasiones, y otras semejantes, hase de advertir el peligro de ambas partes. Yo callè contra mi voluntad, y el ventero, que era un bellaco redomado, dissimulò, y callò, como yo, y el otro. Los señores fulleros quedaron muy contentos; pero fueron tan miserables, que no dieron varato à nadie, por donde se aumentò en el ventero el deseo de hurtarles la ganancia, y en mi de bolversela à sus dueños. El ventero, que realmente lo sintiò, les diò à entender, que recibiò mucho gusto en vèr los Mercaderes despojados, y haciendoles grandes zalemas, les diò un aposento, que tenia aderezado para los Mercaderes, donde estaba un arcàz muy grande con tres llaves, que les diò para guardar su dinero, y ropa. Era el arcàz de una madera muy maciza, y de tablas gruessas, que hacia pared con la cavalleriza, que me puso en cuidado, imaginando, què traza podia tener para hurtarles el dinero de un arcàz cerrado con tres llaves, y por ningun camino podia moverse de

donde estába. Habló con la muger de secreto, mirando con cuidado si los veian hablar. En cenando muy solemnemente los fulleros, aviendo hecho el pancho de perdizes, y vino de Ciudad-Real, se atrancaron en su aposento; y se cerraron, de manera, que no podia entrarles una bruja. En siendo una hora de la noche, ò poco menos, el Ventero dixo: Los que no tienen cavalgaduras salgan de la venta, que ya que no ay harrieros, querèmos dormir sin cuidado. Salimos aquel mocito, y yo, y dando buelta por las espaldas de la venta, hallamos abierta la puerta de el corral, y entramos en el pajar. Yo andaba pensando con cuidado, como diablos, ò con què modo, ò traza podian hacer tiro à los fulleros. Veia que en el aposento no podian entrar, por estar muy bien encerrados, y el arcaz muy bien guardado. Traer salteadores para el efecto, no era negocio seguro, sino muy peligroso, entrar, y matarlos, no podian, porque eran menos que ellos; pues querer minar el aposento con polvora era para todos peligroso. Yo no pude dàr en el modo, hasta que entre once, y doce, estando ellos durmiendo al mejor sueño, vinieron el Ventero, y la Ventera muy passo entre passo, alumbrando ella con un cabo de vela: el marido comenzò à desviar con mucho silencio un gran monton de estiercol, que estaba en la cavalleriza arrimado al aposento de los fulleros. A pocas bueltas se descubrio la tabla de el arcaz, que servia de pared al aposento. Mirè con gran cuidado, y vi, que la tabla de el arcaz estaba por la parte de arriba asida con tres, ò quatro goznes, y por la parte de abaxo con dos tornillos, cada uno en su esquina. Quitò el Ventero los tornillos, y en quitandolos, mando à la muger que llevasse de alli la vela, porque no entrasse la luz en el aposento: si ella la llevò, y yo fui muy poco à poco al Ventero, al tiempo que tenia la tabla alzada, y los zurrones en las manos, y con voz baxa, ò por mejor decir, entre dientes, le dixe: Dad acà essos zurrones, y tornar à poner los tornillos: èl me los dio pensando que era su muger, y salime con ellos, y con mi compañero, por la puerta del corral, que mientras tornaba à poner el monton de estiercol, huvo lugar para todo, y anduvimos un ratillo à priessa àzia tras, cada uno con su zurron, no por el camino Real, sino por un lado à la parte de arriba, con todo el silencio possible. Yà estabamos casi frontero de la otra venta, adonde los Mercaderes se avian buelto à dormir, y nos sentamos à descansar un poco, que el recelo, y temor aumentan el cansancio. Yo le dixe al compañero: Què pensais que

traemos aqui? nuestra total destruccion, porque à ninguna parte podemos llegar, donde no nos pidan muy estrecha cuenta de este dinero, que como èl de suyo es goloso, y codicioso, ò por la parte que le puede caber, ò por congraciarse, qualquiera darà noticia à la justicia de dos mozos caminantes de à pie, cansados, y hambrientos, y con dos zurrones de moneda, y el tormento serà forzoso, no dando buena cuenta de lo que se pregunta: pues esconderlo para bolver por èl, tampoco atinarèmos nosotros, como los demàs; y andar mucho por aqui, darà sospecha de algun daño, y el menos que nos puede suceder, es caer en manos de dos ladrones, que nos quiten el dinero, y la vida: ponerse à peligro por ganar dineros, muchos lo hacen; pero poner en peligro la vida, honra, y dinero, ningun hombre de juicio lo ha de hacer; y asi, mi principal intento fue, bolver este dinero à sus dueños, para tener tanta parte en èl como ellos, sin peligro de las vidas, y sin daño de las conciencias: Y aqui viene bien, quien hurta al ladron, &c. Esta, y otras muchas cosas le dixe, para desarraygarle cierta golosina, que se le avia pegado, que como lo llevaba à cuestas, avia contraìdo no sè què parentesco con la sangre del corazon; pero al fin le pareciò muy bien. Fuimos à la venta, y aunque era muy de madrugada, dimos golpes à la puerta, diciendo, que veniamos con un despacho de mucha importancia, para unos señores Mercaderes de Toledo, que estaban dentro. Ellos lo oyeron, y hicieron al Ventero que abriesse. Encendiò luz, y entramos en el aposento cargados, y sin hablarles palabra arrojamos los gatos sobre una mesa, que si fueran de algalia, no regalaran tanto las narizes, como estos regalaron las orejas. Què es esto? dixeron los Mercaderes. Su dinero, respondi yo, que ha buelto al Cesar lo que era suyo. Contamosles el caso, y dixeles, que antes que en la otra venta se levantassen, passassemos el puerto. De buena ventura mia, venian mulas de retorno àzia Sevilla. Los Mercaderes alegres, y agradecidissimos del caso, para mi, y para el otro mozo tomaron dos mulas, y caminando, passamos el Puerto, sin que lo sintiessen en las ventas. Encumbramos el Puerto, y baxamos à otra, que està en lo mas baxo, no mal proveìda, adonde estuvimos todo el dia descansando, y durmiendo, por la falta de sueño, y mucha pesadumbre que les avia causado la pèrdida de su dinero: y à la tarde supimos, que el Ventero (como martyrizando à su muger,

no

upo cosa del hurto, porque
osò decir, que nos avia dexa-
dentro) sospechando, que
fulleros le avian hecho la
a; que el no entendiò, fue à
aviso à la Hermandad, de la
a, y trato de aquellos hom-
s, y como tenian dos zurro-
de dinero mal ganado: y
la Hermandad, y como no
ò los dineros, ni los zurro-
que el Ventero avia dicho,
el arcàz: à èl por desatinado,
oco, ò porque avia car-
o demasiado, y à los fu-
os por gente sospechosa,
tan tarde se estaban en la
ta, y à la muger por suspen-
y callada; que no supo dàr
on de sì, les hicieron pagar
costas, sin averiguar el secre-
Holgamonos mucho con el
esso, de manera, que los Mer-
eres lo querian oìr por mo-
itos, que segun pareciò, ha-
on mas dinero dentro de los
rones, que avian dexado: y
donayre decia el uno de
os: No quiera Dios, que yo
e dinero ageno en mi poder,
ese por el camino en perdi-
, y conejos, que no quiero
er que restituìr; y asi se hizo
beneplacito de todos. Yo
siderè à solas conmigo, y aun
comuniquè con uno de los
rcaderes, quan mal se logra
mal ganado, y quanto peor
goza lo adquirido con juegos
entaja, donde se aventura la reputacion, sin assegurar la ganancia, que està sujeta à quantos la vèn, y à quantos lo imaginan, y à los ausentes, à quien toca la distribucion de la estafa, que tassadamente les queda para consumir en los tabernaculos de la gula, fiestas de Baco, y sacrificios de Venus, sin aprovechar la sumission, y cortesìa fingida, para engañar al que quieren desollar, ò al que yà tienen desollado: que si bien quisiessen los hombres sencillos advertir à las cautelas, enredos, y marañas de estos apacibles lobos, echarian de vèr, que una cortesìa sin tiempo, una amistad sin sazon, ni conocimiento, un comedimiento no acostumbrado, unas ceremonias no debidas, traen consigo mas daño, que provecho, para aquel con quien se usan; porque si son los hombres de tan ruin condicion, que aun à la cortesìa debida acuden de mala gana, à quien tienen obligacion, porque no se ha de entender, que la novedad de cortesìas extraordinarias, traen consigo algun secreto, especialmente no teniendo partes por donde se le deban? Los fulleros tienen tambien su materia de estado, porque, ò engañan por sì, ò por amigos que tienen señalados, y diputados para el efecto. Casas de posadas, ò mesones, donde les dàn el soplo de la gente nueva, à quien

pueden acometer. Tienen tambien su libro de caxa, ù de memoria, de todos aquellos que acuden à favorecer su ministerio en todos los Pueblos grandes, ò pequeños; porque es oficio corriente por toda España, y en las poblaciones de importancia tienen correspondencia, y avisos de las zorras comadres, para chupar la sangre à los corderos inocentes. Y aunque son tan grandes los sainetes de estos cautelosos culebrones, para chupar la sangre de los que vèn inclinados al juego, que no pueden reducirse à regla cierta, el guardarse de sus trampas. Con todo esso digo, que todo lo que fuere artificio apacible, y no usado, se ha de temer, aun de los mismos amigos en materia de juego, porque se venden unos à otros. Quando combida à jugar un conocido à otro, llevandole à parte no sabida, vaya con cuidado, sea en publico, ò en secreto: y me parece que no serà malo este refrancillo para este proposito: Si bien me quieres, tratame como sueles. Caminamos con todo el gusto que pudimos, mis Mercaderes, y yo, buscando por el camino ocasiones en que tenerlo. Llegamos à la Conquista, que es un Pueblecito, que se comenzaba entonces) un Domingo por la mañana, entramos à oìr Missa, que la estaba diciendo un Clerigo, que pronunciaba la lengua Latina como Gallego. La Missa era de Requiem, porque avian enterrado aquella mañana un pobre, y ayudabale un Sacristàn, que sobre un sayo pardo, muy rozagante, traìa una sobrepelliz de cañamazo. Acabada la Missa, diciendo el Responso sobre la sepultura, acabò el Clerigo, diciendo: Requiescat in pace, Alleluya, Alleluya. El Sacristàn le respondiò con muchos passos de garganta: Amen. Alleluya, Alleluya. Lleguème al buen hombre, y dixele: Mire, Padre, que en Missa de Requiem no ay Alleluya. Respondiòme muy confiadamente: Harto allà, señor Estudiante, no vè que es entre Pasqua, y Pasqua? Fuimonos cayendo de risa por todo el camino.

DESCANSO XIV.

Como el camino, por bueno que sea, siempre trae consigo un genero de soledad, porque ordinariamente se camina, ò por necessidad, ò por negocios forzosos, que ocupan la memoria, y distraen el gusto, procurabamos tenerle en todas las cosas que encontrabamos. Los mozos de mulas acudian à su costumbre, uno à echar pullas, otro à hacer burlas à los caminantes, otro à cantar romances viejos, qual sea su salud:

nosotros de lo que se ofrecia à la vista. Encontramos un Pastor, que passaba su ganado de un districto à otro, pereciendo de sed, y los perros: que en Sierramorena, por Mayo, y por todo el Verano, aunque de noche hace fresco, de dia se encienden los arboles de calor: y era tan ignorante el buen hombre, que teniendo sed, llevaba los perros atados, porque no se le perdiessen. Preguntònos si sabiamos donde huviesse agua; y yo le respondi: Pues llevando perros preguntais esso? Desatadlos, que ellos hallaràn presto el agua. Y es esso asi, dixo un Mercader? Es cosa muy sabida, dixe yo, y muchas vezes experimentada, y dixe al Pastor. Desatad los perros, ò el uno de ellos, y ponedle un cordelillo largo, con que lo vais siguiendo, que èl hallarà fuente, arroyo, ò laguna; y asi lo hizo el Pastor, de suerte, que dandole larga con el cordèl, rompiò por una ladera, alzando el hozico, y se fue àzia una espesura derecho, que avia al pie de una peña, donde hallò agua, que refrescò al Pastor, y satisfizo al ganado. Y contarèles à vuessas mercedes lo que me contò en Ronda un Cavallero de muy gentil entendimiento, que se llamaba Juan de Luzòn, muy experimentado en letras humanas, y divinas. Ay dos Pueblecillos en Sierra de Ronda, entre otros muchos, uno llamado Balastàr, y el otro (si bien me acuerdo) Chucar: entre los quales, andando un Cabrero Moro apacentando su ganado, apretandole la sed, y no hallando agua, ni señal donde pudiesse averla, desapareciòsele un perro, y al cabo de un rato vino mojado todo, y muy contento, coleando al amo, y haciendole muy grandes fiestas. Espantado de aquello el Cabrero, le diò muy bien de comer, y lo atò, aguardando à que le tornasse à aquexar la sed, diligentissima despertadora de la pereza. Atòle un cordelejo largo, y dexòlo ir; y siguiendole el amo, fue saltando matas, y peñas, rasgandose las manos, y el rostro, y siguiòle con todas estas dificultades, hasta que entre unas grandes espesuras, se colò por la boca de una cueva, que por debaxo de altos riscos estaba naturalmente hecha, con algunos resquicios, que le daban la luz que avia menester. En medio de la cueva nacia un clarissimo arroyo, que se dividia en dos partes: bebiò el Moro, y hinchò su zaque, y admirado de la novedad, diò en una traza, à su parecer buena, que despues le costò la vida; y fue, que atajò con unas piedras el un arroyo de aquellos, echando toda el agua por una parte, para vèr el dia siguiente donde iba à parar. Fuesse à

su ganado, y averiguò el dia siguiente, que avia faltado el agua en Chucar. El Moro, que sabìa el secreto, fuesse al Pueblo, diciendo, que si se lo pagaban bien, les daria su agua, y otra tanta mas, y contò el caso cogmo avia sucedido. El poco tiempo que les avia faltado el agua, los necessitò de manera, que le dieron docientos ducados, porque les diesse su agua, y la del otro Pueblo. En recibiendo su dinero, fuè à la cueva, y soltò el agua por aquella parte. Viendose con su agua tan crecida, conociendo la inconstancia, y codicia del Cabrero, antes que los de Balástàr le corrompiessen con esperanza de mayor interès, acordaron darle garrote, quedandose con el agua toda, y el Moro sin vida, sin que hasta oy se aya sabido en què parte està el secreto: y oy se echa de vèr señal, de que algun tiempo corriò por alli agua, por las guijas, y piedras que lo manifiestan. Hallò aquella encubierta cueva el aliento del perro, leal amigo, y fiel compañero, descubridor de enemigos de sus amos. Estraña fuerza de aliento (dixo un Mercader) que siendo el agua un Elemento sin olor, la venga à descubrir un perro, con solo alzar el rostro al ayre, principal movedor, y embaxador del olfato. Que son las calidades de los perros, y las excelencias que ay en ellos, muy dignas de admiracion, no por los cuentos que se dicen de ellos, ni haciendo caso de historias atrassadas, sino por lo que vemos, y experimentamos cada dia! Què fidelidad! Què amor! Què conocimiento! A lo menos, dixe yo, tienen dos admirables virtudes (si se puede dàr este nombre en ellos) que si los hombres las tuviessen tan sentadas en el alma, como ellos en su natural inclinacion, vivirian en perpetua paz, que son humildad, y agradecimiento. O, bien notado, dixo el Mercader, ò què gallarda consideracion! Del Bienaventurado San Francisco (que fue hijo de un Mercader) se dice, que alababa mucho la humildad de los perros, deseando imitarlos en esto, por la mucha que tuvo nuestro Maestro, y Redemptor Jesu Christo. Pues en agradecimiento, dixe yo, fuera de lo que la ley natural nos enseña, lo tenemos por precepto suyo, que embiando sus santissimos Discipulos à predicar por el mundo, les mandò, que en agradecimiento del bien que les hiciessen en sus posadas, curassen los enfermos, que en ellas huviesse. Pues ay, dixo el Mercader, quien desagradezca; ò quien no sepa agradecer el bien que le hacen? Ay quien no le parezca, que no satisface al beneficio recibido? Quien ha de carecer de tan admirable virtud?

Yo

:reo, respondi, que nadie, son los avarientos, y los so- rios, que son dos generos de te pestilencial en la Republi- los unos, porque no saben de caridad; y los otros, por- siempre vàn contra ella. Y s se ha ofrecido materia tan :lente, y divina virtud, ço- es el agradecimiento, en tan- ue llegamos à Adamuz, ten- le referir un caso digno de sa- se, que le passò al Autor de libro, viniendo de Salaman- que no ay vida de hombre guno, de quantos andan por mundo, de quien no se pueda ivir una grande historia, y para ella bastante materia. una dispersion que huvo de idiantes en Salamanca, por to reencuentro que tuvo el regidor Don Enrique de Bo-)s con la Universidad, y no ella, sino con los Estudian- , gente briosa, y facil de mo- e para qualquiera alteracion mo se quedò la Ciudad sin idiantes) el Autor tambien ie à su tierra, como los demàs, las vacaciones estaban yà r cerca, tiempo muy desea- para descanso de los Estudian- La necessidad suya era tan- ue trillò el camino à la Apos- :a. Llegò un dia al anoche- à las ventas de Murga, y queriendole dàr possada (por poco provecho que avia dexar en ellas) passò ade- lante solo, y cantando, por ha- cerse compañia, que la voz hu- mana tiene propiedad maravillo- sa, para acompañar à quien no lleva dineros que le puedan qui- tar. Salieron quatro hombres, con quatro ballestas, y pregun- tandole de donde venia? El res- pondiò, que de Salamanca. Y à quien dexa atràs, preguntaron ellos; y èl respondiò: Antes to- dos me dexan à mi, porque an- do poco. Pues còmo no se que- dò en las ventas? preguntaron, y èl respondiò: Porque como no llevo dineros, ni cavalgadu- ra, que les pudiera dexar prove- cho, me dieron vozes, que me saliesse de la venta, y yo las voy dando à Dios, porque me acom- pañe, y juzgue la crueldad de estos Venteros: à lo qual dixo el mas pequeño de los ballesteros, ò ballesteadores: Preguntamos esto, señor Estudiante, por vèr si queda atràs quien nos pueda comprar caza, de que tenemos mucha abundancia, y pocos com- pradores. Y bolviendose à sus compañeros, dixo: Gran lastima me ha dado el mal trato, y cruel- dad, de que estos Venteros usan con la gente de apie, y mas la necessidad que he visto en este Estudiante. Llevemosle à nuestro alojamiento, que algun tiempo nos valdrà con Dios esta caridad. Harto mejor, dixo uno serà ma- tarlo, (despues lo supe) porque no diga que nos ha encontrado,

Y,

y espante los caminantes. Al fin el mozuelo diò, y tomò con ellos, hasta que lo llevaron consigo; porque les pareciò que era lo mas sano para su negocio. Mostròse el mozuelo muy compassivo, que si bien las ruines compañias hacen prevaricar una buena inclinacion, tal vez naturaleza de una sofrenada, para recordacion del primer natural, que por mas que se olvide, de quando en quando torna à su primer principio. Fuesse con ellos, ò por mejor decir, se lo llevaron por unas espesuras, escuridades, y escondrijos, llenos de rebueltas, y dificultades, y que como yà era de noche, y sonaba en unas profundidades, despeñandose el agua, y la fuerza del viento sacudia los arboles con gran furia, y al Estudiante el temor le hacia de las matas hombres armados, que le iban à despeñar en aquella infernal hondura, iba con gran devocion mirando al Cielo, y tropezando en la tierra: pero con muy buen animo, hablando sin muestras de temor. Llegaron al fin à su habitacion, que parecia mas de zorras, que de hombres, y desembolviendo mucha cantidad de brasa, que parecia ser de muy buena leña de encina: encendieron para alumbrarse unas rajuelas de tèa, que les daba la luz bastante, que avian menester para toda la noche. La cena fue muy buenos tassajos de venado, sino eran quizà de algun pobre caminante: El no sabia fiestas que hacerles, diciendoles cuentos, entreteniendolos con historias, alabandoles el vivir en aquella soledad, apartados del bullicio de la gente. Deciales, que el exercicio de la caza era de Cavalleros, y grandes señores, y que sin duda descendian de alguna buena sangre, pues se inclinaban à èl. Si algun disparate se les caìa, se lo alababa, y solemnizaba por muy gran cosa. Al otro decia, que tenia muy buen rostro; y al otro, que plantaba bien los pies: al otro, que tenia buen ingenio: al otro, que hablaba con mucha discrecion: que en semejantes conflictos, la humildad, mezclada con la apacibilidad, y discrecion, à los pechos que de suyo son fieros, y aun de fieras, los buelven mansos, y amigables. La necessidad en los peligros, hace sacar fuerzas de flaqueza: y con gente de aquella traza el temor engendra sospecha, y el animo arguye sencillèz. Turbarse donde (aunque se teme el daño) no estamos en èl, es apresurarlo, si ha de venir: y ponerlo en duda, y sospecha si no se temia. El se huvo tan bien con los cazadores de gatos muertos, y rellenos, que le regalaron, y dieron de cenar, y dos zamarros en que durmiesse, y antes que amaneciesse, porque no saliesse con luz, le dieron

de almorzar; y sacandole al camino aquel mozuelo, el menor de los quatro, le fue diciendo el peligro en que se avia visto, si no fuera por èl; y en pago le rogaba, no dixesse à nadie lo que le avia sucedido: despidiòse de èl, y fue su camino, bolviendo atràs muchas vezes la cabeza, que aun le parecia que no estaba muy seguro de ellos. Si encontraba algun caminante, le decia, que no fuesse por aquel camino, porque le avia seguido una grandissima sierpe, que no ossaba decir otra cosa, pareciendole que estaban oyendole. Al fin, para abreviar el cuento, aviendo peregrinado por España, y fuera de ella mas de veinte años, reduxose al estado que Dios le tenia señalado, fuesse à su tierra, que es Ronda; hizose Sacerdote, sirviendo una Capellania, de que le hizo merced Felipe Segundo, sapientissimo Rey de España. Despues del sucesso de los salteadores veinte y dos, ò veinte y tres años, vinieron en busca de tres ladrones famosos, trayendo lengua de ellos, que estaban en Ronda, que para hurtar tenian esta astucia. Las mugeres vendian bohoneria (que todos eran casados) entraban en las casas à vender su mercaderia, mirabanlas bien, y daban al punto à sus maridos las señas de toda la casa, y à la mañana amanecia robada. Llegò à Ronda este soplo, dieron con ellos en la carcel por orden del Licenciado Morquecho de Miranda, que al presente hacia oficio de Corregidor, siendo Alcalde Mayor; Y por abreviar el cuento, diòles tormento, y confessaron de plano: pidiòle al Autor que los confessasse, y en entrando representòsele la presencia del uno de ellos, que le hizo cosquillas en el alma; y reparando en el sentimiento que avia tenido, hallò que era el que le avia dado la vida en Sierramorena: buscando traza, como agradecer el bien que le avia hecho, y pareciendole que estaba el negocio muy adelante, para rogar por un hombre convencido por su confession: fuesse al Juez, y dixole, que si hacia justicia de aquel, perdia una grande ocasion secreta. El Juez dispuso de los otros dos, y dexò aquel, para que descubriesse una gran maquina que el Confessor le avia dicho, y apretandolo despues, à que hiciesse con el delinquente que lo confessasse, le respondiò: Señor, martirizado de la piedad, y movido de el agradecimiento, fingì à V.m. lo que sabe: Este hombre me librò de la muerte, ha venido à mis manos, querria pagarle el bien que me hizo: y à los Juezes tambien los acompaña la misericordia como la justicia, suplico à V.m. por las entrañas de Dios, que se compadezca de el trabajo

de un hombre tan piadoso como este. Respondiò, estoy pensando como sastifacer à vuestra demanda, y à mi reputacion, y al bien de esse hombre, que por piadoso lo merece; èl no està ratificado, y en las cosas criminales tenemos ley del Reyno, que nos dà licencia para poder comutar la pena de muerte en galeras; yo os siento tan ansiado, por agradecerle el bien que os hizo, que quiero aprovecharme de esta ley; pues no ay parte, y echarlo à galeras, donde purgue su pecado. Hincòse de rodillas, agradeciendo à Dios, y al Juez tan piadosa causa: llevò la nueva al casi muerto preso; que respirò, y bolviò en sì, como de la muerte à la vida, y el Autor quedò contentissimo de aver mostrado su agradecimiento en tan apretada ocasion, que siempre las buenas obras tienen guardado su premio en este, y en el otro mundo. Estraño sucesso, y digno de memoria! (dixeron los Mercaderes) que santa cosa es hacer bien, que cierto la buena obra es la prision de el corazon noble. Què buen fruto coge quien siembra buenas obras! Que como el vestido cubre el cuerpo, las buenas obras son coberturas del alma. Què contento quedaria esse hombre quando hizo este bien! como queda sabroso el brazo quando acierta un tiro, assi lo queda el alma quando hace una buena obra. En esta conversacion, el acabarse el cuento, y descubrir à Adamuz fue à un mismo tiempo, lugar apacible, puesto en el principio, ò fin de Sierramorena, en jurisdicion de el Marquès del Carpio, y al mismo tiempo se descubrieron aquellos fertiles campos de el Andaluzia, tan celebrada de la antiguedad por los campos Eliseos, reposo de las almas Bienaventuradas: Posamos, y reposamos aquella noche en Adamuz.

DESCANSO XV.

EL dia siguiente, por ciertos respetos, me fue forzoso (por llegar primero à Malaga, que à Ronda) apartarme de los Mercaderes, tomando la via del Carpio; y ellos lo hicieron tambien conmigo, que me dieron uno de los machos en que iban, y dineros fiando de mi que se lo llevaria à la feria à buen tiempo, y ellos se fueron con las mulas de retorno en que yo avia venido hasta alli: el macho era endiablado, que ni se dexaba herrar, ni poner la silla, y por momentos se echaba con la carga, aunque con la compañia avia dissimulado algo de su malicia, y assi en saliendo de el lugar, por verse solo, y por sus ruines resabios, en el primer rebolcadero se arrojò cogiendome una pierna debaxo; de suerte, que si yo no me

me echara al mismo tiempo del otro lado, recibiera mucho daño; pero con esta prevencion pude levantarme; y llevandole del diestro, muy contra su voluntad, un ratillo, se me quitò el dolor, sin entrar el frio, que pudiera sino hiciera aquella diligencia. Echè de vèr la ruin compañia que llevaba con mi cavalgadura; pero por si otra vez se echaba, cogì un garrote, para usar de un remedio, que avia oìdo decirà un viejo; que como la experiencia los ha enseñado, saben mas que los mozos: y para semejantes actos, que no son de muchos lances, cerrados los ojos se puede seguir su parecer. Fui con gran cuidado, para otra vez que se quisiesse echar, y en sintiendole que iba à caer, dile con el garrote entre ceja, y ceja con tal furia, que cayendo le vì bolver lo blanco de los ojos, bien arrepentido de averlo hecho; porque realmente pensè que lo avia muerto; pero sacando de presto pan, y mojandolo en vino, diselo, y tornò en sì, tan castigado, que nunca mas se echò, à lo menos llevandome à mi encima, aunque topò arenales donde poder hacerlo. Fui mi camino, y en llegando à un bosquecillo del Carpio, aunque pequeño, abundantissimo de conejos, y otras cazas, en la ribera de Guadalquivir; apeeme à cierta necessidad natural, y forzosa, y antes que la comenzasse espantòse el macho, y diò à huir, por el ruido que hizo un culebron, y una zorra, que salieron de un zarzal, y matas muy espesas, que avia junto al camino, que debian de estàr ambos en una cueva, que la culebra con ningun animal hace amistad sino con la zorra. Ella diò por una parte, y la culebra tràs el macho, que como supe despues, à quantos passaban acosaba, porque avian muerto su compañia: arrojèle una piedra, no pensando que sucediera lo que sucediò, que como la piedra iba por el ayre, corriò mas que la culebra, y diòle en el espinazo, de que bolviò con tal furia contra mi, que sino me pusiera de la otra parte del camino, dexando en medio mucha arena, lo passàra muy mal, que como no se podia aprovechar de las conchillas, que le sirven de pies en el arena, como en lo duro, y liso, no se atreviò à atravesar el camino; pero quanto yo corria por la una vanda, ella corria por la otra, con mas de una vara de cuello alzado de la tierra, y vibrando la lengua muy apriesa, y haciendo cinco, ò seis de ella. Iba yo de manera, que yà no sentia la falta del macho, sino la persecucion de la culebra, que me tenia sin aliento, lleno de sudor, y cansancio. Los silvos no eran formados, ni agudos, sino baxos, y continuados, casi al mo-

modo q̃ pronunciamos acà las xx. Lleguè à una parte del camino, adonde avia piedras para tirarle. Parème, asi por descansar, como por aprovecharme de las piedras; pero ella viendo mi temor, quiso passar por la arena para acometerme, por donde tuve yo esperanza de librarme de ella; porque en entrando, no pudo aprovecharse de las conchuelas, ni moverse, sino muy poco: animandome yo lo mejor que pude, le tirè tantas piedras, que casi le vine à enterrar en ellas, y acertandole con una, despues de averle escupido muchas vezes àzia la cabeza (que es veneno contra ellas) la acertè con una piedra media vara arriba de la cola, donde tienen el principal movimiento, de que no pudo menearse mas, y acudiendo con otras muchas, le majè la cabeza, y me sentè à descansar. Passaron por alli dos hombres, que iban camino de Adamuz, y me contaron lo que arriba dixe: Midieronla, y tenia diez pies de largo, y de gruesso mas que muñeca ordinaria. Abrieronla, y hallaronle dentro dos muy gentiles gazapos, que estas serpientes son muy voraces, y poco bebedoras, aunque passan mucho tiempo sin mantenimiento; y asi hacen tarde la digestion, que en el poco movimiento que ella hacia, bien se echaba de vèr, que estaba pesada. Considerè en el rato que estuve descansando, què de cosas ay en el mundo, que contrastan la vida del hombre. Que hasta un animal sin pies, ni alas le persigue, y le comenzò à perseguir desde su principio, antes que otro animal ninguno, ò porque no piense el hombre que se le diò el dominio, y jurisdiccion de la tierra, sin pension, ni trabajo, ò porque con la razon sepa distinguir lo malo de lo bueno, y guardarse de lo que le puede dañar: mediante la qual razon conoce, y sabe conocer el mantenimiento provechoso, y desechar el nocivo. Huìr de los animales bravos, y servirse de los mansos; pero los feroces, y dañosos avisan del mal que pueden hacer, ò con las uñas, ò con los cuernos, ò con los dientes, ò con los picos. Mas què un animal sin pies, sin uñas, sin cuernos como este, sea tan horrendo, y abominable, que atemorice con solo mirarle! Ordenacion fue de Dios, para sujetar la sobervia del hombre, y desjarretarsela con la misma inmundicia, y asquerosidad de la hez de la tierra, que aun muerta la via, y me daba horror: y confiesso de mi, que siempre que veo semejantes sabandijas, engendran en mi nuevo temor, y espanto; pero què no espantarà vèr, que una cosa que parece cerbatana, ò varal, de

u propio movimiento corre
o como un cavallo? Y que
hincar la cabeza en el sue-
lè tan grande golpe à un
ıbre, que lo derribe, y aun
ıate, acometiendo à tray-
, que no cara à cara? Que
tan astuto, que se desnude el
ito viejo, y se vista de nue-
Que se cure la ceguera de
ojos, causada de las hume-
es del Invierno, con refre-
e en el hinojo la Primave-
Son tan contrarios à todos
demàs animales, que con
uno hacen amistad, sino con
orra, ò porque ambas habi-
siempre en cuevas de tierra,
edra, ò por buscar abrigo en
elo de la zorra. Hasta aqui
estado el Ermitaño callan-
y aqui pareciòle preguntar,
o hombre que avia estado
oledades, y entre asperas
tañas, huyendo el concur-
e la gente, viviendo, y con-
ando animales brutos, que
a razon, porque estas sa-
lijas son tan espantables, cò-
son culebras, lagartos, sa-
, escuerzos, aspides, vivoras,
ras semejantes, que suelen
e? Respondile: Lo primero,
todas las cosas que no ve-
, y tratamos, de ordinario
n consigo este genero de ad-
ıcion. Lo segundo, que por
r tanto de los dos Elemen-
graves, que son agua, y tier-
y tampoco de los Elementos
leves, que son ayre, y fuego,
que casi no tienen parentesco, ni
semejanza con el hombre, por-
que tiene de lo espiritual, en
que se parece à los Angeles: y
de lo corporal, en que se pare-
ce à los animales brutos: y es-
tos en aquella parte terrestre,
humeda, y fria, tienen semejan-
za con las sabandijas, y estas
consigo solas, y con las entrañas
de la tierra. Lo tercero, y ulti-
mo, porque todos los animales,
que se pueden engendrar de la
putrefaccion de la tierra, sin ge-
neracion de su semejante, ni
pueden ser para el servicio, ni
para el gusto del hombre, à quien
Dios les manda, que obedez-
can, y ellos mismos huyen de su
presencia, como de Señor, à
quien aborrecen por la superio-
ridad, y dominio, que tienen
sobre todas, ò por la antipatìa
natural. Y esto baste, porque la
pèrdida de mi macho me dà pe-
na, y cuidado, y priessa que lo
busque. Yà que huve descansa-
do, y limpiadome el sudor del
rostro (que lo de dentro no pu-
de) fui buscando mi macho, ò
por mejor decir, de los Merca-
deres, por toda la orilla, y ribe-
ra de Guadalquivir, sin topar à
persona, que me supiesse dàr
rastro, ni nuevas de èl, yendo,
como iba, cargado con ferreruelo,
y espada, cogin, y alforjas,
que todo lo echò por alto, sino
es la silla, que la llevaba en la
barri-

barriga, de ſuerte que yo me carguè de todo lo que el macho ſe deſcargò, y mucho mas me cargaban las matracas, que me daban los que me topaban hecho cavallo de poſtillon, que por no dexarlo lo ſufria todo. Parème à deſcanſar un ratillo, antes que paſſaſſe el rio, donde vi tanta abundancia de conejos, que eſtaban mas eſpeſos à la orilla del rio, que liendres en jubòn de harriero, que en todo el dia no dexan de venir à beber muchas manadas de ellos. Paſsè de la otra parte del rio, y entrème à deſcanſar à un meſon, que eſtà antes de llegar al Pueblo, donde tampoco me ſupieron dàr nueva de mi negro macho, aunque prometì hallazgo, haciendo diligencias con las guardas del boſque. Refreſquème lo mejor que pude de mantenimiento, y bebida, con la templanza que el canſancio pedia. Puſeme à la puerta del meſon, para vèr ſi paſſaba el macho, ò perſona que de èl me dieſſe nuevas. Mirè aquel pedazo de tierra, en el tiempo que alli eſtuve, que en fertilidad, y influencia del Cielo, hermoſura de tierra, y agua, no he viſto coſa mejor en toda la Europa: y para encarecerla de una vez, es tierra, que dà quatro frutos al año, ſembrandola, y cultivandola con regadìo de una hazeña, con tres ruedas, que la baña abundantiſsimamente, donde algunos años deſpues paſsò en preſencia mia una deſgracia muy digna de contarſe, para que ſe vea quanta obligacion tienen los hijos de ſeguir el conſejo de los padres, aunque les parezca que repugna à ſu opinion. Y fue, que ſiendo Marquès del Carpio Don Luis de Haro, Cavallero muy digno de eſte nombre, muy gallardo de perſona, y adornado de virtudes, y partes muy dignas de eſtimar. Vinieron alli madereros de la Sierra de Segura, con algunos millares de vigas muy grueſſas: y dando el Marquès licencia, y lugar para que las paſſaſſen, alzaron la Puente de la peſquera, para que toda el agua ſe recogieſſe à un deſpeñadero, ò profundidad, por donde los maderos avian de paſſar. Los Gancheros eran todos mozos de muy gentiles perſonas, fuertes de brazos, y ligeros de pies, y piernas, grandes nadadores, y ſufridores de aguas, frios, y trabajos. Quiſieron hacer al Marquès una fieſta de ganſos, poniendolos atados entre los dos maderos de la puerta de la peſquera; y como iba el madero deſpeñandoſe, por la violencia del grande cuerpo de el agua (pueſto el Ganchero ſobre el madero, aſia la cabeza del ganſo, y tirando del peſcuezo, ſe deslizaba de la mano, y caìa en la profundidad del agua, ſalien-

do lexos de alli nadando, en
passaron cosas de mucho
o, y risa, aunque no sin pe-
o de quien la causaba, que
npre las caìdas son de gusto
a quien las vè, pero no para
en las dà, especialmente en
rcicios tan poco usados co-
este. Entre estos Gancheros
ia un mozo recio, de muy
til talle, alto de cuerpo, ru-
, y bien hecho de miembros,
nde hacedor de su persona,
ue entre todos los demàs era
ocido, y respetado por de
opinion, y por de grandes
zas para qualquier exercicio
hombres. Este pidiò licencia
i padre, que venia en com-
ia de los otros, para ir à qui-
el pescuezo à un ganso, que
oa recien puesto: la qual el
re le negò, que los padres,
or tener mas experiencia que
hijos, ò por ser hechura su-
y conocer sus inclinaciones,
or averlos criado, y conocer
què pie cogean, ò por el
r entrañable que les tienen,
algo Profetas de los bienes,
ales de los hijos. Y assi este,
ningun camino consintiò, que
u voluntad fuesse el hijo à
esta; pero diciendo èl, que
queria que lo tuviessen por
os hombre que à los demàs,
importunaciones alcanzò de
adre que lo dexasse ir, aun-
de muy mala gana. Y re-
ehendiendole algunos, por
què lo hacia tan forzado, res-
pondiò en presencia mia unas
palabras llenas de gran senti-
miento, y dolor, diciendo: No
sabe nadie lo que es aventurar
un hijo criado, y solo. El mozo
fue gallardissimamente, tenien-
do todos los ojos puestos en èl,
que en asiendo el cuello del gan-
so, que èl pensaba con facilidad
arrancar, con la fuerza grande
que hizo, estuvose casi colgado
de las manos, hasta que el made-
ro llegaba yà al cabo, en cuyo
remate, ò cabeza deslizandosele
la mano, cayò, y diò de cele-
bro sumergiendose en el profun-
do del charco, sin que mas pa-
reciesse hasta el dia siguiente,
con grande espanto, y compas-
sion de todos los circunstantes,
quedando el padre (que lo esta-
ba mirando) en extasis. Todos
los Gancheros nadando le bus-
caron, y lo hallaron el dia si-
guiente. Que pareciò en cierta
manera, castigo de la desobe-
diencia que tuvo al mandamien-
to del padre, y exemplo para
quantos le vieron. Fue contra el
precepto, y consejo paternal, del
qual tienen necessidad todos los
que desean acertar. Passò este
caso en este mismo lugar, y en
presencia del Marquès Don Luis
de Haro, y de su hijo el Mar-
quès Don Diego Lopez de Ha-
ro, que quando esto se escrive
estàn vivos, y mas mozos que el
Autor, en cuya compañia se ha-
llò

llo presente à este infelice sucesso. Y porque no avrà lugar de contarlo adelante, se dice aqui, por encargar à los hijos, que aunque les parezca, que saben mas que los padres (en razon de la superioridad, que Dios les diò sobre ellos, y representando la persona del verdadero Padre) los han de obedecer, respetar, y creer, que en quanto à las costumbres morales, saben mas que ellos; porque con esto se merece con el universal Padre de todas las criaturas. Y bolviendo al estado presente, y la pena que me daba la falta de mi macho, aquella tarde no pude saber de èl, y assi me quedè aquella noche en el meson, sin esperanza de poderlo hallar.

DESCANSO XVI.

AManeciò el Sol el dia siguiente con unos rayos entre verdes, y cetrinos, señal de agua, y yo sin macho, ni esperanza de hallarlo. Fuime al Pueblo à las nueve, ò à las diez, y vì, que unos Gitanos estaban vendiendo un macho, muy hechas las crines, y el tranzado de atràs, con su jalma, y demàs aderezos, encareciendo la mansedumbre, y el passo, con mil embelecos de palabras. Hacia el Gitano mil gerigonzas sobre el macho, de manera, que tenia yà muchos golosos, que le querian comprar. Lleguème cerca, y vi, que era del color del mio; pero desconocilo en verlo tan manso, seguro, remozado de crines, y cola. Vi que se dexaba tocar à todas las partes del cuerpo, sin alterarse, y assi no me atrevi à pensar, que pudiera ser el mio. Alzabanle los pies, y manos, dandole palmadas en el pecho, y en las ancas, estando èl con mucha paciencia, y mansedumbre: yo estaba desconfiado de que pudiera ser el mio; pero fuime por un lado dissimuladamente, y puseme delante de èl, aunque detràs del Gitano, y en viendome, amusgò las orejas, por el conocimiento, ò por el temor que me tenia. Espantème de vèr tan subita, y no esperada mudanza, y vi, que realmente era mi macho: mas no pude imaginar como lo podia cobrar sin dàr testigos, ò evidencia de como era mio, y assi no me arrojè à decir que era hurtado, y decia entre mi: Es possible, que sean estos Gitanos tan grandes embusteros, que en menos de veinte y quatro horas ayan hecho este macho de jalma, y le ayan disfrazado de manera, que me ha puesto en duda el conocimiento de èl, y que lo ayan hecho mas manso, que una oveja, siendo peor que un tigre, y que no tenga yo modo para cobrarlo, manifestando mi justicia. Pero detuveme un poco, y lleguè-

on los demàs à vèr el ma-
y alabandole, preguntè si
Gallego. Respondiò el Gita-
V.m, ceñor, à fee que sabe
to de bestiaz, y ha conocido
la bondad de loz mejorez
o piez, que ay en toda la
lucia. No ez Gallego, mi
r, cino de Illezcaz, que alli
rquè por un quartago Cor-
, y aqui traygo el teztimo-
erà levantado, dixe yo entre
junto con esto lo mostrò.
iòseme traza para cobrar-
ilmente, y lleguème à un
go, à quien vi que todos
taban, que era de los anti-
criados de aquella casa, lla-
Angulo. y le dixe: Señor,
macho me han hurtado es-
Gitanos, y aunque trae jal-
es de silla: y aunque parece
traen testimonio, es falso.
qual me dixo el hidalgo:
señor Estudiante, que co-
mos este Gitano de muchos
pos acà, y nos ha trata-
empre verdad. Pues agora,
ondi yo, no la trata, y ha-
lo V.m. las diligencias que yo
plicarè, se verà con eviden-
a verdad que tengo dicha,
m. està inclinado à comprar-
orque le parece manso, sien-
eor que un demonio. Pues
e ser fingida, preguntò el
go, aquella mansedumbre,
dad? Si señor, respondi yo,
ue lo han emborrachado: y
y bestia tan feròz, ni mali-
ciosa, que echandole de grado, ò por fuerza, una azumbre de vino en las tripas, no se amanse mas que una oveja: y por esto haga vuessa merced lo que yo le suplicarè, y saldrà de este engaño, viendo que el macho es malicioso, y que es mio. Y lo primero digo à V. m. que se lo lleguen à comprar, y digale esto, y esto, hablandole algo al oìdo, è informandole de todo lo conveniente. Fuesse el hidalgo despues de bien informado al Gitano, y mirando al macho, le dixo: Yo estoy muy contento de esta bestia, y la compràra, si tuviera silla, y freno, porque tengo de hacer un viage muy largo. El Gitano se holgò mucho de ello, y traxo luego la silla, y freno, diciendo, que era el mayor caminador del mundo, y que por pensar que para el campo se venderia mas presto, le avia puesto la jalma. En viendo el hidalgo la silla, y el freno, hallò que conformaba con las señas que yo le avia dado, y haciendo lo que yo le avia dicho al oìdo, llevòlò à su casa, assegurando à los Gitanos, que lo queria probar: y tuvolo, hasta tanto que se gastaron los humos del vino, encerrado en su casa. Hecho esto, llamò al Gitano, y dixole, que subiesse en el macho, y caminasse un quarto de legua fuera del Pueblo. Subiò aunque era muy suelto, con mucha difi-

cultad, por la poca seguridad del macho, que gastada la suavidad del vino, tornò à su ruin natural, y caminando como un viento, en saliendo de las casas, con la misma furia que llevaba diò consigo, y con el Gitano en tierra, y cogiendole una pierna debaxo, se rebolcò de manera, que fue bien necessaria la ligereza del Gitáno, para que no se la quebrasse. Acudiò aquel hidalgo desengañado yà de la bellaqueria, y le dixo riendose: Què desgracia es essa Maldonado? Señor, dixo el Gitano, como està holgado, y mal herrado, se echa con la carga: y riendose mas el hidalgo, dixo: Pues alzadle los pies, y veamos si ha menester herradura. Alzòle un pie, y diòle una patada en el carrillo izquierdo, con que le dexò señalada la herradura, y los clavos, y le dixo el hidalgo: Mal se conoce lo que no se ha criado, hermano Maldonado, si vos huvierades tratado, y conocido esta bestia, ni os engañarades, ni nos engañarades. En lo agero dura poco la possession: ibades con aquel refràn: Quien no te conoce te compre. Por què pensabades que os preguntò el dueño si era Gallego, sino porque como tal os avia de dàr la coz que os diò: vos queriades herrarlo, mas èl no os errò à vos: cogisteis ayer el macho, y queriades oy venderlo? huelgome de saber que tambien sois Nigromantico, pues desde ayer aveis venido de Illescas. Señor, dixo el Gitano, yo hice como Gitano, y su merced ha de sufrir como Cavallero: bien echè de vèr, que este señor sabia de bestias. Descubierto el hurto con la evidencia possible, me dieron mi macho, y me aviè camino de Malaga, passando por Luzena, donde llegando un poco tarde, reposè, y comi un bocado, y pensando llegar aquella noche à Benamexì, cuyo camino yo no sabia, partime con la relacion que me dieron. Las leguas son mas largas de lo que yo pensaba, el camino estaba lleno de lodo, porque la noche antes avia llovido muy bien. Yo por priessa que me di con mi macho, me anocheciò una legua antes de llegar à un riachuelo, que està entre Lucena, y Benamexì. Hallème confuso, por ser la noche obscura, y caminar sin guia, y sin encontrar à quien preguntar por el camino, que era Domingo en la noche, quando todos los Labradores estàn en sus casas. Al fin poco à poco (muchas vezes tropezando, y algunas cayendo) lleguè al rio, y en passando no hallè camino por la otra parte, por una costumbre que tienen los Labradores en aquella tierra, que es para desviar los caminantes, que no les entren por el sembrado, cabar por aquella parte por donde suelen hacer sendas

los

caminantes. Saliò del rio mi
ho lo mejor que pudo, y
ò à mano derecha por un cer-
que tenia muchas sendas de
jas, ù de cabras. Llegò à lo
alto que pudo, y estaba tan
inado el cerrillo, que en aca-
dose la senda, ni pude ir ade-
e, ni bolvèr atràs. Vime en
ran peligro, porque si que-
baxar con el pie derecho,
de rodar por la sierra aba-
hasta llegar à un arroyo sa-
, donde quando bien librà-
legàra la cabeza llena de chi-
nes. Roguèle al macho con
ha humildad, que me hiciesse
ced de estarse quedo, mien-
baxaba al revès; pero al
po que le mandè que bol-
e por la sendilla que avia su-
, èl iba tan cansado, que se
, y en echandose, como el
o estaba tan empinado, rodò
a el arroyo salado, yo bolvì
la senda, hasta llegar al arro-
, y fui à mi desdichado ma-
, y lo mejor que pude ayu-
à levantar, que estaba tan
ido, que fue menester animar-
on sopa en vino, y llevando-
el diestro lo mas poco à poco
pude, fui considerando, que
aquello me sucedia por no
tenido respeto à la Fiesta,
inando, y haciendo el viage
se pudiera hacer otro dia;
al fin, como las Fiestas son
dàr gracias à Dios, y no
hacer jornadas, no puede aver quietud para hablar con Dios de espacio. Que trabajando en los dias que la Iglesia tiene dedicados para Dios, no solamente no aumenta el provecho, pero por mil caminos viene el daño, como me sucediò esta noche, que yendo con mi macho à mano izquierda por una ladera arriba, yendo yo à la parte de abaxo por animarlo, deslizò, y cogiòme debaxo: aunque no fue mucho el daño, porque pude facilmente salir, y dandole sopa en vino pudo subir, hasta que descubri en lo alto del cerro un cortijo, donde me lleguè con toda la humildad del mundo: y aunque di muchos golpes, no me respondian, porque avia mucha gente, que se avia juntado alli aquella noche, por ser dia de Fiesta. Al fin di tantos golpes, que me respondiò un mozo; y diciendole con la necessidad que venia, respondiòme, que me fuesse en hora buena: y tornando à llamar, acudiò el Aperador del cortijo, que en todas sus acciones pareciò ser muy hombre de bien; y abriendome la puerta acudiò à mi necessidad, y al cansancio de mi macho, y dixome: Perdone vuessa merced, que por estàr dando vozes sobre una serilla de higos, que estos mozos me avian hurtado, no pude responder tàn presto. Pues si no es mas que por esso, dixe yo, no le dè pena, que yo le dirè quien se la hur-

hurtò. Angel serà V.m. respondio èl, y no hombre si me dice esso. Dexeme reposar, dixe yo, y se lo dirè. Descansè un rato, y mi macho cenò lo mejor que pudo: yo cenè un muy gentil gazpacho, que cosa mas sabrosa no he visto en mi vida, que tanto tienen las comidas de bueno, quanto el estomago tiene de hambre, y de necessidad. Fuera de que el azeyte de aquella tierra, y el vino, y vinagre, es de lo mejor que ay en toda la Europa. Aviendo cenado, y estando todos los mozos al rededor, le dixe al Aperador: Este dornajo en que avemos cenado, ha de descubrir el hurto de los higos. Dixo uno entre dientes: Aun serìa el diablo la venida de el Estudiante. Pedile al buen hombre un poco de azeyte, y almagra, y sin que los mozos lo viessen, untè el suelo de el dornajo con una mezcla que hice de el azeyte, y almagra, y pedile un cencerro de las bacas, y poniendolo debaxo del dornajo, dixe con voz, que lo oyeron todos (aviendo puesto el dornajo mas adentro, donde estaba el pajar:) Passen todos uno à uno, y dèn una palmada en el suelo de el dornajo: y en passando el que hurtò los higos, sonarà el cencerro. Fueron todos uno à uno, y diò cada uno su palmada en la almagra, y no sonò el cencerro, que es lo que todos esperaban. Llamèlos à todos, y dixeles, que abriessen las palmas de las manos, las quales tenian todos enalmagradas, sino er uno de ellos: y ansi les dixe à todos: Estè gentilhombre hurtò los higos, que porque el cenc no sonasse, no osò poner la m en el dornajo. El se parò col do como un escaramujo, y demàs estuvieron toda la no rebentando de risa, y dan matraca, y el Aperador agradecido de aver hallado higos, y yo muy contento buen acogimiento: y por el hospedage dexèle dos cuch damasquinos, con que por le corta las orejas al ladro los higos.

DESCANSO XVII.

AViendo descansado aq noche, lo que parecia bastaba para los trabajos de macho, fui à rogarle, que se masse, y gruñendo alzò la y al mismo tiempo dile un con que se le acordò el tra passado. Sossegòse luego, y e le la silla; caminè à Benam que estaba muy cerca; y aun quise passar sin que me viess Señor de Benamexì, el bel del macho se arrojò en su ca fue forzoso descansar alli u to. Al fin, por abreviar el c to, lleguè à Malaga, ò por jor decir, parème à vista de en un alto, que llaman la c

de Zambarà. Fue tan grande el consuelo que recibi de la vista de ella, y la fragrancia que traìa el viento, regalandose por aquellas maravillosas huertas, llenas de todas especies de naranjos, y limones, llenas de azahar todo el año, que me pareciò vèr un pedazo de parayso; porque no ay en toda la redondèz de aquel Orizonte, cosa que no deleyte los cinco sentidos. Los ojos se entretienen con la vista de mar, y tierra, llena de tanta diversidad de arboles hermosissimos, como se hallan en todas las partes que producen semejantes plantas, con la vista del sitio, y edificios, assi de casas particulares, como de Templos excelentissimos: especialmente la Iglesia mayor, que no se conoce mas alegre Templo en todo lo descubierto. A los oìdos deleyta, con grande admiracion la abundancia de los pajarillos, que imitandose unos à otros, no cessan en todo el dia, y la noche su dulcissima armonìa, con un arte sin arte, que como no tienen consonancia, ni dissonancia, es una confusion dulcissima, que mueve à contemplacion del universal Hacedor de todas las cosas. Los mantenimientos abundantes, y substanciosos para el gusto, y la salud. El trato de la gente muy apacible, afable, y cortesano, y todo es de manera, que se pudiera hacer un grande libro de las excelencias de Malagã, y no es mi intento reparar en esto. Negociè à lo que venia en aquella Santa Iglesia, de donde se pueden sacar muchos sugetos para Obispos, y Oìdores, y para governar el mundo: entre los quales hallè un Prebendado amigo mio, hombre bien nacido, de grandes, y superiores partes, muy digno de estimarse, apassionado, porque sin razon le ofendian las ausencias, hombres, que por ningun camino podian correr parejas con èl. Que de la misma manera, que la embidia no se halla, ni se cria, sino en pechos olvidados de la buena educacion, y partes, assi acomete siempre à los que las posseen, y resplandecen en actos de ciencia, y virtud. Que les parece, que reconocer superioridad, y ventaja à quien se la tiene, es perder el derecho que tienen à la descortesìa, à quien se crian subordinados, por falta de buen entendimiento, y sobra de mala voluntad. Quexabase, que aviendo hecho grandes bienes à un hombre, que siempre avia tenido pocos, ò ningunos, y aviendole librado de cosas, de que èl por ningun camino tuviera trazas, ni modo para librarse, no solo no le agradecia, pero buscaba caminos por donde pudiesse obscurecer las buenas obras recibidas. Vilo con determinacion de bolver la oja, y vengarse de èl por la mejor via q̃ pudiesse: pero ara-

atajèle con advertirle, que arrepentirſe del bien que avia hecho, no cabe en animos nobles. Pues hacer mal, dixe, à quien hiciſtes bien, arguye poca firmeza, y conſtancia en el valor del animo. Vengaros por Tribunales, es yerro notable, porque nunca las ofenſas manchan, haſta que lleguen à tan miſerable eſtado: eſpecialmente, que ſi vos me decis, que es hombre deſadornado de partes heredadas, ò adquiridas, què agradecimiento os ha de tener à vós, ſi no agradece à Dios averle pueſto en el eſtado que no merecia, ni pensò merecer? Y preguntoos, quien hizo mal, èl, ò vos? Reſpondiòme: Claro eſtà, que èl. Pues enojeſe èl, dixe yo, que hizo tan gran maldad, como no agradecer: que vos, que no hiziſteis mal, no teneis de que ſentiros, ſino de que eſtàr muy contento. Y no querais deſmerecer con Dios la buena obra que hiciſteis. Conſolòſe de manera, que ſi avia ſido mi amigo haſta alli, por eſte conſejo creciò mucho mas la amiſtad. Y realmente, la quietud del animo no admite alteraciones advenedizas de pechos, è intenciones, en quien ſe aſsienta mal la paz, y tranquilidad del alma. Hanſe de huìr ſemejantes reencuentros, po[illegible]l mejor medio que fuere poſsible. Y ſi es forzoſa la comunicacion, como ſucede en Comunidades, uſar de ella en ſolo aquello, que no puede eſcuſarſe, llevando ſiempre por guia la juſticia, y la verdad, de manera que los que viven con cuidado de hallar en que tropezar, ſe corran, y confundan: y quando no ſucediere, como ſe deſea, y como ſerìa razon, à lo menos quedarà muy ſeguro en ſu conciencia, y deſapaſsionado, quien aſsi lo huviere hecho. Que el hombre conſtante, y de animo quieto, à sì propio ſe ha de temer, y guardarſe de sì, mas que de los contrarios. Si le ofenden con razon, calle por sì propio, y enmiendeſe de la culpa: y ſi le murmuraren ſin ella, conſueleſe, viendo que eſtà libre de calumnia. De ſuerte, que por todos caminos, el ſilencio es refugio, y acogida de los agravios con malicia. Pero tornando à lo primero, por què penſais, le dixe, que dicen ordinariamente: Nunca falta un Gil que me perſiga? Que no dicen un Don Franciſco, ni un Don Pedro, ſino un Gil: es, porque nunca ſon perſeguidores, ſino hombres baxos, como Gil Manzano, Gil Perez. Ni para verdugos, y comitres buſcan, ſino hombres infames, y baxos, enemigos de piedad, beſtias crueles, ſin reſpeto, ni verguenza, inclinados à perſeguir à la gente, que vèn levantarſe en actos de virtud, como eſte miſerable de quien os quexais. De eſtos la comuni-

on, por ningun camino es
na, porque no son capaces
hacer bien, ni pueden dexar
nacer mal: lo qual se ataja,
conociendolos, para que no
iagan. Pues suele passar, di-
por cerca de mi sin quitarme
ombrero. Esso, dixe yo, ò se-
or descuido, ò por descor-
a. Si por descortesìa, enoje-
como tengo dicho, consigo
pio, porque ha hecho mal,
io os enojeis vos por los pe-
os del otro, que fue descor-
, y mal criado. Que vos no
aveis de alterar, no aviendo
etido culpa: y si lo hace por
uido, consigo trae la discul-
porque los que caen en esta
lvertencia, no podemos juz-
si vàn pensativos, ò ocupa-
por imaginaciones de nego-
, que pueden suceder por
has cosas, è inculpados, de
no podemos ser juezes, ni
r ciencia, ni razon de sen-
os, y alterarnos. Y en esto de
cortesìas, no tenemos de que
darnos. Lo uno, porque el
usarla con nosotros, no es
culpa nuestra. Lo otro, por-
quien dà, no dà mas de lo
tiene, y quien no tiene cor-
a, no es mucho que no la dè:
regla general es, que en
guna manera avemos de to-
fastidio de lo que no suce-
or culpa nuestra, que los
ortefes su castigo tienen
ca de quien los conoce.

DESCANSO XVIII.

SAliendo de Malaga, me parè entre aquellos naranjos, y limones, cuya fragrancia de olor con gran suavidad conforta el corazon, y puseme à mirar, y considerar la excelencia de aquella poblacion, que asi por la influencia del Cielo, como por el sitio de la tierra, excede à todas las de Europa en aquella cantidad, que su distrito abraza. Y estando en esta contemplacion, vi venir àzia mi una cosa, que parecia hombre sobre una mula, hablando entre sì à solas, con movimiento de brazos, meneos de rostro, y alteracion de voz, como si fuera hablando con alguna docena de caminantes. Bolvi la rienda à mi macho, picandole con toda la priessa posible, antes que pudiesse llegar à mi, porque le conoci la enfermedad, que para huìr de un hablador de estos, querria tener, no solamente pies de galgo, pero alas de paloma: y si ellos supiessen quan odiosos son à quantos los oyen, huìrian de sì propios. Que la loquacidad, fuera de ser enfadosa, y cansada, descubre facilmente la flaqueza del entendimiento, suena como vaso vacìo de substancia, y manifiesta la poca prudencia del sugeto, y tiene tan buena gracia con las gentes, que ia-

simular, y sufrir algun tanto la gotera, y continuacion de este impertinente hablador, hasta que llegamos à una venta, donde fue forzoso comer. En acabando, yo me hize enfermo, por quedarme sin èl, mas èl dixo: Juntos salimos de Malaga, juntos avemos de llegar à Ronda, que como yo callaba, y èl hablaba quanto queria, le parecia bien para compañia. Vime cansado, atajado, y molido; porque aunque confiesso de mi, que sè usar de la paciencia en muchas cosas, sè que no la tengo para oìr hablar mucho, y prolixamente, y assi me determinè à usar del remedio contra los habladores, que es hablar mas que ellos. En acabando de comer el buen hombre, estendiendo los brazos con un gran bostezo, comenzò à decir: Por aqui passò el Rey Don Fernando, y su gente, quando despues de ganada Ronda, vino sobre Malaga: y aviendole faltado los mantenimientos, por los muchos gastos que se le avian recrecido, y por aver acosado à los Pueblos circunvecinos, con los continuos reencuentros, trazas, y estratagemas, de que avia usado por ganar à Ronda, estuvieron dos, ò tres dias los Soldados sin recibir mantenimiento, por donde pensaron perecer de hambre. Yo le atajè con gran furia, diciendo: Y aun yo me acuerdo, que lo oì contar à mi visabuelo, que avia traìdo de la campiña de los Pueblos circunvecinos de Christianos de Ronda, una gran manada de ganado de cerda, de que agora ay mas abundancia, que en toda España, para mantenimiento del Real: como se huviesse acabado yà todo el ganado bacuno, y quedassen algunos cochinos, mandò el Rey Catholico, que le guardassen una docena de ellos, y que por ningun camino tocassen à ellos, por ser grandes, y largos, para casta. Como los Soldados, gente sin paciencia, se veìan perecer de hambre, y la provision que esperaban se tardaba; aunque estaban atrincherados, y cercados de enemigos de toda la Hoya de Malaga, donde por fuerza avian de vivir con recato: vieron dos, ò tres camaradas, que se avian desmandado los puercos àzia la espesura de estos arboles, por la ribera del rio, que como llevaban seguridad, y salvoconducto, nadie tocaba à ellos. Acudiò un Arcabucero de la camarada, y por entre las ramas le encerrò dos valas en el cuerpo à un cochino de aquellos. Arma, dixeron todos, arma, enemigos, arma. Pusose todo el Real en arma, los Soldados arrastraron el puerco àzia su tienda, y metieronlo entre la ropa de un baul. Acudieron à todas las partes, por donde se podia temer flaqueza, ò peli-

gro; porque en semejantes
iones, ninguno, sino las cen-
las, puede disparar arcabuz:
mo hallaron seguridad, man-
, que se hiciesse pesquisa
un Sargento mayor, à don-
y por què se avia disparado
cabuz: echòse de vèr, que
sido por la muerte del co-
o. Los tres Soldados, con
pies borraron el rastro de la
re, y embolviendole entre
vestidos, y camisas, lo en-
aron en el suelo del baùl,
le sirviò de sepulcro, hasta
llegò el Sargento mayor, y in-
andose de tienda en tienda,
indo à la de los Soldados,
gando ellos lo del cochino,
el Sargento mayor à mi-
detràs del baùl, y en me-
idolo, el cochino, de lo en-
able de las tripas, en contra
diò un profundo gruñido,
que no era muerto, y segun
con otro mas recio. El Sar-
o mayor, que se enterò en
aso, y padecia tanta ham-
como ellos, miròlos sin ha-
palabra. Ellos erizado el
llo, temblandoles las ma-
, y confuso el rostro, quan-
ntendieron que los avia de
car, ò hacer otro castigo
grave. El Sargento mayor,
endo el dedo en la boca, les
: Embienme mi parte, y
amos todos. Con mucha dis-
lacion tornò à su pesquisa de
la en tienda, y quando lle-
gò la suya, hallò entre unos tra-
pos sucios la parte del cochino,
que le pareciò que avia veni-
do del Cielo. Entonces, dixo
el hablador: Pues à propo-
sito de esto contarè, y al mo-
mento atajèle con decir: Pues
no parò aqui, ni he contado la
mitad del cuento, y diciendo mil
disparates, semejantes à los pas-
sados, lo rendi de manera, que
cogiò su mula, y se fue camino
de Mota, sin despedirse, y yo
me quedè en la venta de Don
Sancho, descansando de lo mu-
cho que avia hablado, y avia su-
frido hablar, que con ser el me-
dio con que se entienden los
hombres unos con otros, la de-
masia destruye el buen fin, pa-
ra que fue concedido à los hom-
bres, y no à los demàs animales;
la comunicacion del hablar, y la
dulzura de la lengua, que tan-
tas excelencias tiene, que esta
es el interprete del alma, satis-
factora à lo que le preguntan,
exortadora al bien, consolado-
ra en el mal, relatora fiel de
las sentencias, medianera en las
amistades, agradable para el oì-
do, en la soledad compañera,
declamadora para persuadir; y
voz para comunicarnos. Dexo
otros muchos provechos, que
aunque son materiales, son muy
necessarios, como es traer la len-
gua el mantenimiento de una
parte à otra, para que si està
muy caliente, se temple, y si

N 2 està

està frio, se caliente, y baxe al estomago, de manera, que lo abrace bien. Mas què asquerosa, y babosa fuera la boca, si no huviera lengua, que recogiera la saliva, que sin licencia se destila del celebro, y sube del estomago? Còmo se pudiera arrancar la flema del pecho, sino ayudàra la lengua? Quien negarà la gracia que tiene para pedir, y la desgracia para despedir? Maravillosas propiedades tiene para lo material.

DESCANSO XIX.

PEro quien, ò còmo podrà decir las calidades de la lengua, aunque ella propia tuviesse su libre alvedrio, sin tener dependencia de otra parte, para hablar de sì? Dicen algunos, que es de hechura de hierro de lanza, y engañanse, porque ni es tan ancha por lo ancho, ni tan puntiaguda por el remate. A mi me parece que tiene hechura de cabeza de culebra: y quien quisiere advertir en ello, veala mirandose à un espejo, y hallarà lo que digo: verà el facil movimiento que tiene, mas velòz que todos los demàs miembros del cuerpo, como de su movimiento propio se alarga, y se encoge, se ensangosta, y ensancha, con què ligereza sirve à lo alto de la boca, y baxa à lo baxo, y se mueve al un labio, y al otro, como sale

à fuera, y buelve à dentr vèr con que se alarga, ni ad se encoge; y mirandola co dos estos accidentes, parece ra que està à la boca de su va, para salir, ò no salir. Y sale, teniendo en su guar defensa los dos adarves de tes, y labios, que le estorv libertad del hablar; pero n esso dexa de hablar quan mandan, y algunas vezes m mas de lo que le mandan. infame, y que ordinariame halla en gente muy humild mo pescaderas, y lavander si son hombres, son semej en nacimiento, y costum que si pensassen quanto in ta, para la quietud de la vid la seguridad de la muerte, querrian ser mudos que h tanto, y tan mal. Mil vez pensado, por què llaman à deslenguados, teniendo ta ga la lengua. Y dexadas otr zones, digo, que como h tanto, y tan mal, parece qu de, tener la lengua gastad consumida de hablar: y po les llaman deslenguados, lenguados, y aun acedias, tantas engendran en quie sufre. Y dixe que parece l gua cabeza de culebra, pc tan dispuesta se halla par car, ò morder, como para bar, ò persuadir. Mas quan ce cosa es decir bien! Q amigos se grangean por ell

què de enemigos por lo contrario. En quantas pesadumbres suceden en el mundo avria templanza, y moderacion, si lo huviesse en la lengua, que por ella se travan quantas pendencias suceden en las Comunidades, ò Cabildos. Què facil cosa es conceder una verdad, y què dificultoso contradecirla! Pues al fin no se ha de dàr razon conveniente para derribarla. El contradecir la verdad, por salir (como dicen) cada uno con la suya, bien se echa de vèr que es estimarla en poco, y su misma reputacion: que aunque por algunos respetos le dexan salir con su intencion, al fin todos echan de vèr la vanidad que sustentaba, y èl queda corrido, y arrepentido; y à todos los que se aprovechan mal de la lengua, les viene luego el pesar al pie de la obra. Tristes de aquellos que ponen su justicia en la confianza de su ruin lengua, que si por esse camino la alcanzan, toda la vida passan con escrupulo, y la muerte sin restitucion. (quizà me engaño) Todas las heridas que un hombre dà con el brazo, pàran allì donde se recibe el daño. Si ofende con la pisada, no passa de alli el daño. Pero la herida que hace la lengua (como dice el doctissimo Pedro de Valencia) và cundiendo, y estendiendose de la misma manera, que el movimiento que hace una piedra en un charco de agua, que à todas partes se và estendiendo, ò como la voz que se dà al ayre, que à todas partes corre, y và creciendo: que la palabra una vez echada, no sabe bolverse à su dueño, ni es señor de lo que pudo retener en sì, y lo dexò ir. Llaman satyrico de pocos años à esta parte, al que tiene ruin lengua: mas impropiamente, que no tiene lo uno parentesco con lo otro: porque las satyras no nacen de la ponzoña de la lengua, sino del zelo de reprehender un vicio, que por ser insensible èl en sì, se reprehende en quien lo tiene. Mas la hambre, y sed de la ruin lengua, no tiene discurso, como el que compone la satyra: y si lo tuviesse, ò espacio para pensar los inconvenientes, no se arrojaria tan facilmente contra la honra del proximo. Aquel Philosofo, que preguntandole qual era el animal mas ponzoñoso en la mordedura, respondiò, que de los bravos el maldiciente, y de los mansos el lisonjero: no declarò qual se llama verdaderamente lisonjero, que realmente la lisonja es una mentira, dicha con blandura en alabanza del presente: como si à un hombre ignorante le llamassen sabio, ò à la muger fea la llamassen hermosa. Esta es realmente adulacion, y conocida lisonja, y es grande maldad decirla, y mayor ignorancia consentirla; pero no se llamarà

[illegible] à la muger que es medianamente hermosa, y parece bien, ni llamarla muy hermosa; ni al hombre que tiene razonable talle, decirle que es gentilhombre; ni lisonja al que canta à gusto de quien le oye, decirle que es un Orfeo; ni al que es muy razonable Poeta, decirle que es un Horacio, que algo se ha de añadir, para que los animos se alienten à passar adelante con los actos de virtud; porque si la honra es el premio de la virtud (como lo es) cómo sabrà el virtuoso la opinion que tiene en el Pueblo, sino se lo dicen en su cara, y le animan, para que prosiga en merecer mas, y mas cada dia? Assi, que decirle bien de sì propio al que tiene en que fundarlo, no es lisonja, sino dexarlo sabroso, para que no cesse en su buen proposito; y el que lo dice, sabiendolo decir, se acredita de afable, y de juez que conoce lo que se debe à las buenas partes. Quien serà tan inhumano, que tenga por lisonja decirle à Lope de Vega, que no ha avido en la antiguedad mas excelente ingenio por el camino que ha seguido? Ni tan bruto, que porque el otro sabe echar quatro pullas con donayre, diga que es gran Poeta? Todos estos son oficios de la lengua, que si es como la de aquel hablador, todo lo destruye, y todo lo daña, *assi solapando el mal*, como desacreditando el bien, porque en la demasìa es impossible caber los actos de justicia, y mas si el hablar mucho cabe en una muger ignorante, y hermosa, que para un hombre de recogimiento, y estudio, hace mas ruido, y ocupa mas en una casa, que un corral de docientas gallinas. El hablar mucho esta lleno de mil inconvenientes; y pocos habladores, ò ningunos he visto enmendados, porque quanto mas viven, y duran, crece mas la licencia del hablar, y el parecerles que lo pueden hacer. El hablar con moderacion regala el oìdo, cria voluntad, y amor en quien lo oye, y hace una armonìa en el oyente, que no ay quatro vozes concertadas, que assi lo suspendan. Mas què fuera de la musica de vozes, sino huviera lengua que pronunciàra las sylabas, y formàra los puntos? Parecieran los Musicos bacas en acequias, ò azudas en procession. Y aunque yo use mal del precepto que doy en hablar poco, no puedo dexar de condenar un genero de gentes, que en comenzando à hablar, son como rueda de cohetes, que hasta que ha despedido toda la polvora, no pàra. Son descorteses, sino oyen lo que les responden, y se hacen odiosos à todo el mundo. Hase de hablar lo necessario, respondiendo, y dando lugar à que se responda con silencio justo, ò ajustado con la conversacion, si

ere ser con agudeza, y do-
re: si no, à lo menos con cor-
ı, moderacion, y aplauso, no
sando que se lo han de ha-
todo. Como divinamente
e Doña Ana de Zuazo, que
de la lengua para cantar, y
lar con gracia, concedida del
o para milagro de la tierra.
omo Doña Maria Carrion,
sino fuera con tantas venta-
hermosa, con sola la cordura,
racia de su lengua, pudiera
estimada en el mundo. No
ro traer en consequencia de
à los grandes Oradores, co-
es el Maestro Santiago, Pico
Oro, al Padre Fray Gregorio
edrosa, el Padre Fray Placido
antos, y el Maestro Orten-
divino ingenio, el Padre
blanca, tan semejante en la
à la excelencia de sus pala-
: y otros excelentissimos su-
os, que parece que hablan
lenguas de Angeles, mas que
hombres. Pero para repre-
der el mucho hablar, he yo
ado demasiado, por persua-
quien tiene esta falta, que
oforme en ella. Aquesta
e descansè en un Pueblo
està cerca del camino, que
an Cazarabonela, abundan-
mo de naranjas, y limones,
n muchas aguas, y frescu-
ras, aunque al pie de muy
altas peñas.

DESCANSO XX.

POr la mañana tomè el camino por entre aquellas asperezas de riscos, y arboles muy espesos, donde vi una estrañèz, entre muchas que ay en todo aquel distrito, que nacia de una peña un gran caño de agua, que salia con mucha furia àzia fuera, como si fuera hecho à mano, mirando al Oriente, muy templada, mas caliente que fria, y en bolviendo la punta del peñasco, salia otro caño correspondiente à este, muy helado, que miraba al Poniente: en lo primero el romero florido, y à dos passos aun sin hojas: y todo quanto ay por aì es de esta manera. Unas zarzas sin hojas, y otras con moras verdes, y poco adelante con moras negras. Todo quanto mira à Malaga muy de Primavera: y quanto mira à Ronda muy de Invierno, y assi es todo el camino. Por entre aquellos arboles muy lleno el camino de manantiales, y aguas, que se despeñan de aquellas altissimas breñas, y sierras, por entre muy espesas encinas, lentiscos, y robles: y como solo, imaginando en las estrañas cosas que la naturaleza cria, quando sin pensar di con una transmigracion de Gitanos, en un arroyo que llaman de las Doncellas, que me hiciera bolver atràs, sino me huvieran visto, porque se me

[illegible] las muertes [illegible] tonces por los [illegible] los Gitanos, [illegible] como el camino era [illegible] yo me vi solo, y [illegible], que pudiera pas- [illegible] me acompañàra, [illegible] animo que pude, al [illegible] que ellos me co- [illegible] à pedir limosna, les [illegible] hora buena la gen- [illegible] un bebiendo agua, [illegible] combidè con vino, [illegible] una bota de Pe- [illegible] Ximenez de Malaga, y [illegible] pan que traìa, con que se holgaron; pero no cessaron de hablar, y pedir mas, y mas. Yo tengo costumbre, y qualquiera que caminare solo la debe tener, de trocar en el Pueblo la plata, ò oro, que ha menester para el espacio que ay de un Pueblo à otro; porque es peligrosissimo sacar oro, ò plata en las ventas, ò por el camino, y trayendo en la faltriquera menudo, saquè un puñado, con que les di, y repartì limosna (que nunca la di de mejor gana en toda mi vida) à cada uno como me pareciò. Las Gitanas iban de dos en dos en unas yeguas, y quartagos muy flacos, los muchachos de tres en tres, y de quatro en quatro, en unos jumentillos cojos, y mancos. Los bellacones los Gitanos à pie, sueltos como un viento, y entonces me [illegible] altos, y membrudos, que el temor hace las cosas mayores de lo que son: el camino es estrecho, y peligroso, lleno de raìzes de los arboles, muchos, y muy espesos, y el macho tropezaba quanto podia: dabanle los Gitanos palmadas en las ancas, y à mi me pareciò, que me las querian dar en el alma, porque yo iba por lo mas baxo, y angosto, y los Gitanos por los lados superiores à mi, por veredillas, enredadas con mil matas de chaparros, y lentiscos, que cada momento me parecia, que me iban yà à pegar: y en medio de esta turbacion, y miedo, yendo mirando con cuidado à los lados, moviendo los ojos, sin mover el rostro, llegò un Gitano de improviso, y asiò del freno, y la barbada del macho, y queriendome yo arrojar en el suelo, dixo el bellaco del Gitano. Yà ha cerrado mi ceñor. Cerrada, dixe yo entre mi, tengas la puerta del Cielo, ladron, que tal susto me has dado. Preguntaron si lo queria trocar, y aviendome atribulado del trago passado, y de lo que podia suceder: mas considerando, que su deseo era de hurtar, y que no podia echarlos de mi, sino con esperanzas de mayor ganancia, con el mejor semblante que pude, saquè mas menudos, y repartiendolos entre ellos, dixe: Por cierto, hermanos, si hiciera de muy buena

ʒana, pero dexo atràs un ami-
mio Mercader, que se le ha
sado un macho, en que trae
carga de moneda, y voy al
blo à buscar una bestia para
rla. En oyendo decir Merca-
solo, macho cansado, carga
noneda, dixeron: Vaya su
ced en hora buena, que en
ida le servirèmos la limosna
nos ha hecho. Piquè al ma-
, y le hize caminar por aque-
breñas, mas de lo que èl
iera. Ellos quedaron hablan-
en su lenguage de gerigon-
y debieron de esperar, ò
char al Mercader, para pe-
e limosna, como suelen: que
usara de esta estratagema,
lo passaba mal. Sabe Dios,
ntas vezes me pesò de aven
ido la compañia del habla-
, quando hablàra mucho, y
enfadàra, mas al fin no me
era en el peligro en que es
:. Que realmente para cami-
, por enfadosa que sea la
ipañia, tiene mas de bueno,
de malo, y aunque sea muy
i, la puede hacer buena el
a compañero, no comuni-
dole cosas que no sean muy
ıs. Y para tratar de lo que se
ce à la vista por el camino,
ouena qualquiera compañia.
bien nos diò à entender
esta verdad, quando acom-
un brazo con otro, una
na con otra, ojos, y oìdos, y
demàs miembros del cuerpo humano, que todos son dobla-
dos, sino la lengua, para que se-
pa el hombre, que ha de oìr mu-
cho, y hablar poco. Iba bolvien-
do el rostro atràs, para vèr si me
seguian los Gitanos, que como
eran muchos, podian seguirme
unos, y quedarse otros; pero
la misma codicia que cebò à los
unos, detuvo à los otros, y assi
me dexaron de seguir. Lleguè al
Pueblo, mas cansado que llegà-
ra, si no fuera por miedo de los
Gitanos. Despues vi en Sevilla
castigar por ladron à uno de los
Gitanos, y una de las Gitanas
por hechicera en Madrid; pero
despues que estuve sossegado, y
sin alteracion, se me representò
en aquellos Gitanos la huìda de
los hijos de Israèl de Egypto.
Iban unos Gitanillos desnudos,
otros con un coleto acuchilla-
do, ò con un sayo roto sobre la
carne: otro ensayandose en el
juego de la correguela. Las Gi-
tanas, una muy bien vestida, con
muchas patenas, y ajorcas de
plata; y las otras medio vesti-
das, y desnudas, y cortadas las
faldas por vergonzoso lugar:
llevaban una docena de jumenti-
llos coxos, y ciegos, pero lige-
ros, y agudos como el viento,
que los hacian caminar mas que
podian. Dios me ofreciò, y de-
parò aquella estratagema, por-
que los Gitanos eran tantos, que
bastaban à saquear un Pueblo de
cien casas. Reposè, y comì en

[illegible] y à la noche lle-
gue à Ronda, donde halle à mis Mercaderes muy deseosos de verme, y muy adelante en su trato. Lo que alli me passò, no es de consideracion, porque en una feria tan caudalosa, son tantos los enredos, trazas, hurtos, y embelecos que passan, que para cada uno es menester una historia. Yo no iba à tratar, ni à contratar, sino à negocios de mis estudios, y visitar mis parientes: pero servìles à los Mercaderes de gomecillo, para mostrarles algunas cosas muy notables, y dignas de vèr, que tiene aquella Ciudad, assi por naturaleza, como por artificio, como es el edificio famoso de la mina, por donde se proveìa de agua siempre que estaba cercada de contrarios. Esta Ciudad fue edificada de las ruinas de Munda, que agora llaman Ronda la Vieja, Ciudad, donde tan apretado se viò Cesar de los hijos de Pompeyo, que confiessa èl mismo, que siempre peleò por vencer, y alli por no ser vencido. Està edificada sobre un risco tan alto, que yo doy fee, que haciendo Sol en la Ciudad, en la profundidad que està dentro de ella misma, entre dos peñas tajadas, estaba lloviendo en unos molinos, y batanes, que sirven à la Ciudad, de donde subian los hombres mojados: y pregun- [illegible], respondian, que llovia muy bien entre los dos riscos, que dividen la Ciudad del Arrabal. Digolo à fin, que quando esta Ciudad se edificò, por la falta que avia de fuentes arriba, les fue forzoso hacer una mina, rompiendo por el mismo risco hasta el rio, que no ay en toda ella cosa, que no sea de la misma dureza de la piedra, en que ay quatrocientos escalones, poco mas, ò menos, por donde baxaban por agua los miseros esclavos cautivos, en el qual trabajo morian algunos: y se tiene por tradicion antigua, que una Cruz que yo he visto al medio de la escalera, la hizo un Christiano (que del mismo trabajo rebentò) con la uña del dedo pulgar, tan honda, que fuera menester mas que punta de daga para hacerla. Es de la misma grandeza de rayas, que un Christo que està en la Iglesia antigua de Cordova, hecho por manos de otro Santo Cautivo, y con el mismo trabajo. Algunos han dicho, que tan insigne obra no pudo ser hecha, sino de Romanos. Pero ay en contrario una piedra grande, que està en el fundamento de la torre, que llaman del omenage, que està escrita de letras latinas, y estàn bueltas àzia abaxo, que si supieran leerlas, no las pusieran al rebès. Fuera de que las calles son todas angostas, y las casas que se heredaron de la antigue-
dad

; baxas, muy fuera de la cos- ibre de los Romanos, y Es- ioles. Sea como fuere, el edi- o de la mina es hecho con cho trabajo, y cuidado, y de mas memorables obras, que de la antiguedad en España, ue esta Ciudad fuesse edifica- de las ruinas de Munda, en piedras que alli ay se echa ver, y en algunos idolos que : entre los quales son exce- :es dos, que ay muy maltra- os, de alabastro, en las casas Don Rodrigo de Ovalle, en agora vive, heredadas de padres, y abuelos, à quien conoci: y aunque yo no ha- oficio de Historiador, no pue- dexar de decir de passo, que añado Ambrosio de Mora- , por la semejanza del nom- , dixo que Munda avia sido ugarcillo edificado à las fal- de Sierra-Bermeja, que se ia Munda, que si huviera esta tierra, no lo dixera. que à lo que dice Paulo Hir- que ay desde Ossuna à Mun- concierta esta verdad; y con r vivo oy el Coliseo grande, ie muestra aver sido Colonia Romanos, que yo vi año de enta y seis. Junto con esto, acuerdo, que oì decir à Juan òn, Cavallero de muy gen- entendimiento, y buenas le- , y à un hidalgo, nieto, y de Conquistadores, que se aba Cardenas, que en un cortijo suyo, que està en el mis- mo sitio de Munda, arando unos gayanes, hallaron una piedra en que estaban estas letras: MUNDA IMPERATORE SABINO. Junto con esto, lo oì decir à mis abuelos, que eran hijos de Conquistado- res, y tuvieron repartimiento de los Reyes Catholicos. Y esto digo, porque como se vàn aca- bando los que lo saben, quede esta verdad assentada para la pos- teridad. Tiene aquella Ciudad naturalmente cosas, que se pue- den ir à vèr, por monstruosas, de muchas leguas, por la estra- ñeza de aquellas altas peñas, y riscos. Es abundantissima de to- do lo necessario para la vida, y assi salen pocos hombres de ella para vèr el mundo; pero los que salen, assi para soldados, como para otras professiones, prueban muy bien en qualquiera ministe- rio. Y porque no hago oficio de Historiador, passo facilmente por essas verdades. Yo mostrè à los Mercaderes lo que pude, y los dexè con intento de ir à las In- dias Occidentales.

DESCANSO XXI.

YO negociè à lo que iba, y vine à Salamanca, donde estuve hasta que se hizo una Ar- mada en Santandèr, de donde fue General Pedro Melendez de Avilès, Adelantado de la Flori- da, muy gran Marinero, que por

ser para navegar, se la encomendaron. Yo con el deseo que tenia de vèr mundo, desamparè los estudios, y me acogi en compañia de un amigo Capitan, que iba haciendo gente para la dicha Armada, que quien viera la gente, que se juntò en ella de Andalucia, y Castilla, juzgàra que para todo el mundo bastaba; pero como la mano de Dios lo govierna todo, y sin su incomprehensible voluntad, ni el poder de los Reyes, ni el valor de los Generales, ni la furia de los grandes Soldados es bastante para derribar la flaqueza de un miserable hombre, tuvo infelicissimo fin aquel poderoso Exercito: no en batalla, porque no llegò à esse punto, sino que se cundiò una enfermedad en los Soldados, de que casi todos murieron sin salir del Puerto. Embarcòse lucidissima gente, moza, y robusta, con muy grandes esperanzas, que el gallardo brio les prometia. Yo me embarque en una zabra, con la Compañia en que fui, aunque con diferente Capitan, porque huvo reformacion, y de este segundo fui yo Alferez en Armada, de quien se dixo: Desdichada la madre, que no tuvo hijo Alferez. Era Almirante Don Diego Maldonado, Cavallero de bonissimo gusto, en cuya gracia yo caì, y en su desgracia nunca, por cuyo respeto me diò su vandera el segundo Capitan. Dieronme unas tercianas dobles, que andaban fuera, y dentro de la mar: y como nunca las cosas, por poco prosperas que sean, se posseen sin embidia: diò en tenerla de mi un hidalguete de la misma compañia, que traìa ocho, ò diez camaradas, que procuraban con grandes veras derribarme del oficio de Alferez; pero quanto mas ellos ocasiones me daban para su intento, tanto mas me apartaba yo de tomarlas; porque puesto un hombre en ellas, mal sabe resistirse: y no ay remedio tan excelente para huìr los males, como no aceptar el embite de las ocasiones, particularmente en la edad robusta, que yo entonces tenia; que aunque no era muy mozo, era muy colerico, y la enfermedad me hacia andar desgraciado. Por apartarme de este hidalguete, me estuve en tierra algunos dias, sin entrar en el Navio, que todo esto se ha de hacer por evitar pesadumbres: y una huespeda mia me curaba las calenturas, con darme à beber vino de Rivadavia con suciedad de ratones, que los enfermos todo lo creen, como vaya en orden de darles salud. Como yo era fogoso, mas se encendian las calenturas, y mas se encendia el odio del embidioso: de suerte, que por su causa me mandaron, que fuesse al Navio: hize-

hizelo, y aun estando con mi calentura, y como èl estaba puesto en su malicia, determinò con sus camaradas (con quien el pobre gastaba lo poco que tenia muy bien) de darme la ocasion à manos llenas. Yo sabía nadar, y èl no, fue tanta la ocasion, que me obligò à responder, estando èl, y sus camaradas al bordo del Navio, me desmintiò. Ofreciòseme de improviso, si le daba un bofeton, que me ponia en peligro que los camaradas me diessen de puñaladas: y assi, sin hablar palabra me abrazè con èl, y me arrojè en la mar, y dandole quatro cozes, donde los camaradas no podian ayudarle, echèlo à fondo; y dando dos braceadas, asime al bordo de la chalupa. El pobre, aviendo tragado algunos quartillos de agua, saliò àzia arriba, y lo primero que encontrò con que asirse, fue una pierna mia, que agarrò tan fuertemente, que con muchas cozes que le di con la otra, no fue possible hacer que la soltasse. Los bellacones, en cuyo favor, y animo èl se avia fundado para atreverse, en lugar de favorecerle à èl, y à mi, estaban al bordo del Navio pereciendo de risa, de verlo asido de mi pierna, y à mi asido de la chalupa. Yo di vozes à los Marineros (porque èl no podia hablar) que echassen un cabo: echaronle, y baxaron dos de ellos, y como si fueramos dos atunes, dieron con nosotros en la chalupa, aunque à mi solo me estorvaba para salir, no dexar el otro mi pierna; pero èl, como se viò en elemento que no conocia, saliò medio ahogado: subidos arriba, le dieron al otro ciertas cozes en la barriga, con que vomitò el agua mala, y yo me enjuguè de la que avia cogido en el vestido: de suerte, que para la vida le aprovechò mas al pobre una pierna del enemigo, que doce brazos de sus amigos, que ordena el Cielo de manera las cosas, que las amistades, y favores, fundados en malos intentos, no aprovechen para el mal fin. Nadie se fie en lo que no fuere suyo, que es facil el prometer ayuda, y dudoso el darla, que cada uno en la ocasion mira su daño, y no la obligacion en que le pusieron. Dabale ossadia el desprecio mio, con el favor de los otros, y en esse mismo desprecio hallò la vida, que por el favor tuvo en duda. Yo con mi determinacion deshize mi agravio, auyentè la calentura, y di que reir à toda la Armada. En confianza de ageno favor, nadie se atreva à hacer cosas mal hechas. Supolo el Adelantado, que riyò mucho de ello. Vino à vernos el Almirante, por saber que avia sido conmigo la pesadumbre, y diciendo con grandissima gracia:

Estas

[illegible] por [illegible] Navarra, [illegible] exer- [illegible] Sol- [illegible] vandera [illegible] aicie- [illegible] tratos de [illegible] fuiere le [illegible] Sol- [illegible], y cuerdo. [illegible] muerto de te- [illegible] llevò à comer [illegible] mis disparates [illegible] encontraba del Arma- [illegible] tan desdichada, que [illegible] mil Soldados, que [illegible] muy gallardos, [illegible] trecientos quedaron de [illegible], que llevò el Capitan Vanegas adonde le mandaron, que no bastò la diligencia del Conde de Olivares, Excelentissimo Ministro, capàz para governar un mundo, discreto, sagàz, y sabio en todas materias. Muriò alli el Adelantado, y otros grandes Ministros de su Magestad, con que aquella gran maquina se acabò de deshacer. Yo disparè como los demàs, que quedaron à reparar la salud con la convalecencia: que realmente todos los que no murieron, cayeron enfermos: y entendiòse, que se hizo algun daño en los mantenimientos. Sali de Santander, y tomè mi derrota por Laredo, y Portugalete: lleguè à Vilbao, donde me siguiò mi fortuna, como suele. Aunque no iba muy recio, ni convalecido, llevaba algunas galillas de Soldado: y como aquella armada avia dado tan grande tronido, todos gustaban de vèr Soldados de ella. Las mugeres particularmente, como mas noveleras, salìan à vèr qualquiera Soldado que venia. Estando en una Iglesia en Vilbao, puso los ojos en mi una Vizcayna muy hermosa, (que las ay en extremo, de lindissimos rostros) yo correspondi de manera, que antes que saliesse, dixo, despues de aver hablado un gran rato, y dado, y tomado sobre cierta inclinacion, que tenia de venir à Castilla, que passasse aquella noche por su casa, y que hiciesse una seña. Yo la dixe, que señas ordinarias son muy sospechosas, y assi, que en oyendo el ruido de un gato, se pusiesse à la ventana, que yo seria. Tuvelo en cuidado, y à las doce de la noche, quando me pareciò que no avia gente, fui arrimado à una pared, que hacia sombra, y con mucho silencio me puse en un rinconcillo, que estaba debaxo de su ventana, donde por la sombra no podia ser visto, y entonces hice la seña gatuna, à cuyo ruido se alborotaron los perros, y un jumenro soltò su contralto. Andaba de la otra parte un hombre tambien haciendo hora, y como oyò al gato, y los perros, estando yo muy atento à la ventana, à vèr si se assomaba,

cogió una piedra, y dixo en Vascuence: Valga el diablo los gatos, que han venido à alborotar los perros, y jugando del brazo, y piedra, tirò à bulto donde avia oido el gato, y diòme en estas costillas una pedrada, pensando de espantar el gato. Callè, y llevè lo mejor que pude mi dolor, con que me quitò la atencion de la ventana, y aun el amor de la moza; porque me acordè, que Dios lo avia permitido, por el poco respeto que avia tenido en la Iglesia, concertando en ella, lo que avia de ser ofensa suya, que en los lugares sagrados el temor, y la verguenza, han de ser freno, para no hacer semejantes atrevimientos, que si los Templos son para ofrecer à Dios sacrificios, y pedirle mercedes; como las concederà, teniendole poco respeto en su Casa? Y quien no tiene temor, y respeto en semejantes lugares, arguye animo desvergonzado; porque el temor del hombre viene à redundar en honra de Dios, y quien no lo tuviere, tampoco vendrà à tener fortaleza. Nadie siga mugeres en la Iglesia, pues ay harto espacio para verlas fuera, que se han visto muy grandes castigos en hombres que no han tenido respeto à los Templos, y muy grandes mercedes en quien ha temblado de hacer descortesìas en ellos; y no solamente en la verdadera Religion, pero aun en el culto de los falsos dioses, ha permitido el verdadero muy grandes males en los tales; porque ya que engañados del demonio piensan que vàn acertados, son sacrilegos en lo que tienen por bueno. Retirème por el mal sucesso, y porque las cosas que se han comunicado poco, no dàn mucha pesadumbre en dexarlas; pero como ella tenia gana de venir à Castilla, tuvo modo para embiarme à decir con una amiga suya, tan cerrada en la lengua Castellana, como yo en la Vizcayna, que yà que no queria passar por su casa para hablarla, me fuesse à la salida de Vilbao para Vitoria, que alli me hablarian. Y los hombres, que en Pueblos no conocidos, y de cuyas costumbres no tienen noticia, se atreven à hacer su voluntad, merecen verse en el peligro en que yo me vi. No ay confianza que no estè sujeta à algun peligro: y es grande ignorancia tenerla en lo que no se tiene experiencia. Quien dice en Castilla Vizcayno, dice hombre sencillo, bien intencionado; pero yo creo, que Vilbao, como cabeza de Reyno, y frontera, ò costa, tiene, y cria algunos sugetos vagamundos, que tienen algo de bellaqueria de Valladolid, y aun de Sevilla: Yo fui al puesto un poco tarde, y hallè à la señora Vizcayna con una amiga, ò compañera suya: fuimonos hablando,

do, y à ratos, ella cantando en Vasquence, porque la otra no sabia palabra en Castellano; y con la materia que ella iba tratando de su ida à Castilla, divertimonos de manera, que nos anocheciò algo lexos de la Ciudad. Bolvimonos, y llegando à un molino, encontramos quatro hombres perdidos, que salian de una taberna, no de sidra, sino de muy gentil vino, que las ay por aquellos molinos arriba. Y viendo con un Castellano dos Vizcaìnas, governaronse por sus cabezas, como estaban entonces, pusieronse dos de ellos de un lado, y dos de otro, y puesta mano à sus espadas, me comenzaron à acuchillar: yo no fui señor de mi, porque de la una parte estaba un cerro muy alto, y de la otra una pared bien alta, que baxaba à un càz de un molino. Las Vizcaynas huyeron, y yo hize todo quanto fue possible por cogerlos delante, por verme con ellos mejor: pero los bellacos eran matantes, y sabian como se avia de hacer una bellaqueria. Yo, visto que por fuerza avia de peligrar, no pudiendo tomar la delantera, ni subir por el cerro, ni por los lados, arremetì con los dos, para cogerles la delantera, y al mismo tiempo todos juntos cerraron conmigo, y me arrojaron en el càz de aquel molino, y fue tan cerca del rodezno, que la corriente furiosa del agua me llevaba à hacer pedazos, sino me asiera à una estaca, ò maderilla, que estaba hincada (aunque poco fuerte) cerca de la puerta que atajaba el agua para que fuesse al rodezno: pero era tan cerca de èl, y la estaca poco fuerte, que se doblaba con el peso, y yo me iba acercando mas à perdicion: los bellacones se fueron siguiendo las mugeres, en viendome caìdo abaxo, y como los peligros tan improvisos carecen de consejo, yo no le tenia para valerme: la estaca se iba rindiendo, y yo llegandome àzia el rodezno. Bolvi el rostro àzia el lado izquierdo, y vi un arbolillo pequeño, que se criaba de la humedad del agua, que pensè que tuviera mas fuerza que la estaca, mas no tenia fortaleza; porque la corriente no hiciesse su oficio, fui cobrando espiritu, dexè la mano derecha en la estaca, y alarguè la izquierda al arbolillo, y pude asirlo de una rama. Repartido el peso entre las dos, aunque no podia resistir à la inmensa furia del agua, por estàr casi llegando con los pies al rodezno, pude mejor sustentarme, pero no bolver arriba, hasta que sacando la pierna izquierda, que estaba mas arrimado aquel lado que al derecho, topè en la paderilla con una piedra, en que pude estrivar muy bien, y haciendo fuerza con ella, ayudandome de la de los bra-

mejorème hasta poder el madero, en que estaba asi- puerta del dessaguadero, y omendandolo à la mano iz- rda, saquè con la derecha iga, y metiendo el brazo de- del agua, apalanquè con la ,y alcè la puerta tanto, que lò la mitad del agua, y se- iando,como pude, con toda ano derecha la levantè de era, que con la misma furia iba al rodezno, toda el agua speñò por su natural cor- te, con que yo pude valerme is pies, y subir por toda la uia, asiendome à las estacas ayudaban à la presa del mo- y como el que ha resucitado uerte à vida,sin capa,y espa- ni sombrero, iba mirando si yo el que se avia visto en evidente peligro; iba cor- lo por aquellos molinos aba- como el que se avia soltado a carcel, por llegar presto le me alentasse, y mudasse el do, porque no se me en- aquella humedad en las ñas. Los que me encon- n me hablaban en Vasc- ce, debian de preguntar si a loco, yo no respondia pa- , por no me poner à res- Quando lleguè à mi posada ba la muñeca de la mano cha mas gorda que el muslo, olpe que avia dado. Estuve- n la cama ocho, ò diez dias, arando la bateria que avia hecho en mi el espanto de la ya tragada muerte, que fue el ma- yor peligro de los que yo he pas- sado, por ser con quien no sabe hablar, sino hacer, y callar. Ad- mirème de vèr, que entre gente, que tanta bondad, y sencillèz professan, se criassen tan grandes traydores sin piedad, justicia, y razon. En el tiempo que estuve en la cama, me tomaba cuenta à mi propio diciendo: Señor Mar- cos de Obregon, de quando acà tan descompuesto, y valiente? Què tiene que vèr estudio, con bravezas? Muy bien guardais las reglas de vivir que os enseñò vuestro padre. No os acordais, que el primero precepto que os diò, fue que en todas las accio- nes humanas tomassedes el pulso à las cosas, antes que las acome- tiessedes? Y en el segundo,que si las acometiades,mirassedes si po- dia redundar en ofensa agena? Y el tercero, que con vos mismo consultassedes el fin que pueden tener los buenos ò malos princi- pios? Muy bien os aprovechais de ellos: mas què bien parece passar de Estudiante à Soldado, professiones tan honradas,y des- pues de Soldado àMolinero,y no à Molinero, sino à molido? Què poca pena le diera al bellaco del rodezno hacerse verdugo, y desquartizarme! Tentabame mis piernas, y mis brazos, y como los hallaba (aunque cansados) buenos, daba mil gracias al ben-

dito Angel de la Guarda, que èl por su bondad, es la prudencia de los hombres, que la nuestra no basta para librarnos de los trabajos, y adversidades: pero bastàra para no ponernos en ellos, sino que se adquiere esta divina virtud tan tarde, y con tanta experiencia de trabajos, y vejèz, que quando les viene à los hombres, parece que yà no la han menester. Y la juventud està tan llena de variedades, y mudanzas naturalmente, que apetece mas arrojarse à la fortuna, y suerte, que obedecer à la providencia. Y confiesso, que la poca que yo tuve, me traxo à punto de perecer miserablemente, donde avia de ser manjar, aun no de pezes, sino de gusarapos, sino era que los perros del molino querian hacer algun banquete, antes que viniera à noticia del amo. Yo passè mi trabajo lo mejor que pude, y pude muy mal, porque en la soldadesca no avia mucho dinero, aunque se hacen en ella los hombres experimentados, para estimar la paz, y animosos para exercitar la guerra.

DESCANSO XXII.

SAli de Vizcaya, echandole mil bendiciones, lo mas presto que pude, por llegar à Vitoria, donde hallè un gran Cavallero, amigo mio, que se llamaba Don Felipe Lezcanò, y èl me hospedò, y regalò de manera, que pude repararme del trabajo passado; y por no dexar de verlo todo, fui de alli à Navarra, siendo Condestable de ella un hijo del gran Duque de Alva, Don Fernando de Toledo; pero con gran cuidado de no arrojarme à cosa que no fuesse muy bien pensada; porque como en cada Reyno, Ciudad, y Pueblo, ay diversas costumbres, el que no las sabe, con vivir bien, y quietamente, cumple con la obligacion natural; y con aquel primer documento que me diò la afliccion del molino, procurè valerme siempre, sino era quando me olvidaba de èl, que como mozo tropezaba de quando en quando, principalmente en aquellas cosas, que sola la edad puede madurar. Quanto mas, que es tan poderoso el hacer costumbre en las cosas, que ellas mismas se facilitan con el uso: y quando no repugnan à la razon, no se han de dexar, sino pide otra cosa la fuerza. Al fin me valì por Navarra, y Aragon de manera, que adquirì muchos amigos. Y en llegando à Zaragoza, Ciudad, y Cabeza del antiguo Reyno de Aragon, que entonces tenia no tan buena fama, como mereciera, hallè tantos amigos, y tan buenos, que mas parecì natural, que forastero en el amor que me tenian: pero yo fui siem-

pre

: con cuidado de no mirar à
ıtana (que son zelosissimos
de aquel Reyno) ni tomar pe-
ımbre con nadie, ni asir de pa-
'as de poca importancia, que
le donde se travan las enemis-
ès, y odios. Honròme en su
, por el tiempo que alli estu-
un gran Principe, muy ami-
de musica, y de todos los
ıs de ingenio, ò virtud, hon-
lome, y acudiendome à las
esfidades de naturaleza: y fue
;o el favor que me hizo, que
diverti mas de lo que fuera
ın, en juegos, que hasta en-
:es no avia dado en ellos, que
bastante para distraerme, y
en aquel vicio, que me tra-
mas inquieto. Que como
Palacio la ociosidad es tan-
y el exercicio en letras,
so de las ciencias, tan poco
recido, di en lo que todos
an. Vicio contra caridad,
o de ira, insolente en el que
a, y de humildad forzosa en
ue pierde, y que arrastra de
era à quien lo sigue, que no
exa voluntad para otra cosa.
l antepone el juego à la
rra; qual dexa muger, y hijos
cer de hambre: y estos son
os muy ordinarios, que ay
hos que ni se pueden, ni se
en decir. Uu hidalgo de muy
ı entendimiento se viò tan
ɔ de trampas pot el juego, y
'ujeto à la costumbre, y con-
ido yà el uso en naturaleza, que reprehendiendole su misma madre, y rogandole, que dexasse el juego, y ella le alargaria toda su hacienda (que era no poca) respondiò que estaba como hombre que tiene atravessada una daga, y que vive mientras la tiene, y en sacandola muere, y que en quitandole el juego se avia de morir. Pero es tanta la golosina del que gana, y tan grande la desesperacion del que pierde, que ni el uno reposa hasta perderse, ni el otro vive hasta desquitarse. El uno se inquieta con la ganancia, el otro se ahoga con la esperanza de ganar, y ambos facilmente mudan estado: pero no mudan en èl de costumbre, ni se puede creer el odio infernal, que tiene el que pierde con el que le gana, aunque mas, y mas dissimule; parece que en aquel punto le falta el conocimiento de la primera causa, nacido de no poderse vengar de su enemigo: quien quisiere meter cizaña entre dos grandes amigos, haga que jueguen el uno contra el otro, que no ha menester mas fuerza el diablo, para hacerlos grandes enemigos: tal es la fuerza del odio que se cobra en el juego; què de muertes infames, hechas con supercherias, y trayciones, robos, y mentiras nacen del juego! No quiero que se me representen las cosas que he visto succeder en el juego, y por el juego: solo quiero decir, que es tan podero-

so, que un hombre que trata de recogimiento, ò por escrivir, ò por leer, ò por otros actos de virtud: si juega una vez, y pierde, ha menester ayuda del Cielo para tornar à anudar el hilo, por donde lo avia quebrado. Yo me diverti en esta materia, y la di à entender à amigos que trataban de este infame exercicio, con uno de los quales me passò una cosa muy vergonzosa para mi, y de risa para quien la supo. Fue, que una noche me pidiò, que le acompañasse, porque iba à hablar con cierta persona, y quiso llevarme, para que le guardasse la suya. Yo me puse como de noche, con una espada, y broquel, unos calzones, ò zaraguelles de lienzo, un capotillo de dos faldas, y otras cosas de disfràz, con que fuimos adonde me llevò, que era una casa donde avia un poyo à la puerta. Diò las once el relox, y despues las doce, que era la hora que tenia aplazada, y dixome, que lo esperasse sentado en aquel poyo, que luego saldria. Sentème bien rellanado, y musitando entre dientes, comencè à entretener el sueño lo mejor que podia, que yà era hora de ello. El dia siguiente era solemnissimo de los Apostoles: oì las dos, y luego las tres, que el buen hombre no podia salir, porque huvo estorvo para ello: yo me caìa de sueño, di en passearme, y rezar, entendiendo que aprovecharia para no dormirme, siendo cosa que mas concilia el sueño, de quantas ay en el mundo. Tornè à sentarme, porque me cansaba de tanto passear; y como avia digerido yà la cena gran rato avia, por mas que me refregaba los ojos con saliva, no pude valerme, hasta que no sè como, ni de què manera, sin querer, me quedè dormido sobre el poyo, adonde estuve, hasta que tañendo à Missa mayor el dia siguiente, con el ruido de las campanas de la fiesta, y de la mucha gente, passando unas señoras por alli, dixeron: Què bien lo ronca el cochino! y mandaron à un Escudero que me despertasse. Despertòme, y alzando los ojos con un gran bostezo, vi el Sol en medio de la calle, y oyendo la armonìa de las campanas, arrebocème un capotillo que llevaba, y dì à correr, no àzia mi posada, sino àzia la Placeta de Medicis, siguiendome mas de trecientos perros, y à la buelta de una esquina topè con un ciego, que llevaba una docena de huevos en el seno, y al mismo compàs que le toquè, bolviò el baculo, y alcanzòme en el ombro izquierdo, y como le destilaba lo amarillo de la tortilla, decian, que le avia quebrado la hiel en el cuerpo; y yà que con mi huìda llegaba cerca de la casa donde me avia de acoger, con la priessa que llevaba, y

la

la que me daban los perros, tropecè, y tendime à la puerta de esta señora, tan buena de nacimiento, que aviendole yo embiado dos perdizes, para que se regalasse con ellas, las echò en una necessaria, porque venian lardeadas con tocino. Parece que con estas menudencias se desautoriza la intencion, que se lleva en este discurso; pero mirado bien, para esso mismo lleva mucha substancia, que aqui no se escriven hazañas de Principes, y Generales valerosos, sino la vida de un pobre Escudero, que ha de passar por estas cosas, y otras semejantes: y por reprehender una inadvertencia tan grande, como la que hizo aquel amigo, y la que hize yo. Llevar compañia de noche quien và à cosa hecha, tengolo por yerro; porque si và adonde no tiene peligro, no ha menester llevar testigo de sus mocedades: y si và con sospecha de algun peligro, claro està, que no ha de querer infamar una casa, y por fuerza se ha de retirar, y para huìr mas desembarazado, mejor và solo, que acompañado: porque al fin no lleva consigo quien diga que huyò. Y aunque es lo mas sano, y seguro, no hacerlo; si se hiciere, sea à solas, no acompañado: porque las amistades de hombres se acaban, y luego se revelan los secretos. Pues la fineza que yo usè en esperarle, y guardarle el cuerpo, quien dirà que no fue disparate? Passaban dos horas, y acercandose el dia, què necessidad tenia yo de ponerme à padecer tormento de sueño? Què fortaleza de Rey me avia mandado que guardasse, sino la que era de un hombre perdido, para ponerme à peligro de mas de la verguenza que passè? Quando se ha de poner un hombre à tan grandes riesgos, ha de ser por conocer un evidente peligro en alguna persona, de vida, ù de honra, ò por obedecer al mandamiento de algun gran Principe, ò Republica. Pero que me ponga yo à los sucessos de fortuna, por quien està muy contento, sin tener mas cuidado de mi cuerpo, que de su alma, tengolo por fineza impertinente. Què honra, ò hacienda perdiera yo, quando me fuera à tomar el reposo, y descanso, que naturaleza pide para su conservacion? Si me culpàra en averlo dexado, le preguntàra yo, si lo dexaba en alguna mazmorra, de donde lo podia sacar con la mano, ò si me dexò èl à mi en mi lecho reposado, ò si quedaba entre enemigos de la Fè, como quedaba entre enemigos de guardarla. Siempre oì decir, que el que fuere compañero en los trabajos, tambien lo ha de ser en los gustos; pero aqui la parte del trabajo era para mi, y la del gusto para èl. La conclusion es, que

tengo por yerro llevar compañia en semejantes jornadas, y por mucho mayor acompañar à nadie en ellas; que si llama la compañia por pusilanime, lleva la vida jugada el que le acompaña, porque à la primera ocasion huye, y lo dexa en manos de enemigos, que èl no tenia, ni temia. Y mire cada uno, si le sucediere, que es participante del daño, que el otro hiciere en ofensa agena. Yo me reparè de vestido, y de sueño (aunque avia dormido lo bastante para un hombre de bien) en aquella misma casa donde lleguè, y adonde hallè un vecino suyo muy lleno de melancolìa, y tanta, que me viò dàr con mi persona en el suelo, con la espada à una parte, y el broquèl à otra, no conoci en èl accidente de risa, como en quantos me vieron caer, que una caìda es ocasionada para mucho disgusto de quien la dà, y mucha risa de quien la vè. Con todo se llegò este buen hombre, estando yà puesto de rua en casa de aquella muger, amiga del tocino; y pareciendole que yo estaba disgustado, llegò como à consolarse conmigo, diciendome, que todos los hombres del mundo padecen trabajos, y que èl estaba tan dentro de ellos, como todos quantos vivian en èl. Yo le preguntè, què eran sus males, que tan triste lo traìan, porque siempre he sido compassivo: y èl me respondiò en una palabra: Zelos. Esse mal tiene? le dixe yo, no quiero preguntarle, si son averiguados, ò si es sospecha; pero quiero decirle, que es enfermedad de mozos de poca experiencia, que si la tuviessen, sabrian que los mismos tienen unos de otros. Y si advirtiessen, que el otro de quien yo los tengo, anda rabiando de ellos por mi: consolariame con su daño, y con verle padecer, y consumirse con un perpetuo desassossiego. Què mayor consuelo puedo tener yo, que vèr à mis enemigos padecer, y reirme de ellos? Porque pensar, que una muger divertida en estos tratos, se ha de contentar con lo que uno le dà, es pensar, que un fullero ha de andar bien puesto con sola la ganancia, que hace à un cuitado. Los zelos tienen al diablo en el cuerpo del que los tiene, y parece que lo traen consigo, pues à nadie hacen mal, sino à quien los mantiene, y quanto mas se callan, mas crecen. Su remedio està en tan ruin fundamento, que con averiguar la verdad, ò se mueren, ò se halla ocasion para perderlos poco à poco, apartandose de quien los causa. Yo asseguro, que son mas de quatro los zelosos, sin saber unos de otros en essa misma ocasion, y crea que se usa esto. Si son zelos de la

mu-

muger propia, es agravio que se le hace, que la mas baxa muger del mundo, estima en mas la sombra de su marido, que à todo lo restante de èl. Un Principe de esta Ciudad dixo muy bien quien son los zelos, y materia tan odiosa, no se ha de traer à la memoria, sino consolarse con lo que tengo dicho, de vèr que padecen por mi, lo que yo padezco por otros: que han venido las mugeres à tan infelice estado, que han privado à su misma naturaleza del gusto, que ella les concediò, porque lo han puesto en solo hurtar, y robar las haciendas, fingiendo querer à los que desean desollar, por solo igualarse en galas, à las que de su nacimiento, por herencia de patrimonio, nacieron nobles, y honradas, ricas, y principales, que les parece no ha de aver diferencia, y desigualdad en la tierra, de mugeres à mugeres, como en el Cielo la ay de Angeles à Angeles. He mezclado esta materia con essotra, porque de la perdicion de esto viene la comunicacion de muchos, para que todos anden zelosos: y con tener cada una su docena de Angeles de guarda, passan por moneda corriente, y honrada. Despedi al buen hombre algo consolado, y fuime à mi posada, y dentro de pocos dias me fui à Valladolid, despues de aver visto à Burgos, y toda la Rioja, Provincia fertil, de bonissimo temperamento, y que parece en algo al Andalucia.

DESCANSO XXIII.

EN Valladolid servi al Conde de Lemos Don Pedro de Castro, el de la gran fuerza, Cavallero de excelentissimo gusto, y bondad muy suya, sin la heredada, que era, y es, quando menos, descendiente de la sangre de los Juezes de Castilla, Nuño Rasura y Lain Calvo, junta con la de los Reyes de Portugal. Entrè en su gracia, y hize muy poco, porque tenia el Conde un pechazo tan generoso, manso, y apacible, que con poca diligencia se entraba en las entrañas de quien le queria. Con todo no me hallè muy bien à los principios, porque me faltaba lo que es menester para servir en Palacio, que es decir con gracia una lisonja, salpimentar una mentira, traer con blandura, y artificio un servil chisme, fingir amistades, dissimular odios, que caben mal estas cosas en los pechos ingenuos, y libres. Dexo à parte el rigor, y magestad de los porteros, que ordinariamente tienen una gravedad mas seca que sus personas, y ellos lo son tanto como sus palabras.

Aunque echè de vèr, que lo que mas importa es, que en presen-

sencia del Señor el criado tenga siempre el rostro alegre, y en las cosas que le mandan; y aunque no se las manden, serà menester ser diligente, y solicito, y cumplir cada uno puntualmente con su ministerio. En lo primero, que es traer el rostro alegre, mal lo puede hacer un melancolico; pero para esto ay un remedio, que es no ponerse delante del Señor, sino quando estuviere el criado de buen humor: que el alegria de los criados (fuera de hacer su negocio) ayuda à vivir al Señor; y si no la muestra, piensa que està disgustado en su servicio, y assi durarà poco con èl. Aunque este Principe mostraba tan buen pecho con sus criados, que èl mismo los obligaba à andar muy contentos, y servirle con muy apacible semblante; porque haciendo todo lo que podia, y tenia obligacion de hacer, los honraba, donde quiera que se hallaba. Y siempre en esta antiquissima casa han llevado, y llevan esta grandeza de animo, y cortesìa, como se ha parecido, y parece en el que aora lo possee Don Pedro de Castro, que desde niño tierno descubriò tanta excelencia de ingenio, y valor, acompañado de ingenuas virtudes, que aviendolo puesto su Rey en los mas preeminentes oficios, y cargos que provee la *Monarquia* de España, ha sacado milagroso fruto à su reputacion, siendo muy grato à su Rey, muy amado de las gentes subordinadas à su govierno, y muy loado de las naciones Estrangeras. Estando en esta casa, y en Valladolid, se descubriò aquel gran cometa, tantos años antes pronosticado por los grandes Astrologos, amenazando à la cabeza de Portugal. Huvo tan grandes juicios sobre ella, y algunos tan impertinentes, que dieron harto que reir, entre los quales huvo uno que decia, que las cosas grandes avian de descrecer, y las pequeñas avian de crecer: llegò este juicio al de un hombrecico pequeño, que tambien en esto lo era, que estaba muy mal contento de verse, con tan apartada presencia, que trayendo unos pantuflos de cinco, ò seis corchos, aun no podia lucir entre la gente. Andaba siempre pulido, y bien puesto, enamorado, y bien hablado, y aun hablador, no sin afectacion. En las conversaciones procuraba, no que sus conceptos llegassen à igualarse con los otros, sino que sus ombros se ajustassen con los de la rueda, y como no podia ser, pensando que era la culpa de las agugetas, meneaba un lado, y otro, hasta que crugian todas. Pues como llegò à su noticia la interpretacion del cometa, que las cosas pequeñas avian de crecer, se

ncajò, que se decia por èl. Què
lmente nos persuadimos à
er lo que deseamos, aunque
tan gran disparate como este.
teronle, que yo era Nigro-
ntico, y que si yo queria po-
hacerle dos, ò tres dedos, ò
s; pero que avia de ser muy
reto, porque no se supiesse
yo sabia tal arte diabolica.
sando por la Plaza, hacien-
mi escuderaje, con los demas
tileshombres de casa, me se-
aron con el dedo, para que
conociesse. Sin averme avisa-
los que le tornaban loco, se
ò à mi con una retorica bien
sada, ofreciendome amistad,
ienda, y favor para toda la vi-
y el fin de todo fue decir: Yà
n. vè el agravio que natura-
hizo à un hombre de mis
tes, en dàr à tan altos pensa-
ntos tan pequeño cuerpo: yo
que si V. m. quiere, puede
ir esta falta, con que tendrà
esclavo para siempre jamàs.
, dixe yo, solo Dios puede
erlo, que es superior à la na-
leza; y si V. m. quiere crecer
los pies, pongase mas cor-
s de los que trae; y si del pe-
arriba, con ahorcarlo crece-
res, ò quatro dedos. O señor,
èl, yà venia informado, que
. me avia de negar este bien,
amor de mi que se disponga à
, y en lo demàs corte por
de quisiere. Vialo tan rema-
en su disparate, que lo hu-
ve de reducir à las obras de na-
turaleza, diciendole: Señor, vos
vais tràs un imposible, que no
solamente no es hacedero, pero
os tendràn por loco, quantos su-
pieren que dais en esse error. Las
obras de naturaleza son tan con-
sumadas, que no sufren enmien-
da: nada hace en vano, todo
và fundado en razon, ni ay su-
perfluo en ella, ni falta en lo ne-
cessario: es naturaleza como un
juez, que despues que ha dado
la sentencia, no puede alterar-
la, ni mudarla, ni es señor yà
de aquel caso, sino es que ape-
len para otro superior. En for-
mando naturaleza sus obras con
las calidades que les dà, yà no es
señora de la obra que hizo, sino
es que Dios como superior, quie-
re mudarlas, si hace grande, gran-
de se ha de quedar; si chico, chi-
co se ha de quedar; si monstruo,
assi ha de permanecer. Ni ay pa-
ra que cansarse nadie, pensando
imposibles. A esto replicò, di-
ciendo: Pues no es mas dificul-
toso hacerse un hombre invisible,
y ay quien lo hace? No es, dixe
yo, sino facilissimo, que con po-
nerse un hombre detràs de una
tapia, queda invisible, ò encu-
briendose con una nube. Y vos
os hareis invisible con solo po-
ner delante de vos un mosquito.
Gentil consuelo, dixo, he halla-
do, en quien pensè tener todo lo
que he deseado toda mi vida.
Què consuelo ha de hallar, dixe,

quien quiere ir contra las obras de la misma naturaleza, que es la que nos representa la voluntad del primer movedor, y Autor de todas las cosas? que aunque criò à todos los hombres iguales, no fue en los actos exteriores, sino en la razon del alma. Y esta es la que hace al hombre superior à todos los demàs animales, que no el ser grande, ò pequeño. Si naturaleza os huviera criado desigual de miembros, como aviendoos dado piernas de gozque, tener unos brazos de gigante, ò en essa carilla de mandragora os huviera puesto unas narizes trasftuladas, pudierades os quexar, pero no enmendar. Mas al fin, si sois pequeño, sois tan bien hecho, y tan igual de miembros, que teneis las orejas mayores que los pies: y quien tiene andada la mitad para una de las mas importantes virtudes que resplandecen en los hombres; por què ha de buscar quien le haga crecer. Què virtud? preguntò èl. La humildad, respondi yo, que para alcanzar tan divina virtud, teneis andada la parte del cuerpo, que parece que estais siempre de rodillas, y con humillar el animo, la tendreis alcanzada toda. Si nacierades en tiempo de los Gentiles, que se usaban transformaciones, la naturaleza de enojada con vos, por no contentaros con ella, y por sobervia os huviera transformado en renaquajo, por humillar la sobervia del animo, y cercenar la cantidad del cuerpo. A todo quanto le dixe callò, y dixo por ultimo: Atengome à la significacion de la cometa, que dice, que los pequeños han de crecer, y los grandes han de disminuirse; pero yà que V. m. se ha holgado, dandome matraca, obligacion tiene de ponerme en estado, que no me la dèn otros; que quien sabe decir lo uno, sabrà hacer lo otro, y esso de ser humilde, guardelo para sì, que yo tengo porque estimarme en mucho, que soy hijodalgo de parte de mi abuela, que antes que se casasse con mi abuelo, avia sido casada con un hidalgo muy honrado, y tiene oy la executoria de èl guardada, y à buen recaudo. De suerte, dixe yo, que de aì os viene la vanidad, y no querer ser humilde? Sereis como los que lucen, y se regalan con hacienda agena. Aora digo, que no me espanto, que seais sobervio, teniendo mucha razon de ser humilde, y rendiros à la humildad, virtud que jamàs tuvo emulos, ni embidiosos: que todas las partes que adornan à un hombre, padecen esta mala ventura, sino es la humildad, y la pobreza, tan aborrecidas de los hombres, y tan amadas del Autor de la vida: pero si la humildad nace del conocimiento de sì propio, y esto os falta à vos, por què aveis de ser humilde? Yo

vine, me dixo, à oìr virtudes,
) à probar encantamientos, ò
as sobrenaturales para conse-
r mi intento. Fuesse el buen
nbre, y luego llegaron à mi
utro amigos de buen gusto, y
poca malicia, preguntando
via venido à mis manos con
iella demanda; respondiles,
: sì, y que lo avia desengaña-
de aquel disparate, y des-
nbramiento tan grande. Por
a vuestra, dixeron, que le ha-
nos una burla, porque es tan
n loco, que se persuade à
: pueda crecer, y le sacarèmos
muy gentil merienda, rien-
ios un rato à costa suya. Esso,
)ondì yo, no lo harè por to-
las cosas del mundo, porque
las de que puede resultar es-
dalo general, y daño parti-
ar, ni son licitas, ni se permi-
por camino alguno. Sabed, di-
on, que es la misma avaricia,
iiseria, y avemos dado en es-
ior hacerle gastar, que lo sen-
en el alma. Si essa condicion
ie, dixe yo, no le sacaràn de
, aunque le hagan llegar à la
ılda; que los avarientos, y los
rachos nunca se vèn hartos de
jue desean, ni apagan la sed
traen. Acuerdome, que por
erle gastar à un hombre cier-
maleantes, se pusieron à tre-
s, diciendole que estaba en-
io, de suerte, que quando
ò al ultimo, yà lo estaba de
s, por el caso que avia he-
cho la imaginacion, y fue menes-
tèr llevarle à su casa medio muer-
to, y de quererle hacer burla tan
pesada, naciò el arrepentimien-
to tardìo para todos ellos, y gra-
ve daño para el paciente. Y en
este caso seria mayor, quanto es
mas imposible la obra, que pa-
ra persuadir una cosa, tan con-
tra la misma naturaleza, se han
de hacer grandes embelecos, y
no pueden ser sin grande daño
del pobre raton, que ni vè su
cuerpo, ni conoce su ignorancia.
Porfiaron todavia, que le hi-
ciessemos un engaño, que pare-
ciesse cosa de encantamiento.
Quando esso se hiciesse, pregun-
tè yo, quien quedarà mas con-
fuso, èl en recibir esse engaño
(despues de descubierta la ver-
dad:) ò yo en aver sido autor de
èl? En todas las cosas se ha de
considerar el fin que pueden te-
ner, y essa ficcion, y engaño, no
puede estàr mucho encubierta:
y para mi tengo por mejor, y
mas seguro el estado del engaña-
do, que la seguridad del enga-
ñador: porque al fin lo uno ar-
guye sencillèz, y buen pecho, y
lo otro mentira, y maldad pro-
funda. Yo no puedo tragar una
mentira, ni engaño, porque se
arremete à desdorar la opinion
de quien se tiene por hombre
de bien. Las burlas han de ser
pocas, y sin daño de tercero, y
tales, que el mismo contra quien
se hacen guste de ellas. No sabe-
mos

mos la capacidad de cada uno, que la burla llevadera para uno, serà para otro muy pesada: y las burlas no se han de juzgar por malas, ò peores de parte de quien las hace, sino de parte de quien las recibe: y si èl las tomare bien, seràn de sufrir: y si las tomare pesadamente, seràn pesadissimas. Dabanle matraca à cierto Ordenante, por una necedad que avia dicho, y quando estuvo harto de sufrir, dixo, que queria que pecasse mortalmente quien mas se la diesse: que de burlas pesadas vemos cada dia resultar agravios, que no se pensaron. Este miserable no tiene talento para llevar una burla tan pesada como esta, que por fuerza lo ha de ser. Yo no me tengo de poner en esso, porque iria contra mi propria opinion; porque es injusto, y mal hecho: y no me espantarè del que se dexa engañar, por lo que desea; pero espantariame de quien le quisiere engañar, sin esperar de ello mas gusto, que hacer mal. Fueronse, y al fin le hicieron una burla muy pesada, dandome à mi por autor de ella. Pusieronle en estrecho de ayunar tres dias, con quatro onzas de pan, y dos de passas, y almendras, y dos tragos de agua, y primero le tomaron la medida de su cuerpo en una pared muy blanca, poniendo para señal de su altura un clavito pequeño, ò tachuela. Hizo su dieta; unas hermanas suyas le fregaban los brazos, y piernas todas las noches, y mañanas, por consejo de los maleantes: preguntabanle las pobres, despues de cansadas: Hermano, para què hace esto? Y èl les respondia: Barbaras, no os entrometais en las cosas de los hombres. Todos estos tres dias de la dieta, y las fricciones, se subia à una azotea en amaneciendo, y se ponia àzia el nacimiento del Sol, haciendo ciertas señales, que le avian mandado contra las nieblas de Valladolid, que èl hizo muy puntualmente, como todo lo demàs. Cumplidos los tres dias, y lleno el celebro de nieblas, vino à los bellacones con tanta cara como una calavera de mandragora, que como estaba tan chupado, y flaco, parecia mas alto. Fue uno de ellos à la pared blanca, donde se avia medido, y mudò el clavito dos dedos mas abaxo, y tapò el agujero con un poco de cera blanca, que era en la cereria recien hecha blanca, y muy lisa. Embiaronle à medirse, y como topò con el colodrillo en el clavito, quedò fuera de sì de contento, entendiendo, que èl avia crecido lo que el clavo avia baxado. Vino con la boca llena de risa, que parecia mico desollado, y fuesse à echar à los pies de quien le avia hecho crecer; ellos le dixeron, que callasse,

se, porque sino se descreciera lo crecido, y que lo dificultoso quedaba por hacer. El dixo, que aunque fuesse baxar al infierno, lo haria por no descrecer. Pues no es menos, dixeron ellos, y aquella noche le mandaron, que entre las once, y las doce de la noche entrasse en cierto aposento por un callejon muy estrecho, que estaba debaxo de unas casas lobregas, y obscuras, solo, y sin luz, y que alli le dirian lo que avia de hacer. El se turbò todo con la dificultad que le pusieron; pero al fin dixo con todo el miedo possible: Si harè, si harè. Fuesse à la noche, entrando por su callejòn, espeluzado el cabello, cortado de brazos, y piernas, sin oìr perro, ni gato que le pudiesse hacer compañia; y en llegando al aposento, salieron por las quatro esquinas debaxo la cama quatro caratulas de demonios, con quatro candelillas en las bocas, que con el temor que avia concebido, se le representò el infierno todo; porque todos los hombres muy credulosos son tambien temerosos: y como se fueron alzando los demonios, èl se fue quedando, y sin saber de sì, ni poder moverse de donde estaba, cayò en el suelo, dandole tan gran corrupcion, que no se le pareciò aver tenido dieta, que la colera desbaratò quanto las almendras, y passas avian detenido. El caido, y ellos turbados, y aun arrepentidos, no supieron que hacer, sino dexarlo, y acogerse. El bolviò à cabo de rato en sì, y hallòse rebolcado, no en su sangre, de que anduvo muy corrido, y de manera enfermo, que fue menester de veras valerse de las passas, y almendras, para no morirse, y ellos anduvieron escondidos, y ausentes. Yo me sangrè en salud, refiriendole el cuento al Conde, que le solemnizò mucho con su buen gusto, y tomò à su cargo las amistades, contando lo passado à quantos entraban en su casa. Sossegòse el negocio con la autoridad de un tan gran Principe, aunque ellos anduvieron hartos dias inquietos, porque el hombrecito se quexò à todo el mundo; y à quien podia castigar la burla. Yo los cogi, quando huvo oportunidad, y les dì à entender con la verdad, quanto importa no hacer mal, tampoco en burlas, como en veras, que de averle dado la vaya sobre su ruin talle, y cuerpo, vino à buscar tan pesado remedio: que nadie quiere oìr faltas, y por mas que se hagan sufridores, y finjan risa, no ay à quien no le pese en el alma, oìr mal de sì proprio: y tanto mas, quanto mas parece verdad lo que se dice: que aun quando no lo es, ni lo parece, se le abrasa el corazon à quien se dice, ora sea por dàr pesadumbre, ò sea

por

por chiſme, de que era tan enemigo eſte Principe, que en trayendole alguna novedad de Palacio, llamaba à aquel de quien ſe decia, y delante del parlero ſe lo reprehendia: ſi ſe encogia de ombros el otro, negandolo, decia el Conde: Pues veis aqui à fulano, que me lo dixo: y aſsi andaban todos ajuſtados con la lengua, y con el Conde.

DESCANSO XXIV.

Y Porque no avrà otra ocaſion en que contarlo, digo, que era eſte Principe tan enemigo de chiſmes, y parlerias, que en preſencia mia vino cierto congraciador à decirle, que eſtaba tratando mal de ſu perſona un hidalgo de Valladolid: y encareciendo mucho eſta inſolencia, le preguntò el Conde: Y vos que hicifteis? Yo (dixo el buen hombre) vine luego à aviſar à V. Excelencia, porque al pie de la obra le embiaſſe el caſtigo que merecen ofenſas hechas à tan gran Señor: Vos teneis razon (dixo el Conde:) ola, dadle à eſte gentilhombre una libranza de media docena de palos, muy bien dados. Pues à mi, por què? (dixo el buen hombre) No ſon para vos (reſpondiò el Conde) ſino para que los lleveis al que dixo mal de mi; porque como me traxiſteis lo que yo no ſabia, le lleveis à èl lo que no ſabe. Y dixo à un paje: Bermudez, corre, y dì à fulano, que quando huviere de decir mal de mi, no ſea delante de tan ruin gente, que me lo venga à decir luego: y que para caſtigo ſuyo, baſta que ſepa èl, que yo lo sè. Ambos quedaron muy bien pagados, como merecian, que aunque no ſe diò la libranza, quedò el pobre eſpantado de la merced. El Ermitaño à todo comenzò à dàr cabezadas, y boſtezar muy à menudo, como hombre, que eſtaba de mala gana en locutorio de Monjas; porque deſpues de la comida, todo avia ſido hablar al ſon de las canales, que aunque pocas, con el ruido, y fuerza del ayre, hacian ſu figura de manera, que ſe echò de vèr, que avia muſica para toda la noche. Cenamos lo que tenia el buen hombre, que por poco que fue ayudò para repoſar, y darle al ſueño baſtante lugar, no ſolamente para hacer la digeſtion, pero para ſoñar diſparates, conforme à lo que ſe avia cenado, y al tiempo borraſcoſo que hacia, que realmente (aunque mas anden deſvaneciendoſe, y buſcando interpretaciones de los ſueños algunos amigos de adivinacion) ellos andan conforme à los tiempos, y à los mantenimientos, y obedeciendo al humor predominante, que es lo mas ordinario, es grande ignorancia ponerſe à interpretar lo que pro-

ce-

cede de humores calientes, ò frios, humedos, ò secos. Y si alguna cosa sucediere, que sea verdad en los sueños, ò serà acaso, ò representacion de Angeles buenos, ò malos: y no ay para què divertirnos en probar la verdad de esto, que tan manifiesta, y clara la conocemos.

RELACION SEGUNDA
DE LA VIDA DEL ESCUDERO
MARCOS DE OBREGON.



Unque amanecia el dia con acabarse la furia del agua, que toda la noche avia combatido la Ermita, ò humilladero, era tanta la abundancia, que el rio avia recogido, que sobrepujando la puente, ni de la una parte, ni de la otra se podia passar, ni passaron, hasta que se fue avadando el dia siguiente. Yo quisiera irme, por parecerme, que yà el Ermitaño estaba harto de oìrme hablar relaciones de mi vida; y como yo naturalmente, ni soy inclinado à hablar, ni oìr hablar mucho, pareciòme, que el demasiado sueño del Ermitaño nacia del enfado de oìrme: y como los habladores (gente sin memoria de lo que està por venir) son para mi tan odiosos, no querria caer en la culpa, que reprehendo, que los que tienen esta falta (aunque por sobra de palabras sin substancia) son ordinariamente cizañeros, congraciadores, chismosos, que à trueque, ò fin de hablar, no reparan en falso, ò verdadero, ni saben distinguir la mentira de la verdad, y de la misma manera que lo dicen, lo desdicen, amigos de averiguar un chisme, y traer, y llevar adelante la opinion, soldando un yerro con otros ciento, y el menor daño que hacen, es ser grandes aduladores: no se asientan, ni reposan en cosa, con la facilidad que proceden, ni temen caer en falta, ni cobrar mala opinion, que realmente he visto, que à este vicio le siguen otros muy peores. Huyendo yo de no caer en

en fama de hablador, me quise despedir del Ermitaño, si bien el tiempo aun no daba lugar para ello: pero èl me porfiò que no le dexasse solo, por una grande melancolìa, que le avia dado un sueño aquella noche, que afirmativamente decia: Que estando mas despierto que dormido, le avia hablado un muerto, en cuya muerte se avia hallado en Italia. Reìme, y lo mejor que pude, procurè deshacerle aquella imaginacion. Preguntòme de què me reìa? Riome, (respondi) de que la aprehension de los sueños sea tan poderosa con algunas personas, que les parece, que es verdad lo que sueñan; cosa tan reprobada por el mismo Dios en muchos lugares del Testamento viejo, y recibido en el nuevo, siendo todo vanidad del celebro, y agora de la melancolìa, que ha causado la aspereza del tiempo, que junta con el poco, y no buen mantenimiento, causarà esse efecto, y otros mas ridiculos. Digo, (respondiò el Ermitaño) que aun agora me parece, que le tengo presente. Reìme mucho mas que antes; replicòme: Luego no suelen venir los muertos à hablar con los vivos? No por cierto (respondi yo) sino quando por algun negocio de mucha importancia les dà Dios licencia para ello, como en aquel caso tan estupendo, y digno de saberse, que le passò al Marquès de las Navas, que hablò con un muerto à quien èl avia quitado la vida; pero vino à cosas que le importaban para la quietud, y reposo de su alma. Es caso que todos los que vemos en los libros antiguos, no tienen tan assentada verdad, como este (reservando aquellos, de que las divinas Letras hacen mencion) porque passò en nuestros dias, y à un tan gran Cavallero, y tan amigo de verdad, y en presencia de testigos, que ay algunos vivos agora que ni à èl, ni à ellos, aun siendo verdad, les importa nada confessarlo. A qual Marquès? preguntò el Ermitaño. Al que es agora vivo (respondi yo) Don Pedro de Avila. Si no se cansa vuessa merced (dixo el buen hombre) y aun que se canse, cuentelo como passò, que cosa tan espantosa, y de nuestros dias es bien que todos la sepan. Bien divulgada està dixe yo, pero porque no se quede en el sepulcro con el muerto, es bien decirla, y hacer particular memoria de cosa, que tanta apariencia tiene de verdad, y no me afirmàra en ella, si no la huviera oìdo de la boca de un tan gran Cavallero como el mismo Marquès, y à su hermano el señor Don Enrique de Guzman, Marquès de Povar, Gentil hombre de la Camara del Potentissimo Rey D. Phelipe III. de las Españas, en cuyo Palacio nunca ha hallado lugar la adulacion, ni mentira. El caso fue assi.

Es-

Estando el Marquès preso mandado de su Rey en San tin de Madrid, Monasterio ι Orden de San Benito, y vi-idole sus amigos grandes Ca-:ros, muchas veces, ò siem-se quedaban de noche acom-ındole, particularmente, el ır Don Enrique Marquès de ar su hermano, y el señor Phelipe de Cordova, hijo eñor Don Diego de Cordo-Cavallerizo mayor de Pheli-egundo; y una noche, entre has, dioles gana de irse à :ar al Marquès, y à Don Phe-fueron àzia el barrio de el ıpies, y estando hablando ına ventana, dixo el Mar-: Esperarme aqui, que voy uella callejuela à cierta ne-dad natural: hallò en ella hombres en las dos esqui-que no le dexaron passar. El quès dixo: Vuessas mercedes n, que voy con esta necessi-y fue apassar contra su gus-.rròjole uno de ellos una es-da, y el Marquès otra à el io, cada uno pensò, que de-. muerto al otro. Con el mis-novimiento, que le sacò el quès la espada, que tenia la nicion en el pecho le diò al una cuchillada, con que le ı la cabeza. Quedaronse los que no pudieron moverse, : la estocada muerto, aun :n pie, y el de la herida fue-si. Fuesse el Marquès, y lla-mò à Don Phelipe, y fueronse à San Martin. Estando allà, pareciendole, que dormir sin averiguar bien lo que avia passado, era yerro: contòselo, y los dos determinaron de ir. Fue el Marquès con ellos, que no quiso que fuessen sin èl, y hallaron alborotado el barrio, que avian muerto alli dos hombres. Bolvieronse, sin hallar en el sitio (donde avia passado) otra cosa, sino dos lienzos ensangrentados. El que avia quedado con la herida fuesse à Toledo, y desde alli embiò à saber si el Marquès era muerto, que lo avia conocido, quando le diò la estocada, y curandose lo mejor que pudo, vino à morir de la herida: hizo testamento antes; y como supo que el Marquès no avia recibido daño (porque la estocada avia sido al soslayo) dexòlo por su testamentario. Supo el Marquès esto por relacion de un Religioso, que se lo vino à decir, quien era el que lo dexaba por testamentario. Dentro de cinco, ò seis dias despues de muerto este hombre, estando el Marquès acostado en su cama, y Don Enrique su hermano, y Don Phelipe de Cordova en el mismo aposento en otra cama, cerrada la puerta para dormir, llegaron, y le quitaron la ropa de la misma cama. El Marquès dixo: Quitaos allà Don Enrique; y respondiò la persona que era, con una voz ronca, y llena

de horror: No es Don Enrique. Escandalizado el Marquès, se levantò muy de priessa, y desembaynando la espada, que tenia à la cabecera, tirò tantas cuchilladas, que preguntò Don Phelipe: Què es aquello? El Marquès mi hermano es (respondiò Don Enrique) que anda à cuchilladas con un muerto. El diò quantas pudo, hasta que se cansò, sin topar en cosa, sino algunas en las paredes Abriò la puerta, y tornò à verlo fuera, y con la misma priessa fue dando cuchilladas, hasta que llegò à un rincon, donde avia obscuridad, y entonces dixo la sombra: Basta, señor Marquès, basta, y vengase conmigo, que le tengo que decir. El Marquès le siguiò, y à èl los dos Cavalleros, su hermano, y Don Phelipe. Baxòle abaxo, y diciendo el Marquès, què le queria, respondiò, que mandasse los dexassen solos, que no podia hablar delante de testigos. El, aunque de mala gana, les dixo que se quedassen, mas ellos no quisieron. Al fin la sombra se entrò en cierta boveda, donde avia huessos de muertos: entrò el Marquès tràs de ella, y en pisando los huessos, le fue discurriendo por los suyos tan grande temor, que le fue forzoso salir fuera à respirar, y cobrar aliento, lo qual hizo por tres vezes. Lo que le queria, y pudo el Marquès con la turbacion percebir, era, que en pago de la muerte que le avia dado, le hiciesse aquel bien de cumplir lo que en su testamento dexaba, que era una restitucion, y poner una hija suya en estado. Huvo en esto dares, y tomares entre el Marquès, y la sombra, segun dixeron los testigos. Y confiessa el Marquès, que siendo tan hermoso de rostro, blanco, y rojo como sus hermanos, desde esta noche quedò como està agora, sin ningun color, y quebrantado el mismo rostro. Dice, que le vino à hablar otras vezes, y que antes que le viesse le daba un frio, y temblor, que no podia sustentarle. Al fin cumpliò lo que le pidiò, y nunca mas le apareciò. Si fue el mismo espiritu suyo, ù del Angel de su guarda; ò Angel bueno, ò malo, disputenlo los señores Theologos, que para mi bastame averlo oìdo de la boca de un tan gran Cavallero, como el Marquès, y Don Enrique su hermano; para tener el caso por mas cierto, y que por cosas tan particulares, que importan la salvacion de un alma, suele el Señor del Cielo, y tierra dàr licencia para semejantes negocios, que no son esras de las cosas, que algunos Autores Gentiles dicen, de llamar las almas, para hacerlos preguntas, como hacia Empedocles, y Apion Gramatico, que llamò la sombra de Homero, y no ossò decir

lo que avia respondido, que
s eran artes de la Nigroman-
de que dice Ciceròn, que fin-
a cuerpos de aquellos, que yà
ban quemados, y les daban
una forma, ò figura, porque
spiritu por sì era incapàz de
visto, que todas eran artes
demonio, y acudia à lo que
edian, como poderoso, per-
iendoselo Dios, que sin esta
mission no podia hacerlo. Y
el venir de las almas de
muertos con dispensacion
Dios, no se puede negar, aver
edido algunas vezes; no por-
andan vagando por el mun-
que sus lugares tienen se-
idos, ò en el Cielo ò en el In-
no, ò en el Purgatorio. Y si
sido prolijo en este quento
tra mi condicion, y estilo, es;
que cosas tan graves se han
lecir con la sencillèz, y llane-
con que passaron sin dorarlo,
esdorarlo. Admiracion me ha
sto el caso (dixo el Ermitaño)
toy determinado, de apartar-
de soledad, que aunque he
ado algun tiempo en ella, no
visto cosa, que me perturbe, y
con todo esso me he retira-
le la soledad àzia el Pobla-
por los temores que passaba
re los altos riscos de Sierra
ena: pero dexemos ya esta
eria, y bolvamos à prosegair
omenzado, que con la dul-
a del estilo, y gracia del con-
, se olvidarà la melancolia del sueño, y de la verdad referi-
da, luego se fue à Sevilla, donde
aora vive muy recogido.

DESCANSO PRIMERO.

TOrnando de nuevo à coser, ò à anudar la conversacion passada, sentamonos al brasero, prosiguiendo mi comenzada relacion, porque el Ermitaño, hombre de muy buen discurso, me importunò de manenera, que se echò de vèr que gustaba mucho de oìr los trances de mi vida, y mostrando mucha atencion (que es lo que dà nuevo animo à las conversaciones) prosegui, lo que la noche antes avia dexado por el sueño del Ermitaño; y comencèlo de muy buena gana, porque de la misma manera, que quita el gusto de hablar la descortèsia de que algunos ignorantes usan, en atajar lo que un hombre va diciendo, por encajar un disparate, que se les ofrece fuera de proposito; assi la atencion dà fuerzas, y espiritu al que habla, para no cessar en su materia: yerro, en que he visto caer muchas personas; muy reprehensible en quien le tiene, porque arguye poco gusto, ò mal entendimiento. El que no quiere oìr lo que otro habla, bien puede apartarse, y dàr lugar à que oyga, quien tiene gusto: que ay algunos de tan extraordinaria condi-

dicion, y natural, que, ò por deslucir lo que otro habla, ò por no entenderlo, que es lo mas cierto, procuran atajarlo con poca razon, y menos cortesìa. El premio del que dice bien, es la atencion que se le presta; y aunque no sea muy limado, es gran descortesìa no dàr aplauso à lo que dice, que al fin procura que parezca bien, y dice lo mejor que puede, y sabe. Ay un genero de gentes, que hablan con intercadencias, careciendo de hebra, y caudal, para la materia que se trata: que despues de averles respondido, aunque se aya mudado el primer motivo, acuden con lo que se les ofrece fuera de la intencion que se lleva: este es un disparate, y una inadvertencia que hace muy odioso al que lo usa, y de quien se debe huir la conversacion, porque son estorvo al que habla, y à los que oyen: y quando và con malicia de desdorar en lo que dice (que todo esto puede la embidia) es una malicia sin disculpa, y merecedora de qualquier mala correspondencia, que no se halla sino en hombres de poca substancia, assi en ingenio, como en letras. Y estiendese à tanto, que aun en los libros, que se imprimen, no rehuya la infame, y mal nacida embidia, de usar de libertades muy conocidas. Los libros, que se han de dàr à la estampa, han de llevar doctrina,

y gusto, que enseñen, y d
ten; y los que no tienen tal
para esto, yà que no lo alca
no se deslicen à echar p
con ofensa de los hombr
opinion, ò no escrivan, q
ha de ser todo danzas de
das, que despues de hecha
queda fruto, ni memoria d
sa que se pegue al alma. H
llevar los libros, que se
la estampa, mucha purez
castidad de lenguage: pure
la eleccion de las palabra
honestidad de conceptos, y
tidad en no mezclar basta
que salen de la materia,
maledicencias, ò desestim
de lo que otros hacen,
cialmente quando son c
quien sabe decir, y sabe qu
cir, y tan mal dichas, que và
ñalando con el dedo, co
descubren su ignorancia,
acreditan sus escritos, ma
tan su embidia, y declar
malicia. Tornando à la m
del hablar, digo, que e
conversaciones hase de dà
gar à que hable el que hal
el ha de ser tan remirado, q
se derrame, ni divierta, ni
ra hablarselo todo, que h
dàr lugar à la respuesta. Y
mo iba historiando mi vida
adverti, que podria el Er
ño cansarse de oìrme habl
diversamente; pero suced
bien, que no solamente
cansò, pero tornò à import

; que prosiguiesse en mi prin-
al intento, que para esso me
avia rogado al principio; y
ando à hablar con èl, pro-
ii diciendo.

DESCANSO II.

Uego que por el pronosti-
co, y significacion de aquel
neta, ò por lo que la Mages-
de Dios sabe, y fue servido,
tiò el Rey Don Sebastian de
tugal en aquella tan memo-
le batalla, donde se hallaron
Reyes, y murieron todos
, como succediò el Cardenal
a Enrique, tio de Phelipe
undo, y lo llamò à la suc-
ion del Reyno; toda Castilla,
ndalucia, se moviò à ir sir-
ado à su Rey, con el amor,
bediencia, que siempre Es-
a ha tenido à sus legitimos
yes. Vineme de Valladolid
Madrid, y siguiendo la varie-
l de mi condicion, y la opi-
n de todos, fuime à Sevilla,
intencion de passar à Italia,
que no pudiesse llegar à tiem-
de embarcarme para Africa:
ve gozando de la grandeza
aquella insigne Ciudad, lle-
de mil excelencias, tesorera,
epartidora de la inmensa ri-
za, que embia el Mar Oc-
no, sin la que dexa para sì
sus profundas arenas escon-
a para siempre. Sossegadas, ò
mejor decir, reducidas à
mejor forma las cosas de Portu-
gal, quedème en Sevilla por al-
gun tiempo, donde entre mu-
chas cosas que me sucedieron,
fuè una dàr en la valentìa, que
avia entonces, y aun creo que
agora ay, una especie de gentes,
que ni parecen Christianos, ni
Moros, ni Gentiles, sino su Re-
ligion es, adorar en la Diosa Va-
lentia, porque les parece, que
estando en esta Cofradia, los
tendràn, y respetaràn por va-
lientes, no quanto à serlo, sino
quanto à parecerlo. Sucediòme
passando por la calle de Genoba
topar con uno de estos, en-
contrème con èl, de suerte, que
por passar yo por lo limpio, le
hice passar por el lodo: bolviose
à mi, y con gran superioridad
me dixo: Señor Marquesote, no
mira como và? Yo le dixe: Per-
done vuessa merced, que no lo
hice à sabiendas. El replicò: Pues
si lo hiciera à sabiendas, no avia
de estàr yà amortajado? Yo no
llevaba espada, que iba como
Estudiante (profession de que
siempre me he preciado) y assi
usè de toda la humildad possi-
ble, y èl de toda la sobervia que
tienen los de su profession. Di-
xele: no fue tan grave el delito,
que merezca tan gran castigo
como esse. Dixome entonces: No
debe de saber el mordaco con
quien se ha encontrado, pues
estése quedo, que no quiero
darle mas castigo, que ponerle

quar-

quarenta dedos en los carrillos (que por mi quenta venian a ser ocho bofetadas) esperele, y viniendo alzadas las manos, para executar el castigo, usè de una treta, que siempre me ha salido bien. Y fue, que como venia tan atento à su negocio, yo hice el mio, y asiendole la espada por la guarnicion, con toda la presteza possible se la saquè de la vayna, y con el mismo movimiento le puse los cinco dedos en la cara, y con la guarnicion le heri en el carrillo izquierdo: El que se viò desarmado, diò à correr àzia atràs, y unos jubeteros comenzaron à decir: Victor, victor el Escolar. Pero dixeronme: Vayase de aqui, que este và à llamar retraìdos, y bolverà presto. Fuime àzia San Francisco, y el bellacon entrò muy descolorido sin espada en el corral de los naranjos, la capa arastrando, la cara llena de sangre, y preguntandole què avia sido, respondiò, que lo cercaron treinta hombres, y abrazandose con èl, le sacaron la espada, y aviendole herido, à bocados se librò de ellos, y le avia sacado las narizes à uno de un bocado; y que iba por una espada, y rodela, para hacerlos pedazos à todos. Acudieron à donde avia passado el ruido, y todos los oficiales hablaron en favor mio, à lo qual dixo uno que iba entre ellos, hombre de menos que mediana estatura, zurdo, y dobladillo de cuerpo, à quien todos parpciò que respetaban: Bien està, esse hombrecillo debe de tener buen higado, y assi es menester hacerlos amigos, porque el herido lo es de todos los honrados de la Cofradia, y antes de dos horas estarà con los muchos si lo saben; llamen à esse pobrete. Llamaronme unos oficiales, y traxeron al otro, que para que quisiesse ser amigo, fue menester llevarlos todos à la taberna de Pinto, y gastar una anega de lo de Cazalla. Todos à una voz dixeron: Buen hijo es, bien merece entrar en la Cofradia.

DESCANSO III.

PAssado esto, como el bellacon quedo mal contento, buscò traza como vengarse, y hallola muy buena. Como yo entrè nuevo, y tenia poca experiencia de las cosas de Sevilla, recatème poco, que en las Republicas tan grandes es menester entrar con tiento, y el que nò tiene conocimiento, ni experiencia de ellas, hase de valer de quien la tenga, para no hallarse atajado. Puseme espada, y en las obligaciones en que se pone, quien la ciñe, que con el desvanecimiento de la valentìa, y con aver dado en Poeta, y Musico, que qualquiera de las tres bastaba para derribar à otro jui-

lo mejor que el mio. Comen-
a alear mas de lo que me es-
a, y à tenerme por passean-
y galàn ventanero, y ena-
rar quantas encontraba: de
nera, que no avia Portuguès
s azucarado que yo, por don-
hallò mi contrario flaqueza
ni con la de una dama de buen
e, en cuya casa èl entraba, y
señor absoluto. Andando yo
la brama entre aquellos ar-
es de la alameda, sentime lla-
: de una cierva, y acudiendo
ramido me dixo: Es possible,
or galàn, que tan al descuydo
e V. m. que no ha echado de
, que le miran con mas cuy-
o que el ordinario? Mirèle el
ro, y talle, y aunque le tenia
emado de bueno, con todo
creì, porque yo estaba tan
vanecido, que por este cami-
creyera qualquier favor, que
le diera. Prosiguiò diciendo:
e aya venido yo à tiempo,
no mire la calidad de mi per-
a, ni autoridad de mi marido!
al ayan los ojos, que no se
atan, y mal ayan los pies, que
n de los umbrales de su casa,
i vèr sus desdichas. Què aya
egado mi libertad, à quien
è si la estimarà! Què mire yo
ien ni me conoce, ni conoz-
y que aya de rogar, quien ja-
admitiò ruego de nadie! Ma s
ero morir, que no rendirme à
en quizà se reyrà, y despre-
à mis prendas. Y con esto fin-
giò unas lagrimas tan tiernas,
que me sacò de juicio. Y en-
aviendo hecho su embeleco, me
dexò; y bolviò las espaldas con
grandissimo donayre, y garvo.
Yo quedè helado, y abrasado de
su presteza en irse, y de sus pala-
bras en rendirme. La criada me
dixo: Buena tiene V. m. à mi seño-
ra, que estas eran sus melancolìas,
de aqui nacen sus malas condi-
ciones, que no ay quien en casa
se averigue con ella. Sigala V. m. y
recatese, no le vea su marido;
que es un Cavallero muy princi-
pal, y no poco zeloso aun que ja-
màs ha visto en mi señora oca-
sion para serlo. Seguila espanta-
do, y contento de parecerme,
que merecia yo mucho, estiman-
dome interiormente en arto mas
de lo que fuera razon. Entrè en
su casa, que era una calle angos-
ta, que iba à dàr à la calle de las
Armas, y luego me favoreciò, ha-
ciendo ventana: y advirtiòme,
que no diesse muchos bordos
que ella me avisaria de lo que
avia de hacer. Anduve algunos
dias en pretension pareciendome,
que por su estimacion no queria
rendirse luego. O engaños del
mundo, y què facilmente cree un
hombre las cosas, que vàn enca-
minadas à su gusto, ò à su prove-
cho! Si mirassemos, y tanteasse-
mos lo que mira à nuestro bien,
como lo que mira à nuestro mal,
no caeriamos en tantos daños, y
desventuras, como suceden. En
la

la apariencia del gusto nos arrojamos con la esperanza del bien, y en el mal no nos recatamos, siendo tan peligroso, ò dudoso el fin de lo uno, como el de lo otro. Mas seguros vamos por el camino del daño, que ciertos por el del provecho: porque lo uno nos pone en recato, y lo otro en descuido. En el uno puede aver engaño, y en el otro està el desengaño claro, como me sucediò, que creyendo el engaño de aquella muger, me vi en grande peligro: pero à quien no engañarà un rostro hermoso, y un talle gallardo, con palabras dulces, y ojos bachilleres? Al fin yo perseverè, hasta que me embiò à decir con un papel amorosissimo, que me llegasse allà aquella noche. Puseme lo mas galàn que pude; cogì mi espada, y una linterna grande, que podia servir de broquel, y fuime derecho à su casa, sin considerar otra cosa mas que obedecer al gusto: hallè la puerta, y sus brazos abiertos, recibiòme con todas las caricias, que yo podia desear de actos exteriores, y sencillos, y palabras dobladas: cerrò la puerta, y luego al punto llamaron à ella. Ella, sin preguntar quien llamaba, dixo: Amigo, mi marido llama, entraos en esta bodeguilla, que luego se tornarà à ir. Entrème con mi linterna encendida: cerraron la puerta de la bodeguilla con cerrojo, y dexaronme muy bien encerrado. El aposentillo estaba casi todo lleno de sarmientos, y chamiza seca; avia un pozo, que correspondia à lo alto, con su cubo colgando: puseme à escuchar lo que hablaban, porque de aver cerrado la puerta, sospechè no bien: preguntòle la señora al marido fingido. Yà tengo cerrado à este hombre, què se ha de hacer? El respondiò (aunque passo) en voz que lo pude conocer, que era mi contrario: Abrasarlo, ò ahogarlo en esse pozo, que este es el que me sacò la espada de la vayna. Luego se me representò la traza para salir salvo de su cautela: que el peligro, descubridor de grandes secretos, y el temor de la muerte levantan la imaginacion à cosas nunca pensadas. Tapè con una tabla el brocàl del pozo, y de aquella chamiza, y sarmientos secos, lleguè cantidad à la puerta de la bodeguilla, y con la linterna, que aun no la avia apagado, encendilos. La puertecilla estaba tan seca, que comenzò luego à arder con la ayuda de la leña, saliendo muchas llamaradas de la chamiza por debaxo de la puerta: metime en el cubo del pozo, y asime à la soga muy bien, que como estaba tapado el pozo, iba seguro yo. Comenzò toda la gente à dàr vozes: Fuego, fuego, agua, saquen agua del pozo: tiraron de la soga para sacar agua,

mo pesaba el cubo demasia-
ente por estàr yo dentro, lle-
nse muchos vecinos à tirar
 soga, y tanto, y con tanta
za tiraron, que al fin me su-
on arriba. Asime muy bien al
al del pozo: yo debia de es-
on el rostro palido de la tur-
on, y con esto, y hacerles un
 de abominable demonio,
mayaron todos, diciendo, que
un diablo lo que sacaron del
. Acabè de salir, y escabu-
e entre la gente lo mejor
pude (y pude muy bien, por-
como estaban turbados, no
echaron de vèr) dexandoles
sa encendida, y llevando mi
ona libre, que vine à hallar
da donde era tan facil el per-
a, como en un pozo, y en-
ado en tanta estrecheza, co-
en una bodeguilla, llena de
inas.

DESCANSO IV.

El enemigo tomò, para ven-
garse de mi por instru-
to una muger hermosa; que
 todas tienen fuerza natural,
 mover corazones (tambien
o criaturas) con ficcion, y la-
mas: pero como nacieron para
ir, saben enternecer. Maldi-
Dios sus determinaciones;
tan resueltas son para execu-
 quanto se les pone en la ces-
que por el mismo caso que no
ceden con fuerza, lo hacen
con astucia, y embeleco. Tienen
tan grande fuerza, en decir lo
que quieren, y nosotros tanta fla-
queza en creerlas, que parece,
que para esso solo nacimos. Mu-
chas he visto, de muy justificada
vida, pero aun en estas he halla-
do desigualdades de condiciones,
y conocido algunas muy honra-
das de sus personas, que lo son
por solo decir mal de las que
tienen alguna flaqueza. Y en
resolucion, pocas ay que se esca-
pen de algun azar. Librème del
daño, que pudiera suceder, ò en
que ya me vi; pero no de las ma-
nos de un Alguacil, que se avia
llegado al ruido, y como me viò
ir corriendo, asiòme, mas yo
con mucha presteza le dixe: Què
hace vuessa merced? quiere, que
muramos ambos à las manos de
esse demonio, que està en essa
casa? Huya, y pongase en cobro,
que viene matando à quantos en-
cuentra. El me soltò, y diò à cor-
rer, porque como avia oido de-
cir de el demonio del pozo, co-
mo yo se lo afirmè, se confirmò
en ello. Yo no parè, hasta llegar
à tomar descanso à la sombra de
dos amigos, Hercules, y Cesar,
que estàn en dos altissimas co-
lumnas: à la entrada de la Ala-
meda, que hizo aquel gran Ca-
vallero Don Francisco Zapata,
Conde de Barajas, que tantas
deshizo en Sevilla. Pero no aca-
baron aqui las de aquella noche,
que estando descansando, sentì

àlas espaldas de aquella calle à la Garvancera en un malvar muy alto, que alli se hace, un ruido muy grande, moviendose las malvas, sin vèr quien las movia, que por ser de noche, y estàr solo en lugar muy sujeto à melancolìa, me causò alguna: mas llegandome cerca con la espada desembaynada, no vi cosa, sino el movimiento de las malvas, y algun ruido entre unas piedras, que avia en el malvar, hasta que salieron fuera luchando una culebra, y un gato: la culebra procurando ceñir al gato por el cuerpo, y el gato puesto sobre los pies, y hiriendo à la culebra con las uñas por entre las conchuelas, que durò algun espacio: pero la culebra no pudiendo resistir las uñas del gato, se tornò à las malvas, y el gato como diestro, dando un salto, le cogiò la delantera, y con el mismo moviento, mascandole la cabeza, retiròse antes que la culebra le diesse con todo el cuerpo: y lo hiciera, sino se retiràra, porque con el golpe diò en unas piedras con la parte del lomo, adonde tiene la fuerza, de que no pudo mas moverse, y llegando el gato la acabò de matar. Diòme que considerar la destreza del gato, viendo quan cierta tiene la herida, mas que los demàs animales, por donde yo fui aficionado desde alli à los gatos, aviendo sido siempre enemigo de ellos, porque aunque no tienen tanto conocimiento, ni amor, como los perros, son de gran seguridad contra las savandijas, que se aparezen en las casas. Yo me fui à reposar aquella noche, admirado, y corrido del doblez, que tan pesadamente usò conmigo aquella mi enamorada, que lo sea del diablo, y no del que saliò del pozo; que la apacibilidad, que promete el rostro de una muger hermosa sea capaz de tan pesado engaño, y que con tanta facilidad se rinde à un mal consejo, es cosa que aun no acabo de creerla. Que se apiade un hombre à unas lagrimas de una muger, es mucha nobleza, pero que ella las finja por mal fin, parece abominacion. Rendirse à la hermosura es cosa natural, pero rendirse la hermosura al engaño, es contra razon, y aun contra naturaleza. Y un animo, como el de un hombre, que hace cara à un Exercito entero se rinda à una muger, que huye de un raton, es cosa que espanta. Dios me libre de sus rebueltas, y me guarde de sus doblezes, que aun sin gusto suelen tenerlos: por dar à entender, que son queridas, y desdeñosas, que las aman, y que no las estiman, que la regalan, y que ellas hacen burla de quien las sirve.

***

DES-

DESCANSO V.

YO no quedè tan seguro de lo passado, que no fue nesario, vivir con mucho cuidade las tretas de aquel valienporque si antes estaba sentido despojo de la tajante hoja, pues lo estuvo de averle sali:an à su costa la burla;que pennacerme. Yo, para mas seguril mia, acudi à favorecerme de casa de un gran Cavallero, : esta junto à Omnium Santum en la Feria, que en todas travessuras, y sucessos me fue paro, y refugio. Embiòme à afiar el valiente con un vate amigo suyo, estando yo a dicha casa del señor Mar:s del Algava Don Luis de zmàn, y sus criados, que tenia chos, y muy honrados, me taron de la obligacion (por mis amigos) que por la destesìa de aver perdido el respe1 la casa, le embiaron à la sufin narizes, dexando la espabroquel, y daga para merende los mozos de cocina. Hizo manera el malsin(mal fin le de suerte) que vino à saber un alde de la justicia, grande migo mio (si estaba engaña-Dios lo sabe) que yo avia pe.o fuego à la casa de su Daye que por andar zeloso injustate de mi, por momentos me aba preso: y aunque yo procurè siempre vencerle en cortesìa, y quitarle la ocasion, que lo traia con pecho vengativo, como debia de tener el animo poco noble, no hacia caso del buen termino, y humildad, de que yo usaba con èl: que los animos poco levantados (en viendose superiores à su enemigo) procuran vengarse como pueden, sin mirar, si les està bien, ò mal. Mas los valerosos animos, con ser señores de la venganza, tienen por grandeza, no hacer caso de ella. Este què digo, en viendo que pudo satisfacer à su barbaro apetito, con la relacion que le diò mi enemigo, luego puso por obra la execucion de sus malas entrañas. haciendo corchete, y explorador à la misma parte, que tuvo hartò cuidado de seguirme los passos, de modo que yo lo vine à saber por medio de amigos, suyos, y mios. Sabido esto, que el Alcalde de la Justicia, aviendo incriminado el delito, diciendo, que era incendario, como hombre, que no tenia mas de una oreja, y esta inficionada, no admitiò advertencia, ni consejo que se le daba. Dixo, que me avia de sacar de la Iglesia, en qualquiera que me hallasse, porque el delito de incendario era muy grave. No lo hiciera el q̃ agora està en el mismo oficio, que es justissimo Juez, Christiano, y discreto, y de gran consideracion en quanto dice, y hace, no precipitado, ni arrojadizo.

dizo, sino muy templado, y considerado en todas sus acciones; Justino de Chaves: que ay algunos Juezes, aunque pocos, que no quieren dexar delito para el Tribunal de Dios, que parece, que los elige el demonio, para hacer por manos de ellos lo que no puede por las suyas, que se las tiene Dios atadas. En sabiendo, que este Juez andaba conmigo tan tyrano, mudème de trage con un vestido viejo, y malo, para andar disfrazado, yo le traìa junto à su persona una espia, que me avisasse de todo, porque yo no me apartaba de Omnium Sanctorum, donde el Sacristàn era mi amigo; con quien avia tratado lo que avia de hacer, si viniesse à sacarme. Vino à avisarme de esto el amigo, y para esta empressà traìa consigo al Toledanillo, corchete endiablado: y yo jurè, que le avia de hacer una burla, que me avia de llevar à cuestas à mi casa. Luego pareciò venir con tanta priessa, que por poco no pudiera executar mi traza. Dì al Sacristan capa, ropilla, y espada, quedandome en un jubon viejo, y sucio, y atandome à la cabeza un lienzo muy roto, y ensangrentado, echème entre unos pobres muy asquerosos, que estaban à la puerta pidiendo limosna: llegò muy furioso à buscarme en la Iglesia, el Sacristàn la cerrò antes que llegasse, y jurò (y con verdad) que no avia en toda ella retraìdo, ni otra gente, sino aquellos pobres, que à nadie dexaban oìr Missa, y que si queria sacar algun retraìdo, èl se lo daria en las manos, echandolos de alli. Luego èl comenzò à echarlos, diciendolos: Vosotros algunos delinquentazos debeis de ser. Y à mi, porque dixo el Sacristàn, que estaba tullido, y que no podia menearme, le dixo al Toledanillo, que me llevasse de alli, aviendole dicho el Sacristàn, que yo tenia mucho dinero, de que se podia aprovechar, con que le puso codicia de llevarme à cuestas. Mientras que su amo andaba rebolviendo los Altares, y Coro, y esteras de la Sacristia, yo le iba diciendo: En verdad, señor, que me huelgo, que no entrassedes allà, porque aquel hombre, que vàn à sacar, tiene jurado de mataros, que sabiendo que sois muy hombre, èl lo es tanto que tiene yà dos corchetes en sal, y lo mismo harà de vos si os coge: Bien voy aqui de essa manera (dixo el Toledanillo) Y yo: Daos priessa, antes que embie por vos el Teniente, y èl lo hizo de muy buena gana, porque esta gente, ò porque no les và nada en ello, ò porque quieren guardar su vida, huyen de semejantes peligros. El amo, como no hallò la presa que buscaba, y porque el Sacristàn le dixo, que se le daria pacifica-

men-

mente, no llamò al Toledanillo. El me llevò passeando por toda la alameda, y el barrio del Duque hasta la calle de San Eloy, donde era mi posada; yo le animaba diciendo, que fuera de que se lo avia de pagar muy bien, hacia una obra de misericordia. Venian dos conocidos mios tràs èl pereciendo de risa, y èl no ossaba preguntarles de què se reìan, hasta que llegando adonde le pareciò, que yà estaba fuera de peligro, preguntòles: De què se rien voacedes? Ellos le respondieron sonriendo: De la carga que llevais, que es el que ibades à sacar de la Iglesia. El sobresaltado, soltòme luego en el suelo, y yo encarandome à èl, le dixe: Pues què pensaba el ladron, que avia de cogerme el dinero? Agradezca, que no le visitè las tripas por el pescuezo, quando me traìa à cuestas hecho San Christoval. En este tiempo andaba el Señor Juez riñendo con el Sacristàn, porque le diesse el retraìdo. El dixo: Yà yo cumpli mi palabra, con darselo al Toledanillo, que lo llevò à cuestas. Riyeronse tanto los circunstantes con la burla hecha al Toledanillo (por ser tan bravo corchete) que se olvidò el enojo del Juez, por lo que le alcanzaba de la burla, viendo la que se avia hecho à su corchete: y èl, por no dàr à entender su corrimiento, dissimulò, por la parte que le tocaba. Esto es, para que los Ministros de Justicia entiendan, que ni todo ha de suceder como ellos quieren, ni los delinquentes lo han de remitir todo à las manos, como suelen en Sevilla: ni hacer resistencias, que si una vez sucede bien, treinta les sucede mal. Los Juezes nunca pierdan el respeto à los Templos, porque les sucede lo que à los perros, que andan buscando la vida, que si muchas vezes comen, alguna los vienen à coger entre puertas. Debe proceder el Juez con los delinquentes de manera, que no parezca, que la justicia, y venganza se conforman para un fin, que se han de averiguar las verdades, oyendo à ambas partes: ni ha de creer, que uno es malo, porque se lo diga quien no es bueno. Juez apassionado, no lo ha de ser en su negocio propio, porque la passion hace mayores los delitos del enemigo. Como es dificultoso juzgar por malo aquello que nos deleyta, assi es impossible juzgar por bueno lo que aborrecemos: que mal podrà guardar la autoridad de la Ley, quien quiere hacerla de su condicion en odio, ò en amor. Muy confuso se halla un Juez, quando le apelan la sentencia que diò con passion, no siendo yà señor de ella. Los delinquentes han de usar de todos los medios humanos, y divinos, antes

antes que hacer una resistencia, y quien la hace en confianza del favor que tiene, merece que le falte quando lo ha menester, como sucede. No puede aver causa (sino es por salvar la vida) que obligue à un hombre à tan barbaro delito, que no se halla sino en hombres desconfiados de la vida, y honra. La humildad con los Ministros de Justicia, arguye valor, y animo noble, en que consiste el fundamento de la paz, y concordia. Y si à los tales, que se persuaden, à que son poderosos para quanto quieren, los tratamos con sobervia; còmo podrèmos conservarnos con ellos? Huir de ellos, quando nos siguen, no es falta de animo, sino reconocimiento de superioridad: y el que de ellos es bien considerado, huelgase de vèr, que el delinquente le tiene respeto en huir, ò en retraerse, sin querer perseguirle ni apretarle mas de lo que es justicia, y razon. Yo no me pude hacer amigo de este hombre, y assi me determinè (por no resistirme, ni huir) de hacerle esta burla, que se tuvo por acertada, tanto como reìda, con que èl me dexò, y el otro se sossegò en perseguirme. Yo para quitarme de todo, determinè de arrimarme à algun favor poderoso, en cuya sombra pudiera descansar. Andaba entonces en Sevilla un gran Principe, de gallardissimo talle, muy gentilhombre de cuerpo, hermoso de rostro, con gran mansedumbre de condicion, y consumada bondad, mas de Angel, que de hombres, amiguissimo de hacer bien, amado, y admirado en aquella republica, por estas, y otras muchas partes que en su persona resplandecian: sobrino del Arzobispo, que entonces era en Sevilla, que era Marquès de Denia. Yo me determinè de buscar modo, como entrar en la gracia de este Principe, y comunicandolo con cierto amigo le dixe: No es posible, sino que este gran señor me ha de recibir en su favor, y gracia. En que lo hechais de vèr, (dixo mi amigo) y respondi yo: En que yo le soy grandemente apassionado, y perpetuo historiador de sus admirables virtudes: y no es possible, sino que la constelacion que me obliga à este excessivo amor, à èl le incline à serme agradecido. Sucediòme como yo me lo tenia imaginado, porque estando en el corral de los naranjos, y passando por alli este gran Principe, me determinè à hablarle, lo mas cortesmente que yo pude, y supe. Parò el coche, y oyòme con entrañas piadosissimas, haciendome la merced que yo deseaba, y mandandome que le viesse. Recibido en su gracia, no me sucediò cosa mal en Sevilla, ni mis emulos tuvieron brio, ni atrevimiento mas contra mì, que el

fa-

favor de los Principes, y grandes señores es poderoso para vivir con quietud en la Republica, quien quiere ampararse de su valor, y reclinarse à su sombra. Y es cordura el hacerlo, aunque no sea mas de por imitar sus nativas costumbres, que exceden con gran ventaja à las de la gente ordinaria, que como en las plantas, las mas bien cultivadas dàn mejor, y mas abundante fruto: assi entre los hombres, los mas bien instruìdos dàn mayor, y mas claro exemplo de vida, y costumbres, como son los Principes, y señores, criados desde su niñèz en costumbres loables, no derramados entre là ignorancia del libre vulgo, que entre los Cavalleros està, y se usa la verdadera cortesìa, de ellos se aprende el buen trato, y crianza, con lo que se debe dàr à cada uno; en ellos se halla la discreta dissimulacion, y paciencia, y quando ha lugar el perderla, que como tratan siempre con gente que sabe, todos saben. Los que huyen el trato de los Cavalleros, no pueden entrarse en la verdadera nobleza, que consiste en la practica, y no en la theorica, y con ella se aprende el respeto que se les ha de tener, para tratar con la nobleza, ignorada de todo el vulgo.

*** *** ***

*** *** ***

DESCANSO VI.

Estuve en Sevilla algun tiempo viviendo de noche, y de dia inquieto con pendencias, y enemistades. (efectos de la ociosidad, raìz de los vicios, y sepulcro de las virtudes) Tornè en mi, y hallème atràs de lo que avia professado, que en la ociosidad, no solamente se olvida lo trabajado, pero se hace un durissimo habito, para bolver à ello. El que pierde caminando la verdadera senda, quanto mas se alexa, tanto mas dificultosamente buelve à cobrarla: el que hace costumbre en la ociosidad, tarde, ò nunca olvida los resabios, que de ella se siguen. En quatro cosas gasta la vida el ocioso, en dormir sin tiempo, en comer sin sazon, en solicitar quietas, en murmurar de todos. Llòrame el corazon gotas de sangre, quando vèo prerdas de valerosos Capitanes, y de doctissimos varones, rendidas à un vicio tan poltròn, como la ociosidad: quexase el ocioso de su desdicha, y murmura de la dicha, del que con gran diligencia ha vencido la fuerza de su fortuna: tiene embidia de lo que èl pudiera aver grangeado con ella. El ocioso, ni come con gusto, ni duerme con quietud, ni descansa con reposo, que la floxedad viene à ser verdugo, y azote del de-

xamiento, y pereza del ocioso. Determinè de apartarme de este vicio poltron, que en Sevilla me arrastraba, y para esto tuve modo de passar à Italia, en servicio del Duque de Medina-Sidonia, que en un Galeon Arragozes embiaba mucha parte de sus criados à Milàn. Alcanzada esta buena gracia, detuveme en Sevilla, hasta que fue tiempo de partir. En este espacio vinieron algunos Portugueses, de los que en Africa se avian hallado en aquel desdichado conflicto del Rey Sebastian, muchos de los quales rescatò Phelipe Segundo. Travè amistad con algunos de ellos, y como tienen tanta presteza en las agudezas del ingenio, passè con ellos bonissimos ratos. Estaba un Cavallero Portuguès, amigo mio, haciendose la barba con un mal oficial, que con mala mano, y peor navaja, le rapaba de manera, que le llevaba los cueros del rostro. Alzò el suyo el Portuguès, y le dixo: Señor Barbero, si desfollades, desfollades dulcemente, mais si rapades, rapades muito mal. Estando un amigo mio, y yo à la puerta de una Iglesia, que se llama Omnium Sanctorum, passò un Cavallero Portuguès con seis pajes, y dos lacayos, muy bien vestidos à la Castellana, y quitandose la gorra à la Iglesia, quitamosela nosotros à èl, usando de cortesia. Bolviò, como afrentado, y me dixo: Ollai senhor Castillano, non vos tirei à vos à barreta, se naon à ò Santissimo Sacramento: Dixe yo, pues yo se la quitè à V. m. Compungido de esta respuesta, dixo el Portuguès: Ainda vos à tirei à vos senhor Castillano. Venia por la calle del Atambor un Portuguès con un Castellano; y como el Portuguès iba enamorando las ventanas, no viò un hoyo, donde metiò los pies, y se tendiò de bruzas, dixole el Castellano: Dios te ayude; y respondiò el Portuguès: Xa naon pode. Estando jugando tres Castellanos con un Portuguès à la primera, los engañò agudissimamente, que aviendole dado despues de quinolada la baraja cinquenta y cinco, dixo con desprecio del naype, entre sì, como lo pudiessen oìr. Os anhos de Mafoma. Los demàs, que estaban bien puestos, y lo vieron passar, embidaron su resto. El quiso, y echando el uno cinquenta, y los demàs lo que tenian, arrojò el Portuguès sus cinquenta y cinco puntos, y arrebatòles el resto: dixo el uno de ellos: Como dixo V.m. que tenia los de Mahoma, que son quarenta y ocho años, si tenia cinquenta y cinco? Respondiò el Portuguès: Eu cudei, que Mafoma era mas vello. Y yo pensè que Mahoma era mas viejo, Otros excelentissimos cuentos, y agudezas pudiera traer, que

por

por evitar proligidad, los dexo. Vino en este tiempo una grandissima peste en Sevilla, y mandòse por materia de estado que matassen todos los perros, y gatos porque no llevassen el daño de una casa à otra. Yo procurando assentar mi vida, fuime à Sanlucar à casa del Duque de Medina-Sidonia, y navegando por el rio, fue tanta la abundancia de gatos, y perros, que avià ahogados en todas aquellas quince leguas, que algunas vezes fue necessario detener el barco, ò echarlo por otra parte.

DESCANSO VII.

EMbarcamonos en Sanlucar, no con mucho tiempo. Passamos à vista de Gibraltar por el estrecho, que lo era tanto por alguna parte, que con la mano parecia poderse alcanzar la una, y otra parte. Vimos el zalpe tan memorable, por la antiguedad, y mas memorable por el hachero, ò atalaya, que entonces tenia, y muchos años despues, de tan increible, y perspicàz vista, que en todo el tiempo que èl tuvo aquel oficio, la costa de Andalucia no ha recibido daño de las fronteras de Tetuan, porque en armando las Galeotas en Africa las via desde el Peñòn, y avisaba con los hachos, ò humadas. Yo soy testigo, que estando una vez en el Peñòn algunos Cavalleros de Ronda, y de Gibraltar, dixo Martin Lopez: (que assi se llamaba el hachero) Mañana al anochecer avrà rebato; porque se estàn armando Galeotas en el rio de Tetuan, que son mas de veinte leguas; y yo creo que por mucho que se encarezcan las cosas, que hizo con la vista Lince (que fue hombre, y no animal, como algunos piensan) y no sobrepujaron à las de Martin Lopez: realmente lo temian mas los cosarios, que al socorro que contra ellos venia. Quiero de passo declarar una opinion, que anda derramada entre la gente, poco aficionada à leer, engañada en pensar, que lo que llaman columnas de Hercules, sean algunas, que èl mismo puso en el estrecho de Gibraltar. Con otro mayor desalumbramiento, que dicen ser las que mandò poner en la Alameda de Sevilla Don Francisco Zapata, primer Conde de Barajas: Pero la verdad es, que estas dos columnas son, la una el Peñòn de Gibraltar, tan alto, que se disminuyen à la vista los baxeles de alto bordo, que passan por alli. La otra columna es otro cerro muy alto en Africa, correspondientes el uno al otro. Dicelo assi Pomponio Mela de *Situ orbis*. Bolviendo al proposito, digo, que passamos à la vista de Marbella, Malaga, Cartagena, y Alicante, hasta que engolfandonos, llegamos à las Islas Baleares.

[illegible] [illegible]bidos, [illegible] avia de [illegible] de manera, [illegible] nos aſſeſta-[illegible] piezas. Faltò-[illegible] anduvimos dando [illegible] en aquella coſta, haſta [illegible] ver encender quince ha-[illegible] que nos puſieron en mucho [illegible], porque como en Ar-gel ſe cundiò la fama de la ri-queza que llevaba el Galeon de un tan gran Principe, ſalieron en corſo quince Galeotas à buſcar-nos, que hicieron mucho daño à toda la coſta, y lo pudieran hacer en noſotros, ſi el viento les favoreciera, permitiendolo Dios. Con el aviſo que nos die-ron de las Atalayas, engolfamo-nos, fortificando las obras muer-tas, y las demàs partes, que te-nian neceſsidad, con ſacas de lana, y otras coſas, que para el propoſito ſe llevaron. Repartie-ronſe los lugares, y pueſtos, co-mo les pareciò à los Capitanes, y Soldados viejos que el Galeon llevaba. Pueſtos en orden, aguar-damos las Galeotas, que ya ſe venian deſcubriendo con el ſuyo de media luna, que como al Ga-leon le faltaba el viento, y ellos venian valeroſamente batiendo los remos, llegaron tan cerca, que nos podiamos cañonear. Eſ-tando yà con determinacion de morir, ò echarlas à fondo, diſ-parò nueſtro Galeon dos piezas tan venturoſas, que deſaparecie-ron una de las quince Galeotas; y en el miſmo punto nos vino un viento en popa tan deſatado, que en un inſtante perdimos de viſta las Galeotas. Esforzòſe el viento tan demaſiadamente, que nos que-brò el arbol de la meſana, rom-piendo las velas, y jarcias de lo demàs con tanta furia, que nos puſo en menos de doce horas ſo-bre la Ciudad de Frigus en Fran-cia, y ſobreviniendo otro vien-to contrario por proa, anduvi-mos perdidos, bolviendo àzia atràs con la miſma prieſſa que aviamos caminado. El Galeon era muy gran velero, y fuerte, baſtante para no perdernos, y con ſolo el trinquete de proa pu-dimos vandearnos con la gran fortaleza del Galeon. Y al tercero dia de la borraſca comenzò la popa à deſencaxarſe, y à crugir, à modo de perſona que ſe que-xa. Con eſto comenzaron à deſ-mayar los Marineros, determi-nados de dexarnos, y entrarſe de ſecreto en el Barcon, que ve-nia amarrado à la popa. Pero ſiendo ſentidos de los Soldados que no venian mareados, ſe lo eſtorvaron. Viendo el peligro, todos determinamos de confeſ-ſarnos, y encomendarnos à Dios: pero llegando à hacerlo con dos Frayles, que venian en el Galeon, eſtaban tan mareados, que nos daban con el bomito en las bar-bas, y pecho, y como las ondas inclinaban el Navio à una parte,

Y

otra, caìan los de la vanda
re los de la otra, y luego aque-
s sobre estos otros. Andaba
a mona saltando de jarcia en
cia, y de arbol en arbol, ha-
ndo en su lenguage, hasta que
sando una furiosissima ola por
ima del Navio, se la llevò, y
dexò à todos bien refresca-
. Anduvo la pobre mona pi-
ndo socorro muy grande ra-
obre el agua, que al fin se
ragò. Llevaban los Marine-
un papagayo muy enjaulado
la gavia, que iba diciendo
pre: Còmo estàs Loto? co-
cautivo, perro, perro, perro,
nunca con mas verdad lo di-
que entonces. Apartònos
s de resulta segunda vez jun-
à Mallorca, à una Isleta, que
an la Cabrera, y al rebol-
de una punta, yendo yà un
ò consolados, nos arrojaron
s montañas de agua otra vez
lta mar, donde tornamos de
vo à padecer la misma tor-
ta. Algunos de los Marine-
cargaron demasiadamente, y
ronse junto al fogon del Na-
, por sossegar un poco: so-
tan recio el viento, que les
el fuego encima, que te-
muy guardado, que à unos
s entrò en la carne, y à otros
brasò las barbas, y rostro,
andoles el sueño, y adorme-
ento del vino. Yo me vi en
gro de morir, porque al tiem-
ue se quebrò el arbol de la
mesana, por temor del viento,
aviamos atado (mis camaradas,
y yo) el transportin al arbol, y
quando se quebrò, arrojò el
transportin en alto, y à cada uno
por su parte. Yo quedè asido al
bordo del Galeon, colgado de
las manos, por la parte de fue-
ra, y si no me socorrieran pres-
to, me fuera al profundo del
agua: y si se rompiera quatro de-
dos mas abaxo, con la coz nos
echàra hasta las nubes. Marea-
ronse los Marineros, ò la mayor
parte de ellos. Estabamos sin
govierno, aunque venia entre
ellos un Contramaestre muy
alentado, con una barbaza, que
le llegaba hasta la cinta, de que
se preciaba mucho, y subiendo
por las jarcias àzia la gavia, à
poner en cobro su papagayo,
con la fuerza del viento se le
desanudò la barbaza, que lleva-
ba cogida, y asiendose à un cor-
del de aquellos de las jarcias,
quedò colgado de ella como Ab-
salòn de los cabellos. Pero asien-
dose, como gran Marinero, al
entena, lo sumergiò tres vezes
por un lado por la mitad del Na-
vio, y pereciera si otro Marine-
ro no subiera por las mismas jar-
cias, y le cortàra la barbaza, que
dexandola anudada donde se avia
asido, y ayudandole, baxò vivo,
aunque muy corrido de verse sin
su barba. Tornamos à proejar lo
mejor que fue possible, quexan-
dose siempre la popa, y al fin

[illegible] estando sestean- [illegible] asomar por la boca [illegible] bonetes colorados, [illegible] blancos: pusimonos [illegible] al mismo punto que [illegible] vieron (de que venian des[illegible]dos) dixo uno en lengua Castellana muy clara, y bien pronunciada: Rendios perros. Quedaron mis compañeros absortos, de vèr en lengua Castellana bonetes Turcos: dixo el uno: Gente de nuestro Galeon debe de ser, que nos quiere burlar. Hablò otro Turco, y dixo: Rendid prexto, que Torco extar. Pusieron los tres compañeros mano à las espadas, queriendose defender. Yo les dixe: De què sirve essa defensa, si nos pueden dexar aqui anegados à pura piedra, quanto mas con las escopetas que vemos? Y à ellos les dixe: Yo me rindo al que hablò Español, y todos à todos: y vuessas mercedes pueden baxar à refrescarse, ò sino subiremosles agua, pues somos sus esclavos. Dixo el Turco Español: No es menester, que yà baxamos. Rogamos à Dios interiormente que lo supiessen los de el Galeon, obedeciendo à nuestra fortuna. Mis compañeros muy tristes, y yo muy en el caso, porque en todas las desdichas, que à los hombres suceden, no ay remedio mas importante que la paciencia. Yo aunque la tenia, fingiendo buen semblante, sentia lo que puede sentir, el que aviendo sido siempre libre, entraba en esclavitud. La fortuna se ha de vencer con buen animo: no ay mas infeliz hombre, que el que siempre ha sido dichoso, porque siente las desdichas con mayor afliccion. Deciales à mis compañeros, que para estimar el bien era menester experimentar algun mal, y llevar este trabajo con paciencia, para que fuesse menor. Puseme à recibir con buen semblante à los Turcos què iban baxando, y en llegando al que hablaba Español, con mayor sumission, y humildad, llamandole Cavallero principal, dandole à entender, que lo avia conocido, de que èl se holgò mucho, y dixo à los Turcos sus compañeros, que yo le conocia por noble, y principal, porque èl, como despues supe, era de los Moriscos mas estimados del Reyno de Valencia, que se avia ido à renegar, llevando muy gentil pella de plata, y oro. Viendo que aprovechaba la lisonja de averle llamado Cavallero, y noble, prosegui, diciendole mas, y mas vanidades, porque èl venia por Cabo de dos Galeotas suyas, que de las quince avian quedado, por falta de temporal, escondidas en una caleta, adonde aquel mismo dia nos llevaron maniatados, sin tener remedio por entonces, y zongorroando con la guitarra, apartome mi

amo,

y dixo de fecreto: Profigue
que has comenzado, que
oy Cabo de eftasGaleotas,y
me aprobecharà para la re-
cion, y à ti para buen trata-
nto. Hicelo con mucho cui-
, diciendo, como el que no
reffe, que era de muy prin-
les parientes, nobles, y Ca-
ros. Fue tan poca nueftra
te, que les vino luego buen
npo, y bolviendo las proas
Argel: iban navegando con
to en popa, fin tocar à los re-
. Quitaronnos el traje Efpa-
, y nos viftieron como mife-
es galeotes, y echados al re-
los demas compañeros, à mi
dexò el Cabo para fu fervi-
Por no ir callados, con el
nfo viento que nos guiaba, me
guntò mi amo còmo me lla-
a,quien era,y què profefsion,
icio tenia. A lo primero le di-
que yo me llamabaMarcos de
egon, hijo de Montañefes
Valle de Cayon. Los demas,
ir ocupados en oìr cantar à
Turquillo, que lo hacia gra-
amente, no pudieron oìr lo
tratamos: y afsi le preguntè,
es de refponderle, fi era
riftiano, ò hijo de Chriftia-
, porque fu perfona, y talle,
hermofura de un mocito hi-
fuyo, daban mueftras de fer
añoles. El me refpondiò de
y buena gana: lo uno, por-
la tenia de tratar con Chrif-
os; lo otro, porque los de-
màs iban muy atentos al mufi-
quillo, y afsi me dixo que era
bautizado, hijo de padres Chrif-
tianos, y que fu venida en Argèl
no fue por eftàr mal con la Re-
ligion, que bien fabia que era
la verdadera, en quien fe avia de
falvar las almas, fino que yo
(dixo) naci con animo, y efpiri-
tu de Efpañol, y no pude fufrir
los agravios, que cada dia reci-
bia de gente muy inferior à mi
perfona, las fupercherias, que
ufaban con mi perfona, con mi
hacienda, que no era poca, fien-
do yo defcendiente de muy anti-
guos Chriftianos, como los de-
màs, que tambien fe han paffa-
do, y paffan cada dia, no fola-
mente del Reyno de Valencia,de
donde yo foy, fino de Granada,
y de toda Efpaña. Laftimabame
mucho, como los demàs, de no
fer recibido à las dignidades, y
oficios de Magiftrados, y de
honras fuperiores, y vèr que du-
raffe aquella infamia para fiem-
pre y, que para deshacer efta
injuria no baftaffe tener obras
exteriores, y interiores de Chrif-
tiano. Que un hombre, que ni
por nacimiento, ni por partes
heredadas, ò adquiridas, fe le-
vantaba del fuelo dos dedos, fe
atrevieffe à llamar con nombres
infames à un hombre muy Chrif-
tiano, y muy Cavallero. Y fobre
todo, vèr quan lexos eftaba el
remedio de todas eftas cofas. Què
me podràs tu decir de efto? Lo

uno (respondi yo) que la Iglesia ha considerado esso con mucho acuerdo: y lo otro, quien tiene Fè del Bautismo, no se ha de rendir, ni acobardar por ningun accidente, y trabajo que le venga, para apartarse de ella. Todo esso te confiesso yo (dixo el Turco) pero què paciencia humana podrà sufrir, que un hombre baxo, sin partes, ni nacimiento, que por ser muy obscuro su linage, se ha olvidado en la Republica su principio, y se ha perdido la memoria de sus passados, se desvanezca, haciendose superior à los hombres de mayores merecimientos, y partes que las suyas? De essas cosas (respondi yo) como Dios es el verdadero Juez, yà que consienta el agravio aqui, no negarà el premio allà, si puede aver agravio, no digo en los estatutos passados en las cosas de la Iglesia, que esso và muy justificado, sino en la intencion dañada del que quiere infamar, à los que vè que se vàn levantando, y creciendo en las cosas superiores, y de mayor estimacion. Essos (dixo el Moro) como ni pueden llegar à igualar à los de tan grandes merecimientos, tomando ocasion de prevaricar los estatutos con mala intencion, no para fortificarlos, ni para servir a Dios, ni à la Iglesia, sino para preciarse de cartas viejas, como dicen. Y pareciendoles, que es una grande hazaña levantar un testimonio, derraman una fama, que lleva la embidia de lengua en lengua, hasta echar por el suelo aquello que vè mas encumbrado, que como su origen fue siempre tan obscuro, que no se viò sugeto en èl, que lo ennobleciesse, y à la pobreza nadie le tiene embidia, quedanse sin saber que son, teniendolos por Christianos viejos, por no ser conocidos, ni tener noticia, que tal gente huviesse en el mundo. La Iglesia (dixe yo) no hace los estatutos, para que se quite la honra à los proximos sino para servirse la Religion lo mejor que sea possible, conservandola en virtud, y bondad conocida. Ibame à replicar mi amo: pero dexando el Turquillo de cantar, dixome, que callasse, y tornòme à preguntar lo primero: respondile à todo con brevedad, diciendo: Yo soy Montañes, de junto à Santandèr, del Valle de Cayon, aunque naci en el Andaluzia, llamome Marcos de Obregon: no tengo oficio, porque en España los hidalgos no lo aprenden, que mas quieren padecer necessidades, ò servir, que ser Oficiales, que la nobleza de las Montañas fue ganada por armas, y conservada con servicios, hechos à los Reyes: y no se han de manchar con hacer oficios baxos, que allà con lo poco que tienen se sustentan passando lo peor que pueden,

y, conservando las leyes de hi-
guìa, que es andar rotos, y
cosidos, con guantes, y calzas
cadas, yo harè (dixo mi amo)
sepais oficio muy bien. Y
pondiò un compañero de los
os, que estaba al remo: Esso à
nenos no lo harè yo, nì se ha
decir en España, que un hi-
go de la Casa de los Mantillas
Oficio en Argel. Pues perro
xo mi amo) estas al remo, y
tas de vanidades? Dadle à esse
algo cinquenta palos. Suplico
.m. (dixe yo) perdone su igno-
cia, y desvanecimiento, que
l sabe mas, ni es hidalgo, ni
ie mas de ello que aquella es-
acion, no quanto à hacer las
as de tal: sino quanto à decir,
lo es, por comer sin traba-
Y no es el primer vagamun-
que ha avido en aquella ca-
si es de ella, y à èl le dixe:
s barbaro, estamos en tiem-
y estado, que podamos rehu-
o que nos mandaren? Aora es,
ndo hemos de aprender à ser
nildes, que la obediencia nos
la voluntad al gusto ageno.
voluntad subordinada no
de tener eleccion. En el punto
un hombre pierde la liber-
no es señor de sus acciones.
un remedio puede aver, para
in pòco libre, que es, exerci-
la paciencia, y humildad, y
sperar à hacer por fuerza lo
por fuerza se ha de hacer.
sde luego no se comienza à
hacer havito en la paciencia ha-
remoslo en el castigo. Que el
obedecer al superior, es hacerlo
esclavo nuestro. Como la humil-
dad engendra amor, assi la sober-
via engendra odio. La estimacion
del esclavo ha de nacer del gusto
del señor, y este adquiere con
apacible humildad. Aqui somos
esclavos, y si nos humillaremos
à cumplir con nuestra obliga-
cion, nos trataràn como à libres,
y no como à esclavos. O que
bien hablas (dixo nuestro amo) y
como he gustado de encontrar
contigo, para que seas Maestro de
mi hijo, que hasta que encon-
trasse un Christiano como tu no
se le he dado, porque por acà no
hai quien sepa la doctrina, que
entre Christianos se enseña à los
de poca edad. Por cierto (dixe
yo) èl es tan vella criatura, que
quisiera yo valer, y saber mu-
cho, para hacerle grande hom-
bre, pero faltale una cosa, para
ser tan hermoso, y gallardo. Es-
tuvieron atentos à esto los demas
Moros, y preguntò el padre:
Pues què le falta? Respondì yo:
Lo que sobra à V.m. Què me so-
bra à mi (dixo el padre) El Bau-
tismo (respondi yo) que no lo ha
menester. Fue à arrebatar un gar-
rote, para pegarme, y al mismo
compas arrebatè yo al mucha-
cho, para reparar con èl. Cayo-
sele el palo de las manos con que
rieron todos, y al padre se le
templò el enojo, que pudiera te-
ner,

ner. deſcargando el palo en ſu hijo. Fingiòle muy del enojado, por cumplir con los compañeros, ò Soldados, que realmente lo tenian por gran obſervador de la religion perruna, ò Turqueſa. Aunque yo lo ſentì, en lo poco que le comuniquè, inclinado à tornarſe à la verdad Catholica. Por què (dixo) penſais voſotros, que vine yo de Eſpaña à Argel, ſino para deſtruir todas eſtas Coſtas, como lo he hecho ſiempre que he podido? y tengo de hacer mucho mas mal de lo que he hecho. Como lo ſintieron enojado, quiſieron echarme al remo. (y èl dixo) Dexadlo, que cada uno tiene obligacion de bolver por ſu Religion: y eſte, quando ſea Turco, harà lo miſmo que hace aora. Si harè, (dixe yo) pero no ſiendo Moro; y para ſoſſegar mas ſu enojo, mandòme, que tomaſſe una guitarra, que ſacamos de la cueva: hicelo, acordandome de cantar de los hijos de Iſraèl, quando iban en ſu cautiverio. Fueron con el viento en popa, mientras yo cantaba con mi guitarra, muy alegres, ſin alteracion del mar, ni eſtorvo de enemigos, haſta que deſcubrieron las torres de la Coſta de Argèl, y luego la Ciudad, que como los tenian por perdidos, hicieron grandes alegrias en viendo que eran las Galeotas del renegado. Llegaron al Puerto, y fue tan grande el recibimiento por verle venir, y venir con preſſa, que le hicieron grandes algazaras; tocaron trompetas, y xabebas, y otros inſtrumentos que uſan, mas para confuſion, y trulla, que para apacibilidad de los oìdos. Salieronle à recibir ſu muger, y una hija muy Eſpañola en el talle, y garvo; blanca, y rubia, con bellos ojos verdes, que realmente parecia mas nacida en Francia, que criada en Argèl, algo aguileña, el roſtro alegre, y muy apacible; y en todas las demàs partes muy hermoſa. El renegado, que era hombre cuerdo, enſeñaba à todos ſus hijos la lengua Eſpañola, en la qual le hablò la hija con alguna terneza de lagrimas, que corrian por las roſadas mexillas, que como les avian dado malas nuevas, el gozo le sacò aquellas lagrimas del corazon. Yo les hice una humillacion muy grande, primero à la hija, que à la madre, que naturaleza me inclinò à ella con grande violencia, dixele à mi amo: Yo, ſeñor, tengo por muy venturoſa mi priſion, pues junto con aver topado con tan grande Cavallero, me ha traìdo à ſer eſclavo de tal hija, y muger, que mas parecen Angeles, que criaturas del ſuelo. Ay padre mio, (dixo la doncella) y què corteſes ſon los Eſpañoles. Pueden (dixo el padre) enſeñar corteſìa à todas las Naciones del mundo: y eſte

el

es esclavo en mayor grado, porque es noble, hijodalgo Montañès, y muy discreto. Y còmo lo parece (dixo la hija) pues por què lo trae con tan mal trage? hagale vuessa merced que se vista à la Española. Todo se harà, hija mia (respondiò el Padre) reposemos agora el cansancio de la mar, yà que avemos venido libres, y salvos.

DESCANSO IX.

HAllè un agradable alvergue en hija, y madre; pero mucho mas en la hija, porque como avia oìdo decir à su padre muchos bienes de España, y los habitadores de ella, que naturaleza la llevaba por este camino: Regalabame mas que à los demàs esclavos: pero servia con mas gusto què ellos, assi por lo que avia visto, como porque no iba de mala gana à Argèl, por vèr un hermano mio, que estaba cautivo en èl: y fui venturoso, en que antes que preguntasse por èl, supe, que avia incitado à otros esclavos, para que tomando un barco (despues de aver muerto à sus amos) se arojassen à la fortuna, ò por mejor decir à la voluntad de Dios, y no atreviendose los demàs èl, puso en execucion su intento, y sucediòle tan bien, que vino à España, y despues muriò sobre Yaselet, que si supieran ser mi hermano, quizà yo lo passàra mal. Yo servi à mis amos con el mayor gusto, y diligencia que podia; y mi servicio les era mas grato que el de los otros Cautivos, porque hacia de la necessidad virtud; y como al principio les ganè la voluntad, con facilidad los conservè despues: tratabalos con mucho respeto, y cortesìa, martyrizando mi voluntad, y forzandola à lo que no era inclinado, que es à servir, que à los hombres, naturalmente libres, el tiempo, y la necessidad les enseña lo que han de hacer. Sufria mas de lo que mi condicion me enseñaba, que el rendirse à la fuerza, yo creo, que es de animos valerosos, y nobles. Poco valor, y menos prudencia tiene, el que no sabe obedecer al tiempo. Servir bien, quien por fuerza ha de servir, es ganarle à la fortuna por la mano; y obedecer mal al superior, es poner en duda el gusto, y la vida. Y al fin vive con seguridad, quien hace lo que puede, sirviendo. Aunque yo me via regalado de mis amos (no por esso dexaba de repartir con los demàs Cautivos) y ellos conmigo su trabajo, y para sossegar la embidia, se han de hacer estas diligencias, y otras mayores. Que no ay gente, que mas se govierne por ella, que esclavos, perseguidores de sus iguales, y soladores de la honra, y hacienda de

de sus dueños. Pocos he visto de los que han passado por este miserable estado, que no tengan algun resabio infame. Junto con el buen tratamiento que se me hacia, echè de vèr en mi ama la doncella, que siempre que passaba por donde pudiesse verla, hacia movimiento en el color del rostro, y en el moviento de las manos, que parecia alguna vez que tocaba tecla. Al principio atribuìalo à la mucha honestidad suya: pero con la mucha perseverancia, y con la experiencia que yo tenia de semejantes accidentes (que no era poca) le conoci la enfermedad. Mandabame un millon de cosas cada dia, que ni à ella le tocaba el mandarlas, ni à mi el hacerlas: pero yo confiesso, que me holgaba en el alma de servirla, y de que me mandasse muchas mas: todas quantas niñerias venian à mis manos, ò yò hacia, venian à parar en las suyas, diciendo que eran de España, tanto, que una vez poniendosele el rostro como una amapola, me dixo, que quando no huviera venido de España otra cosa, sino quien se las daba, bastaba para ella: y luego echò à correr, y se escondiò. Yo con estos favores enterneciame demasiadamente: pero mirè el estado en que me via, y que aviendo de buscar la libertad del cuerpo, iba perdiendo la del alma; y que el menor daño, que me podia suceder, era quedarme por yerno en casa, bolvìa sobre mi, y me reprehendia conmigo à solas: pero quanto mas me contradecia, hallaba en mi menos resistencia. Y el remedio de estas passiones mas consiste en dexarlas estàr, que en escarbarlas, buscando el olvido, ò camino para èl. Echaba de vèr, que el tiempo, que estas passiones entran en un hombre, le arrebatan de modo, que le dexan incapàz para otra cosa. Y aunque me persuadia, à que por entretenerme, podia llevar aquella dulce carga, la experiencia me avia enseñado, que el amor es Rey: que en dandole possession, se alza con la fortaleza; pero haciame contradicion en mi propio, pensàr còmo podia ser desagracido, quien siempre se preciò de lo contrario. Aunque para esto se me ponia por delante la sospecha, que podian tener los padres, si viàn alguna demonstracion de buena correspondencia. Apartabame de esto estàr entre enemigos de la nacion, y de la Fè. El acudir mal al amor, que el padre me mostraba, que me avia entregado su hijo, para que le enseñasse: y sobre todo, y mas que todo, no ser ella bautizada. Resolvime al fin, de que aunque me abrassasse no avia de mirarla con cuidado. La pobre doncella, que sintiò novedad en mi, llevòlo con mucha melancolia de

, sentimiento, y ojos arca- lumbreras, del alma, co- ado de rostro, suspension palabras, y encogimiento trato. Preguntabanla què a? Y respondia que era enfer- dad, que ni la avia tenido, ni onocido, ni sabia decir, que fuesse. Preguntavanla, si queria alguna cosa? Respondia que èra impossible lo que deseaba, que era solamente ver à España, y esto entre risa, y tristeza, vino à ser melancolia de manera que hizo cama contra su voluntad, porque no podia ser visitada, de quien ella queria, ni entraban allà, sino es, las mugeres solamente, y aquellos eunucos: gente vigilantissima, que como fea, para quitar el gusto, sirven con gran cuydado, que estas doncellitas no tienen experiencia del mundo, ni saben governar sus passiones, y apetitos. En faltandoles aquello, que miran con buenos ojos, y mejor voluntad, les parece, que les ha faltado Cielo, y tierra, y se rinden à qualquier borro, por sastisfacer à las ansias, que padecen. Y assi, las que usan de ser miradas, es lo mas sano, ò casarlas, ò quitarlas la ocasion de vèr, y ser vistas: mas impression hace la passion en la sangre nueva, que en los pechos, que se han de guardar. A los sembrados, si quando estàn granados, les falta el agua, no les hace mucha falta: pero si les falta, quando estàn tiernos luego se marchitan, y paran amarillos, y todas las cosas naturales van por este camino. Las doncellas ignorantes de querer, y olvidar, con qualquiera disfavor se marchitan, como hizo esta doncellita, à quien yo queria mas de lo que ella pensaba.

DESCANSO X.

AL fin comenzaron à curar de melancolia à esta doncellita, aplicandole mil medicamentos, que la echaban à perder, que como era tan amable por su hermosura, y condicion, supose en todo Argel su enfermedad, con mucho sentimiento de todos. Yo sabiendo la causa de su melancolia, tambien como de mi pena, y dissimulacion, pensando como podria verla, y consolarla, propuse entre mi, que avia de decirle amores en presencia del padre, y la madre sin que lo sintiessen, y que ellos me avian de llevar para el mismo efecto. Y con esta seguridad dixe à mi amo, que yo avia aprendido en España de un gran varon unas palabras, que dichas al oìdo, sanavan qualquiera melancolia, por profunda que fuesse: pero que se avian de recibir con grande fee, y decirse al oìdo, sin que nadie las oyesse, sino sola la persona paciente. El padre me dixo: Sane mi hija, y sea como fuere. La madre

dre con las mismas ansias, y deseo me pidiò, que luego se las dixesse. Entrè adonde las mugeres estaban, acompañando la enferma, lo mas limpio, y asseado que pude, que la limpieza, y curiosidad ayuda siempre à engendrar amor: y entrando el padre, y la madre la dixeron: Hija, ten buen animo, y mucha fee con las palabras, que aqui viene Obregon à curarte de tu melancolìa. Y mandando, que todos se apartassen, yo me lleguè con mucho respeto, y cortesìa al oìdo de la paciente, diciendole el siguiente ensalmo: Señora mia, la dissimulacion de estos dias no ha sido causa del olvido, ni por tibieza de voluntad, sino recato, y estimacion de vuestra honra, que mas os quiero, que la vida que me sustenta: y con esto apartème de ella, y luego con un gran donayre abriò aquellos bellissimos ojos, con que alentò los corazones de todos los circunstantes, diciendo: Es possible, que tan poderosas palabras son las de España? porque avia seis dias, que no se le avian oìdo otras tantas. Pero todo esto vino à resultar en disgusto mio, porque à la fama de la cura, que se avia divulgado, otras melancolicas de diversos accidentes, quisieron que las curasse, sin saber yo, como lo podria hacer, ni el origen de sus enfermedades, mas de lo dicho. Holgaronse todos, y alabaron la fuerza de las palabras, la cortesìa, y humildad con que yo las avia dicho. La doncelluela quiso levantarse luego por la fuerza del ensalmo, pero yo dixe: Ya V. m. ha comenzado à convalecer, y no es bien, que tan presto se govierne como sana, estèse, queda que yo bolverè à decir estas palabras, y otras de mayor excelencia, quando V. m. fuere servida, y Señor diere licencia. Assi lo hice muchas vezes, hasta que se levantò; y ami un testimonio, que fue decir, que tenia gracia de curar melancolìa. Holgaronse de verla sana, y yo mucho mas que todos, como aquel que la amaba tiernamente. En esse mismo tiempo avia estado enferma de melancolìa una señora principal moza, y muy hermosa, casada con un Cavallero muy poderoso en el Pueblo. Y aviendo estado enferma, vino à quedar con tan grande melancolìa, que à nadie queria vèr, ni hablar. Pues como llegò à oìdos del marido la salud que avia cobrado la hija de mi amo, embiòle à decir, que le llevasse allà aquel esclavo, que curaba de melancolìa. Mi amo, por darle gusto, me dixo: De buena ventura has de ser, porque me ha embiado à decir Fulano, que es Cavallero de grandes partes, y que vale mucho en Argèl, y con el gran Turco, que te lleve à curar à su muger

de

de melancolìa, que por ser gallarda, y hermosa, te holgaràs de verla. O señor (dixe yo) no me mande vuessa merced esso, que si una vez lo hice, fue por vèr à vuessa merced apassionado por la enfermedad de su hija: y bien sabe, quan mal se recibe por acà lo que se dice, y hace en virtud de la verdadera Religion. Es por fuerza (dixo) el hacerlo, que importa mucho tenerlo grato. Señor (dixe yo) vuessa merced me escuse con èl, que no con todas personas hacen las palabras un mismo efecto, que es necessario tener con ellas tanta fè, como tuvo su hija de vuessa merced, y esta señora no la ha de tener. Traxele otras muchas causas, escusandome, por vèr si podia escaparme. El fue à hablar al Cavallero por disculparme, y y quanto mas me escusaba, tanto mas porfiaba en ello, hasta que dixo, sino queria ir, que me llevasse arrastrando à palos. Pobre de mi (dixe yo) quien me hizo Cirujano, ò Medico, de melancolìas? que sè yo de recetas, y de ensalmos? còmo podrè salir agora de este trancè tan riguroso? que, ò ella ha de quedàr sin melancolia, ò yo tengo de padecerla toda mi vida. Decirle amores, como à la otra, ni yo podrè, ni ella me los entenderà, ni su enfermedad es de este genero: pues decirle al oìdo cosas de Santos, y de la verdadera Religion serà, doblarle mas la enfermedad, y à mi los palos, aunque Dios es poderoso, para hahacer pan de las piedras, y de los Paganos Christianos. Al fin me resolvi con un gentil animo, llevando à mi amo por lengua, y èl a mi por escorzonera. Y para mas acertar la cura, cogì debaxo de la saltambarca una guitarra, procurando con todas las fuerzas possibles salir con la cura, y para esto pòner todos los medios necessarios: y assi entrando con muy desembuelto semblante, alentandome, le dixe: V. m. Señora, sin duda sanarà, porque las palabras que yo digo, solamente son para curar à las muy hermosas, y vuessa merced es hermosissima. Tengo esperanza, que saldrà bien con la salud, y yo con la cura. Recibiò bien este ensalmo, que es eficacissimo, con las mugeres. Y luego le dixe: Tenga vuessa merced grande fè en las palabras, y pongase en la imaginacion, que yà ha ahuyentado el mal. Hicele estàr con gran fè suya, y suspension de todos: llegandome à ella, que estaba con la imaginacion muy en el caso, dixela al oìdo un grandissimo disparate, que aprendì oyendo Artes en Salamanca, y fue:

Barbara calarent Darii ferio Baralipton.
Calantes dabitis fapesmo frise somorum.

Y luego sacando la guitarrilla, le cantè mil disparates, que ni ella los entendia, ni yo se los declaraba. Fue tanta la fuerza de imaginativa suya, que antes que de alli me saliesse, quedò riendo, y rogandome, que bolviesse allà muchas vezes, y que le diesse aquellas palabras escritas en su lengua: yo di gracias à Dios de verme libre de este trance, y busquè modo para no curar mas. Pero como avia cobrado fama, si algunas vezes acudian, fingia, que me daba mal de corazon, y assi me escapaba. Mas restame por decir, los zelos que tuvo mi ama la moza, que pensando le avia dicho à la otra, las mismas palabras que à ella, estaba llorando de zelos, apaciguèla en pudiendola hablar, que como era doncella de pocos años, y menos experiencia, todo lo creia: y queriendola yo con todo el estremo del mundo, me pesaba, que mis cosas le diessen un minimo disgusto. Dixele un dia, que sus padres estaban fuera de casa, con la confianza que de mi hacian, y aviendome dicho, que podia hablar delante de las criadas, porque no entendian la lengua. Señora mia, que desdicha nuestra, y buena suerte mia hizo, que siendo vos un Angel en hermosura, en años tierna, y en cordura, y madurèz muy prudente, ayais entregado vuestro gusto, y voluntad à un hombre cargado de años, desnudo de partes, y merecimientos? Que siendo digna de lo mejor, y mas granado del mundo, no recuseis de recibir en vuestro servicio à un hombre rendido, y subordinado a quantos daños la fortuna le quisiere hacer? que una sabandija arrojada de la furia del mar maltratado de golpes de fortuna, en misera esclavitud, aya hallado tan soberano alvergue en vuestro sencillo pecho? Que el blanco donde todos tienen puestos los ojos, y las entrañas, aya recibido en las suyas, à quien se contentara con ser perpetuamente su esclavo? Que presupuesto, que nunca en mi ha avido imaginacion de llegar à manchar vuestra castidad, ni el deseo se estenderà à tal: con tan grandes, y no merecidos favores, me levantò à pensar que soy algo, no siendo capaz de que vuestros ojos se humillen à mirar mi persona. Encendido el rostro en un finissimo carmin, temblandole las manos, y encogiendo el cuerpo con la fuerza de la honestidad, me respondiò de esta manera. A lo primero os digo, señor mio, que no sè responder, porque ello se vino sin cuidado, ni eleccion, ni sin saber por què, ni como. A lo segundo, que no aver mirado en lo que por acà me podia estàr bien, digo, que despues que supe de mi padre, aver sido bautizado,

go aborreci lo que por esta e me podia venir. Y si yo se tan dichosa, que viniesse Christiana, no desearia mas sto, y lo que tengo presente: cando un lienzo, como para piarse el rostro, se lo cubriò, o reprehendiendose de aver ondido con libertad. Quedò omo el azucena entre las ro- y yo mudo con solamente ar, y contemplar aquella ho- idad enamorada, los efectos hacia tan fuera del ordina- Recogime, porque sentì ve- por la calle sus padres, y to- ido mi guitarra, cantè: bien logrados pensamientos s. Holgaronse mis amos de arme cantando, que como enia en el corazon las cosas España, se regalaba con oìr ciones Españolas. Echè de de las palabras de la donce- , y de otros accidentes, que avia sentido lo que yo me a entre ojos, que me iban re- ando para heredero de la hi- y de las Galeotas. Yo daba cion al hijo, y lo instruìa lo jor que podia en las costum- s Christianas, que el padre lo rehusaba, aunque armaba ntra Christianos, haciendo ndissimos daños en las Costas España, y en las Indias Balea- . Con esta ocasion gozaba al- nos ratos de buena conversa- n con la hija, y con mucha tesìa, y miramiento; sin que pudiesse notarse cosa, que no fuesse muy honesta, y lim- pia. Mas como estas cosas nunca se gozan, y posseen sin azares, y contradiciones, se entrò el diablo en el cora- zon de una vieja, cautiva de muchos años, entresacada de dientes, de mala catadura, grande boca, labio caido, à ma- nera de oveja, muelas pocas, ò ningunas, lagrimales llenos de alhorre, y contrahecha de cuer- po, y tan mal acondicionada, que se andaba siempre quexan- do de los amos, diciendo que la mataban de hambre: y porque yo no la regalaba, y no le daba lo que no tenia, diò en poner mal nombre à la sencillèz de la don- cella, y la cortesìa con que yo la trataba, por donde los padres le pusieron silencio en hablar- me con arta reclusion, y aprie- to. Què le pareciò à aquella mal- dita vieja, que congraciandose con los amos por este camino, passaria mejor vida que hasta entonces; pero no nos sucediò como pensaba, porque como el amor es tan grande escudriñador de secretos, à pocos lances dì alcance à el chisme de la escla- va, y al momento hize que lo supiesse la hija, que como era tan querida de sus padres, cre- yeron quanto dixo contra ella, de manera, que nunca mas en- trò donde estaban las mugeres, ni comiò, ni bebiò à gusto en el

X tiem-

tiempo que yo estuve alli, justo pago de el chisme. Y si todos los que le llevan fuessen mal recibidos, y peor pagados, vivirian las gentes en mas paz, y quietud. Que si los chismosos supiessen, qual dexan aquel à quien llevan la parlerìa, mas querrian ser entonces mudos, que habladores; y los que los oyen, si quieren estàr en el caso, bien echaràn de vèr, que no la traen por bien que quieren al que la oye, sino por querer mal à aquel de quien la dicen, y por vengar sus odios por manos agenas. El chisme es un congraciamiento, engendrado en pechos ruines, que dà pesadumbre al que le oye, y desacredita al que los trae. A todas las gentes del mundo es justo guardarles secreto, sino es al chismoso. A tres personas ofende el chisme, al que la dice, à quien se dice, y de quien se dice. Este lastimò à los padres, y hizo la vieja odiosa, y atormentò à la pobre doncella, y à mi me privò por entonces del regalo que me hacian, y la estimacion con que me trataban. El renegado era hombre cuerdo, y aunque usò con la hija de aquel rigor, conmigo dissimulò, sin darme à entender cosa de su enojo, hasta enterarse de la verdad del caso; pero hizo que me baxasse à servicios viles, como era traer agua, y otras cosas semejantes, mas por vèr mi sentimiento, ò humildad, que porque perseverasse en ello. Yo, que le entendì muy bien, hice con grandissimo gusto, y llaneza quantas cosas me mandaba, malas, ò buenas, procurando desvelarlo del cuidado con que vivia. Que para desarraygar del pecho una sospecha, que se arremete à la honra, es necessario usar de mil estratagemas, que ni lo parezcan, ni se aparten mucho de la verdad. Mudar de alegria en el semblante, es novedad que se echa de vèr: hacer mas servicios de los ordinarios, dàn ocasion de averiguar la sospecha. El medio que se ha de guardar, con sola humildad, y paciencia se adquiere, y aun esse no ha de exceder el trato ordinario. Hice todo quanto se me mandaba, sin diferencia del gusto, y pesadumbre, con que antes lo haria. Iba con mucha humildad por agua à una fuente, que llaman del Babason, agua muy delgada, y de grande estimacion en aquella Ciudad, de donde se parecen grandissima cantidad de jardines, viñas, y olivares, de grande provecho, y recreacion. Contòme un Turco, estando alli, que no se sabe de donde nace, ni por donde viene aquella agua; porque aviendola traido de lo alto de aquellos montes, y sierras dos Turcos, y dos Cautivos con inmenso riesgo, el Rey, ò Virrey que entonces

ɛra, les pagò su trabajo con
s garrote, porque en nin-
iempo revelassen el secreto,
que pudieran quitarles el
, que es provechosa à la
ad. Que sitiada una fuerza,
ayor daño que pueden re-
para que se rinda, ò se to-
es quitarle el agua. Y viven
anto recato, que qualquiera
ɛy procura saber alguna
a invencion, para mayor
ficacion de su Ciudad: en
ɔ estremo, que el Viernos,
ido vàn à sus Mezquitas,
n encerradas las mugeres, y
esclavos, con gran seguri-
de traycion, porque solos
hombres vàn al Templo, de-
lo bien cerradas sus casas, y
ras sus mugeres. Y parece
sola esta relacion que seria
fàcil hablar à la doncella,
ido encerrada por defuera,
trando los Cautivos à ser-
à las mugeres, tan bien en-
adas; pero no es assi, por-
ellos vàn tan descuidados de
o secreto, ò publico, dexan-
tan fuerte guarda para la de-
à de sus casas, que aunque
emonio pudiesse dàr lugar
execucion del deseo, seria
facil saquear toda la Ciu-
, que no hacer traycion en
casa particular. Porque de-
por guarda un genero de-
nbres, que ni lo son para esse
ɔ, ni lo parecen en el ros-
, que, ò por preciarse de fi-
delissimos, ò porque otros no
hagan lo que aunque no se pa-
rece, se viene à parecer, de que
ellos estàn privados. Son tan vi-
gilantes en la guarda de lo que se
les encomienda, que por ningun
camino admiten descuido, ni en-
gaño. Y aunque quisiera valer-
me de èl, por tener yà noticia,
y conocimiento de la invencible
entereza de estos monstruos ar-
tificiales, no quise ponerme en
probarlo, antes el mismo Eunu-
co, ò guarda Damas me repre-
hendia, porque yo no queria en-
trar adonde las mugeres estaban,
como persona, que yà estaba
avisado del caso: à que yo le res-
pondia, que yo no avia de ha-
cer lo que no se usaba en mi
tierra, ni se permitia que los
hombres se mezclasse con las mu-
geres. Y en resolucion, yo me
governè con tanta cautela con es-
ta espìa, que no hallaron en que
tropezar, que era lo que mi amo
deseaba: y el Eunuco (por ma-
la condicion que tenia) estuvo
siempre bien conmigo; que este
genero de gentes està en la Re-
publica muy infamado de mal in-
tencionado, no sè si con razon,
porque la libertad de que usan
en no dissimular cosa, antes creo
que les queda de ser siempre ni-
ños, mas que de ser mal in-
tencionados. Esto se entien-
de à cerca de los que no pro-
fessan la musica, que en los
que la professan, he visto muchos
cuer-

cuerdos, y muy virtuosos, como fue Primo, Racionero de Toledo, y como es Luis Onguero, Capellan de su Mageſtad, y otros de eſte modo, y traza, que por evitar prolixidad callo.

DESCANSO XI.

MUy contento mi amo de la bondad de ſu hija, y ſatisfecho de mi fidelidad, tornaron las coſas à ſu principio, y yo à la reputacion, y eſtimaciō en que me ſolian tener. La doncelluela realmente andaba un poco melancolica, y la madre muy arrepentida de verla diſguſtada; de manera, que la hija ſe retiraba de ella, haciendoſe de la enojada, y regalona. La madre andaba penſando, como darle guſto, buſcando modos para alegrarla, y deſenojarla, porque andaba con un ceñuelo, con que à todos nos traia ſuſpenſos, à mi de amor, y à los demàs de temor, no enfermaſſe de aquella peſadumbre. Al fin, como procuraban bolverla à ſu guſto, y tenerla alegre, dixo la madre à mi amo, que me mandaſſe decirle aquellas palabras contra la melancolìa, que no hallaba con que alegrarla, ſino con ellas. Mandòmelo, y yo le dixe: Sin duda eſta triſteza debe de nacer de algun enojo, y aſsi ſerà meneſter decirſelo muchas vezes, para deſarraygarle del pecho la ocaſion de ſu mal, haciendole algunas preguntas, con que reſ-

pondiendo ella, ſe ſazonaſſ
jor ſu pena. Y aſsi fue, qu
dexaron un grande rato h
con ella, y decirle el enſalm
mero, y otros mejores, à qu
reſpondia muy apropoſito,
dando muy contenta de a
dicho, que la verdadera ſal
contento; y guſto del alm
avia de venir del agua del B
mo, que ſu padre avia deſpi
do. Y deſpues de bien inſt
en eſto me apartè de ſu per
aviendo hablado, y ella re
dido, media hora. Alegrò
madre de lo que veìa,
me que le enſeñaſſe aque
ſalmo, à que yo le reſpondi;
ra, eſtas palabras, no las p
decir, ſino quien huviere c
en el eſtrecho de Gibralta
las Islas de Riatan, en las c
nas de Hercules; y en el M
belo de Sicilia, en la ſima d
bra, en la mina de Ronda, y
corral de la Pacheca, q
otra manera ſe veràn viſion
fernales, que atemorizan à
quiera perſona. Dixe eſt
otros muchos diſparates co
ſe le quitò la gana de ſaber
ſalmo. Yo aunque tenia co
algun entretenimiento, al f
daba como hombre ſin lib
en miſerable eſclavitud,
enemigos de la verdadera
gion, y ſin eſperanzas de l
tad, por donde, el amor ſ
aumentando en la doncella
menguando en mi: como pa

quiere pecho, y animos va-
ıundos, y ociosos desocupa-
de todo trabajo, y virtud;
s que efecto puede hacer un
ır holgazan en un alma tra-
ıdora? que gusto puede tener,
en vive sin èl? còmo puede ha-
à su dama terrero, quien lo
hecho à los golpes de la for-
còmo saldràn dulzuras de la
a por donde tantos tragos de
argura entran? Al fin, el amor
ere ser solo, y que acudan à
solo mozos sin obligaciones,
prudencia, y sin necessidad,
un en estos es vicio, y dis-
miento para la quietud del
rpo, y del alma, quanto mas
un hombre subordinado à
os trabajos, mirado de tan-
ojos, temeroso por tantos
igos. Yo andaba muy triste,
que muy servicial à mi amo,
todas sus cosas, con tanta so-
ud, y amor, que iban las
gaciones cada dia creciendo
el amor de mis amos; pero
ıbale de verme andar triste,
in gusto, que aunque no se
ecia en el servicio, echabase
yèr en el rostro. Y assi, lle-
dose el dia de San Juan de
io, quando los Moros, ò
imitacion de los Christianos,
or mil yerros que en aquella
a se professan, hacen gran-
ıimas demonstraciones de ale-
ı, con invenciones nuevas à ca-
lo; y à apie, me dixo el rene-
ıo: Yèn conmigo, no como esclavo, sino como amigo, que quiero, que con libertad te alegres en estas fiestas, que oy se hacen al Profeta Alì, que vosotros llamais San Juan Bautista, para que te diviertas, viendo tan excelentes ginetes, tantas libreas, marlotas de seda, hechas un asqua de oro, turbantes, cimitarras, gallardos hombres de à cavallo, vibrando las lanzas con los brazos desnudos, y alheñados: mira la bizarria de las damas, tan adornadas de vestidos, y pedrerias, como favorecen con mucha honestidad à los galanes, haciendo ventana, dandoles mangas, y otros favores. Mira las quadrillas de grandes Cavalleros, que llevando por guia à su Virrey, adornando toda la ribera, assi del mar, como de los rios: quan gallardamente juegan de lanzas, y despues de arrojadas, con quanta ligereza las cogen del suelo desde el cavallo. A todo esto yo estaba rebentando con lagrimas, sin poderme contener, ni dissimular la pena, y sentimiento, que aquellas fiestas me causaban. A que bolviendo los ojos mi amo, y viendome deshecho en lagrimas, me dixo: Pues en el tiempo, donde todo el mundo se alegra, no solamente entre Moros, sino en toda la Christiandad, y en una mañana donde todos se salen de juicio, por la abundancia de alegria, estàs limpiando lagrimas?

Quan-

Quando parece, que el mismo Cielo dà nuevas muestras de regocijo, lo celebras tu con llanto? Què vès aqui, que te pueda disgustar, ò que no te pueda dar mucho contento? La fiesta, respondì yo, es milagrosa de buena, y tan en estremo grado, que por alegrissima, me hace acordar de muchas, que he visto en la Corte del mayor Monarca del mundo, Rey de España. Acuerdome de la riqueza, y bizarria, de las galas, y vestidos, de las cadenas, y joyas, que esta mañana resplandecen en tan grandes Principes, y Cavalleros. Acuerdome de vèr salir à un Duque de Pastrana, una mañana como esta, à cavallo, con un semblante, mas de Angel, que de hombre, elevado en la silla, que parecia Centauro, haciendo mil gallardias, y enamorando à quantas personas le miraban. De aquel gran Cortesano Don Juan Gaviria, cansando cavallos, arrastrando galas, haciendo cosas de muy valiente, y alentado Cavallero. De una prenda suya, que en tiernos años ha subido à la cumbre de lo que se puede desear, en razon de andàr à cavallo. De un Don Luis de Guzmàn, Marquès del Algava, que hacia temblar las plazas, adonde se encontraba con la furia desenfrenada de los bramantes toros. De su tio el Marquès de Ardales Don Juan de Guzmàn, exemplo de la braveza, y gallardìa de toda la Cavallerìa. De un tan gran Principe, como Don Pedro de Medicis, que con un garrochon en las manos, ò tomaba un toro, ò lo rendia. Del Conde de Villamediana Don Juan de Tasis, padre, y hijo, que entre los dos hacian pedazos un toro à cuchilladas. De tanto numero de Cavalleros mozos, que admiran con el atrevimiento, vencen con la presteza, enamoran con la cortesìa, que como tràs de esta mañana le sigue otro dia la fiesta de los toros, acuerdome de todo en confuso. Fiesta, que ninguna Nacion, sino la Española, ha exercitado, ni exercita, porque todos tienen por excessiva temeridad, atreverse à un animal tan feroz, que ofendido se arroja contra mil hombres, contra cavallos, lanzas, y garrochones, y quanto mas lastimado, tanto mas furioso. Que nunca la antiguedad tuvo fiesta de tanto peligro como esta: y son animosos, y atrevidos los Españoles, que aun heridos del toro, se tornan al peligro tan manifiesto, assi peones, como ginetes. Si huviesse de contar las hazañas, que en semejantes fiestas he visto, y traer à la memoria los ingenuos Cavalleros, que igualan en todo à los nombrados, assi en valor, com en calidad, seria obscurecer esta fiesta,

Y.

iantas en el mundo se hacen.
ome aqui el Ermitaño : Pues
io no hace vuessa merced
icion de la que hizo en Va-
olid Don Phelipe el Amado,
el nacimiento del Principe
stro Señor? Respondì yo:Por-
no avia de contar yo en pro-
a, lo que aun no avia passa-
pero essa fue la mas alegre,
ica, que los mortales han
o, y donde se muestra la
ideza, y prosperidad de la
narquìa Española. Que si el
o Emperador vicioso hacia
rir con las limaduras de oro
ielo que pisaba, saliendo de
palacio; con el oro que saliò
el dia en la plaza, la podia
rir toda, como con cargas
arena. Y si para engrandecer
raveza de Roma, dicen, que
la batalla de Canas, en la
a, se hincheron tres moyos
ortijas de los nobles con las
enas, sortijas, y botones de
el dia se podian llenar trein-
negas. (esto, sin lo que anda-
n las casas particulares guar-
o) Estuvieron aquel dia to-
los Embaxadores de los Re-
, y Republicas, esperando
randeza de España, y la flor,
lor de la Cavalleria; que los
o suspensos, y en extasis de
la gallardìa con que se jugò
os garrochones, rebolvien-
os cavallos, que aunque herir
paldas bueltas es mucha ga-
como lo usan otras Naciones
en cazas de leones, y otros ani-
males, este dia huvo quien espe-
rò en la misma puerta del toril
(quando con mas furia, y velo-
cidad sale el toro) y le matò ca-
ra à cara con el garrochon, que
fue Don Pedro de Barros: y aun-
que esto tiene mucha parte de
atrevimiento, y ventura, tambien
la tiene de conocimiento, y ar-
te, que enseña la experiencia
con gentil discurso. Al fin estas
fiestas admiraron à los Embaxa-
dores, y al mundo; pero mucho
mas vèr à un Rey mozo, Don
Phelipe Tercero el Amado, sien-
do cabeza de su quadrilla, guiar
con tan grande sazon, cordura,
y valor, y enmendar muchas
vezes los juegos de cañas, que
los muy experimentados Cava-
lleros erraban: porque fue tan-
ta la abundancia de cavallos, y
quadrillas, que no pudieron ca-
ber en la plaza, y con esta con-
fusion algunas vezes se descuida-
ban en el juego, que con la an-
ciana prudencia del mozo Rey, se
tornaba à la primera perfeccion,
que cierto parecia ir guiado de
Angeles: porque al fin fue el
mejor hombre de à cavallo, que
aquel dia se mostrò en la plaza.
Despues acà se han cultivado
grandes Cavalleros muy mozos,
y muy acertados, como Don
Diego de Silva, Cavallero de mu-
cho valor, presteza, y donay-
re, atrevidissimo con el garro-
chon en las manos, y su valeroso
her-

hermano Don Francisco de Silva, que pocos dias hà, sirviendo à su Rey muriò, como valentissimo Soldado, y con èl muchas virtudes que le adornaban. El Conde de Cantillana, que con grandissimo aliento derriba muerto à un toro con el garrochon. Don Cristoval de Gaviria, Excelentissimo Cavallero, y otros muchos, que por no salir de mi proposito, callo. Proseguimos en vèr, en la fiesta de los Turcos, y Moros, algunos muy grandes ginetes; pero no tan grandes, como Don Luis de Godoy, ni como Don Jorge Morejon, Alcayde de Ronda, ni como el Conde de Olivares mozo. Pero fue la fiesta alegrissima, que como gente que no ha de tener otra gloria, sino la presente; la gozan con toda la libertad, que se puede desear. Ultimamente vi à mis amas, ya que la fiesta se iba acabando, que me pesò en el alma, no por verlas tarde, que la doncellita estaba hecha ojos, no àzia la fiesta, sino àzia su padre, que viendole à èl, me via à mi. No pude negar à la naturaleza el vigor, y aliento que de semejantes encuentros recibe. Hice del ignorante en su vista, y dixe à mi amo que nos fuessemos, sabiendo lo que me avia de responder, como lo hizo, diciendo: Esperemos à mi muger y hija para acompañarlas. Baxaron de una ventana, donde estaban, y fuimos acompañandolas, la hija temblandole las manos, y mudando el color del rostro, hablando con intercadencias. Dixole el padre: Vès aqui tu Medico, hablale, y agradecele la salud que suele darte. Preguntòme là madre, que me avia parecido la fiesta? Hasta que vi à mis señoras, respondi, no vi cosa, que aunque eran buenas, me lo pareciessen, porque la gracia, hermosura, y talle de mi señora, y de su hija, yo no lo veo en Argél. Riyòse el padre, y ellas quedaron muy contentas, que teniendo por este camino contenta à la madre, de buena gana me dexaba hablar con la hija. Pidiòme la doncella un rosario en que iba rezando, diselo, y en pudiendo hablarla, le dixe, para que era el rosario, y que si verdaderamente entregaba su voluntad à la Virgen, le abriria camino ancho, y facil para llegar à tanto bien, como recibir la gracia del Santo Bautismo, que la doncella con grandes ansias deseàba, y que le avia yo de pedir cuenta de aquel rosario, que le guardasse muy bien, y le rezasse cada dia, y assi lo prometiò hacer.

DESCANSO XII.

EN este tiempo sucediò un notable, y no usado hurto (delito castigadissimo entre aquella gente) de que se escandalizò toda la Ciudad, y causò mucha tur-

bacion, por ser hecho al Rey
'irrey, y de moneda, que tenia
ırdada para embiar al gran Se-
:. Y aviendose hecho grandes
.gencias, por ningun camino se
do sospechar, ni imaginar,
ien pudiesse ser el autor, aun-
e un gran privado del Rey
›metia grandissima cantidad
dineros, exempciones, y liber-
es à quien lo descubriesse.
›se traza, que de secreto, y sin
oroto se fuessen escalando to-
las casas, sin dexar salir à na-
de la Ciudad, y no apro-
hando cosa, me dixo mi amo:
'upiesses algun secreto para
:ubrir este hurto, diciendote
en lo hizo, sin que fuesse por
.cion de ningun hombre, yo
laria libertad, y dineros. Ha
faltar, dixe yo, modo para
? con una carta echadiza, sin
a, ò con ella. Esso es lo que
obviando, dixo mi amo,
que yendo con firma, mata-
à quien la diere, y la firmà-
y si và sin firma, atormen-
n à todo el Pueblo, para ave-
ar cuya es la letra, porque
quiera aviso ha de llegar
iero à las manos del ladron,
à otra ninguna, porque
:l mismo privado suyo: y
descubre algun hombre li-
, le daràn garrote; y si escla-
le quemaràn. Las premissas
yo tengo para esta verdad,
grandes, y el conocimiento
la parte, y de su crueldad
es de muchos años, que aqui
mas tiemblan de Hacèn su priva-
do, que del Rey; y assi qual-
quiera modo de los ordinarios
causarà grandissimo daño en
descubrirlo. Y pues siendo este
el mayor enemigo que yo ten-
go, y aun toda la Republica, no
lo descubro, ni quiero, que tu
lo descubras: muy excessivos da-
ños se han de seguir de ello.
Pues dexeme vuessa merced, di-
xe yo, que yà tengo traza para
vengar à vuessa merced, y des-
cubrir el hurto, sin que nadie
padezca, y dexeme hacerlo co-
mo yo quisiere, con darme li-
cencia para hacerlo à mi modo.
Diòmela, y tomando un tordo
escogido, con todas las partes
que ha de tener para buen ha-
blador: encerrèlo en un aposen-
to en su jaula, donde no pudies-
se oìr paxaros que le perturbas-
sen; y toda una noche, y el dia
le estuve enseñando à decir: Fu-
lano hurtò el dinero, Fulano
hurtò el dinero. Dime tan bue-
na maña, y èl tenia tan buen
natural, que dentro de quince
dias, en teniendo hambre, para
pedir de comer, decia. Fulano
hurtò el dinero. De suerte, que
se servia de lo que le avia ense-
ñado para todas sus hambres, ò
sed, que se avia olvidado de su
canto natural. Assegurème bien
otros ocho dias, para que el tor-
do se assentasse bien en lo apren-
dido, y yo en la traza que lle-

Y vaa

vaba ordenada, que fue importantissima para librar à mas de cien hombres que tenian presos sobre el hurto, inocentes de la maldad, y entre ellos à muchos cautivos Españoles, y Italianos, y de otras Naciones. Y assi, viendo que mi tordo avia de ser libertador de tantos Christianos presos, un Viernes, que avia de ir el Rey à la Mezquita, soltèlo, y dile libertad, para que èl la diesse à los otros presos. Subiòse à la torre con otros muchos tordos, y entre las algaravìas de los otros, èl comenzò muy apriesa à decir: Hacèn hurtò el dinero, sin dexar de decirlò todo el dia muy apriesa, como se via en la libertad que deseaba. Fue à oìdos del Rey lo que en la torre decia un tordo. Espantòse, y quando vino la hora de llegar à la Mezquita, la primera cosa que oyò, fue el nuevo canto de mi tordo, que muy à menudo decia: Hacèn hurtò el dinero, Hacèn hurtò el dinero. Assentòsele luego, que pues avia sido tan secreto, debia de tener algo de verdad, que como son agoreros en gran manera, se le puso en los cascos, que el gran Mahoma avia embiado algun espiritu de los que tiene junto à sì, à declarar aquel caso, porque no padeciessen tantos inocentes; pero por no arrojarse sin consejo à la averiguacion del caso, llamò ciertos agoreros, ò Astrologos, que yà sabian lo que se avia cundido del tordo, y apretòles à que le dixessen lo que sentian. Echaron su juicio, y vino tan bien con el del tordo, que prendiò à su privado, y despues de aver confessado en la tortura, y hallado todo el dinero, privò al privado de su privanza, desapareciendolo con mucha aceptacion, y gusto de toda la Ciudad, que estaban mal con èl: no porque se supiesse mal, que à nadie huviesse hecho, que hasta esta maldad no se supo su malicia, sino por parecerles que todos los rigores, que con ellos usaba el Virrey, eran por consejo del privado, que esta miseria padecen los que estàn en lugares supremos, que la embidia, ò los derriba, ò los desacredita, siendo assi, que los verdaderos privados, en llegando à la grandeza que desean, con el amor, y favor de sus Reyes, luego acuden à la conservacion de lo que han alcanzado, con acreditarse, haciendo bien à la Republica. Si bien en las grandes Monarquìas no puede dilatarse facilmente esta verdad, hasta que llegue à los que pueden ser juezes de ello, para que la manifiesten, sin que qualquiera se atreva à buscar autor à los daños, ò incònvenientes, que (ò por pecados de los hombres, ò por juicios de Dios, secretos à nuestra capacidad.) suceden en la

Republica. Un moderno Esta-a, alegando otros antiguos, e, que el Principe no se ha dàr en presa à su privado, que o hacer tanto caso de èl, que e su conciencia, y sus accio- Doctrina contra la misma na-ileza, porque si qualquiera nbre particular, naturalmen-desea, y tiene un amigo, con en (amandole) descanse, y descargue de algunos cui-os con la comunicacion; què ha de estàr el Prin- privado de este bien, que demàs tienen? El Principe eroso, prudente, y justo, ne-ariamente ha de tener junto privados de irreprehensible i; porque sino lo fueren, ò apartarà de sì, ò le mancha-su buena reputacion: pero sea conocidamente, y con eral aplauso recibida la opi- del Principe por santa, y a, y que busquen en el priva-que reprehender, tengolo por animos mal contentos, y mal intencionados; y que eciba à mal, que el privado ica, y medre en bienes, y iendas, que los otros no pue- alcanzàr. Considerese, que an opulenta Monarquìa co-la de España, de las migajas se desperdician de la mesa Principe sobra, no sola-nte para aumentar casas yà menzadas, y grandes; pero a levantarlas de muy profun-das miserias à lugares altissimos. Los grandes Monarcas, Reyes, y Principes; nacen subordina-dos al comun orden de la natu-raleza, y sujetos à las passiones de amar, y aborrecer; y han de tèner amigos à quien natural-mente se inclinen, que las Estre-llas son poderosas, para inclinar à un amigo màs que à otro, que quando estas amistades vàn por sola eleccion, no tienen aquella sazòn, y gusto què las otras: y siendo superiores los Principes, como son, no han de elegir el privado à gusto ageno, si no al suyo; y siendolo, tambien lo serà al gusto de los vassallos, cu-yo bien pende del gusto bien or-denado del Principe: y este se ha de seguir, sin quebrarse la ca-beza en condenar, ni al uno, ni al otro, ni juzgar, si es malo, ò bueno; siendo la norma, por don-de se han de regular los actos de la justicia, el govierno de la Re-publica, y la merced de los vas-sallos, el premio de los buenos, y el castigo de los malos. Quan-to mas, que pues tienen dos An-geles de guarda, y el corazon del Rey està en la mano del Se-ñor, es de creer, que los inclina-ràn al bien publico, y paz ge-neral. Que las cosas que la oca-sion ofrece, de sucessos de for-tuna, no vienen, ni tienen de-pendencia de la voluntad, y ad-ministracion del privado, sino de los movedores del Cielo, que son

[illegible] à quien [illegible] su poder [illegible] quando en su [illegible] otra cosa. [illegible] que me confiesse un [illegible] mal assentado, y peor [illegible] del buen modo de juzgar, que comunicò treinta, ò quarenta años, al que (ò por sus meritos, ò por sus diligencias, ò por su ventura) llegò à ser privado, y que aviendolo alabado de virtuoso, apacible, y discreto, amigo de hacer bien, en viendole privado, quando mas bien puede executar su inclinacion, buelva la hoja à desdorar lo que antes doraba, y adoraba? y venido à averiguar, en què funda su desestimacion, ò por mejor decir, su poca constancia en la amistad que antes le tenia, no sabrà responder, sino que es una especie de embidia, fundada en el bien ageno, ò porque no le reparte con èl, ò porque le pesa que lo tenga, ò por mal entendimiento, y peor voluntad. Los privados de los grandes Monarcas no pueden tener la memoria de todos los conocidos, basta que la tengan de los que hacen diligencia para ello, que los que son de mi condicion, no tienen razon de quexarse del privado, pues ha de nacer su bien de su cuidado, y diligencia; y no teniendola, es la quexa injustissima. Ay dos generos de privados: *unos*, que de principios humildes subieron à merecer entrarse en la voluntad de su Principe, y estos quieren todo el bien para sì. Otros, que siendo grandes Señores, han sido muy aceptos, y muy queridos de su Rey; y estos como nacieron Principes, quieren repartir el bien con todos. Pero los unos, y los otros se han de haber con su Rey, como la yedra con el arbol, à quien se ase, que aunque siempre sube abrazada con èl, sin jamàs dexarle, con todo esso nunca le estorva el fruto que naturalmente lleva: y assi lo hacen los privados, que comenzaron por grandes señores, que nunca le estorvan al Principe las acciones, à que le obliga el lugar en que Dios le puso. Por donde yo creo, y por las razones dichas juzgo, que parece que no se podrà engañar el Rey en la eleccion del privado; pero podria engañar el privado en la eleccion de los que le propusiere à su Rey por capaces para la administracion de los cargos, ò goviernos, por estàr en su noticia por tales, no siendolo: engaño en que como hombre se puede caer, y assi le importa para la conservacion de su credito, y reputacion, vivir con cuidado, informandose de los que pueden ser juezes de ello, para que si la eleccion no saliere tan acertada como se desea, à lo menos se entienda, que no fue acaso, ni

por

por amistad, ò antojo. Pero tornando à lo primero, digo, que es terrible caso, que quieran los Estadistas privar al Principe de tan grande gusto; como es la amistad del privado, à quien naturalmente se inclina: siendo assi, que la voluntad està siempre obrando, y tiene un blanco à donde mira mas que à otro, en todos los hombres del mundo, y à donde halla descanso, y alivio.

DESCANSO XIII.

OFrece la ocasion algunas vezes cosas que divierten del intento principal, como me ha sucedido en este parentesis, dexando mi historia, y tratando cosas, que no son de mi professsion, mas de conforme naturaleza las dicta, y ofrece. Aviendo sucedido en mi buena suerte, salir con lo que se pretendia por el lenguaje de mi tordo, mi amo cumpliò su palabra, despues de aver cumplido el Virrey la suya: y admirandose del secreto, y prudencia, con que el renegado se huvo en aquel caso, por donde escusò el daño de tanta gente como avia presa, que sino fuera por la sagacidad suya, pereciera èl primero, sino fuera por aquel camino, y muchos de los presos sin culpa. El me diò libertad con mucha voluntad, aunque contra la de su hija, que yà la vi muy inclinada à la verdadera Religion, y al hermano, à quien yo avia persuadido la misma verdad: de manera, que ambos à dos tenian deseo del Bautismo, aunque el padre no se daba por entendido, sì lo sospechaba; porque aunque callaba, sin duda lo deseaba. Llamabase el muchacho Mustafà, y la hermana Alima, aunque despues que yo la pude comunicar, y encaminarla à la verdad Catholica, se llamò Maria. Tuve lugar de hablar con ella à solas con mucho gusto, pero no en cosas lascivas, que nunca tuve intento de ofenderla: y por ultimo la assegurè, viniendo à España, que por todos los caminos possibles la avisaria de mi estado, y la advertiria de lo que le convenia hacer, para ser Christiana, como deseaba, que enterneciendose mas con su intento principal que conmigo destilò algunas lagrimas de piedad Christiana, y de rendida al amor honesto, con que siendo la ultima vez que la hablè, me despedì de su presencia, para lo que era comunicarla mas, y ella besando muchas vezes el rosario, que yo le avia dado, dixo, que le guardaria para siempre. Dixome despues mi amo, con muchas muestras de amor: Obregon, yo no puedo dexar de cumplir la palabra que te dì, por averlo tu merecido, y por la obligacion que tengo à ser Español, y por las reliquias que me quedaron del Bautismo (y mirò al redor à vèr si le escuchaba

son las causas segundas, à [...]
la primera tiene dado [...]
general, sino es [...]
Tribunal se [...]
Bueno es [...]
hombre [...] me
sentido [...] confes-
gar q[...] descu-
rent[...] que es hi-
rit[...]os, donde
p[...] aora inviola-
v[...] Y por acà
[...] Nacion dice, que el
[...] aora, es de Merca-
[...] de Cavalleros. Y
[...] te la cumplo, hagolo
[...] mi voluntad, porque al
estando tu aqui tenia con
[...] descansar en las cosas que
[...] pueden comunicarse. Pero ya
que es fuerza, y tu estas inclina-
do à no estar en Argèl, como yo
tenia trazado, yo mismo te quie-
ro llevar à España en mis Galeo-
tas, y dexarte donde puedas con
libertad acudir à tu Religion. Aora es el tiempo propio, en que salen todos en corso: yo avrè de ir deshermanado de los demas, por dexarte en alguna de las Islas mas cercanas à España, que mas à Poniente no ossarè: porque me traen muy sobre ojo por toda la Costa, donde he hecho algunos daños muy notables: y si el Galeon en que venias, no tuviera ventura en venirle buen viento, todos veniades acà. Aprestose mi amo para hacer su viage, llevando algunos Turcos muy valientes consigo, y muy acostumbrados à ser piratas, y escogiendo buen tiempo, puso la Proa àzia las Islas Baleares, dexando en las orillas à su muger, y hija muy llorosas, la una encomendandolo al gran Profeta Mahoma, y la otra llamando muy à voces, y muy desconsolada à la Virgen Maria, que como no avia cerca quien pudiesse reprenderla, lo decia como lo sentia. Yo iba bolviendo los ojos à la Ciudad, rogando à Dios, que algun tiempo pudiesse tornar à ella, siendo de Christianos, que como yo dexaba lo mejor de mi persona en ella, iba (aunque libre) doliendome de dexar entre aquella canalla una pendra, que se pudiera desempeñar con la sangre del corazon, pues deseaba aprovecharse de la deChristo: que aunque la supe dexar muy satisfecha, y confiada de mi voluntad, llevaba entre mi una batalla, q̃ no me dexaba acudir à otra cosa, sino al pensamiento que me aquexaba por cruel, y desagradecido, me martyrizaba por ausente, y me acusaba dexar un alma Christiana entre cuerpos Moros; pero no sè què confianza me assegurabà, que la avia de bolver à ver Christiana. Al fin caminamos con felicissimo viento: y como mi amo me via bolver el rostro à la Ciudad, deciame: Obregon, pareceme que vàs mirando à Argel, y echandola maldiciones,

por verla tan llena de Christianos cautivos, y por esso la llamas ladronera, ò cueva de ladrones à esta Ciudad; pues assegurote, que no es el mayor daño el que los corsarios hacen, que al fin vàn con su riesgo, y alguna vez vàn por lana, y no buelven trasquilados, ni por trasquilar. Que el mayor daño es, que por vèr que son en Argèl bien recibidos, muchos de su voluntad se vienen de todas las fronteras de Africa con sus arcabuzes, ò por necessidad de libertad, ò por la falta de regalos, ò por ser mal inclinados, y tener el aparejo tan facil, que es lastimosa cosa vèr, que por la ocasion dicha està llena esta Ciudad de Christianos de Poniente, y de Levante, que aunque voy à hacer mal por mi provecho, no puedo dexar de sentir el daño de la sangre bautizada, que me tiene travado el corazon. Otras vezes, dixe yo, he sentido à V. m. enternecerse en esta materia, como à hombre piadoso de corazon, y de noble sangre; pero no le veo con mudanza de Religion, ni con proposito de bolverse à la inviolable Fè de San Pedro, que professaron sus passados. No quiero, respondiò mi amo, decirte, que el amor de la hacienda, la hidalguia de la libertad, ni la fuerza de muger, y hijos, ni los muchos daños que en mi propria patria he hecho me divierten de ello, si no preguntarte, si alguna vez me has visto curioso en saber, què doctrina enseñabas à mis hijos: que por aqui veràs, còmo debe estàr mi Fè en mi pecho. Y assegurote, que de quantos renegados has visto muy poderosos, ricos de esclavos, y hacienda, ninguno dexa de saber, que và engañado; que la libertad que tienen tan grande, y las honras y haciendas, en que son preferidos à los demàs Turcos, y Moros, los detienen, siendo señores, y mandando lo que quieren, y à quien quieren, pero no saben bien la verdad. Y para prueba de esto, en tanto que el tiempo refresca en nuestro favor, te quiero contar lo que sucediò poco tiempo ha en Argèl.

Ay aqui un Turco muy poderoso en hacienda, y abundante en esclavos, venturoso en la mar, y experimentado en la tierra, llamado Mami Reis, es hombre de gentil determinacion, de buen talle, liberal, y bien quisto. Yendo este en corso por la Costa de Valencia, anduvo algunos dias, sin poder encontrar presa en el agua, hasta tanto que los mantenimientos le faltaron. Vista la necessidad, saltaron en tierra èl, y sus compañeros, con mucho riesgo, y peligro de sus personas, porque encendiendo hachos por toda la Costa, los inquietaron de mo-

[illegible] quien [illegible]
[illegible]
[illegible] llevaron
[illegible] Galeota,
[illegible] consigo,
[illegible] persona en un Molino,
[illegible] hermosissima, que tur-
[illegible] huir con la demàs
[illegible] amenazaronla porque no
[illegible] vozes, y en viendo la Cos-
[illegible] quieta, hicieron la seña que
tenian azia las Galeotas, y en
viendo la primera noche, vinie-
ron al Molino, y antes que tor-
nasse la gente del rebato, cogie-
ron al Capitan, y su compañe-
ro, llevandoles à su Galeo-
ta, juntamente con la cautiva
doncella. La hermosura de ella
era de manera, que dixeron,
y con verdad, que tal joya, de
talle, y rostro no se avia jamàs
visto en Argel. El Capitan dueño
de las Galeotas, dixo, que esti-
maba en mas aquella presa, que
si huviera saqueado à toda Va-
lencia. Ella iba congojadissima,
y llorosa, y èl diciendole, que
no fuesse desagradecida à su bue-
na fortuna, pues iba à ser seño-
ra de toda aquella hacienda, y
otra mayor, y de mas impor-
tancia, y no à ser esclava como
pensaba. Pero la hermosura, y
apacibilidad del rostro, acompa-
ñada con una mansa gravedad,
era de modo, que se puede de-
[illegible]ar, que siendo de noche, diò
luz à toda la Galeota, à quien
todos se rindieron, y humillaron,
como à cosa maravillosa, admi-
randose, que Valencia criasse tan
soberanas prendas. Fuela con-
solando por toda la navegacion,
que el Turco sabe hablar un po-
co la lengua Española, y es hom-
bre de muy buena suerte, y ta-
lle; muy venturoso en quantas
empressas ha cometido, muy ri-
co en tierras, joyas, y dineros,
muy acepto à la voluntad de to-
dos los Reyes de Argel. Para
abreviar, fuesse à desembarcar,
no à la Ciudad, sino à una here-
dad suya, de grande recreacion
de viñas, y jardines muy rega-
lados. Ella que se viò tan obede-
cida de esclavos, y amigos del
Turco, parece que se fue ablan-
dando, y dexando la tristeza,
que le avia causado el cautive-
rio. Vino, andando el tiempo, à
querer bien à su amo, y à casar-
se con èl, dexando su Religion
verdadera, por la del marido, en
que viviò con grandissimo gusto
seis años, ò siete, querida servi-
da, regalada, llena de joyas, y
perlas, y muy olvidada de aver
sido Christiana. Por cuya con-
templacion se hicieron, y hacian
cada dia alegrissimas fiestas de
cañas, y otras invenciones; por-
que su condicion se parecia mu-
cho à su cara, y la cara se aventa-
jaba à todas las de Argèl, de ma-
nera, que sino se casàra luego

con

con ella, se la quitàran para embiarla al gran Turco. Pues viviendo con toda esta idolatrìa, siendo su gusto, là norma con que todos vivian. Avia alli un esclavo de Menorca, hombre de suerte, que como los demàs comunicaba con ella: vino su rescate, y el buen hombre fuesse à despedir de ella, y preguntòle, en què Lugar avia de residir, èl se lo dixo, y ella le mandò que viviesse con cuidado para lo que sucediesse. El que no era lerdo, lo entendiò, y yendose à Menorca, viviò con èl todo el tiempo que passò, hasta que tuvo ella modo como escrivirle una carta, à Menorca, en que le decia, que viniesse con un Vergantin (bien puesto) à la heredad de su marido, à media noche, para tal dia. Como llegò el tiempo, en que todos salen de Argèl en corso: su marido armò sus Galeotas con trecientos esclavos, muy hombres de hecho, llevando vestidos à la Española, y fue à su ventura, azotando las olas con mucha gallardìa, mirandolo su muger, y dandole mil favores desde una torre de su propia casa. El tiempo era muy caluroso, y el dia que tenia concertado en la carta se acercaba. Fingiòse muy de la afligida de la ausencia, y del calor, y dixo à sus esclavos, y gente, que se queria ir à consolar à su heredad, y jardines, y llevò consigo, como para estàr muchos dias, algunos cofres, donde iban vestidos, joyas, y dineros, y toda la riqueza de oro, y plata que avia en su casa, donde estuvo algunos dias regalandose à sì, y à sus esclavos, y mugeres, que si antes la querian mucho, entonces la adoraban. Llegò la noche, que tenia concertada (sin averse descubierto à nadie, con tan grande sagacidad, y secreto, que ni aun por el pensamiento se pudiera imaginar su determinacion) y puesta à una ventana, aguardò hasta las doce de la noche, sin dormir, ni pegar sus ojos, que viò un bulto, que venia de àzia la mar: hizo la seña, que estaba concertada por la carta, y acudiendo bien à ella el hidalgo, dixo: Ea, que aqui està el Vergantin. Entonces la determinada señora hablò con toda la brevedad que pudo à sus esclavos, diciendo: Hermanos, y amigos, comprados con la Sangre de Jesu Christo, mi determinacion es esta: el que quisiere libertad, y vivir como Christiano, sigame hasta España. Respondiò por todos un gran Soldado cautivo, natural de Malaga: Señora, todos estamos determinados de obedecer vuestro mandamiento; pero mirad el peligro en que os poneis, y nos poneis, que yà las torres dàn aviso, y en amaneciendo quaxaràn la mar de Galeotas, y nos daràn caza

sin duda. A que ella respondiò: Quien me puso esto en el corazon, me guiarà à salvamento: y quando no suceda, mas quiero ser manjar de horribles monstruos marinos, en los profundos abismos de las profundas cabernas de el mar, (muriendo Christiana) que ser Reyna de Argèl, contra la Religion que professaron nuestros passados. Y sirviendo la hermosissima muger de valeroso Capitan, alentò à sus esclavos de manera, que en un instante llevaron al Vergantin los cofres, y riquezas, dexando muertos à puñaladas à una negra, y à dos Turquillos, que daban vozes. Juntos los esclavos (que yà no lo eran) con los que venian en el Vergantin, todos hombres honrados, y de gran pecho, se confortaron de manera unos à otros, que el Vergantin volaba con la fuerza de los remos, y el viento que ayudaba. En sabiendose el caso en Argèl, que fue luego, echaron tràs ellos quarenta, ò cinquenta Galeotas, llevando cada qual su centinela en la guia, y en la entena, que entendieron dàr luego con el Vergantin; mas parece, que Dios, ò lo guiò, ò lo hizo invisible; pues fuera de la diligencia dicha, su marido Mami Reis andaba por las Islas, y los unos, ni los otros dieron con el Vergantin, hasta que al amanecer se hallaron entre las dos Galeotas de su marido, que para la tierra adentro llevaba su gente vestida à la Española. Ella, con gran presteza, y sagacidad, mandò, que los demàs que iban en el Vergantin, con los esclavos, se pusiessen como Turcos, para que pudiessen huir, dando à entender, que huian de Españoles. Fue gallarda, y astuta la advertencia: porque viendo Mami Reis que huian de èl, se holgò, diciendo: Sin duda parecemos Españoles, pues aquel Vergantin de Turcos se huye de nosotros, y con grande risa celebraron la huida del Vergantin, que con esta traza se libraron, y llegaron à España, donde està muy rica, y contenta, haciendo grandes limosnas de la hacienda de su marido: y aunque en Argèl sucediò otro caso semejante à este, fue con mas poder, y menos circunstancias. Yà sabes à que proposito te he contado este caso; sucediò poco tiempo hà, y sin duda, yo creo, que ninguno ay, que no tenga estampada en el corazon la primera Religion que professò, digo, de los bautizados, si bien esta muger mostrò, mas que todos, aquel pecho varonil, y determinacion christiana. No me espanto, dixe yo, que essa señora aya tenido tan grande valor en su determinacion, que es muger de mugeres, poner por obra lo que se les pone en la testa, ni que aya ven-

cido en atrevimiento à los hombres, ni de que tuviesse traza para executar su intento, que todo esso es creìble en su natural inclinacion. Lo que me admira es, que aya tenido capacidad para guardar el secreto tanto tiempo, que es mas dificultoso en las mugeres guardar el secreto, que guardar la castidad: porque ninguna se escapa de tener una amiga con quien comunica lo passado, presente, y venidero. Que lo otro, no fue mas de encaxarsele en la cabeza que lo avia de hacer, porque carecia del discurso, que avia menester un caso tan arduo, importante, y peligroso, que se atrevia à su marido, à los corsarios, y à todo Argèl, à todas las olas, y borrascas del Mar Mediterraneo, à las bestias marinas, jamàs vistas, ni conocidas en su elemento, ni fuera de èl; y todo esto no fue tan grande hazaña, como no revelar todo el secreto que tanto importaba. Todo esso, dixo mi amo, es verdad, pero una cosa me hace mas contradicion, y es: Còmo essa, siendo doncella, no tuvo valor para huir del Molino con las demàs, quando la cautivaron, y lo tuvo despues para emprender un hecho tan heroyco? A esso, dixe yo, es facil la respuesta, porque quando essa señora era doncella, con la frialdad natural, que todas ordinariamente tienen, la travò el temor los miembros, y venas del cuerpo, de manera, que no pudo huir, ni aun moverse de un lugar: pero despues que se casò, y la abrigò la fuerza del calor del marido, mejorò su naturaleza, y cobrò espiritu para acometer essa empressa tan dificil. Y de todas las mugeres, de quien se hace mencion en la antiguedad, no se sabe, que fuessen doncellas, ni aun se puede creer. Pues las Amazonas, preguntò mi amo, no se dice que fuessen doncellas? No señor, respondi yo, ni en tanto que lo eran salian à las batallas, sino exercitandose, no en ocio, ni en lanificio, sino en cazas de fieras, en andar à cavallo, usando de la lanza, arco, y saeta, y para hacerse mas fieras, se mantenian de tortugas, y lagartos, y en siendo de edad para ello, se mezclaban con los varones circunvecinos: y si del concubito parian hijo varon, ò le mataban, ò le mancaban de manera, que no quedasse para exercicio de hombre: y si parian hembra, porque no fuesse impedimento para tirar el arco, le sacaban, ò cortaban el pecho diestro. (que esso quiere decir Amazonas) *Id est, sine ubere*, sin teta: pero ninguna de ellas, por sì sola, hizo tan grande hazaña como esta Valenciana.

DESCANSO XIV.

COmo los esclavos, y compañeros iban dormitando, tuvimos lugar, y espacio mi amo, y yo para tratar esta materia, y otras, con que se venciò el sueño. Aviendo reposado un tanto dentro de dos horas descubrimos las Islas Baleares Mallorca, y Menorca, Ibiza, y otras Islas pequeñas; pero no nos acostamos à Mallorca, por el cuidado con que aquella Isla vive, hasta ser de noche: y aunque aguardamos à esto, fue menester apresurarnos, porque si bien se parecieron presto, avia bien que trabajar para llegar à ellas. Acostamonos à Mallorca, por mejor, y para, èl fue peor, porque al dispuntar de un risco, estaba en èl, una centinela que diò aviso à las Galeras de Genova, que andaban por coger à mi amo, y aunque se acercaba la noche, comenzaron à batir los remos con grande furia àzia nosotros. Mi amo viendose perdido, passòse à la otra Galeota, llevando consigo la mas granada gente que traia en ambas, y diòme à mi cargo, de mirar por la que dexaba con poca gente, confiandose, que hablando yo Español, podria responder à proposito, y tener algun remedio la Galeota. De suerte, que me dexò por estorvo, para que hiciessen la presa en mi, y se pudiesse librar. Sucediòle como èl lo avia pensado, porque como hombre astuto, y muy practico en toda la Costa, no se hizo à la mar, sino à la Isla, que como era quasi de noche, de caleta en caleta, se fue escondiendo, y en obscureciendo se hizo à la mar, y se escapò. La Galeota en que yo avia quedado, como no llevaba gente que bogasse, sino muy poca, y la mas ruin, fuesse quedando tanto, que las Galeras pudieron tirar una pieza, para que nos rindiessemos. Paramonos, y en llegando cerca yo, muy alentadamente, y en bien claro Español dixe: Rendidos somos. Pues à vos buscamos, dixeron las Galeras, llamandome por mil nombres infames, que realmente, como la Galeota era aquella en que siempre andaba mi amo, y hablè tan claro Español, me tuvieron por el renegado. Echaron al remo todos los Turcos, canalla, que hallaron conmigo, y ami pensando que avian dado con lo que buscaban, me maniataron, para llevarme à Genova, y hacer en mi un gran castigo. Deciame el Capitan de la Capitana: Quante volte havete scampato la vita (can renegato) adesso non scamparete, se non impiccato? Señor, dixe, mire V.S. que yo no soy el renegado que V.S. piensa, sino pobre Español esclavo suyo. Por la defensa cargaron sobre mi tantos palos, que me obligaron à decir: Dicen que

Genova, es monte sin leña, pero harta ha avido para mi aora. Rieronse dos Musicos Españoles, que traìa el General en su Galera, de mi respuesta, y mas de la paciencia con que lo llevè, uno de los quales conocia yo muy bien, y entre ellos, por lo que les declarò uno de los Musicos, tambien huvo alguna risa. Yo me arrimè à un rincon maniatado, y dando gracias à Dios, que tantas vezes me veìa exercitado en trabajos, y miserias. Que las desdichas nos traen à la memoria las misericordias de Dios, y no los pecados, porque las merecemos. Que si quisiessemos advertir, quanto mayores son que los trabajos que Dios nos embia, nos consolariamos, y no nos quexariamos de los instrumentos que Dios toma para castigarnos, que son sus invenciones tan secretas, y tan grandes, que nos ponen en cuidado, de considerar por donde nos vino el daño, y no por donde lo teniamos merecido; y es tan piadoso en el castigo, que no quiere infamarnos por lo que merecemos, sino darnos en que merecer, por lo que sufrimos, y llevar en paciencia lo que no avemos pecado, que su misericordia à todo esto se estiende, que nos exercita en lo que no pecamos, para descuento de lo que merecemos en lo que pecamos, y luego echamos la culpa à aquellos por cuya mano viene el justo castigo de Dios, que con lo que no avemos hecho nos castigò lo que avemos hecho, por estimar en tanto nuestra honra, que no quiere muchas vezes castigarnos por los mismos filos que nos matan interiormente, porque no nos desconsolemos, ni le tengamos por executor cruel. Acuerdome yo aora de las desventuras que desde niño me han seguido, y no me acuerdo de los delitos de mi juventud. Vieneme à la memoria, quanto bien he hecho à algunos hombres en esta vida, y que por estos mismos han venido muchos males, porque Dios toma semejantes instrumentos para confusion, y castigo de pecados cometidos con ignorancia, ò con malicia. Yo estoy aora en fama de renegado, y maniatado, agraviado injustamente por un astuto, y endiablado hombre, precito, y descomulgado, y si quiero bolver los ojos atràs, veo que merezco estos, y otros mayores castigos de la mano de Dios. A esto llegò un bellaco de un Comitre, y dandome con un rebenque, me dixo: Què habla el perro entre dientes? Callè, porquè no segundasse. El señor Marcelo Doria, que era General, movido à misericordia, dixo, que hasta averiguar quien era, no me tratassen mal. Yo, como vi la puerta abierta à la piedad, dixe: Supli-

plico à vuestra Excelencia, pues la defensa natural es concedida à todos, se me conceda à mi; que yo sè, que en sabiendo vuestra Excelencia lo que soy, no solamente padecere en manos de un tan gran Prinpe, pero espero en Dios, que me tiene de honrar mas que merezco. Yo darè en Genova, y aun en esta Galera, testigos que me conocieron en la Corte del Rey Catholico, en el tiempo que este renegado andaba haciendo mal en todas estas Costas, y serà uno de ellos el señor Julio Espinola, el Embaxador. Hizome desatar, y hablò conmigo, preguntandome todo lo que deseaba saber del renegado: yo le dixe la astucia con que se avia escapado, con que satisfice algo de mi persona, y puso mucha culpa à los que no siguieron la empressa. Tornème à mi rinconcillo, (aunque no maniatado) y puseme en cuclillas, las dos manos en el rostro, y los codos en las rodillas, porque no me conociesse el Musico, pensando en mil cosas. Yendo navegando àzia Genova (viendo que yà se avria dado noticia en Argèl, que las Galeras de Genova corrian la Costa) passamos el golfo de Leon con una poca de borrasca, y aviendolo atravessado de punta à punta, mandò el General à los Musicos, que cantassen; y tomando *sus guitarras*, lo primero que cantaron, fue unas octavas mias, que glossaban.

El bien dudoso, el mal seguro,
y cierto.

Comenzò el tiple, que se llamaba Francisco de la Peña, à hacer excelentissimos passages de garganta, que como la sonada era grave, avia lugar para hacerlos, y yo à dàr un suspiro à cada clausula que hacian. Cantaron todas las octavas, y al ultimo pie que dixeron:

El bien dudoso, el mal seguro,
y cierto.

Ya no pude contenerme, y con un movimiento natural inconsideradamente dixe: Todavìa me dura essa desdicha. Como fue en alta voz, mirò el Peña, que por venir yo tan disfrazado de cara, y de vestido, y por ser el corto de vista, no me avia conocido antes, y en viendome, sin poderme hablar palabra, humedecidos los ojos, me abrazò, y fue al General, diciendo: A quien piensa V. Exc. que traemos aqui? A quien, preguntò el General. Al Autor, dixo, Peña, de esta letra, y sonada, y de quanto le avemos cantado à V. Exc. Que decis? Llamadle acà. Lleguème con harta verguenza, pero con animo alentado, y preguntòme el General: Còmo os llamais? Marcos de Obrgon, respondi yo. El Peña, hombre que siempre professò verdad, y virtud, llegò al General, y le dixo: Fulano es su propio

nom-

re, que por venir tan mal
.o debe de disfrazarlo: Es-
ise el General de vèr un
re, de quien tenia tanta no-
en tan humilde trage, y ro-
o de tantos trabajos, y tan
amente maniatado. Pregun-
la causa de ello, y yo con
a paciencia, y humildad, le
: todo lo sucedido, porque
ileon del Duque de Medina
parado en el Final. Hizome
a merced, particularmente
:jandome de vestidos. Y en
ndo à Genova, visitè à Julio
iola el Embxador, cuya
:ad yo avia professado en la
e de España, que certifica-
Marcelo Doria de esta ver-
ambos me hicieron merced
comodarme de dineros, y cavalgadura para Milàn, però primero quise vèr aquella Republica tan rica de dineros, y antiguedad de nobles, y antiquissimas casas, descendientes de Emperadores, y de grandes señores, y de la mayor nobleza de Italia, como son Dorias, Espinolas, Adornos, de cuya nobilissima familia ay un ramo en Xerèz de la Frontera, emparentado con grandes Cavalleros Españoles, y señalado con Avito de Calatrava, y las demàs Ordenenes: como Don Agustin Adorno, Cavallero tan virtuoso, como principal. Y como mi intento no era para alli, dispuseme para proseguir mi viage à Milàn, para donde avia salido de España.

ELACION TERCERA DE LA VIDA DEL ESCUDERO IARCOS DE OBREGON.

YO, que de cautivo, esclavo, y maltratado, tan presto me vi con dineros, y bien puesto de vestidos,
:aba yà ardentissimamente
ar, à donde mis amigos me viessen libre, y supiessen los trabajos, y favores de que la fortuna avia usado conmigo. Y assi, en aviendo visto la grandeza de aquella Republica, y tomado el descanso que tan grande cansancio pedia, cogi mi cavalgada-

dura, y Victorino, ò mozo de mulas, y aviandome para Milàn, subì por aquellas montañas de Genova, tan asperas, y encumbradas como las de Ronda. Y en aviendo passado por San Pedro de Arenas, yà que anochecia, fue tan grande la piedra, y agua que nos cogiò, que perdimos el camino en parte, donde fuera facil el despeñarnos hasta los profundos rios, crecidos con la grande avenida, yendo à dàr à la furia del mar; porque los arroyos que se juntaron de la tormenta del granizo, y agua, eran bastantes para mucho mas que esto. No viamos luz, sino por los ojos del cavallo, que nos guiaba, que es la peor bestia (para caminar) del mundo, que en Italia se camina con ellos. Y con la poca gana que llevaba, se arrimaba à qualquiera arbol que topabamos, ò se arrojaba por donde se le antojaba, de suerte, que yo me apeè, y en unos arboles, que tenian grandes troncos, y muchas ramas, travadas unas con otras, nos arrimamos hasta esperar, que, ò la tempestad cessasse, ò viessemos alguna clardad, ò luz, que nos guiasse à salvamento. El Victorino, aunque practico en la tierra, estaba tan turbado, que avia perdido los memoriales, y yo las esperanzas de poder movernos de alli hasta la mañana. Corria *el agua* de nosotros por la carne, como de cueros de cortiduра, grandissimo rato con este trabajo; pero no pudimos gozar de la sombra de los acopados arboles, porque corria mas agua de ellos que de nosotros, que todo lo rendia el tiempo insufrible, y borrascoso. Estando en esta suspension de animo congojoso, oìmos decir cerca de nosotros: Guarda la vita. Como tan cerca sonò, mirè por entre las ramas, y vì, que à las espaldas de los arboles parecia una luz, que salia de tres casas, donde el cavallo debia de aver posado otras vezes: y aunque por malos passos nos avia guiado alli. El espacio era poco, y en un instante corriendo, nos pusimos en las casas, de donde salieron con gran cuidado à ofrecernos alojamiento: y adonde no pensamos hallar agua, hallamos muy gentiles capones, que todas las Naciones estrangeras hacen esta ventaja à España, en las posadas, y regalo de los caminantes. Cenamos muy bien: yo pedì un jarro de agua, y traxeronmela de una fuente, que nacia junto à las mismas casas, caliente vahеando; hicela poner à una ventana, que aunque el tiempo no estaba tan frio, la borrasca, y granizo lo avia trocado, y en un instante se enfriò, y aun helò el jarro de agua. Bebilo, y el huesped traxo alli de las otras casas dos testigos, y vien-

viendome beber otro jarro de agua fria, les dixo: Señores, para esto os he traìdo, porque si este señor Español muriere de estos jarros de agua fria, no digan que yo le he muerto. Reìme, juzgando que lo decia por aborrecer el agua, ò por amar el vino, y no fue, sino por la razon, que el Hostelero dixo despues. Preguntè, como nuevo en Italia, por què razon queria que no bebiesse agua, quien casi siempre la avia bebido, y bebia? Respondiò, que las aguas de España eran mas delgadas, y de mas facil digestion, que las de Italia, que tienen mas humedad. Y es de creer que pues gente de tan gentil discurso, como la Italiana no ossa beberla sola, halla en ella algun daño. Yo conocì un Cavallero Italiano, que quando vino à España no avia bebido gota de agua, y estando en España no bebiò gota de vino, que las aguas, ora sean de rio, ora de fuente, toman la calidad buena ò mala de la tierra, ò minerales por donde passan. Las de España, por ser esta Provincia tan favorecida del Sol, y consumir las humedades con tanta violencia, son bonissimas, fuera de que ordinariamente passan por minerales de oro, como se parece en las de Sierrabermeja, que la misma Sierra està del mismo color, y son excelentissimas, ò passan por minerales de plata que son, bonissimas, como las de Sierramorena, que se verifica en los de Guadalcanal. O por minerales de hierro, como es en Vizcaya, que son saludables. Y en resolucion, no ay agua en España que sea mala, sea de fuente, ò sea de rio, que de lagunas, y lagos, ò encharcadas, ni las ay, ni las beben, antes parece que para mayor grandeza de la misericordia de Dios, una laguna, de mas de una legua, que està cerca de Antequera, que todos los años se hace sal, tiene junto à sì la mejor, y mas sana agua, que se conoce en lo descubierto, que se llama la fuente de la Piedra, porque la deshace. Y en Ronda otra fuentecilla, que llaman de las Monjas, que nace mirando al Oriente, y en un cerro, en bebiendola luego deshace la piedra, y en el mismo dia salen las arenas: y de esta se puede escrivir un grandissimo volumen. Pero lo que el Hostelero me dixo fue tan verdad, que en todo el tiempo que estuve en Lombardía, que fueron mas de tres años, ni tuve salud, ni me faltò dolor de cabeza perpetuo, por el agua que bebia. Y verificòse el dia siguiente, que yendo caminando en todos los charquillos que se avian hecho del grande turbion del agua, avia animalejos, como sapillos, renaquajos, y otras sabandijas, engendradas en tan po-

co espacio, que se causa de la mucha humedad maliciosa del terruño. Y en aquellos fosos de Milan se vèn unas bolas de culebras, en mucha cantidad, engendradas de la bascosidad, y putrefacion del agua, y la humedad gruesa de la misma tierra.

DESCANSO PRIMERO

PEro yà dexando esta materia, fuimos caminando por el Ginovesado, mi mozo de mulas, y yo, hasta que topamos con unos labradores, que preguntados, por donde tomariamos el camino, que aviamos herrado la noche antes, nos dixeron un disparate para engañarnos, y que anduviessemos perdidos mas tiempo. El mozo entendiò la burla, y dixo que nos engañaban. Pero yo, no tomandolo por burla, deshonrèlos en mal lenguage Italiano, y ellos que eran muchos cargaronse de piedras, yo me apeè, y di una cuchillada à uno, el mozo cogiò su cavallo, y dexòme entre ellos, que como era de su nacion, no quiso ser testigo del caso, y ellos cargaron sobre mi, porque deslizè, y caì en el suelo, y maniatandome, dieron conmigo en el lugar mas cercano, que era muy grande, y muy poblado. Representaron la sangre del herido, y echaronme una cadena, y grillos muy pesada. *Esta vez no* me quise quexar de mi mucha desdicha, sino de mi poca consideracion, que estando en tierra no conocida, quise hacer lo que no hiciera en la mia, que los Españoles, en estando fuera de su natural, se persuaden y entienden, que son señores absolutos. Yo, que no tenia de quien, ni aquien quexarme, bolvi contra mi las piedras, que los contrarios podian tirarme: vìme cargado de los hierros que no tuve en Argèl siendo enemigos de la Fè, y de los que la professan, sin poder bolver los ojos, à quien me mirasse de buena gana. Que por la misma razon, que pensamos ser señores del mundo, somos aborrecidos de todos. Quien và à tierras agenas, tiene obligacion de entrar en ellas con grande tiento, que ni las leyes son las mismas, ni las costumbres semejantes, ni las amistades se guardan donde no ay conocimiento. Y es averiguada cosa, que aunque los Reynos, y Republicas se guarden el respeto, y amistad, que professan entre sì, no corre lo mismo en los particulares, que ordinariamente se desdoran, y tienen enemistades unos con otros: y tanto mas, quanto mas se vèn, sin razon, ò con ella, supeditados: Eche de vèr, que la paciencia es virtud corriente para todas las cosas del mundo, pero mas para tratar con gentes no comunicadas. Tiene el forastero necessidad de ser muy afable, y co-

comedido con crianza, y ha de perder de su derecho, en las cosas, que donde està no sabe, si son buenas, ò malas, con semblante alegre, y colera refrenada viene facilmente en el conocimiento de lo que ignoramos en las tierras cuyas costumbres no han venido à nuestra noticia. Yo me vi afligidissimo, sin vèr à quien poder dar parte de mis trabajos. Llamabanme de marrano muy cerca de mi, y la mas honrada sentencia era, que me avian de dar garrote de secreto. El Carcelero parecia hombre coriente, pero no hallaba por donde entrarle, para consolarme con èl. Estuve pensando, què modo tendria, y acordeme, que esta Nacion es codiciosa sobremanera, y por alli podria echar algun cartabon para mi remedio. Llevaba en la faldriquera algunos escudos, que saquè de Genova. Andaban alli dos niños del Carcelero muy graciosos, y acordandome, quan buen rostro muestran los padres à quien hace bien à sus hijos, di à cada niño un escudo: aqui abriò los ojos el padre, agradeciendolo mucho, y aun muchissimo, que me diò buena esperanza de salir con lo que avia pensado. Dixome: V. S. debe de ser muy rico. En que lo echais de vèr? preguntè yo. En la liberalidad, respondiò, con que aveis dado à estos niños moneda que aun los hombres mal conocemos por acà. Pues si esso estimais, siendo tan poco, que hareis quando sepais lo demàs? y sacando dineros, diselos à èl, y dixele: Porque me pareceis hombre de buen discurso, os quiero decir quien soy, que de esta niñeria no teneis que hacer caso. Yo he alcanzado lo que todos los Filosofos andan buscando, y no acaban de dàr con ello: pero primero me aveis de hacer juramento de en ningun tiempo descubrirme. El lo hizo solenissimamente, y con grandes ansias me preguntò, que era lo que queria decirle, y le respondi: Sè hacer la piedra Filosofal, que convierte el hierro en oro, y con esto nunca me falta lo que he menester: pero no he ossado comunicarlo con nadie en Genova, porque la Republica no me estorvasse mi viage, que lo hicieran sin duda, porque como esta divina invencion es tan apetecida, y deseada de todos, todos andan tràs de ella: y si saben alguno que lo sabe, ò los Reyes, ò las Republicas los detienen cõtra su voluntad, porque exercite el arte para ellos à su costa, que en aviendo mucha cantidad de oro en el mundo, serà estimado en poco. Señor, dixo el carcelero, muchas vezes he oìdo tratar de essa materia: pero nunca he visto, ni oìdo decir, que lo aya nadie alcanzado en nuestros tiempos: que aunque V. S. me vè.

vè en este oficio, que por estàr quieto, y mantener mis hijos exercito: ya he estado en España, sirviendo à un Embaxador de Genova, y por lo dicho me recogì à este Pueblo donde nacì. Huelgome de esso, dixe yo, porque siendo, como sois, discreto, y aviendo oìdo tratar de la materia, dareis credito à lo que vereis, con vuestros ojos. Si yo pudiesse, dixo, aprender esso, seria un valiente hombre, que mandaria à todo mi lugar, y embiaria libre à V. S. à donde fuesse servido. A lo primero dixe yo, os respondo, que consiste el hacerlo, en dàr un punto, que es menester gran cuidado, para acertarlo, y assi no me atrevo à enseñaroslo: pero dexarèos con tanto oro, que no ayais menester à nadie vos, ni vuestros hijos. Y à lo segundo, que no quiero que hagais por mi cosa que en algun tiempo pueda haceros daño, que la misma arte chimica me darà modo para librarme, y esto os lo enseñarè facilissimamente, que lo vereis aunque esteis ciego, como sin culpa vuestra, y sin consentimiento vuestro me libro, y vos quedeis sin calumnia, y con riqueza, y gusto. Echòse à mis pies con grandes ceremonias, quitandome la cadena, y grillos, contradiciendoselo yo con grandes veras: y passando adelante toda la noche, para mas asseguratle en la materia, por hacer mejor mi negocio, le dixe: Sabed, que el no aver acertado à dàr el punto à la transmutacion de los metales, nace de no aver entendido à los grandes Philosophos, que tratan esta materia sutilissimamente, como son Arnaldo de Villanueva, Raymundo Lulio, y Gebor, Moro de Nacion, y otros muchos Autores, que la escriven en cifras, por no hacerlas comunes à los ignorantes: que yo por enterarme en la verdad de ello, he passado à Fez en Africa à Constantinopla, y à Alemania, y con la comunicacion de grandes Philosophos he venido à descubrir la verdad, que consiste en reducir à la primera materia un metal tan intratable, y recio como el hierro, que puesto en aquel primer principio suyo, y en aquella simiente de que fue hecho, aplicandole las mismas cosas, y los mismos simples, que la naturaleza aplica al oro, quando se forma, ò se và formando, viene à transformarse en la misma sustancia de èl. Que de la propia manera, que todas las criaturas vàn imitando (en quanto les es possible) à la mas perfecta de su genero, assi el hierro, y los demàs metales vàn imitando à la mas perfecta de ellas, que es el oro; y dandole todas las calidades, que la naturaleza con la generacion del padre universal, que es el Sol, viene à mu-

dar-

su naturaleza en la del oro, sto se hace mediante ciertas :s fortissimas, y corrosivas, ando los aspectos de los Plaas, en que yo estoy muy stro, y enterado. Y, para que is alguna semejanza, que os suada à esta verdad, dexad noche un callo de herraa, que aya sido muy pisado, eno del orin que recibe en muladares, y hecho pedaos muy menudos, ò limando, ponedlo en una redoma con go lento, en muy fuerte vire, y vereis lo que resulta. olo puntualmente, y diòme que reposasse aquella noche à mi gusto, donde pensè bien la traza que llevaba enada para librarme de la ion.

DESCANSO II.

La mañana vino el carcelero muy contento, dido, que descubria, que se el hierro convirtiendo en un r rubio, como de oro, que odicia lo iba llevando à la icion. Aì conocereis, dixe que os voy tratando ver; dile dineros para que me esse ciertas cosas, ò ciertos les corrosivos, y veneno, que no los digo, porque itento no es enseñar à hacer y con otras cosas que les junhice unos polvos que muchas vezes rociaba con agua fuerte, y enjugandose, tornaba à rociarlos; quedaron con un color rubio, muy apacible. Hechos los polvos, y confeccionados, como yo los avia menester, à dos bellacones que estaban sentenciados à Galeras, les dixe: Las Galeras estàn en Genova, que es acercarse vuestro martyrio, si os atreveis à ponerme en una noche en tierra del Rey, yo os sacarè de aqui con mucho silencio, y sin ruido de dentro, ni de fuera. Ellos respondieron con grande determinacion: Y aun à los ombros sacaremos à V. S. y antes que amanezca, estarà entre Soldados Españoles. Pues estad, les dixe, mañana en la noche atentos, y en viendome con las llaves en la mano, acudid à vuestro remedio, y al mio. Alegraronse los pobres, y con grandes ansias deseaban yà que llegasse la hora. Por la mañana, dixe al carcelero, que traxesse unos crysoles, y quantos callos de herradura pudiesse hallar, que todos los avia de convertir en oro, y que à la noche, quando toda la carcel estuviesse en silencio, encendiesse lumbre de carbon, sin que huviesse ningun testigo, que nos pudiesse denunciar. El lo tuvo tan en cuidado, que no dexò herrador, ni muladar, que no anduviesse, y en llegando la noche, me mostrò

tan-

tantos callos de herradura, que vendidos à libras podian aprovecharse mucho, encerrò su gente, y los demàs presos, y los dos que me avian de ayudar, se hicieron los dormidos: encendiò su brasero, y puesto en silencio todo, saquè mis polvos, y mostreselos, y parecieronle del mismo oro. Pues mirad, le dixe, què cordial olor tienen, y echèselos en la mano, èl los llegò à oler, y yo con mucha presteza le dì una palmada en la parte baxa de la mano, y saltaron en los ojos, cayendo èl de la otra parte sin sentido, y sin poder hablar: cogile las llaves, y los bellacones que vieron el caso, acudieron luego, abriles las puertas, quedandose el pobre hombre sin sentido, y sin que nadie nos viesse, salimos de la carcel, y del Pueblo; y à la mañana, aviendo passado arboledas, sierras, y barancos dificultosos, me hallè en Alexandria de la Palla, entre Soldados Españoles, que metian la guarda à Don Rodrigo de Toledo, Governador de ella. A los buenos galeotes les pareciò que les avia venido del Cielo la libertad, y fueronse à buscar su vida. Yo me holguè en el alma de aver salido bien con mi intento, que aunque fue à costa del pobre carcelero, por la libertad todo se puede hacer. Yo fui esta vez *como el* demonio que tienta à los hombres por la parte que mas flaca siente en ellos: que èl por la codicia, y yo por libertad nos concertamos muy bien, que es tan superior la codicia en los pechos, à donde se halla (que son muchos) que los rinde à qualquiera flaqueza. Los bienes que por merecimientos, ruegos, y comodidades no se alcanzan, en acometiendoles por la codicia, se rinden al gusto de ambas partes: los males que por violencia, y estratagemas no se pueden hacer, en mostrando la codicia su amarillo rostro, se ablanda la dureza de los pechos de hierro. Qué de fortalezas se han rendido, què de lealtades se han quebrantado, què de clausuras se han rompido, què de castidades se han corrompido, acometidas con la codicia! Todos los vicios que à los hombres traen arrastrados, dexan alguna consideracion para lo venidero, sino la luxuria, y la codicia que cojen, y ciegan todas las potencias del discurso: mas facil es de enfrenar la furia de un loco por castigo, que reducir à razon la sed de un codicioso por consejo. Son los codiciosos como la esponja, que aunque chupa toda el agua, de que es capaz, ni està harta, ni se aprovecha de ella, y son tan furiosos en sus actos, como la culebra hambrienta, que à todo acomete, aunque sea un sapo, que la inche de ponzoña; que ni

n si es licito, ò contra ra-
, que como sea engordar,
lo acometen, y creo es assi,
tienen el castigo por sombra
u desatinada hambre. Como
miserable de carcelero, que
donde pensò vèr su casa lle-
le oro, quedò sin ojos para
o. Dios mire por los codicio-
y los reduzca à la medici-
que conserva la vida, y aquie-
a conciencia.

DESCANSO III.

Artime para Milàn, temien-
do, por el gran deseo que
aba de llegar, alguna des-
cia, que los desdichados han
vivir siempre con cuidado de
ue puede, y suele suceder. Ay
io, que passa por la Ciudad
Alexandria, que se llama Elta-
donde vi unas azeñas move-
is de madera, que deben de
r en el fundamento algunas
las para moverse, que no
irè en preguntarlo, porque
hacia à mi proposito, y
ndo esperado el Barco para
ar el Pò, rio caudalosissimo,
ues de averse sorbido el
nar, entramos en èl, con
s pobres peregrinas, y al
lio del rio sucediò, que por
corriente de Eltanar venìa
azeña, ò molino de aquellos,
le debia de aver faltado
undamento, y encontròse de
iera con nuestro Barco, que
diò con èl patas arriba. El cava-
llo (como son atrevidas estas
bestias para cortar el agua) se
arrojò a ella; yo me asì luego
de la cola, y las peregrinas de
mi, y el Vitorino de la postrera
de ellas; y cayendo, levantando,
y à vezes topando con los pies en
la arena, llegamos à la orilla, don-
de el cavallo nos rociò por la
puerta falsa, que debia de venir
acebadado; pero no por esso me
desasì, hasta verme yà pisar las
orillas. Hallamos allì, que avian
passado en otro Barco algunas
gentes de diversas Naciones,
Franceses, Alemanes, Italianos,
y Españoles, y para entender-
nos, hablamos todos en latin;
pero era la pronunciacion tan
diversa la una de la otra, que
hablando en muy gentil lengua-
ge latino, no nos entendiamos
los unos à los otros, que me diò
mucho que pensar, que aun en
una misma lengua, y que corre
por toda Europa, dure el casti-
go de la torre de Babilonia. Lle-
gamos à Pavìa, insigne Universi-
dad; regalòme el Castellano, que
era entonces, aunque como mi
deseo me llevaba à Milàn, no
parè hasta verme en aquella ma-
ravillosa poblacion, donde tan
grandes Santos ha avido, y con-
tinùan siempre los Prelados de
aquel excelentissimo Templo.
El que entonces lo governaba
era el Santissimo Cardenal Car-
los Borromeo, que aora dicen
San

San Carlos, que fue su vida de manera, que à pocos años de su muerte, le canonizaron. Lleguè à tiempo que se celebraban las exequias de la santissima Reyna Doña Ana de Austria, y aviendo buscado à quien cometer la traza, historias, y versos de la vida exemplar de tan gran señora, pudiendo cometerlas à muy grandes ingenios, tuvo por bien el Magistrado de Milan de cometerlas al Autor de este libro, no por mejor, sino por mas deseoso de servir à su Rey, y de aprender en cosas tan graves, y de tan graves ingenios, y ofreciendoles, y dando noticia de Anibal Tolentino, excelentissimo sugeto, que lo hiciera mejor que otro en toda la Europa: al fin, por mas cercano le mandaron al Autor que la hiciesse. Oìle un Sermon en estas exequias al Bienaventurado San Carlos, que fue como su vida. Hallè à mis amigos muy contentos, y admirados de la brevedad, con que avia conseguido libertad, y deseosos de saber como avia sucedido, me forzaban à que lo contasse, y refiriesse una, y muchas vezes: que realmente los trabajos contados en la prosperidad, ò aviendo salido de ellos, tienen su gusto particular: que las desventuras, todo lo que tienen de males presentes, tienen de bienes passadas: son los trabajos como las servas, ò nispero, que quando estàn en su fuerza son asperos al gusto: pero despues de passada su sazon, lo que tenian de asperos, tienen de suaves podridos: son como el que se và anegando en un rio, que và siempre sacando la cabeza, y haciendo todas las diligencias possibles, para escaparse; pero despues de salido bebe de aquella misma agua que le quiso ahogar. Espina el herizo de la avellana, pero despues se halla gusto en rumiandola. Holguè grandemente de vèr la grandeza, fertilidad, y abundancia de Milan, que en esto creo, que pocas Ciudades se le igualan en la Europa, aunque la mucha humedad que tiene, ò por aquellos quatro rios hechos à mano, por donde le entra tanta abundancia de provision, ò por ser el sitio naturalmente humedo: yo me hallè siempre con grandissimos dolores de cabeza, que aunque yo nacì sujeto à ellos, en esta Republica los sentì mayores. Que siempre me han perseguido tres cosas, ignorancia, embidia, y corrimientos; pero los de aqui me duraron hasta bolver à España. Passè en Milan tres años, como hombre que està en la cama contando las vigas del techo trecientas veces, sin hacer cosa que importasse, lo uno, por estàr siempre indispuesto; lo otro, por lo poco que entre Soldados se exercitan

los

los actos de ingenio. Diòme gana de vèr à Turin, y por mis pecados fue por el mes de Diciembre, tiempo en que no ay caminos, sino rios en lugar de ellos, que como hacia buen tiempo quando salì, engañème, pensando que fuera todo de aquella manera; y en llegando à Bufalores, comenzò à desgajarse el Cielo, no con lluvia, sino con azequias de agua tan continua, que se perdiò el tiento à los caminos. Lleguè à Turin, y por aver experimentado los arroyos à la venida, estuveme dos meses alli, en compañia de otro Español, pero fueron tan grandes las nieblas, que se topaban los hombres por la calle, sin verse, nacidas de la vecindad (segun dicen alli) del Pò, que passa por junto à la Ciudad: fuera de que por medio de ella vàn muchos arroyos de agua. Mas veo, que en España Guadalquivir passa por Sevilla, mas caudaloso que el Pò, y algunas vezes tan crecido, que baña à la mayor parte de la Ciudad, y todo el campo de Tablada està hecho un mar navegable. Y no he visto tales nieblas: y Granada tiene dos rios que la bañan, y muchos mas arroyos por las calles, y no parece esta obscuridad, ò niebla: pero dexando esto, posamos el otro Español, y yo en una hosteria, donde me vì en el mayor peligro, y en la mejor ocasion, de ser dichosissimo, que he tenido, ni tendrè en mi vida. Que estando comiendo mucha gente, esperando mi compañero, y yo que acabassen para sentarnos, un viejo, de hasta cinquenta años de edad, de proposito diò en tratar de la Religion nueva, de la Religion reformada, repitiendo esto muchas vezes; y aunque era natural de Ginebra, hablaba en buen Italiano, que por vèr Españoles, le pareciò alzar la voz mas de lo que avia menester. Y tràs de un brindis, y otro, decian heregias, muy dignas de gente llena de vino. Mi compañero, deciame que callasse, y ellos brindando por la salud de sus fautores, tornaban una vez, y otra à decir de la Religion nueva, y de la Religion reformada, de suerte, que me obligaron à preguntar, què Religion era aquella, y quien la avià reformado. Respondieronme, que era la Religion de Jesu Christo, y que la avia reformado Martin Lutero, y Juan Calvin. Antes de oìr mas palabras, les dixe: Buena andarìa la Religion, reformada por dos tan grandes hereges. Alborotòse la Hosteria, y cargaron tantas cuchilladas sobre mi, y sobre el otro Español, que sino cogemos una escalera, nos hacen pedazos. La huespeda atajò el negocio con decirles, que mirassen lo que hacian,

que estabamos depositados alli por el Duque. Sossegòse el alboroto, porque hasta entonces aun no avian negado la obediencia al Duque de Saboya, aunque la tenian negada à la Iglesia Romana. En sossegandose el rumor, me dixo aquel viejo: Por què llamais hereges à dos varones tan santos, y que tanta gente llevaron tràs su opinion? Respondi yo: Por què llamais vosotros santos, y reformadores de la Religion de Jesu Christo, à dos hombres, que en todo, y por todo, en vida, y costumbres fueron contra la doctrina de Jesu Christo, y de sus Evangelios, que fueron hombres libres, viciosos deslenguados embusteros, engañadores, alborotadores de las Republicas, enemigos de la general quietud? Quiso tornarse à alborotar el viejo, y como le avian puesto por delante el temor, y respeto de el Duque, cessò con decir: Muchos son los llamados, y pocos los escogidos, y essos somos nosotros. Respondile yo. Mejor dixerades, muchos son los cogidos, y pocos los llamados, porque no vienen à manos del Papa. Estraño caso! que ay gentes tan fuera del orden natural, que por sola libertad, y poltroneria se desvien de la misma verdad, que interiormente saben, y conocen. Y que tengan hombres poderosos, que favorezcan sus herrores, de suerte, que unos, y otros siguen su mal intento. Los poderosos con decir, que siguen doctrina de hombres sabios, y los otros con decir, que tienen arrimo en Principes poderosos, como si fuesse disculpa para la execucion de tantos vicios, y abominaciones como cometen à sombra de la libertad, con que sus Maestros les hacen vivir, en cuyas arrastradas opiniones ay cosas tan ridiculas, que se echa de vèr que adrede quieren errar.

DESCANSO IV.

Bolvimos de Turin à Milan; porque aunque tuve intento de passar à Flandes, no hallè comodidad, fuera de saber, que la gente de Flandes venia marchando àzia Lombardia, y por aver estado ya en Flandes con la misma gente en el assalto general de Mastric, donde me sucedio una cosa muy graciosa, que pudiera ser muy desgraciada, y fue, que en el saco de la Ciudad cogì el mas lucido quartago, de todos los que avia en una casa principal, y subiendo sobre èl en cerro (como en tiempo de bulla no se mira mucho en las cosas) al tiempo que salia de la Ciudad iban tràs de mi mas de trecientos quartagos, porque la que yo avia tomado era una yegua sazonada, y sino me arrojo de ella al suelo, me dieran muchas manotadas los galanes que

la

la seguian. Al fin bolvì àzia Milàn, porque el compañero passò àzia Flandes, y buscando en que caminar, topè con una carroza, donde por fuerza huve de ir, aunque en compañia de quatro Ginebreses, tan grandes hereges como los otros. Determinando de callar à qualquiera cosa que oyesse decir, por donde les grangeè la voluntad de manera, que siendo muy enemigos de Españoles, me regalaron por todo el camino, diciendome mil vezes, que era muy buen compañero, que realmente como no los traten de Religion, son sencillos, y gente afable para tratar, y muy amigos de dàr gusto. Fueronme festejando por el camino, y entre dos brazos del Tesin, se apartaron àzia unas arboledas, y sierra, donde dixeron que iban à vèr un grande Nigromantico, para preguntarle ciertos secretos de mucha importancia. Yo como èra mozo, y amigo de novedades, holguème por vèr aquella que tanto lo era para mi. Anduvimos un rato por aquella arboleda, hasta llegar al pie de la sierra, donde se descubriò una boca de cueva, con una puerta de tosca madera, cerrada por de dentro. Llamaron, y respondieron de dentro con una voz crespa, baxa, y con un genero de gravedad. Abriòse la puerta, y representòse la figura del Nigramantico, con una ropa de color pardo, con muchas manchas, mapas, pintados en ella culebras, signos celestes, un bonete en la cabeza largo, y aforrado en pellejo de lobo, y otras cosas que hacian su persona horrible, como tambien lo era el lugar, y casa donde habitaba. Hablaron aquellos Cavalleros de Ginebra, informandole de su venida, y como certificados de su gran fama, venian à consultarle un negocio muy grave. El aunque al principio comenzè à negarselo, al fin acabaron con èl, con ruegos, y presentes que le dieron, que lo ablandan todo, à que se inclinasse à admitir su peticion. Mientras hablaban con èl, yo mirè el cuerpo de la cueva, que estaba llena de cosas, que ponian temor, y espanto, como era cabezas de demonios, de leones, y tygres, faunos, y centauros, y otras cosas de este modo, para poner horror à los que entrassen, unas pintadas, y otras de bulto, con que daba à entender, que tenia trato, y amistad con algun demonio. Hablòles muy gran rato, diciendoles de su gran poder, y mostrò muchas joyas de diversas gentes, y de grandes señores, que le avian dado por los muchos secretos que les avia revelado. Llegados al caso, como yo miraba mas al artificio, con que tenia adornada su cueva, preguntòles como no llegaba

ba yo à la conversacion. Respondieron ellos, que era Español. Dixoles el Nigromantico: No quisiera mostrar mis secretos delante de Españoles; porque son incredulos, y agudos de ingenio. A lo qual respondieron ellos: Bien podeis hacer en su presencia qualquiera cosa, porque aunque Español, es hombre de bien, y buen compañero. Resolviòse à hacerlo, y llamò à un ayudante tan fiero, y espantable, que me pareciò que era algun demonio. Entramos mas adentro, donde tenia el familiar, que era un aposentillo, mas obscuro que el cuerpo de la casa, que estaba cercado con unas varandillas, y dentro estaba uno, como facistor, y sobre èl un gran globo de vidrio, con un abecedario de letras grandes, escrito al rededor, y en medio del globo puesto el familiar, que era un hombrecito de color de hierro, con el brazo derecho levantado en derecho àzia las letras, que todo realmente ponia espanto. Hablò con el familiar con una arenga muy larga, proponiendole la antigua amistad que avian professado tantos años, para obligarle à que con facilidad respondiesse à lo que le queria preguntar: y poniendose unos guantes muy anchos, despues de puesta la demanda, alzò la mano derecha, diciendole: Ea, *presto*. El familiar se rebolviò, y señalò una letra. Quitòse el guante el Nigromantico, y escriviò aquella letra, que avia señalado el familiar. Tornò à ponerse el guante, y alzando la mano otra vez, le dixo: Adelante. El familiar moviòse, señalando otra letra, y de esta manera fue preguntandole, hasta aver escrito diez, ò doce letras, en que iba respondiendo à la pregunta, muy à gusto de los Ginebreses. Yo, como echè de vèr, que para escrivir qualquiera letra se quitaba el guante, diciendo, que podia ser: y aunque sospechè que se avian de alborotar todos, determinadamente, yendo à señalar otra vez con el guante, se lo arrebatè por el dedo demostrador, y hallando una dureza muy grande en el dedo, primero le preguntè al Nigromantico: Esta no es calamita, ò piedra imàn? Quedò suspenso, y corrido, y bolviendose à los otros, les dixo: Bien decia yo, que los Españoles eran agudos, y que no queria hacer cosa delante de ellos. El secreto del caso era, que aquel familiarillo era hecho de alguna cosa muy ligera, y el bracillo era de azero, tocado aquella piedra imàn, que era tan fina, como el Nigromante diestro en señalar la letra que avia menester, con que atraia al familiar corriendo à mostrarla. Quedaron los Ginebreses admirados, assi de la sutileza con que

aquel

aquel engañaba las gentes, como de la mia en aver conocido su embeleco. Y aunque los sentì al principio pesarosos, de que no huviesse cumplido el pronostico con la respuesta del familiar, que ellos tenian por demonio. Despues tuvieron en mucho el desengaño, y rogòles el Nigromante, que me pidiessen que no le descornasse la flor, porque con aquello ganaba su vida, sin hacer mal à nadie, y tenia reputacion de grande hombre. La invencion cierto era ingeniosissima, y muy conforme à la Filosofia natural, y podia sufrirse como por juego de Maesse Corral; pero cosas tan repugnantes à la verdad, y del trato comun, engaños tan conocidos, no es razon que permanezcan, ni se permitan. Fuimonos, dexando muy desconsolado al embustero, y escandalizados los Ginebreses del caso, me reprendieron el averlo afrentado, y desanimadolo, para proseguir en su embeleco. Yo les dixe: No os aveis holgado de vèr este secreto descubierto? Respondieronme, que sì. Yo les dixe: Pues de la misma manera se holgaràn todos los que lo supieren, porque menos importa quedar este sin opinion, y sin oficio, que permitir un engaño tan estendido, y pernicioso como este. Y yo (para decir la verdad) siempre he estado, y estoy mal con estas gentes, como son Nigromanticos, Judiciarios, y otros semejantes: aunque estos Judiciarios tengo por los peores, por estàr mas bien recibidos en la Republica, y decir menos verdad. Que aunque los que tratan de la verdadera Astrologia de movimientos, estos son doctos, que saben las Mathematicas con fundamento, como es Clavijo Romano, el Doctor Arias de Loyola, y el Doctor Sedillo, Españoles, grandes varones de su facultad, que essos otros son embusteros, gente de poca substancia, de que podia traer muchos cuentos, porque de cien cosas que dicen, yerran las noventa, y quando aciertan alguna, es por yerro. Valense de mugercillas que les vienen à preguntar, como las Gitanas la buena ventura, y al fin es gente ridicula, que acaban tan miserablemente como los Alquimistas, porque quieren dàr alcance à los secretos que Dios tiene reservados para sì. En estas conversaciones, y otras semejantes llegamos à Bufalora, Pueblo del Estado de Milàn, donde los Ginebreses se apartaron, y yo proseguì mi viage.

DESCANSO V.

Buelto à Milàn, como aquella Republica es tan abundante de todas las cosas, eslo tambien de hombres muy doctos en las

las buenas letras, y en el exercicio de la musica, en que era muy sabio Don Antonio de Londoña, Presidente de aquel Magistrado, en cuya casa avia siempre junta de excelentissimos musicos, como de vozes, y habilidades, donde se hacia mencion de todos los hombres eminentes en la facultad. Tañianse vihuelas de arco con grande destreza, tecla, harpa, vihuela de mano, por excelentissimos hombres en todos los instrumentos. Movianse questiones à cerca del uso de esta ciencia, pero no se ponia en el estremo, que estos dias se ha puesto en casa del Maestro Clavijo, donde ha avido juntas de lo mas granado, y purificado de este divino (aunque mal premiado) exercicio. Juntabanse en el jardin de su casa el Licenciado Gaspar de Torres, que en la verdad de herir la cuerda con ayre, y ciencia, acompañando la vihuela con gallardissimos passajes de voz, y garganta, llegò al estremo que se puede llegar. Y otros muchos sugetos muy dignos de hacer mencion de ellos. Pero llegado à oir al mismo Maestro Clavijo en la tecla, à su hija Doña Bernardina en la harpa, y à Lucas de Matos en la vihuela de siete ordenes, imitandose los unos à los otros, con gravissimos, y no usados movimientos, *es lo mejor* que yo he oìdo en mi vida. Pero la niña (que aora es Monja en Santo Domingo el Real) es monstruo de naturaleza en la tecla, y harpa. Mas bolviendo à lo dicho, un dia, acabando de cantar, y tañer, y quedando todos suspensos, preguntò uno, que còmo la musica no hacia aora el mismo efecto que solìa hacer antiguamente, suspendiendo los animos, y convirtiendolos, à transformarse en los mismos conceptos que iban cantando, como fue lo de Alexandro Magno, que estandole cantando las guerras de Troya, con grande impetu se levantò, y puso mano à su espada, echando cuchilladas al ayre, como si se hallàra en ella presente. Dixe yo à esto: Lo mismo se puede hacer aora, y se hace. Replicòme, diciendo: que despues que se perdiò el genero enarmonico, no se podia hacer. Dixe yo: Con el genero enarmonico me parece que era imposible hacerse, porque como la excelencia de esse genero consiste en la division de semitonos, y diesis, no puede la voz humana obedecer à tantos semitonos, y diesis, como aquel genero tiene. Y assi aquel Principe de la musica, el Abad Salinas, que lo resucitò, solamente lo dexò en un instrumento de tecla, pareciendole, que la voz humana con gran trabajo, y dificultad podia obedecerlo. Yo le vi tañer el instrumento

de tecla, que dexò en Salamanca, en que hacia milagros con las manos, pero no le vi reducirlo, à que vozes humanas lo executassen, aviendo en el coro de Salamanca en aquel tiempo grandes cantores de vozes, y habilidad: y siendo Maestro aquel gran compositor Juan Navarro. Y que se pueda hacer, y se hace con el genero diatonico, y cromatico, como aya las mismas circunstancias, y requisitos, que el caso quiere, sucederà cada dia lo mismo. Y en las sonadas Españolas, que tan divino ayre, y novedad tienen, se vè cada dia este milagro. Los requisitos son, que la letra tenga conceptos excelentes, y muy agudos, con el lenguage de la misma casta. Lo segundo, que la musica sea tan hija de los mismos conceptos, que los vaya desentrañando. Lo tercero es, que quien lo canta tenga espiritu, y disposicion, ayre, y gallardia para executarlo. Lo quarto, que el que lo oye tenga el animo, y gusto dispuesto para aquella materia. Que de esta manera harà la musica milagros: Yo soy testigo, que estando cantando dos musicos con grande excelencia, una noche una cancion, que dice:

Rompe las venas del ardiente
pecho,

fue tanta la passion, y accidente, que le diò à un Cavallero, que los avia llevado à cantar, que estando la señora à la ventana, y muy de secreto, sacò la daga, y dixo: Veis aqui el instrumento, rompeme el pecho, y las entrañas, quedando admirados musicos, y Autor de la letra, y sonada, porque concurrieron alli todos los requisitos necessatios para hacer aquel efecto. No les pareciò mal à los presentes; porque todos eran doctissimos en la facultad. En estos, y otros exercicios se passaba la vida entre Poetas de Poesia. y entre Soldados de armas, donde se exercitaba, no solamente la pica, y arcabuz, sino tambien el juego de la espada, y daga, broquel, y rodela, que aviā valerosos hombres, diestros, y animosos, donde se hacia mucha mencion de Carranza, aunque huvo quien daba la ventaja à Don Luis Pacheco de Narvaez. Porque en la verdadera Filosofia, y Mathematica de este arte, y en la demostracion para la execucion de las heridas, excede à los passados, y presentes. En estos, y otros exercicios loables se passò la vida en Lombardia, aunque yo traia siempre tan quebrada la salud, por causa de las muchas humedades, que determinè bolverme à España, despues de aver visto à Venecia; y huvo buena ocasion, porque entonces iba la Infanteria, y cavalleria del estado de Milan, à recibir à la señora Emperatriz à

tierra de los Venecianos, para traerla à embarcar à Genova. Saliò aquella gallardissima gente del Estado, hasta llegar à Crema, donde recibieron à la Cesarea Magestad, como à tan gran señora se debia. En llegando alli, para proseguir mi intento, passè de la otra parte del rio en la cavagaldura, que hasta alli avia traìdo de valde diciendole al mozo de mulas, que yo le pagaria el resto del camino, hasta llegar à Venecia; pero èl lo hizo tan bien, que en la primera posada me dexò plantado, sin hablar palabra, que era un Pueblecillo pequeño, donde no hallè cavalgadura, ni aun persona que me respondiesse palabra buena por ser Español, y por ir en traje de Soldado: de manera, que ni la humildad, ni el termino apacible, ni la paciencia me aprovecharon, para dexar de ir à pie, y sin compañia, por tierra no conocida, y madrastra de Españoles. Iba caminando por unos llanos, y aun de mala gana me decian si erraba el camino. Y aviendo andado todo el dia bien desconsolado, sin saber donde avia de ir à parar, yà que se ponia el Sol, vi venir atravesando el camino un Cavallero con un alcòn en la mano: y como me viò, paròse en el camino, hasta que yo pudiesse emparejar con èl, que estuve buen rato, porque iba despeado, tanto como triste, y afligido. En llegàndo à èl, mostrando alguna compassion, me preguntò si era Soldado, respondile que sì, y dixome, que estaba lexos de alli el alojamiento, donde yo podia llegar aquella noche, que le siguiesse hasta una caserìa suya, donde me alvergaria hasta la mañana. Seguile, aunque con alguna sospecha, pero acordandome, que la gente principal siempre es acompañada de buen termino, verdad, y misericordia, quitòseme el rezelo que podia tener con otra compañia.

DESCANSO VI.

ENtramos por unos jardines muy grandes, que estaban cerca de su caserìa, aunque mal cultivados, y llenos de yerva, que la misma naturaleza criaba: à caso llegamos à la caserìa, donde salieron à recibirle unos criados, llenos de silencio, y melancolìa. Entramos en una casa, aunque de grande edificio, muy desordenada de cosa que pudiesse dàr gusto, sino con unas colgaduras negras, y viejas, los sirvientes mustios, mudos, y callados, y todo lo de la casa lleno de luto, y tristeza. Yo estaba suspenso, y embelesado de vèr un aplauso tan lleno de horror, y desconsuelo, y no seguro, sino sospechoso de algun daño mio. El Cavallero tenia un semblante de

de hombre, que traìa quebradas las alas del corazon, y no mandaba cosa à los criados de palabra, sino con solo el semblante (aunque furioso) macilento. Llamòme à cenar, de que yo tenia muy gentil gana (como dixe) estaba algo sospechoso por mi poca suerte, de alguna novedad. Cenè con tanto silencio como el Cavallero, que estaba frontero de mi, que nunca mas bien me supo el callar, porque saquè el vientre de mal año, à costa de la suspension con que el Cavallero cenò. Yo no ossaba preguntarle cosa, porque el verdadero camino para conservarse los hombres, es transformarse en el humor de aquellos con quien tratan; y como no podemos saber los secretos del corazon ageno, avemos de aguardar à que por alguna parte rompa el silencio. Que es yerro escudriñar las cosas de que no nos dàn parte, especialmente con personas poderosas, cuya voluntad se govierna con el poder, y el apetito. Al fin, acabada la cena, y echados de alli los criados, con una voz baxa, que parecia salirle de las entrañas, me dixo de esta manera: Dichosos aquellos que nacen sin obligaciones, porque passaràn con suerte mala, ò buena, sin darles cuidado mirar por las agenas, y desvelarse en pensar, què diràn de la suya. El pobre Soldado, en cumpliendo con hacer lo que le toca, se và à descansar à su lecho. El Oficial, y todos los demàs de este genero, en aviendo acabado su ministerio, hallan descanso en la ociosidad. Mas ay de aquel, que mirado de muchos ojos, respetado de muchas gentes, rendido al parecer de muchos juicios, sujeto al murmurar de muchas lenguas, no puede acudir à la sobra de sus obligaciones. Yo he querido, señor Soldado, descansar con vos, en daros parte de mis lamentables desdichas, no porque me faltarà con quien descansar, sino porque las desventuras no se han de comunicar con testigos tan cercanos, que cada dia puedan renovarlas. Que hace mal pecho, y cria mala intencion, representarse à los ojos el testigo de los daños propios. Y asseguroos, que ninguno de estos sirvientes sabe la causa de mis infelicidades, que aunque los veis andar tan amedrentados, no saben mas de lo que leen en el sobreescrito de mi rostro. Yo soy un Cavallero, que tengo algunos vassallos, y hacienda para poder passar, y vivir con descanso (si la hacienda lo puede dàr) con las obligaciones que trae consigo: naci inclinado, no à las Cortes, ni bullicio popular, que culpa la vida, y entretiene el tiempo, sino à la soledad, usando exercicios del campo, como es la

agricultura, huertas, y jardines, pesca, y caza de monterìa, y bolaterìa, en que he gastado algunos años, y toda mi renta con mucho gusto, y algunas buenas obras, usadas con caminantes. Passè mucha parte de mi juventud sin matrimonio, teniendolo por pesada carga, y ocupacion excessiva para la execucion de mis exercicios: pero como las mudanzas en el mundo son forzosas, y el Cielo tiene dispuestas nuestras vidas con diversos accidentes, de bien en mal. y de mal en peor, ò al contrario, sucediò un dìa, que yendo à caza con un alcòn en una mano, y un corazon en otra, para cebarlo, me arrebataron el mio de improviso, dexandome en èl una idèa, que ni se ha borrado, ni se borrarà para siempre jamàs. Fue de esta manera, que passando â la vista de Crema, saliò por un callejon de unas huertas, uno de los mas bellos rostros, y de mayor magestad, que en sugeto mortal jamàs se ha visto: quise seguirla, y al mismo punto se tornò à encerrar èn las huertas. Yo admirado de tan extraordinaria, y no vista belleza, informème con gran cuidado de su estado, nacimiento, y bondad, y despues de averiguado todo, hallè que era doncella, honesta, hija de muy humildes padres. Pareciòme que no serìa dificultoso el rendirla à fuerza de presentes, promessas, y dàdivas, que suelen rendir à las peñas mas encumbradas. Visitéla por medio de algunas señoras, que no rehusan de usar deste ministerio, por acudir à hacer amistades, à quien las obliga con regalos. Ibanse en una carroza, en achaque de vèr las huertas, y con darle muchas baterìas, nunca pudieron darle assalto à la fuerza de su honesta castidad. Vine à estremo, que no pudiendo sufrir la violencia de mi estrella, me fui en la carroza con las dueñas en su mismo trage, que en las barbas avia poca diferencia de mi à ellas, por ser mozo, y lampiño, y fue para acabarme de matar. Porque en viendome en la compañia de ellas, y cerca de su persona, de nuevo me abrasè con el encanto de sus dulcissimas palabras, pronunciadas en mi favor, en que dixo: Quien trae tal dueña consigo tan apacible, y hermosa, otras fuerzas sabran conquistar de mas excelencia, que esta triste, y humilde sabandija. Estas palabras, y vèr en aquel pobre trage tanta limpieza, y asseo, tanta gallardìa, acompañada de vergonzosa gravedad, con esta tan honrada resistencia, con otras mil cosas, que en ella resplandecian, me forzaron à acudir al ultimo remedio, que fue pedirla para mi esposa: y para atajar discursos de historia tan lamentable, recibila por mi mu-

, y recogime con ella à esta
:rìa , donde vivi con tan-
amor , y gusto , de su par-
y de la mia , que no sufria
hora de division. El dia
iba à cazar , à la buelta la
aba llorosa , y con unas an-
, y desconsuelos , que me re-
.ba el alma , y me obligaban
nuevo à quererla , y esti-
la con excesso. Seis años
passè en este gusto , bien
ieran ser embidiados de to-
los passados , y presentes,
fueron tales , que solo
desagradecimiento de un
no baxo , y mal nacido pu-
a atajar tan bien fundados
cipios. Estaba cerca de aqui
hombrecico (aunque sin cali-
) de buenas partes , no con-
adas , sino apuntadas : por-
sabia un poco de musica , y
poco de poesìa : preciabase
er hombre de hecho ; y en
Pueblo donde vivia , no era
mado , ni hacian caso de su
sona. Traxele para guarda de
nia , y para comunicacion de
unos ratos desocupados , en
me hacia compañia. Ador-
de vestidos , dabale mi me-
era el segundo posseedor de
hacienda ; y en resolucion,
antèle del polvo de la tierra,
r hombre principal, igual con
persona : antes , y despues de
ido , siempre que yo iba à ca-
iba en un rocin conmigo,
se cansaba , tornabase à la
caserìa, esto era despues de casa-
do , en el qual tiempo èl tenia
lugar de hablar con mi esposa,
de que yo jamàs tuve sospecha,
porque èl era un hombre pe-
queño de cuerpo , falto de fac-
ciones , dientes anchos , manos
gruesas , falto de virtudes mora-
les , inclinado à la detraccion,
y cizaña , aunque era assi no le
dexaba bolverse de la caza, has-
ta que yo tornasse , mas por
cumplir con el mundo , que por
mala satisfaccion que del tuvies-
se. Despues de esta privacion, apa-
reciase todas las noches que yo
venia , una fantasma en los jar-
dines , que alborotaba los per-
ros , y espantaba à los criados.
Yo , aunque venìa cansado , le-
vantabame à mirar todos los rin-
cones de los jardines antes de
bolver à mi cama , para si topa-
ba la fantasma. Y en saliendo de
mi cama , mi esposa se encerra-
ba por de dentro , y no abria,
hasta enterarse en que yo era el
que llamaba , que decia , que por
temor de la fantasma se encer-
raba por de dentro. Durò esta
fantasma muchos dias , y algu-
nos meses ; pero notaba , que los
pocos dias que me dexaba en la
caza , no avia fantasma à la no-
che , ni yo podia imaginar don-
de se recogia , hasta que una
noche (aviendo venido de ca-
zar) le dixe à un criado , que se
estuviesse à la puerta del jardin,
y tuviesse gran cuenta con aque-

lla vision. Entrème en mi aposento con mi esposa, esperando si tornaba, como las demàs noches, quando comenzaron los perros à hacerse pedazos, ladrando, porque la fantasma era tan grande, que llegaba à la ventana, y tejados, levantème con toda la priesa que pude, y encontrando al criado, que avia dexado à la puerta del jardin, me dixo: no se canse V. m. que la fantasma es Cornelio su gran privado, que hace este embeleco, porque mientras V. m. sale, èl està con mi señora haciendo traycion à V. m. el como, y por donde entra, yo no lo sè, sino es que algun demonio le ayuda; pero sè que es verdad, y ha muchos dias que passa. Fue tan encendido el furor que se me esparciò por las entrañas, que arrebatandole por el cuello del jubon, le di de puñaladas, diciendole: Porque no digais à otro, y porque à mi me lo decis, despues de hecho: echele en una bodeguilla, y cerrè la puerta con la llave maestra de la casa, y del jardin, y sossegandome contra mi condicion, abrasado el pecho, y las entrañas de celos, y deshonra, fuime passo entre passo, para llegar mas quieto: llamè à la puerta, donde estaba mi esposa, y mostrando mucho temor, pregunrò, si era yo la fantasma: al fin en conociendome abriò la puerta, y viendome mudado el color (que por mas que dissimulè me lo conociò) me dixo: Señor mio, què mudanza de rostro es essa? Maldiga Dios la fantasma, y quien la inventò, que tan inquieto os trae, y me trae. Dissimulè lo mejor que pude, diciendo que no era nada, y acostandome en mi cama, ella con sus acostumbradas caricias procurò aquietarme. con que yo puse en duda su daño, y el mio. Dormi poco, y mal, con la batalla sangrienta que traia en mi pecho. Levanteme en siendo de dia, llamè los criados de caza, y à Cornelio, con el mejor semblante que pude, fuimos al campo, y en todo el dia no hallè cosa de volateria para las aves, ni caza para los perros. Tuvelo por mal aguero; y alla à la tarde, el traydor de Cornelio fingiòse malo por tornarse à la caseria, embièle, y mandèle, que dixesse à mi esposa que tenia una garza echada tres leguas de alli, y no podia aquella noche irla à acompañar; pero que en amaneciendo avia de dar sobre la garza. El fue muy contento con este recado, y yo quedè con una grande maquina de pensamientos, sobre la determinacion que avia de tomar.

DESCANSO VII.

Siendo yà bien tarde, que queria anochecer, embiè los criados à parar la garza, y

siendo de noche, vineme con todo el silencio que pude à la caseria, y entrando por una puerta falsa del jardin con la llave maestra fuime derecho al aposento de Cornelio, y abriendolo no lo hallè dentro, sino el aposento con luz encendida. Tomè la luz, y fui por una sala que estaba pegada à su aposento, buscandole, si parecia por alli: anduve toda la sala, y fui al remate de ella, que iba à dàr à otra sala baxa, en cuyo alto estaba la estancia mia, y de mi esposa: vi una escalera arrimada à la pared que llegaba hasta mi estancia, y en el remate de la escalera abierto un boqueron: por donde cabia un hombre muy bien, que estaba tapado con un lienzo del Ticiano, del adulterio de Venus, y Marte. Hasta entonces no avia creido mi daño. Apartè la escalera de alli; con intencion que no tuviesse por donde baxar, y como un trueno acudì à mi estancia, y llamando, por cogerlos descuidados; mi esposa me vino à brir la puerta, y èl fue muy de priessa à poner los pies en la escalera, y poniendolos en el ayre, diò con su persona abaxo, quebrandose ambas piernas por las rodillas. Tornè à cerrar la puerta de mi estancia, y fui à recibir al caido, que iba arrastrando con las manos, como toro español desjarretadas las piernas, y dixele: Hà traydor ingrato à los bienes recibidos, este es el pago que llevan los falsos desconocidos: y arrimandolo à un madero de la escalera, despues de averle dado muchas puñaladas, le dì garrote, y con la misma furia, subiendo à dàr de puñaladas à mi esposa, se me cayò la daga de las manos, y todas quantas vezes intentè hacerlo, me hallè incapàz de mover el brazo para herir aquel cuerpo, que tan superior avia sido à mis fuerzas. Al fin, baxèla à baxo, y poniendola junto à su amante (yà que no pude hacerla otro daño) maniatèla de pies, y manos, y à èl le saquè el corazon, y puselo entre los dos, para que ella viesse todos los dias el corazon, donde tan à su gusto avia vivido. Y al otro criado muerto lo traxe arrastrando, y le dixe: Veis aqui el testigo de vuestro delito. Tornè à quererla matar, y se me tornaron à desjarretar los brazos, y al fin determinè de matarla con hambre, y sed, dandole cada dia media libra de pan, y muy poca agua. Oy hace quince dias, que no ha visto luz, ni oìdo palabra de mi boca, ni ella me la ha hablado, con darle yo essa miseria por mis propias manos. Y à mi no me parece quince dias, sino quince mil años, y en cada dia he passado quince mil muertes. Este es el miserable estado en que me hallo, desamparado de todo aquello

que

que me puede dàr consuelo, y tan rematado, que quisiera que Dios me huviera hecho un hombre desechado del mundo, desnudo de obligaciones, para irme donde jamàs huviesse habitado gente. Y pues os he hecho, y dado parte de lo que nadie sabrà de mi boca, tambien quiero que veais por vuestros ojos, lo que tiene tan sin luz à los mios, y tan sin esperanza de bolverla à vèr. Y tomando una vela con un candelero, me dixo, que le siguiesse, y passando por un pedazo de jardin, abriò la puerta, donde estaban encerradas todas sus desdichas. Representòseme luego uno de los mas horrendos expectaculos, que los ojos humanos han visto. Un hombre arrastrado, con muchas puñaladas en el cuerpo, otro despedazado, por el costado abierto, y el corazon puesto en un escalòn, junto à uno de los mas bellos rostros que naturaleza ha criado. Y para mayor ocasion de dolor, sucediò, que en abriendo la puerta, se entraron tràs èl algunos perros, que en viendo à la desdichada de su esposa, llegaron à lamerle las manos, y rostro, y hacerle tantas caricias, que à mi se me enternecieron los ojos, y al marido las entrañas, y el alma. Viendo la ocasion de su terneza, le dixe: Señor, yo no os he hablado palabra, ni replicado à cosa que me aveis dicho, por no aver visto en vuestra passion puerta abierta, ni por averme vos dado licencia. Pues agora, dixo el Cavallero, os la doy, para que digais todo quanto os pareciere. Y desechado todo el temor, por su terneza, le dixe estas palabras. Vos, señor, me aveis confessado, que la primera idèa, que se os entrò en el alma del amor de vuestra esposa, ni se ha borrado, ni se borrarà para siempre jamàs. Tambien me aveis dicho, que este negocio, falso, ò verdadero, nadie lo ha sabido sino estos dos, que ya no pueden publicarlo, y la honra, ò infamia de los hombres no consiste en lo que ellos saben de sì propios, sino en lo que el vulgo sabe, y dice. Porque si lo que los hombres saben de sì mismos, entendiessen que lo sabe el mundo, como ellos lo saben, muchos, ò todos se irian, à donde gentes no los viessen. Vos aveis atajado con la muerte de estos lo que se podria decir. Teneis à vuestra esposa viva, y quizà sin culpa, pues en quantas vezes la aveis querido matar, no aveis podido. No os digo mas, sino que mireis la terneza que han causado las caricias, y blandura, què estos perros estàn usando con ella. Antes que el marido respondiesse palabra, ella alentandose, y sacando una voz cansada del profundo pecho, como si saliera de algun sepulcro, dixo: Se-

ños

ñor Soldado, no gasteis palabras en vano, porque ni yo estoy para vivir, ni por quanto cubre el Sol, querria tornar à vèr su luz. Pero por si alguna vez espantado de tan horrible caso, os viniere à la memoria el referirlo, sepais la verdad: porque ni condeneis la crueldad de mi esposo, ni divulgueis la infamia que yo merezco. Estos dos hombres han merecido justamente las muertes recibidas. Aquel arrastrado, porque dixo lo que no viò, ni pudo vèr. Y este despedazado, no por lo que hizo, sino por lo que intentò hacer como traydor, desagradecido al mucho bien que mi esposo, y señor le avia hecho, que procediò con tantas diligencias, que yo entendì que tenia pacto con algun demonio, porque le veìa en mi propia estancia, sin saber por donde avia entrado, mas de que lo vi salir por debaxo de una tabla de pintura: y preguntandole què queria, me respondia, que venia à entretenerme por el ausencia de mi esposo, y señor. Yo no le dixe palabra mala por sus pretensiones. Lo uno, porque yo jamàs la he dicho à nadie. Lo otro, porque despues que viò mi entereza no dixo mas palabra deshonesta. Y si me culpare mi esposo, y señor, porque no le avisè de ello, dire que aun viendole con enojos muy livianos, me despulsaba, hasta verle fuera de ellos, quanto mas decirle una cosa, que tan al alma le avia de llegar, y no tenia Reyno, ni Imperio el mundo, por quien yo manchasse mi honra, y el lecho de mi esposo, y señor: y por la piedad que en vos he conocido, y por la verdad que os he dicho, os suplico que le rogueis, que no me alargue la vida, sino que me abrevie la muerte, para que vaya presto à presentar este martyrio en la presencia de Dios. Desde el punto que comenzò à hablar la desdichada (tanto como hermosa) fueron tantas las lagrimas que derramò el marido, que viendo la ocasion, le dixe: Què os parece de esto, señor Cavallero? A lo qual sollozando me respondiò: Que de la misma manera que os di licencia para hablar, os la doy para que hagais lo que os pareciere que me està bien. Al punto cogì mi daga, y cortè las ligaduras de aquellos hermosos, aunque debilitados miembros, que lo estaban tanto, que sin poder tenerse, se cayò sobre mi pecho, y despues se assentò en el suelo, como à descansar del gran martyrio que avia passado. El marido se arrojò de rodillas ante ella, y besandole las manos, y pies, le dixo: Esposa, y señora mia, pues no tengo que perdonaros, os pido perdon con toda la humildad del mundo. No pu-

do

do responder, porque con el descanso le diò un desmayo, tal, que yo entendì que quedaba muerta, y levantandose el marido con mucha priessa, traxo muchas cosas confortativas, con que la que avia quedado como azucena, bolviò en un instante à estàr como una rosa, que abriendo unos suavissimos ojos, zarcos, y verdes, dixo al marido: Porquè, señor mio, me aveis querido tornar à esta desdichada vida? Porque no se acabasse la mia, respondiò el, y cogiendola entre los dos, la llevamos à su estancia, donde fueron tan grandes los regalos, y beneficios, que se le hizo, que al fin la reservò de la muerte. De todo esto que aquella noche passò, ningun criado fue testigo. A la mañana le pedì licencia para irme, para seguir mi viage; no me dexò ir en veinte dias, que lo huve bien menester, para el cansancio del camino, y para el horror que avia concebido de tan triste historia, y espantoso espectaculo. Què de arrebatarse de su passion, sin hacer reflexion en considerar, si pudiera ser falso, hizo aquellos homicidios, y llevaba camino de acabar con la inocente, è inculpable muger, con que viviera inquietissimo, si viviera, y ella quedàra infamada de lo que no avia cometido, que el Cavallero se engañasse con tantas apariencias de verdad, lastimado de la honra, y de los zelos, raìz de tantos, y tan exorbitantes males, no es maravilla; pero que sea tanta la assistencia, ò pertinacia de un pecho doblado, y lleno de cautelas, que por llevar su intencion al cabo, lo que avia de gastar con quietud, lo gaste en estratagema, trazas, y bullicios, en ofender la honra agena, y poner en peligro su vida, cosa es que espanta, que parecen estos hombres cautelosos, hechos de diferente massa que los otros. Mas parece que anduvo muy arrebatado en dàr puñaladas al que le diò la nueva, y que pudiera con aquella revelacion averiguar la verdad, sin precipitarse. Mas, la misma naturaleza, que la razon le llevò à hacer aquel castigo justo, por muchas causas. La primera, y principal, porque es maldad de perversa intencion, y entendimiento corrupto, y de conciencia derramada, decir un hombre las faltas agenas, de que no ha sido testigo. Lo otro, porque dàr malas nuevas à nadie de lo que le ha de pesar, parece que es tener gusto de los males del amigo à quien lo dice. Lo tercero, porque chismosos, y congraciadores con su cizaña, tienen destruida la mitad del mundo. Ay tambien que notar aqui el gran sufrimiento de aquella tan hermosa, como agraviada muger, que quantos gol-

, le diò la fortuna, viendose à la puerta de la muerte, ni diò la paciencia à sus desdi-s, ni el respeto à su marido. llà todas supiessen, quanto importa saber tenerla, para servar la paz de su casa, y mor de sus maridos, que les ece que es caso de menos ra, no dàr tantas voces co-ellos, siendo mas poderosos. ivia quedado tan escandali-o, y sin gusto de lo que avia o, y visto, que aunque me aron encarecidissimamente, me quedasse alli por toda la , ò por algun tiempo, no o acabarse conmigo; pero 1eselo, dandoles à entender, iba muy contento, de la gacion en que me avia echa-loando mucho al Cavallero, alor que avia mostrado en nder su honra, y à ella la reza, y conservacion de su atacion. Dentro de los dias alli estuve, echè de vèr la on que tenia el marido de r muy enamorado de aquel cible, y bello semblante; tan o de gravedad honesta, que to en la hermosura del ros-gallardia del cuerpo, man-mbre de condicion, suavi-de costumbres era un retra-e Doña Antonia de Calata-. Yo, para assegurarme del to-el temor que pudieran aver ebido, y dexarlos gustosos, i palabra de bolver à su ser-vicio, ò à su casa en acabando mis negocios en Venecia, y con esta condicion me dexaron ir, que como yo tenia algun temor, de algun daño de su parte, ellos lo tenian de mi, porque no revelasse lo que avia visto, que todo este artificio han menester, los que son testigos de daños agenos, y no les ha de parecer, que son señores de las personas, cuyos secretos saben. Que se vèn grandes daños, y se han visto en esta maquina, sobre las personas que han revelado secretos. Al fin, yo me despedì de ellos con mucho beneplacito suyo, y regalo que me hicieron. Cogì mi camino, encomendandome à Dios, espantado de tan nuevo sucesso, y lleno de tantas desdichas; pero muy contento de verme libre de tan intrincado laberinto; y loando mucho en mi la honra, y estimacion de las mugeres Italianas principales, y el recato, con que se guardan, y las guardan. Aviame apartado yà cosa de una milla de los jardines, bolviendo atràs muchas vezes la cabeza, hasta que los perdi de vista, que me pareciò que estaba yà cien leguas de ellos, quando vi venir dos hombres à cavallo à toda priessa àzia mi: mirè si en todo aquel llano avia alguna poblacion, ò casa, à donde recogerme, y ampararme, y vime tan solo, que no pude tener recurso, para huir.

huir porque yo entendì realmente que ellos se avian arrepentido en dexarme venir, aviendo sido testigo de todo lo passado. Yo comencè à llamar à Dios en mi favor, porque quanto mas andaban los cavallos, mas crecia mi temor. Al fin, ya que llegaron cerca de mi, pareciòme esperar su determinacion. Llegaron con el peor termino del mundo, y dixeron: Tengase, señor Soldado. Yo respondi: Tenido soy para lo que V. mercedes mandaren. Eran dos hombres, con dos escopetas, y unos cuchillazos de monte, con que desollaban los animales, las caras tostadas, las palabras desapacibles, como dichas à Español, que iba solo, y à pie: porque preguntandoles, què era lo que mandaban, respondieron con la peor del mundo: No le mandamos nada, que atras viene quien se lo mandarà, con que me hicieron temblar, y confirmar mi temor. Pues señores, les dixe, que ofensa hice yo al señor Aurelio, para que de este modo me trate? El se lo dirà, respondieron. Yo dixe: Dexenme seguir mi camino, señores. Y dixo el uno: Estese quedo, sino arrojarele dos valas en el cuerpo. Yo echè de ver que no se podian llevar por humildad, y hice una cuenta entre mi. Si estos vienen à matarme, poco ha de aprovecharme la humildad, porque aqui no ay segundo lance para la dissimulacion: y sino vienen à matarme, no quiero que me tengan por cobarde. Y assi, en diciendo de las dos valas, poniendo mano à la espada, dixe: Pues si me tirare acierteme, sino por vida del Rey de España, que les tengo de desjaretar los cavallos, y hacer pedazos las personas, bravata de Español, dixo el uno de ellos. En esto llegaba ya el Cavallero en un gentil portante, y como viò la espada desenvaynada, preguntando què era le respondì: No sè yo, en que se puede fundar una cosa tan injusta, como querer dar la muerte à quien ha querido dar la vida. No entiendo esse lenguaje, dixo el Cavallero. Los criados se sangraron en salud, diciendo: Señor, como nos embiasteis à detenerlo, que èl queria passar adelante, y entonces le amenazamos con una pistola, y èl à nosotros, con decir, que nos haria pedazos à nosotros, y à los cavallos. A lo qual respondio al Cavallero: Yo no os embiè à detenerlo para hacerle mal, sino para hacerle bien, que no me espanto que à dos hombres que yendo à cavallo, y bien puestos, queriendo tratar mal à un hombre de apie, solo, y honrado, se les atreva à esso, y à mucho mas. Apeaos vos del cavallo, y dadle essa escopeta al Soldado Español, y suba en el cavallo, y acompañadle hasta Venecia, y si os embiare luego, bolveos, y sino esperadle, y di-

e à mi: Señor Soldado, la
usion (causada de mis traba-
) hizo que me descuidasse de
bligacion, y mi esposa, con
ngelica condicion, enamora-
e vuestra piedad, y olvidada
i rigor, os embia en esta bol-
zien escudos para vuestro ca-
), y esta joya de su misma
ona, que es una Cruz de oro,
raldas, y rubìes, y queda
esperanza de tornar à vèr à
n reparò tanto derrama-
ito de sangre. Arrojeme à
pies, agradeciendole tanto
, y honra: subì en mi cava-
llevando por mozo de mulas
ue me avia querido matar
gè à Venecia tan rico à mi
cer, que la podia comprar à
. Dixele à mi mozo de mu-
que me llevase à una muy
il posada, como practico en
udad, y entrando en ella, no
hora de echarlo de mi, por-
yo lo traia de tan buena ga-
onmigo, como èl venia: re-
aquella noche, y à la maña-
espedilo.

DESCANSO VIII.

[Irè con grande admiracion
la grandeza de aquella
iblica, que siendo tan rica,
tanta estimacion, que se
iaden, à que tienen mas ra-
de desvanecerse, que todas
aciones del mundo, no lo pa-
n en el trato de sus personas, porque andan tan desautoriza
dos, que quien no los conociere,
no los estimarà en lo que son. Y
para la vanidad suya passò un
quento gracioso entre un noble
Veneciano, y un Portuguès, gente
idolatra de sì propia, que no es-
tima en nada el resto del mundo,
y fue, que yendo yo à passar
por una puentecilla pequeña,
que llaman del Bragadin, me
detuve, porque venia un Mag-
nifico detràs de mi: tuvele res-
peto, porque ellos quieren, que
se le tengan: y de la otra par-
te de la Puente venia un Portu-
guès de razonable talle, miran-
do àzia el Orizonte, con unos
guantes de nutria en las manos,
y unas botas arrugadas en las
piernas, muy tiesso, de suerte,
que llegando al medio de la
puentecilla, el Magnifico en-
tendiò, que el Portuguès le hi-
ciera la cortesìa, que era de ra-
zon, por estàr en su tierra, y el
Portuguès queria lo mismo, es-
tando en la agena. Sucediò, que
llegando al medio de la puen-
te, ambos con mucha magestad
chocaron: y por no caer en el
agua, el Portuguès apretò, y
el Magnifico no osò ladear: ca-
yeron los dos, el Magnifico de
espaldas, que era delgado de
piernas, y el Portuguès de pe-
chos, que por poco no dieran
ambos en la mar. Levantòse el
Portuguès de presto, limpiòse el
polvo con los guantes de nutria,

y el Magnifico las calzas de lacre, limpiandose las espaldas: y despues de limpios pararonse à mirar el uno al otro, y aviendose estado un rato suspensos, dixo el Magnifico al Portugués: E un sabi, che mi sono Veneciano, gentil huomo Patricio? Y el Portugués al mismo tono respondiò: O pregunto, è vos sabedes, que eu saon Portuguès fidalgo Eborente? El Veneciano con mucho desprecio le dixo: Ande el bordel, beco, cornuto. Y el Portugués dando con el pie, le respondiò: Tiraybus la patife. Fue cada uno su camino, bolviendo el rostro atràs: el Magnifico, señalando con el dedo al Portuguès, y diciendo con mucha risa: Non va il pozon. Y el Portuguès al mismo modo decia: Ollai ò parvo. De suerte, que yo no pude averiguar, qual fue mas fantastico, y loco de los dos, aunque està la presumpcion por el Portugués, por averse atrevido en tierra agena, y donde tan poco amados son los Españoles, que alabando à los Venecianos su Ciudad, dicen que no ay en ella calor, ni frio, lodo, ni polvo, moscas, ni mosquitos, pulgas, ni piojos, ni aun Españoles. Son tan Estadistas, que para lo que aman, y han menester, no ay encarecimiento en el mundo de que no usen: y para lo que aborrecen, no ay palabras tan obscenas de que no se aprovechen. Llegò un noble de aquellos à comprar un poco de pescado, y con grandes caricias, y amores, le preguntò al pescador (sin conocerlo) còmo estaba su muger, y hijos, y à èl le dixo que era muy hombre de bien; pero en no queriendo darle el pescado al precio que él queria, le dixo, que era un cornudo, y su muger una putona, y sus hijos unos bardajes. Vi otras cosas alli, muy de notar, en razon de la superioridad, que les parece que pueden tener por su antiguedad, y govierno. Fuime à mi posada à la hora de comer, y apenas huve llegado, quando (aviendo comenzado la comida) me dixeron, que me buscaba una señora principal en una silla, diciendo: Donde està aqui un Soldado Español? Vi, que no avia otro, sino yo: levantéme, y fui à vèr què me mandaba: vi salir una muger de la silla de muy gentil talle, y muy hermosa, y no menos bien aderezada, con muy grandes caricias, palabras dulces, y regaladas; me diò la bienvenida, de que yo quedé dudoso, y confuso, entendiendo que realmente me hablaba por otro, y assi, le dixe: Señora, yo me hallo indigno de tan grande, y autorizada visita como esta: suplicoos, que advirtais bien si soy à quien buscais. Ella respondiò con alegre sem-

blante, echandome los brazos al cuello: Señor Soldado, bien sè à quien busco, y à quien he hallado. Yo soy la señora Camila, hermana del señor Aurelio, de cuyas manos recibi anoche una carta, en que me manda, que os hospede, y regale, no como à segunda persona, sino como à la suya misma, todo el tiempo que gustaredes estàr en Venecia. Yo respondì: Bien creo, que de un tan excelente Cavallero me ha de venir todo el bien del mundo, y comenzando por tan gallarda, y discreta señora, avrà de suceder todo bien. Ea, pues, dixo ella, seguidme, que aunque toda esta mañana no he podido dàr con vuestra posada, dexo mandado en la mia, que os tuviessen aderezada la comida, como para tal persona. Y rehusandolo yo, por tener yà hecha la costa, dixo, que avia de hacer por fuerza el mandamiento de su hermano: y assi, pagando lo que debia en la hosteria, me llevò consigo, no dudando yo en lo que decia; pero fui imaginando, si à caso serìa traza de su hermano, para executar en Venecia lo que no avia hecho en su caserìa. Mas ella me llevò con tanta blandura, y amor à su casa, que se me quitò qualquiera imaginacion, y sospecha. Entramos en una sala muy bien aderezada, donde hallé puesta la mesa con muchos, y muy escogidos mantenimientos, en que me entreguè tan de buena gana, como lo avia menester; porque fuera de ser muy à gusto la comida, la partia, y repartìa la señora Camila, con aquellas argentadas manos, no cessando de encarecer la voluntad, y fuerza, con que el señor Aurelio su hermano se lo avia mandado. Despues de aver comido, sacò una carta firmada de Aurelio, en que decia estas palabras: Con cuidado me dexò un Soldado Español, huesped mio, cuyas acciones descubrian ser hombre principal, no le regalè como quisiera, sì bien vuestra hermana, y mi esposa le embiò al camino una bolsilla de ambar con cien escudos, y de su persona una Cruz de oro, rubìes, y esmeraldas, que no pudo mas por aora, buscadle, dandole el hospedage, y regalos, que à mi propia persona, sin dexarle gastar cosa alguna en todo el tiempo que estuviere en Venecia: y si huviere de bolver acà, dadle lo necessario para el camino. Yo, con las señas de la carta, acabè de enterarme en creer, que era verdad, quanto la señora Camila me decia, y los regalos recibidos, y los que avia de recibir, eran por cuenta de aquel gran Cavallero Aurelio. Dixome luego, que traxesse mi ropa, ò maleta à su casa, porque en todo el tiempo que estuviesse

en

en Venecia, ni avia de comer, ni dormir fuera de ella, ni gastar, sino à su costa. Hallème obligadissimo, y dixele, que yo no avia traido maleta, ni otra prenda, sino à mi persona gentil. Y ella mandò à una criada, que me traxesse un cofrecillo pequeño para darmele. Traxole, que era labrado con toda la curiosidad del mundo: diòme la llave de èl, y dixo que echasse alli mis papeles, y los guardasse, porque en Venecia avia mucho peligro de ladrones: holguème de vèr el cofrecillo, y encerrè dentro de èl mis papeles, y dineros, y la joya, que ella se holgò mucho de vèr, y le diò mil besos, por aver sido de su cuñado, à quien ella dixo, que queria infinito. Echè la llave al cofrecito, y roguèle que la guardasse. Ella dixo, que mejor estaria en mi poder, por si queria sacar dineros, aunque no los avia menester mientras estuviesse en Venecia. Yo le respondi, que para averlos menester, ò no, mejor estaban en su poder que en el mio. Y al fin, porfiando (aunque ella lo escusò) le hice que me le guardasse. A la noche me tuvo muy gentil cena, autorizandola con su gallarda presencia, que realmente era muy hermosa. Passè aquella noche muy contento, por aver comido à costa de una gentil dama.

DESCANSO IX.

EN amaneciendo vino à visitarme, preguntandome, como me avia hallado, y si avia menester alguna cosa la pidiesse con libertad, porque ella iba à hacer una visita à una gran señora, y que si ella no tornaba à comer, sus criados, y criadas me regalarian. No vino à comer, ni en todo el dia pareciò. Esperè hasta la noche, tampoco vino. No dexè de tener alguna pesadumbre, dando, y tomando, en si podia por algun camino ser traza, ò cautela: porque ella me avia dicho, que en Venecia no me fiasse de ninguna muger, por principal que me pareciesse, porque me avian de engañar: pero considerando, que aquellas señas de aquella carta, por ningun camino podia saberlas, sino del mismo Aurelio, me sosseguè. Por la mañana, como no me visitò à la hora que el dia antes, y mucho despues, preguntè à una sirviente de la casa, si era levantadà la señora Camila, y respondiòme, que no avia tal muger en aquella casa, repliquèle, y tornòme à responder lo mismo. Pero otro sirviente, que debia de estàr hablado, acudiò, y preguntòme, què la queria, que estaba en cierta visita de una señora enferma. Fingì, que me sossegaba con esso: y preguntandole al otro sirviente à

solas, si era aquella casa suya, me respondiò, que no sabia mas, de que avia alquilado aquella sala para un gran Cavallero Español. Callè, y fuime à la primera posada à preguntar, si conocian aquella señora, que me avia venido à buscar, ò si sabian donde vivia, y respondiòme uno muy presto: Quien os podrà decir su casa mejor que nadie, es el que vino aqui con vos, que es con quien embiasteis el cavallo, porque èl venia con ella, mostrandole vuestro alojamiento: y essa, que vos teneis por gran señora, es una ramera, que vive de hacer estafa, y engaños. Sin replicar mas palabras, me salì desesperado de verme despojado de mis dineros, joyas, y papeles, con la bellaqueria del que avia venido conmigo, que le avia dado las señas de lo que traia, por donde fingiò la carta que me mostrò: pero visto que ella misma me avia avisado del engaño que me avia de hacer, reporteme; y fui à vèr, si podia reparar el daño, à la posada donde ella me avia llevado. Y preguntandole al mozo, que avia buelto por ella, si avia venido la señora Camila, me respondio: Señor, aqui vino agora, y como no os hallò, se tornò à la enferma: pero mirad si la quereis algo, que yo la irè à llamar. Quierola, respondì yo, para que me dè unos papeles, en que estàn las señas de mi persona, porque tengo aqui una poliza de ducientos escudos, que cobrar de un cambio, y sin este papel que digo, no se pueden cobrar, dixo el sirviente: Pues yo irè en un instante à avisarle de esso. Mientras èl iba, yo fingì la poliza, con las señas, que en el passaporte, que traia de Milàn venian. Apenas acabè de escrivir la poliza, quando vino mi señora Doña Camila desalada, pensando coger los ducientos escudos, con todos los demàs: y es de creer, que avria visto ya el papel de las señas, pues estaba en su poder, y tendria otra llave del cofrecito. Dixole mi recado, y saquè la poliza del seno, y en mostrandosela, embiò à una criada por el cofrecillo. Tornè de muerto à vivo, y dixele à la señora que me buscasse un Cavallero, à quien diesse poder, para cobrar aquella poliza, porque no queria que el Embaxador de España me la viesse, porque me conocia. Ella me traxo luego un rufianazo suyo, muy bien puesto, diciendo, que era un Cavallero muy principal. Dixele que traxesse un Escrivano, para darle el poder, y la señora Camila, por mas favorecerme, dixo, que queria que fuesse de su mano. Fueron por èl, y entre tanto yo cogì mi cofrecillo, y fui à buscar un barco en que acogerme. Dexelo concertado, y bolvì à la posada, donde hallè à la señora, y al rufo, y al Escrivano,

diles

diles el poder, y la poliza, y el papel de las señas, con que quedaron, muy contentos, y yo mucho mas: y por que ya era noche, les supliquè, que se cobrassen muy de mañana aquellos ducientos escudos, porque queria hacer un gran servicio à la señora Camila. Fuy à pagar al Escrivano., y no me lo consintiò. Fueronse, y yo tornè à suplicarles, que fuesse luego por la mañana la cobranza con mucho encarecimiento: dieronme la palabra, que à las ocho estaria cobrado. Al salir de la calle assomeme, para en saliendo ellos, salir tambien yo, bolviò el gayon la cabeza, riyendose de la burla que me hacia, y como me vieron, tornè de nuevo à encomendarles la brevedad de la cobranza, de que ellos se riyeron mucho, porque como antes le avia dado el cofrecillo con sencilléz, creyeron que todo fuera asi. En trasponiendo la calle, cogì mi cofrecillo debaxo de la capa, y fuime à mi embarcacion; no avia andado treinta passos, quando me encontrò aquel sirviente que andaba en favor de la señora Camila, y preguntandome que à donde iba con tanta priesa, respondile que iba à llevar aquel cofrecillo à la señora, que se acababa de apartar de mi por aquella calle abaxo, y señalele una calle por donde (aunque anduviera toda la noche) no toparia con ella. Dixo: Pues yo irè à avisarle de ello, buelvase à la posada. El fue por su calle, y yo derecho al barco, que me estaba aguardando, con tan buenos alientos, que amanecimos treinta leguas de Venecia, y contando à los passageros algo de lo que me avia passado, dieron en quien podia ser, por el modo de el engaño, y el artificio de que usò; pero quando supieron, que avia gastado en regalarme su dinero, holgaron de saberlo, para publicarlo en Venecia. No supe si hecharia la culpa à mi facilidad en creer, ò à la fuerza de su engaño en decir, porque aunque es verdad, que es dificultoso librarse de una cautela, engendrada de una verdad clara, y evidente; con todo esso arguye liviandad, el arroxarse luego à creerla: pero es tan poderoso el embeleco de una muger hermosa, y bien hablada, que con menos circunstancias me pudiera engañar. La facilidad en creer, es de pechos sencillos, pero sin experiencia, especialmente, si la persuasion và encaminada à provecho nuestro, que en tal caso facilmente nos dexamos engañar. Yo me vì rematado, y perdido, no sintiendo tanto el agravio de la persona, como la falta del dinero, que tanta me avia de hacer; y asi no fue el ingenio quien me diò la traza, sino la necessidad, por verme pobre, y en tierra agena, y que ningun camino

to, y facil, podia deshacer mi
avio, sino por otro engaño
[illegible]ejante, ò peor. Mas Dios me
è de una mentira, con tantas
riencias de verdad, que es
nester ayuda del Cielo para
nocerla, y no rendirse à dar-
credito. Aunque mirandolo
n, què conocimiento, ò què
ndas de amistad, ò amor avian
cedido entre aquella muger,
ro, para que tan facilmente
lasse conmigo su hacienda, y
a que yo me persuadiesse, à
avia sencillèz en aquel tra-
La resolucion de esto es, que
tengo por sospechosos ofreci-
entos, y caricias de gente no
ocida. Y es yerro sujetar-
obligaciones, cuyo principio
tiene fundamento; y assi es lo
cierto en semejantes ofreci-
entos, agradecer sin aceptar,
el mayor contrario que un
año tiene, es no rechazarlo,
darlo à entender, sino en en-
diendolo, echarlo à buena
te, que el trato apacible, se-
ea todo lo que quiere. Y
cosas hallo, que grangean
oluntad general, y encubren
faltas de quien las usa, que
, cortesìa, y liberalidad; que
un hombre prodigo de bue-
cortesìas, y palabras amoro-
y no miserable de su hacien-
siempre engendra buena san-
gre, y mucho amor en los
que le tratan.

***

DESCANSO X.

YO no me arrojè tanto à la navegacion, por seber que viaje avia de llevar, como por huir de aquella embustera, y su traga sangre: y ansi me fue forzoso alargar mi viaje mas de lo que convenia, para disponer mi camino, para donde mejor me estuviera. Topeme entre los passageros uno, que dixo que iba huyendo, porque le avian levantado un testimonio muy pesado, y que avia puesto agua en medio, en tanto que, ò se averiguaba la verdad, ò se deshacia el mal nombre que avia cobrado. Tengo, le dixe, por yerro notable, bolver el rostro, y dexar las espaldas, que reciban los agravios, y heridas, cuyos golpes han de dexar cardenales irreparables. Que en tanto que parece la presencia del agraviado, cada uno quiere mas poner duda en el caso, que no arrojarse à manchar la reputacion agena. Y para la averiguacion de los delitos, el mayor, y mas evidente testigo, es huir el rostro. En poco estima su opinion, quien no teme las heridas de la lengua ausente. No ay hombre tan ajustado, que no tenga algun emulo y por no dar lugar à las assechanzas de este, no se ha de apartar de su vista, que los mal intencionados de qualquiera atomo toman ocasion para emponzoñar las intenciones del mundo, contra

quien desean vèr fuera de èl. Con estas, y otras cosas que le dixe le persuadi à que se bolviesse à Venecia, que me importò algo, porque desembarcandoi en el primer Pueblo que vimos (por ir costeando) me hallè cerca de Lombardia, de donde yo tomè la derrota de Genova, y èl la de Venecia, que por el buen consejo dexè de rodear mas de ducientas leguas, que ay por agua desde Venecia à Genova, à donde pensè hallar à Don Fernando de Toledo el tio; pero aviendo passado adelante, me di aquella noche (aunque borrascosa) tan buena priesa, que le alcancè en Saona, al tiempo que se queria partir. Fui recibido alegremente, que lo avia muy bien menester, por la melancolìa que traia conmigo nacida de una perpetua enfermedad de corrimientos (que siempre me ha traido corrido) à las partes hipocondricas. Venimos la buelta de España, dexando à la mano derecha la costa de Piamonte, y Francia, poco segura entonces por las Compañias que andaban de gente perdida, governada por su antojo, y voluntad, fuera de la de su Rey. No tomabamos puerto para lo necessario sino en las riberas, que mas comodas parecian, para assentar el rancho, dexando à buen recaudo, y custodia once Falùas en que veniamos. Comiamos, y buscabamos agua, y leña. Yo avia sacado de Genova una bota de diez azumbres de muy gentil vino Griego, que me hizo gran compañia, y amistad, hasta llegar à las pomas de Marsella, que son unos montones muy altos, y pelados, sin yerva, ni cosa verde, estèriles de arboles, y de todo lo demàs, que puede dàr gusto à la vista. Pues llegando à este passo (porque no fuesse sin trabajo la jornada) siendo mi Falùa la postrera, encallò muy cerca de estos pomas, en una que de el batidero de las olas tenia hecho un poyo, ò bancal bien largo. Assi como encallò, dixo el Arraez: Perdidos somos. Yo como sabia nadar, y vi cerca donde podia repararme, quiteme, y arrojè una saltambarca que traìa, y puseme al cuello, como tali la bota, que ya llevaba poca substancia, y a quatro, ò seis brazas lleguè al poyo de la poma; entre tanto desencallò la Falùa, y fueronse los Marineros, no haciendo mas caso de mi, que de un atun: y aunque les dì voces, ò no las oyeron, por el ruido de las olas, ò no las quisieron oir, por no ir contra su natural costumbre, que es ser impios, sin amor, y cortesìa, tan fuera de lo que es humanidad, como bestias marinas, agenas de caridad. Yo me hallè perdido, y sin esperanza de consuelo, si no era de Dios, y de el Angel bendito de la Guarda. Considerando, que avia de ser de mi,

sino era que à caso passaba alli algun baxel, ò Barco, que socorriera en tan apretada ne-
idad. Estuve desde las ocho
a mañana, hasta las dos de la
ie, esperando si passaba quien
pudiesse socorrer, teniendo
ianza, que aquel gran Cava-
) se avia de compadecer de
:rabajo, pero los Marineros
ron tan crueles bestias, que le
:eron que me avia ahogado.
de quando en quando me
ıtaba con mi bota, hasta to-
: determinacion en lo que
ı de hacer. Resolvime de en-
;arme à la tirania del mar,
ia insaciable, fiera, y cruel, y
ı esto desnudeme de coleto
muy gentil cordovan, y con
unta de la daga, y dos doce-
de agujetas que traygo siem-
que camino, cogilo por la
ınera falda brahones, y cue-
;an estrechamente, que pude
harlo, sin que el viento se sa-
se. Vaciè la bota del santo li-
;que avia quedado, y hin-
ndola muy bien, hizo contra-
o al coleto. Hice la misma di-
:ncia con las botas enceradas,
: asidas de las ligas, ayuda-
ı tambien à sustentar. Descal-
ne los valones, porque el
ıa se avia de colar por las fal-
ıueras, y quedème con solo el
on, y camisa, porque siendo
gamuza, no se rendiria tan
sto à la humedad. Y puesto de
ı manera, y acordandome que los caminos, guiados por Dios, son los acertados, le dixe de esta manera: Inmenso Dios, principio, medio, y fin sin fin de todas las cosas visibles è invisibles, en cuya Magestad, viven, y se conservan los Angeles, y los hombres, universal Fabricador de Cielos, y elementos, à ti que tantas maravillas has usado en este con tus criaturas, y que al Bienaventurado Raymundo, estrivando en solo su manto, por tantas leguas de agua guiaste à salvamento, y en este mismo lugar à los Marineros, que se iban tragando las indomables olas, con solo un fuego de tu siervo Francisco de Paula, aquietandolas libraste de la muerte, que ya tenian tragada. Por el Nacimiento, Muerte, y Resurreccion de tu sacratissimo Hijo, Redemptor nuestro, te suplico, que no permitas que yo muera de mi elemento. Y luego dixe al Santo Angel de mi guarda: Angel mio, à quien Dios puso para guarda de este cuerpo, y alma, suplicote, por el que te criò, y me criò, que me güies, y ampares en este trabajo. Y dichas estas palabras, y asido muy bien de mi brazo, me arrojè con muy gentil animo sobre el coleto, y la bota, comenzando à usar de mis quatro remos valerosissimamente, no de manera que me cansasse, porque como llevaba el Barco de viento, iba braceando poco à poco, de

de modo, que no se rindiesse la fuerza al cansancio. No ossaba imaginar en la profundidad de agua, que llevaba debaxo de mi, por no desalentarme, ni ossaba pararme, porque bien sabia yo, que mientras el cuerpo hace movimiento, no le acometen los hambrientos animales marinos: y si alguna vez sentia flaqueza en los remos, tendialos sobre el agua, fiandolo demas del Barco, que alguna vez me consolaba con la fragancia que salia de la bota, que iba muy cerca de las narices: comenzaba à rezar; pero dexando, porque me faltaba la respiracion, que para semejante conflicto es muy necessaria. Anduve una hora, yà descansando, yà navegando, hasta que comenzò à refrescar un viento, que venìa de Africa, y me traìa àzia la tierra, que me era forzoso resistirlo, porque no diesse conmigo en una poma de aquellas que tengo dichas, y me hiciesse pedazos. Pero estando en este ultimo peligro, descubri una Caleta, con que respirè con nuevo aliento, y caminando, ò, navegando àzia ella, el mismo viento Meridional, me ayudò milagrosamente. Yà que llegaba tan cerca, que descubri muy bien toda la Caleta, vi à la orilla de ella un hombre merendando, que me diò nueva fuerza con verle, y que comia. Pero de la misma manera que yo me alegrè, y esforcè con verle, èl se espantò de mi, entendiendo que fuesse alguna vallena, ò monstruo marino. Vino una ola tan grande, que me llevò tan cerca de la Caleta, que hice pie, y al mismo punto el hombre espantado echò à huir à la tierra adentro. Y un lebrel que con èl estaba, saltò al agua contra mi, y lo passàra mal, sino fuera por la daga, que siempre me acompañò, porque picandole con ella, saltò en tierra, y fuesse huyendo tràs su amo. En las Caletas siempre està sossegada el agua, y como yà hacia pie, sali à tierra, hinquè las rodillas ambas en ella, dando gracias à la primera causa; pero puestos los ojos en la merienda que el otro avia dexado, mireme con mi bota, y coleto, cosidos con el jubon, y las botas enceradas, que tambien hacian su figura, y no me espantè, que me tuviara por cosa mala. Arremetì con un pedazo de pan, y otro de queso, que avia dexado con un jarro de vino, y sacando el vientre de mal año, jurarè, que en mi vida comi cosa que mas bien me supiesse. Pero estando con el jarro en la boca, vinieron diez, ò doce hombres, *cum fustibus, & armis*, que los avia movido el huidor, à matar la vallena; y como no la hallaron, preguntaronle al buen hombre què donde estaba, y à mi si

la avia visto. El quedò confuso, yo respondì en Italano: que no osè en Español, que alli no avia llegado vallena, ni otra cosa que pudiesse parecerlo, sino yo, del modo que me veìan, y que aquel hombre avia huido, por dexarme la merienda. Riyeronse de èl, dieronle matraca, llamandole de borracho, y otras cosas, en lengua Francesa, con que riyeron harto, y à mi me tuvieron lastima de verme tan mojado, y desnudo. En el mismo tiempo venia una Falùa con doce remeros, por mandado del Maestre de Campo à buscarme; porque les dixo que avia de ahorcar al Arraez, sino me llevaban vivo, ò muerto. Hiceles señas con la vota, que era la mayor que yo podia dàr para mi conocimiento, y su gusto, y luego dieron la buelta à la Caleta, à donde me hallaron puesto al Sol, mas afligido que perro manteado, temblando, y encogido. Echaronme en la Falùa, todos admirados de verme vivo, aviendo passado tal trabajo, en tantos años de edad, que ya tenia cerca de cincuenta. Llevaronme à Marsella, donde aquel gran Cavallero, amado, y conocido de todo el mundo, me acariciò, y regalò, aunque como aquel trabajo me cogiò en años crecidos, siempre me durò, y todos los Inviernos me resiento de aquella humedad, y frialdad. Pareci yo en esto à un escarabajo, que estando en compañia de un caracol, recogido por miedo del agua, confiado en sus alillas, se determinò de bolar à buscar lo enjuto, y en levantandose, dixo el caracol: Allà lo vereis; y le dio una gota gruessa, y lo arrojò en el arroyo de la creciente: confiado yo, en que sabia nadar, y los otros no, arrojeme al charco de los atunes, como dice Don Luis de Gongora, donde me pudiera suceder, lo que al escarabajo, si Dios no lo remediara, que para una bestia tan cruel, y desleal como el mar, no aprovecha saber nadar; que echarse un hombre en el mar, es echarse un mosquito en la laguna Urbion. Los animales de la tierra, estàn enseñados à tratar con un elemento, fiel, amigable, suave, y apacible, que donde quiera dà acogida, y sustenta al cansado: pero el mar ingrato, tragador de los bienes de la tierra, sepultura perpetua de lo que en èl se esconde, que se sale à la tierra à vér si puede llevarse à dentro lo que està en la orilla, hambriento animal de todo lo que puede alcanzar, assolador de Ciudades, Islas, y Montañas, embidioso enemigo de la quietud, verdugo de vivos, y despreciador de muertos, y tan avariento, que estando lleno de agua, y de peces mueren en èl de sed, y de hambre, què puede hacer, sino destruir à quien de èl se fiare? Y assi parece, que con

sola la mano de Dios puede hacerse, lo que estos dias passados sucedió en la toma de la Mamora à Don Lorenzo, y al Capitan Juan Gutierrez, à este, que nadando, y sin ayuda, y con muchos años à cuestas quitò à cinco Moros un Barco, en que iban, y à Don Lorenzo, que aviendo nadado toda la noche azotado de las levantadas olas, llegando al Barco donde pudiera descansar de tan inmenso trabajo, alentandose con fuerzas sobrenaturales dixo: Que no queria entrar en el Barco, porque recogiessen à otros que venian àtràs mas necessitados que èl, y passò adelante. Caso es pocas veces, ò ninguna visto. Yo llevè mi trabajo, y una reprehension por el atrevimiento; porque la confianza me pudo costar la vida, que yo realmente, por mostrar que sabia nadar, y que tenia animo desvanecido para atreverme, fue causa de arrojarme tan sin consideracion, aunque de las cosas tan arrevatadas dà poco lugar el discurso: pero mejor fuera aguardar la fortuna de todos, que anticiparme con la mia, que tan poco favorable me ha sido, que quando la vanidad engendra el atrevimiento, ha de ser en los que tienen experiencia en su buena fortuna: pero de què importancia me podia ser à mi cobrar fama de nadador, no siendo renacuajo, ni delfin, ni aviendo de ser Marinero? Ella fue vanidad, temeridad, y disparate.

DESCANSO XI.

Llegamos à España, desembarcamos en Barcelona, Ciudad hermosa en tierra, y en mar, abundante de mantenimiento, y regalos, que con oìr hablar en lengua Española, parecian suaves, y substanciosos: y aunque los vecinos tienen nombre de ser un poco asperos, vi que à quien procede bien, le son apacibles, liberales, acariciadores de los forasteros, que en todas las Republicas del mundo quieren que el forastero, con el buen proceder, obligue à la amistad. Si el que no es natural parece humilde, y vive sin perjuicio de los naturales, tiene grangeada la voluntad de todos, porque junto su buen termino con la soledad que padece, engendra piedad, y amor en los pechos naturales. Todos los animales de una misma especie se llevan bien unos con otros, aunque no sean conocidos, sino son los hombres, y los perros, que teniendo mil buenas propiedades, con que suelen admirar, tienen esta propiedad bajissima, que todos muerden al pobre forastero, y le matan si pueden. Y esto mismo corre por los hombres, si el advenedizo no es como debe ser, entrando en jurisdicion agena: y lo

que

que mas ofende à los naturales, es, solicitarles las mugeres, que en lo que mas se ha de remirar el huesped es en esto, que basta teniendo agrado, para llevarse los ojos de la voluntad de todos tràs de si. Muchos se quexan de Pueblos donde han estado fuera de su Patria, mas no dicen la ocasion que dieron para ello: Alaban sus tierras de madres de forasteros, y no miran por què camino les han obligado, para tratarlos bien. Yo sè decir, que en toda la Corona de Aragon hallè padre, y madre, y en Andalucia grandes amigos, sino son de la gente perdida, que solamente tratan de hacer mal: estos en todo el mundo son enemigos de la quietud, reboltosos, inquietos, levantados, y sobervios, enemigos del amor, y la paz. Mucho me divierto para llegar à Madrid, que deseado lo tenìa. Lleguè, y hallè muchos amigos deseosos de verme: hice asiento con un granPrincipe, muy amigo de Musica, y Poesìa, que aunque siempre huì del escuderage, me fue forzoso acudir à èl. Entrè en su gracia muy de improviso, fui muy privado, y favorecido suyo; y como yo venia harto de passar trabajos, viendome con demasiado regalo, acometiòme la poltroneria, y engordè tanto, que comenzò la gota a martirizarme. Di en tener pajarillos, y entre ellos en regalar à un pardillo, muy superior à los demas en su armonìa, aunque su consonancia muy concertada. Haciale abrigar en mi aposento de noche, donde una de ellas sentì toda la noche crugir cañamones, contra la costumbre de los pajaros. En amaneciendo fui à mirar mi pajaro, y hallè en compañìa suya un ratoncillo, que de lo mucho que avia metido de los cañamones, hizo tanta barriga, que no pudo tornar à salir. Dixe entre mì: Este ratoncillo por aver comido tanto, ha buscado su muerte. Yo voy por el mismo camino, que si un raton con sola una noche de regalo ha engordado tanto, yo, que todos los dias como, y ceno mucho, y muy regaladamente, què sin pienso tener, sino la enfermedad que he cogido, y alguna apoplegìa que me acabe presto? Quitème las cenas, que con esto, y el exercicio me he conservado, que realmente esto de comer à costa agena, engorda demasiadamente, porque se come sin miedo, y quien no se và à la mano en esto, està muy peligroso para una enfermedad. Han de comer los hombres mantenimiento, de que sus estomagos sean capaces, porque sino, ò serà forzoso bomitar la comida, ò poner en peligro la vida, como la perdiò el raton. Fuera de que los demàs miembros del cuerpo tienen embidia al estomago, porque todos han de trabajar-

bajar, porque èl solo engorde, quando sino pueden llevarlo à cuestas, le dexan caer, y dàn con èl en la sepultura. Yo vi, que iba camino de esto, y retirème à comer poco, y cenar nada, que aunque al principio se lleve mal, con la costumbre se puede alcanzar todo. Miren los que engordan mucho, el peligro en que se ponen, que ni la edad siempre es una, ni los mantenimientos de una calidad, ni los que los dàn de una misma intencion, ni el tiempo corre de una misma manera. El que naciò gordo, que siempre sea gordo, no es maravilla, que yà estàn enseñados sus miembros à sufrirle; y traerle à cuestas; pero el que nace flaco, y delgado, y en breve engorde, sospecha pone su duracion, y su vida. Como puse enmienda en mi comer, y beber de noche, fuesse consumiendo la gordura un poco, y yo sintiendome mas agil para qualquiera cosa. Que ciertamente la poltronerìa manca, y tulle los hombres. Con esto me tornè inquieto, que fue causa, que el Principe à quien servia, con la ayuda de los congraciadores, se entibiò en favorecerme, y yo en servirle, que los señores son hombres sujetos, no solo à las estrellas, pero tambien à sus passiones, y apetitos: y quanto mas superiores son, tanto mas *presto se* cansan delas acciones de sus criados, que quien los sirve, es necessario que renuncie su voluntad, y se ajuste con la del Principe: y es razon, que quien se dispone à servir, sacrifique su gusto, à quien le dà su hacienda; porque todos quieren ser bien servidos, aunque he visto muchos señores, de tan piadosa condicion, que llevan con mucho valor, y paciencia los descuidos de los criados; pero lo contrario es lo mas ordinario.

DESCANSO XII.

CON este poco caso que mi amo hacia de mi, tenia libertad para passearme de noche, no para cosas ilicitas, porque ni yo tenia edad para esso, ni mis trabajos me avian dexado tan holgado, que pudiesse acudir à cosas de mal exemplo, ni es razon que en ninguna edad se hagan, sino à tomar un poco de fresco, que las noches de Verano en Madrid son para esto aparejadas. Ibamos todas las noches unos amigos, con nuestros rosarios rezando, no àzia el prado, por huir el mucho concurso de la gente, sino à calles solas, que por mucho que lo sean, siempre ay la gente, que basta para compañia. Alexamonos una noche, hasta llegar cerca de Leganitos, dixome mi amigo: Parad aqui que vais cansado, al fin sois ya viejo. Piqueme, y dixele: Quereis, que cor-

ramos una apuesta, y veremos, quien està mas viejo? Riose, y dixo que sì. Pusimonos en orden para la carrera, y aun en esta sencillèz hallò el demonio en que perseguirme. Estaba un mozo à la puerta de su casa (que ansi lo entendimos) y dimosle, que nos tuviesse las capas, y las espadas, en tanto que passabamos la carrera: apenas comenzamos à correr, quando dixo una muger: Ay que me han muerto, por una gran cuchillada, que le dieron en el rostro, y apenas diò ella el grito, quando se aparecieron dos, ò tres Alguaciles, y como ibamos corriendo, asieron de mi, que iba delantero en la carrera, y luego del otro, que ay muchos Tribunales en Madrid, y en cada uno mas varas que dias tiene el año, y con cada vara cinco, ò seis vagamundos, que han de comer, y beber, y vestir de su ministerio. Asieronnos como à hombres que iban huyendo por delito. Pidieronnos las espadas, señalamos la casa donde las dexamos; el mozo se avia acogido con ellas, y las capas, porque no vivia alli. Como nos cogieron en la mentira (que no aviamos dicho) llevaronnos à la muger herida, y con el coraje que tenia de su agravio, dixo, que quien se le avia dado echò à huir: y como nosotros ibamos coriendo, aunque no huyendo, assentòseles à los Alguaciles, que sin duda eramos nosotros. Llevaronnos à la Carcel de la Villa, sin espadas, ni capas, donde yo entrè con toda la verguenza del mundo, que no la tuve para desafiar al otro con mis años, y la tuve para entrar en la Carcel sin capa. El alboroto fue mucho, el delito sonò malissimamente. Porque dos hombres, no niños, ni de la primera tixera, acometieron una hazaña como aquella contra una muger miserable. Y el mismo que lo avia hecho, como despues con buenos indicios averiguè, vino tràs nosotros; y los Alguaciles, que si fueran como deben, no se precipitàran à hacer un borron tan infame, y si pusieran los ojos en la justicia, y no en el provecho, averiguàran el caso, còmo à ellos les valiera algo la prision, y à mi no me pusieran en mal nombre. Si ellos tuvieran consideran, miraràran que dos hombres que iban sin capas, sin espadas, sin sombreros, sin daga, ni cuchillo, ni otra cosa ofensiva, y corriendo parejas, no avian de salir de su casa, para una cosa como aquella, tan desapercibidos, no pareciendo en toda la calle instrumento con que se pudiera aver hecho. No preguntaron palabra à nadie en toda la calle, para averiguar la verdad, como lo hacen siempre. Y dado que los Alguaciles quisieran justificar la causa, la priesa que les daban ayudantes, no dexa-

ran hacer cosa buena, por no hacer novedad en su costumbre. Al fin nos echaron grillos, y fue la causa el Theniente, que informado de los Alguaciles como quisieron, vino à la Carcel con intento de darnos la tortura, mas como oyò las razones que arriba dixe, y como apartandonos, hallò que concertabamos en el dicho, estuvo perplexo, y no se determinò à cosa. Echaronnos grillos, que estuvimos dos, ò tres dias con ellos. Fuesse siguiendo la causa, y como no se hallò el delinquente, por el indicio de ir corriendo, quando se diò la cuchillada, nos llevamos allà tres meses: echaronnos en un calabozo, donde estaba un preso antiguo, bermejo, de mala digestion, con unos vigotazos que le llegaban à las orejas, de que se preciaba mucho; porque eran tan gordos, y zurcidos, que parecian cabos de cyrio amarillo. Este tenia de suerte supeditada la Carcel, que no se hacia entre los presos mas de lo que él queria. La gente menuda temblaba de èl, y le servian con mucha puntualidad, y à otros no ossaban hacer un mandado, porque èl no gustaba de ello, y si lo hacian, torciendose el vigote, decia: Pues por vida del Rey, si me enojo, que al picaro, y à ellos les dè mil palos. De manera, que el rato que estaba fuera del calabozo, no se podia vivir, que realmente era Marcial, y ocasionadissimo para que se perdiessen todos con el. Estuvo dos, ò tres dias enfermo, y no saliendo del calabozo, gozamos de paz, y quietud, que todos se holgaban de ello, mas en saliendo tornò à su ruin costumbre. Yo me vi tan rematado, que determinè de hacer, que en muchos dias no saliesse del calabozo, y comunicandolo con mi compañero, dixo: Mirad lo que haceis, no sea la prision mas larga de lo que pensamos. Y preguntandome, còmo avia de hacer para que no saliesse fuera, respondile: Cortandole un vigote. No os pongais en esse peligro, dixo èl, por amor de Dios. Yo no os pido, le dixe, consejo, sino ayuda. El tenia costumbre siempre de dormir boca arriba soplando, por no estragar la grandeza de sus vigotes. Hice amolar muy bien unas tixeras largas, y dexèlo acostar à èl, y à todos los demàs del calabozo antes que nosotros, que nos traìa tan sujetos, que en acostandose no se avia de mover nadie. Cogi al primer sueño las tixeras, y alumbrandome mi compañero, dile una gentil tixerada, con tanta sutileza, que le llevò todo el vigote, y èl no despertò, y de todos los presos nadie me sintiò sino mi compañero, que le diò tanta tentacion

de risa, que por poco recordàra, que como le quedò el otro tan grande, parecia Toro de Hercules, con un cuerno menos. Dormimos aquella noche, y yo me hice del enfermo, quexandome de la mala cama; pero levantéme quasi junto à èl, ò primero, con mi rosario en la mano rezando, por verle como llevaba el negocio. En subiendo arriba, miraronle todos espantados, sin decirle palabra. Pero èl dixo en saliendo: Ola picaros, dad acà agua de manos. Vino un picaro con un jarro calderesco, echòle agua, y lavòse las manos. Luego acudiò al rostro, y levantandolo, tomò el vigote intacto con la mano derecha, luego bolviò à tomar agua, y fue à asir el otro con la izquierda, quatro, ò cinco veces, y como se hallò sin èl, fue tan grande su corage, que sin hablar palabra, metiò el otro vigote en la boca, y se lo comiò, entrandose en el calabozo. Yo dixe, como èl lo pudiesse oìr: Esto ha sido muy gran bellaqueria, la mayor del mundo, que à un hombre tan honrado, le ayan ofendido en lo que mas se miraba, y estimaba. Estas, y otras cosas le dixe, con que le pude quitar la sospecha, que pudiera tener de mi. Pero mirando lo que es razon digo, que un hombre que està en superior grado, se estime, y haga respetár; vaya en horabuena; mas que un desdichado, que està en medio de su infelicidad, en el cieno de la tierra, que es la Carcel, siendo sobervio, merece que una hormiga se le atreva. Què tiene que vèr prision con sobervia? necessidad con valentìa? hambre con desvanecimiento? La Carcel se hizo para sujetar coleras, y malas condiciones, y no para inventar agravios: aunque ay algunos barbaros tan remontados, que, ò por desesperacion, ò porque los tengan por valientes (siendo acà unas ovejas) se hacen en la prision leones, en lugar à donde con mayor humildad, y ansias de corazon se ha de clamar à la misericordia, sea justa, ò injusta la prision. El se acabò de quitar la barba azafranada. Y como una desdicha sigue à otra, en este trabajo le llamaron à visita, para vèr su negocio. Dixo un Procurador: Està en el Noviciado, que se ha entrado Frayle Motilòn. Traiganle, dixo el Theniente. Subiò por fuerza, y con toda la verguenza, y humildad del mundo, porque debia de tener la valentìa en los vigotes, como Sanson en el cabello. Assi como entrò, fue la risa en la sala tan grande, que el Theniente le dixo: Bien pareceis assi, y bien aveis hecho, porque no tengan que rapar en las galeras. A que èl res-

respondiò: V. m. habla como Juez, que nadie se me atreviera à decir esso. Leyeronle su causa, que era sobre aver dado una puñalada à un miserable en la casa publica, delante de diez, ò doce testigos, y nombrandolos, dixo el agressor: Mire V. m. que testigos son los que juran contra un hombre tan principal como yo, quatro corchetes, y quatro sellencas. Dixo el Theniente: Pues queriades que estuviessen para testigos en essa casa el Prior de Atocha, ò algun Frayle Descalzo? No arguìs bien. Tornaronle à encerrar en el calabozo, y de alli adelante le llamaban el Padre Fray Rapado. A nosotros nos echaron libres, pero gastados. No quiero yo alabar lo que hice, porque bien sè, que no se han de hacer males, aunque de ellos resulten bienes; pero tambien sè, que es menester que perezca uno, porque no perezcan todos. Quitar de entre nosotros à quien nos escandaliza, permitido es. El que se estima, estimese, mas no ha de ser con superioridad impertinente: los fanfarrones con tyranìa, tienen à todo en mundo por contrario. Los hombres ocasionados à los muy humildes hacen salir con rebeses que no pensamos, Yo he visto siempre, que estos habladores sobervios, que quieren supeditar à otros, en hablandoles recio un hombre callado, y llano, se rinden à callar. Que son como las ruedas del coche, que mientras vàn por piedras vàn haciendo ruido, mas en llegando à lo llano, luego vàn con mucho silencio. A este desatinado desvanecido, fue necessario por algun camino humillarlo, y ninguno pudo ser mas à proposito, que privarlo de tan inmenso cuidado, como traìa con aquellos rabos de zorro.

DESCANSO XIII.

SAlimos de la Carcel al cabo de tres meses, porque dimos muy gentiles descargos; pero tan gastados, que no teniamos tràs que parar, porque para poder comer el dia siguiente, yo fui à vender unas botas escuderiles, y mi compañero una maleta ratonada, que es muy de escuderos, por no tener un cofre, guardar los pedazos de pan en semejantes halacenas, receptaculo de ratones. Estando vendiendo nuestras prendas, embiò Dios à un hidalgo muy bien puesto, y doliendose mucho del testimonio que nos avian levantado, dixo, que cierto gran Cavallero, que avia sabido nuestra desgracia, le embiaba à que supiesse lo que se avia gastado en nuestra prision, y que movido con entrañas de misericordia, le avia dado en doblones lo que dixessemos

mos que nos avia hecho de daño. Yo conocile, pero antes de declararme, le dixe: Señor, essa obra de Dios viene, que sabe nuestra necessidad, que es tanta, que vendemos nuestro ajuar para comer oy. Lo que nos cuesta, seràn cien escudos, poco mas, ò menos; y en diciendo esto sacò cinquenta doblones, y nos los diò. En viendolos en mi mano, dixe: Esto es quanto à la costa, pero quanto al gusto que V. m. recibiò de la venganza, y el disgusto que nosotros passamos, que satisfacion puede aver? que bien le conoci aquella noche que nos fue siguiendo hasta la Carcel. Respondiò cuerdamente. El prenderos fue desdicha vuestra, el pagar es obligacion mia. Como yo no os di la desdicha, no puedo satisfacerla; y si todos los desdichados tuviessen recurso à satisfacion, no serian desdichados. Yo como tuve ventura para no padecer, tengo piedad para compadecerme: otro pudiera ser, que no miràra lo uno, ni lo otro. Muchas desdichas suceden à los hombres por secretos juicios de Dios, de que no podemos pedirle quenta. Las desdichas no estàn en nuestra mano, ni estuvo en la mia, hacer que fuessedes aquella noche corriendo, que esso fue voluntad vuestra: Y os sè decir, que me pesò en el alma del hecho, no por la cuchillada, sino por vuestro trabajo. La desdicha fue, que la cara de la otra, y la carrera de vuestros piès cayeron en un dia. Aveis sido tan prudente en esta desdicha, que os he tenido embidia; que quien se acuerda, y pacientemente en la adversidad, es señor de sus acciones, y las desdichas le acometen con temor. Y si como puedo satisfaceros el daño, pudiera poner la fortuna debaxo de vuestros pies, yo os hiciera felicissimos; pero ya que en esto no lo fuisteis, fuisteislo en cortar el rigore al otro, saliendo bien de ello. Que como vos, por discurso bueno aveis hechado de ver mi travessura, yo por vuestro dissimulo conoci la vuestra. Aunque el hidalgo hablò tan bien, yo estaba tan contento, y alborotado, con vèr en mis manos aquel metal, tan semejante à la luz del Sol, que no supe replicarle, sino agradecerle, y estimar su cordura, igual con su piedad. Yo me hallè tan harto de trabajos, y desventuras, que determinè de dexar la Corte, despues de aver andado algunos dias de mala vẽtura, sirviendo del escuderage, q̃ tan forzoso me ha sido, aborreciendolo como à una culebra. Fuime à despedir de un Cavallero amigo, que no avia visto muchos dias avia, y hallandole muy melancolico, y desgraciado, le preguntè què tenia. Respondiome, que ni podia dormir, ni comer, ni tomar descanso

en

en cosa. Pues si haceis, dixe, lo que yo os enseñare, sanareis de todas essas tres cosas. Como, si lo harè, respondiò, aunque cueste todo mi mayorazgo. Pues levantaos mañana en amaneciendo que yo os llevarè donde cojais una yerva, que os sane de todos essos males. Levantòse, ò hicele levantar de mañana, y mandò poner el coche: yo le dixe que no haria la yerva provecho, sino iba à pie, y dexando el coche, le llevè àzia San Bernardino, Convento de los Recoletos Franciscos, diciendo, que estaba la yerva alli, y que la avia de coger con sus manos. Hicele andar de manera, qua iba jadeando, como podenco con sed, y tanto, que de cansado, se assentò en el camino. Preguntèle, si descansaba. Respondiò que sì: pues sabeis, porque aveis descansado? porque os cansasteis: y en las sillas de descanso de vuestra casa no descansais, porque no os cansais. Hicele llegar à San Bernardino, y bolver à su casa à pie, con muy buena gana de comer. Comiò, y bebiò con gana, y luego se acostò, y durmiò muy bien. dixele luego: Quien no se cansa, no puede descansar; y quien no tiene hambre, no puede comer, quien no tiene falta de sueño no puede dormir, no se quexe, quien no hace exercicio, de males, y enfermedades *que le vengan*, que la poltronerìa es el mayor enemigo que tiene el cuerpo humano. El exercicio à pie restaura los daños causados de la ociosidad. Los cavallos mas exercitados, son mas de dura, y brio. El pescado del mar Occeano, es mejor que del Mediterraneo, porque està mas azotado por aquellas cabeenas ondas de las olas mas continuas, y furiosas: los hombres trabajados estàn mas enjutos, y para mas que los holgados; y assi son todas las cosas, que un hombre que trabaja mas que otro, es mas poderoso, entiendese con igual capacidad. Holgòse mucho, y de alli en adelante diò en hacer exercicio à pie por la mañana, y por la tarde, con que se hallò muy bien, y con entera salud, y agradeciòme la estratagema de que usè, para quitarle de la ociosidad que le tenia impedido, sin gusto, y sin salud, y hizome un grande regalo. Anduve por Madrid algunos dias, donde fui Ayo, y Escudero del Doctor Sagredo, y su muger Doña Mergelina de Aybar, hasta que los dexè, ò me dexaron.

DESCANSO XIV.

DEterminè de quitarme de tanto ruido, como el de la Corte, y buscar quietud en tierra mas templada, que es Castilla, yendome al Andalucìa, donde los Gentiles pusieron la

quie-

quietud de las Almas Bienaventuradas, à su modo de creer, diciendo, que en passando el rio Leteo (que aun todavia conserva el nombre de Guadalate) se olvidaban de las cosas de la tierra, y todo lo demàs passado, que la excelencia del temple, abundancia de regalos, apacibilidad de Cielo, y tierra, les hizo dàr en este error: que los mas templados son mas aparejados para la conservacion de los viejos, y como me hallè con dinerillo, compré una mula, que me la dieron barata, por tener esparabanes en los pies, y un ojo passado por agua, pero caminaba razonablemente, con que fui mi camino encomendandome à Dios, y al Bendito Angel de la Guarda. Iba solo, porque por no caminar à gusto ageno, se puede un hombre ir à pie, que es cansada cosa, aver de paràr yo donde el otro quisiere, y no quando yo fuere cansado, ò se me antojare paràr. Al fin, como me vi con dinero, quise caminar à mi modo. Hacia muy grande calor, y aviendo salido muy de mañana, para hacer medio dia en la Venta de Darazutan, fue tan excessivo el fuego que entrò con el dia, saliendo de aquellas matas unas exhalaciones abochornadas, que me abrasaban el rostro, que me quedàra mil veces, si hallara lugar aparejado para ello. Vi la Venta desde lexos, aunque se parece poco por los chaparros, y arbolillos que la encubren, me parecia que al mismo passo, que yo llevaba, ella se alexaba de mis ojos, y la sed se me aumentaba en la boca: no creì, que pudiera llegar à ella, hasta que oì musica de guitarras, y vozes que salian de la misma Venta: aora, dixe, no me puedo engañar, y entrando, hallè mucha gente que iba, y venia, haciendo medio dia. Alentème con vèr una tinaja de agua, de que siempre he sido muy apassionado. Refresqueme, y puseme à oir la musica, que siendo ella de suyo manjar tan sabroso al oìdo, es de creer que en aquella soledad, llena de matas, y apartada del poblado, pareceria mucho mejor su melodìa, que en los Palacios Reales, donde ay otras cosas, que entretienen. Como el calor estaba en su punto, y la Venta muy llena de gente, fue menester la suspension, que la musica pone, para poder llevar la siesta con algun descanso, que esta facultad, no solamente alienta el sentido exterior, pero aun las passiones del alma mitiga, y suspende: y es tan señora, que no à todos se da por grandes ingenios que tengan, sino a aquellos à quien naturaleza cria, con inclinacion aplicada para ello, pero los que nacen con ella, son aptos para todas las demas ciencias, y assi avian de enseñar à los ni-

niños eſta facultad; primero que otra, por dos razones; la una, porque deſcubran el talento que tienen: la otra, por ocuparlos en coſa tan virtuoſa, que arrebata todas las acciones de los niños con ſu dulzura. Aunque un Autor moderno inadvertidamente dice, que los Griegos no enſeñaban à los mozos el primero tono, como ſino fuera el mas grave que muchos de los otros, fue por ignorar la facultad que quiſo decir, que no les enſeñaba muſica laſciva, que como por el oìdo entran en el alma las eſpecies: ſi es honeſta, y grave, la ſuben à la contemplacion de ſu Hacedor: ſi es deshoneſta, con demaſiada alegria, la ponen en penſamientos laſcivos. Y es tan juez el oìdo de eſta facultad, que me acuerdo, que un mozo que cantaba con mucha alegria, vino à enſordecer, y pidiendole deſpues que cantaſſe, teniendo la voz tan buena como de antes, hacia tan grandes diſparates, que ſe reian todos los que le oìan cantar, que realmente el oìdo es la clavija de la voz humana. Eſtos Muſicos cantaron con tanta gracia, que deſpues de aver comido, ſe paſsò la ſieſta alegremente. Sacò uno de ellos un demoſtrador, para vér que hora era, encareciendo mucho la invencion de los reloxes, al qual dixe, que lo miſmo que él avia *hecho con* el demoſtrador, ſe podia hacer con hincar una paja, ò palillo en el ſuelo, mirando los dedos de ſombra que hacia, y con una vaſija de agua (faltando el Sol) haciendole un muy ſutil agujerito, y ſeñalando las horas con lo que và menguando, y otras invenciones que ſe pueden hacer. Paſsòſe lo demàs que reſtaba, para caminar, en alabar cada uno ſu profeſsion, y las invenciones à que mas eſtà inclinado; tomando ocaſion de la invencion de los reloxes. Tratòſe de la Aſtrologìa, y de la Muſica, de la invencion de la memoria artificial, porque ſe hallò un Cavallero Oidor de Sevilla, que hacia milagros con ella. Dixo un Eſcudero viejo, que eſtaba en un rincon eſpulgandoſe: Todas quantas invenciones han dicho vueſſas mercedes, no tienen que vér con la invencion de la aguja: rieronſe todos, y èl corrido, con mucha colera, dixo: Si no les parece que es aſsi, haganme merced de echar un remiendo con un pedazo de Aſtrologìa. A lo qual dixo el Licenciado Villaſeñor: Cada uno alaba aquello, de que ſe halla mas capàz: eſte ſeñor Eſcudero puede hablar de eſta materia, porque uſa mas del miniſterio del agujero. Yo no ſoy ſaſtre, reſpondiò, ſino un Eſcudero tan calificado, y tan antiguo, que todos mis paſſados, deſde Nuño Raſura, y Lain Calvo, han ſervido à los Condes de Le-

Lemos. Y ſi aora voy à pie, es porque tengo mis cavallos dandoles verde en las puentes de Eume. Y con eſto echò ſobre la guarnicion de la eſpada unas calzas viejas, y poniendoſela al ombro, cogiò las del martillado. Bien es, dixe yo, que cada uno ſe precie de lo que profeſsò. Que en Madrid avia un Verdugo, que induſtriandole à un muchacho ſuyo en una horca, que tenia en ſu caſa, còmo ahorcaria à un hombre ſuavemente, y no pegandoſele al muchacho la profeſsion, y aborreciendola; le dixo el Verdugo: O llevete el diablo, que no ſe te puede pegar coſa buena, pues yo te pondrè à zapatero, y morderas el zumaque. Ya que nos queriamos partir, dixo el Oìdor: Cierto que me dixeron ayer, que buſcaba cavalgadura para venir eſte camino Marcos de Obregon, hombre de buen guſto, y partes, à quien yo deſeo conocer. Aſsi es, dixe yo, yo le vì buſcar en que venir. Conocelo V. merced? preguntò el Oìdor Don Hernando de Villaſeñor. Yo reſpondì, ſi ſeñor, y es grande amigo mio: ſubimos à cavallo, ò à mula, y fueme preguntando, ſi ſabìa algunas coſas del ſeñor Marcos de Obregon. Yo le dixe unas redondillas muy nuevas, tanto, que no avian paſſado de mis manos à ſegunda perſona, y en oyendolas de eſpacio, me las repitiò luego el Oìdor de memoria. El ſe admirò de las coplas, y yo mucho mas de ſu memoria. Fuile diciendo muchas coſas, y èl refiriendomelas luego. Confeſsòme que era memoria artificial, pero que para aprenderla, era neceſſario tenerla muy buena, que ſin la natural ſe aprendia con mucho trabajo, y dificultad. Yo le dixe, por cierto la memoria es coſa, que parece divina, pues las coſas paſſadas las tiene preſentes: pero yo la tengo por verdugo de los hombres deſdichados, porque ſiempre les eſtà repreſentando los malos ſucèſſos, los agravios paſſados, las deſdichas preſentes, y las ſoſpechas de lo venidero, y la deſconfianza que tienen en todas las coſas, y ſiendo la vida (como es breve) ſe les abrevia mas con la continua repreſentacion de las infelicidades: y aſsi eſtos tales mejor les ſeria el arte del olvidar, que el de acordarſe. Quantas vidas avrà coſtado la memoria de las ofenſas, que ſino ſe acordàran no ſe vengàran? Quantos borrones ſe han hallado en muchas mugeres por la memoria de los favores, y disfavores? Tener buena memoria natural, es excelentiſsima coſa; pero gaſtar el tiempo en buſcar dos, ò tres mil lugares, pudiendolo gaſtar en actos de entendimiento, no lo tengo por muy acertado, porque para la memoria ſirve la

estampa, las imagenes, los colosos, estatuas, escrituras, edificios, piedras, señales de peñascos, rios, fuentes, arboles, y otras cosas sin numero, y para el entendimiento sola la naturaleza lo dà, y lo enriquece con la leccion de los Autores graves, y comunicacion de amigos doctos. He visto muchos Autores, que escriven de esta memoria artificial, y no he visto de estos obras en que se ayan esmerado, y dexado por ellas nombres de sus grandes ingenios, que aunque Ciceron, Quintiliano, y Aristoteles tocan algo de esta materia, pero no hacen libros de ella, como cosa inferior al entendimiento. Y assi Don Lorenzo Ramirez de Prado Cavallero muy docto en las buenas letras, assi de Poesìa, como de Philosofia, tiene muy sujeta la memoria artificial, que hace milagros con ella; pero no por principal objeto, sino por curiosidad: porque à quien le sobran tantas partes, no le faltasse esta. Y la historia que cuentan de aquel gran Poeta lirico Simonides, que aviendo caìdo una casa sobre muchos combidados, y estando de suerte desfigurados, que nadie los conoció, el dixo en que lugar estaba cada uno, nombrandoles por sus nombres. Yo entiendo que fue acto de memoria natural, y no artificial, *porque un hombre* que iba à comer, y brindar al banquete, con la libertad que entonces se usaba, no se avia de parar muy despacio à poner imagenes, ni figuras en lugares imaginados, naturales, y artificiales, ni acordarse cargando la imaginacion de mas carga de la que el vino les ponia, en tiempo que tan pocos aguados se usaban; y aviendo sido aquel mismo dia, yo creo, que sin artificio se hizo. El Autor de este libro aviendo salido de casa de sus padres niño estudiante, bolviendo con canas à ella, conociò, y nom[illegible] por sus nombres à todos los que avia dexado niños, hallandolos con barbas, y canas, y ningun nombre, ni costumbres dexò de decir, de quantos venian admirados de verle. Y no se dice por cosa de admiracion, que Cinea, Embaxador del Rey Piro, en dos dìas que estuvo en Roma, conociò, y nombrò por sus nombres à todos los moradores de ella. Mitridates, Rey del Ponto, negociaba con veinte y dos Naciones que tenia sujetas, en el propio lenguaje de ellos. Julio Cesar en un mismo tiempo leìa, escrivìa, dictaba, y oìa cosas importantissimas, y por esso se hace particular mencion de ellas. Que hombres ordinarios ay algunos que hacen milagros con la memoria natural. En Gibraltar avia un conocedor de Don Francisco de Aumada Mendoza, llamado

›nso Matheos, que à treinta
·bacas que avia en la Sanceda,
conocia à ellas, y à sus due-
,y las nombraba por sus nom-
i, dando à cada uno la que era
a:y à todos los vandoleros que
ian de diversas partes, de una
los conocia, y sabia los nom-
s. Todo esto he traido, para
no parezca memoria artifi-
la de Simonides, y para que
an, que con solo exercitarla,
umenta, y crece, como se vè
stos conocedores, que siendo
ibres toscos, muchos hacen
nismo que el dicho. Y en Ma-
l anda un gentil hombre, lla-
lo Don Luis Ramirez, que
lquiera comedia que vè re-
entar, và à su casa, y la escri-
oda, sin faltarle letra, ni er-
verso. Pero ay diversas ma-
as de memoria, unas que se
erdan de las palabras, y otras
se acuerdan de las cosas, co-
es Pedro Mantuano, que de
iras historias que ha leido,
olamente no se le han olvi-
o; pero en qualquiera tiem-
que le pidan, ò que se ofrez-
atar de alguna de ellas, las
e tan presentes, como quan-
as iba leyendo, y los nom-
propios contenidos en ellas,
los versos todos los que vè à
inda no se le olvida ninguno.
ido esto el Oìdor estuvo ca-
lo, y loando mucho la que
avia mostrado, y asi dixo,
la artificial mas era para
una ostentacion, que para estàr
siempre cansandole en ella, y
con ella. Y tornando à mis ala-
banzas, sin conocerme dixo, que
deseaba mucho conocer à Mar-
cos de Obregon; lo uno, por-
que eran vecinos en los Pueblos,
porque èl era de Cañete la Real,
y Obregon natural de Ronda. Y
preguntòme, què traza de hom-
bre tenia, y què trato, y què
proceder, y le respondì: La pro-
porcion, y traza de su persona,
es de la misma manera que la
mia, y el trato, y proceder del
mismo que el mio, que como so-
mos tan grandes amigos, yo le
sigo a èl, y èl à mi. Por cierto si
èl tiene, dixo el Oìdor, seme-
janza à la apacibilidad que vos
aveis mostrado, con mucha ra-
zon tiene el nombre que le dà
el mundo. El Oìdor por to-
do el camino me fue regalando,
de manera, que descubriò la no-
bleza heredada, y adquirida en
aquel viage, en su animo bon-
dad, y liberalidad. Ibamos por
toda Sierramorena, mirando co-
sas extraordinarias, que como
es tan grande, ancha, y larga,
que atraviessa à toda España,
Francia, è Italia, hasta que se
và à entrar en la mar por la ca-
nal de Constantinopla, aunque
con diversos nombres, avia mu-
cho que vèr, y notar en ella.
Topamos en un arenalillo una
culebra con dos cabezas, de que
se admirò el Oìdor, diciendo,

que lo avia oìdo decir, y hasta entonces no lo avia creìdo. Ni aun agora lo creo, dixe yo, que un cuerpo tenga dos cabezas: y notè, que no se movia bien, ni huìa de las bestias. Dixole à un mozo de mulas que le diesse con la vara, y èl lo hizo assi, y en dandole bomitò un sapo, que avia yà tragado, hasta la cabeza que estaba por tragar, con que se deshizo el engaño que deben tener muchos. Assi deben ser, dixo el Oìdor, muchas cosas que nos dicen, que nunca las vemos, como es lo de la salamandra. Yo estaba, le dixe, incredulo en esso, hasta que à dos personas de credito, y bondad les oì decir, que junto à Cuenca, en un Pueblecito que se dice Alcantuz, aviendose caìdo un horno de vidrio, hallaron pegada al mismo mortero donde baten las llamas del fuego, una salamandra. Y por ser persona de fè, y credito lo creì, y no se han engañado los que lo traen siempre por comparacion.

DESCANSO XV.

Como el hombre naturalmente es animal sociable, que apetece la compañia, el Oìdor se hallò tan bien con la mia, que no se sufriò un punto de division, en todo el camino que pudimos ir juntos. Tenia, *y tiene muy* gallardo entendimiento, con que movia de lo que se ofrecia à la vista muy gentiles questiones, à que yo le respondia lo mejor que pude, y supe. Y si algun hombre de traza se nos juntaba de su misma professìon, le sacaba preguntas, ò daba ocasion que se las hiciessen, à que respondia gallardamente. Pegòsenos un Clerigo de un Pueblecillo de por alli cerca, y yendo caminando iba rezando sus Horas en voz que lo pudiessen oìr los alcornoques, y robles, de suerte, que nos interrumpia la conversacion, y èl cumplia mal con su obligacion. Preguntòle el Oìdor: No se podria dexar esso para la noche, para que se hiciesse con el silencio, y devocion que se requiere? O señor, respondiò el Clerigo, diònos la Iglesia esta pension, que aun caminando avemos de rezar: por què no ordenarìa, que yendo un Clerigo cansado, y pensando en sus negocios, y en el fin que han de tener, no rezàra caminando? Respondiò el Oìdor: Porque la Iglesia no cria à los Clerigos para correos, sino para rezadores. Bien respondido està, dixo el Clerigo, y quedò con esto muy satisfecho. Topamos un muchacho medio rapado, que por no andar tanto como las cavalgaduras, en alcanzandole, preguntòle el Oìdor: A donde vas, mozo? El respondiò: A la

vejez. Oidor. No digo, sino que camino llevas? Muchacho. El camino me lleva à mi, que yo no llevo à él. Oidor de què tierra eres? Muchacho. De Santa Maria de todo el mundo. Oidor. No te digo, sino en que tierra naciste? Muchacho. Yo no naci en ninguna tierra, sino en un pajar. Oidor. Bien juegas del bocablo. Muchacho. Pues siempre pierdo, por bien que juego. Oidor. Este muchacho no debe ser parido como los otros. Muchacho. No he sido parido, sino me parieron. Oidor. Quiero decir, pues no dices donde naciste, no debiste de salir de madre. Muchacho. Pues soy yo rio para salir de madre? Oidor A fè que no tenis la lengua muy ruda. Muchacho. Si fuera ruda, no la traxera tan cerca de las narices. Oidor. Tienes padre? Muchacho. Antes por no tener muchos vengo huyendo, porque me metieron Frayle, y avia tantos Padres, que no podia sufrirlos. Oidor. Y es mejor andar como correo? Muchacho. Por huir de la correa, bien puede ser un hombre correo. Reimonos mucho con el muchacho, y en llegando cerca de una Ventilla, que està junto à un arroyo algo profundo, entre dos cerros, nos dixo el mozo de mulas: Aqui avemos de parar, porque nos daràn buen recaudo, y la Ventera es muy hermosa, y asseada, y si passamos adelante, avemos de caminar de noche mas de tres horas. El hizo fuerza, prometiendonos camas, que à lo que pareciò, la Ventera era su conocida, mas de lo que fuera razon. Entramos en la Venta, y luego se presentò la huespeda muy boquifruncida, vestida de un colorado obscuro, y una ropa encima de lienzo blanco, llena de picaduras, y preguntòme el mozo de mulas: Què le parece à V. merced? Yo le respondi: Pareceme assadura con redaño, y dixo el Oidor: Està vestida de Virgen, y Martyr. Bien dice V. m. dixe yo, mas està la castidad por defuera, y lo martyr por de dentro, y como ay muchas matas por aqui, està muy rota la castidad. Cada uno habla como quien es, dixo la Ventera. Bolvi la oja, porque la vi corrida del apodo, y el mozo de mulas enojado, y le dixe: La verdad es, que V. m. està muy asseada, y hermosa, que tiene cara, no para aqui, sino para estàr muy bien empleada. Quedò muy contenta, que era facil de condicion, y sacònos muy buenas perdices, con que cenamos. Ella muy contenta (despues de averle dicho que lo hacia como Cortesana) nos dixo: Camas avrà para vuessas mercedes, aunque para el friecillo que por aqui hace, ay pocas mantas. Dixo el muchacho fraylesco. De essas no faltaràn, que con las que hacen

hechado el mozo de mulas, se puede abrigar Burgos, y Segovia. No se burle conmigo, dixo el mozo de mulas, que le harè vèr estrellas à medio dia. Pues sois vos la Epiphanìa ? dixo el muchacho. Respondiòle el otro: Soy la puta que os pariò, y aun por esso, dixo el muchacho, sali tan grande bellaco. Dixeronse muy graciosas cosas el muchacho, y el mozo de mulas, con que se passò buen rato. El Oidor preguntò al muchacho: Di por tu vida, de donde eres? Yo, señor, respondiò, soy Andaluz. de junto à Ubeda, de un Pueblo que se llama la Torre de Perogil, inclinado à travessuras, y como por ser pequeño el Pueblo, no podia executarlas, hurtè à mi padre quatro reales, y fuime à Ubeda, donde mirando las casas de Cobos, estaban jugando turron, y con la codicia del comerlo, puseme à jugar los quatro reales, y aviendolos perdido, sin probar el turron, arrimeme à un poste de aquellos soportales, que estàn alli cerca, y estuveme hasta que ya era de noche, desconsoladissimo: llegò un viejo, preguntòme. Què hacis aqui gentilhombre? Respondì: Tengo este poste, porque no se caiga, porque lo pregunta? porque si no teneis, dixo, donde dormir, alli ay un banco de un tundidor, y os podeis acostar en aquella borra. Y essa borra, dixe yo, podrà borrar mis borrones, y desdichas. Pues tan temprano os quexais de ellas, dixo el buen hombre? No quiere, que me quexe respondi yo, si desde que sali de casa de mi padre, todo ha sido infelicidades. De donde sois, preguntò? De muchas leguas de aqui, respondi yo. Mirad hijo, dixo, para los hombres se hicieron los trabajos, y quien no tiene animo para resistirlos, en ellos perece, que comenzando tan temprano à sentirlos, se os haràn mas facil quando seais hombre: los que se andan ovachones, no tienen experiencia de cosas; y assi nunca estiman el bien que el trabajo habilita à un hombre, y le hace capaz para todas las cosas: yo sali de en casa de mis padres de vuestra edad, y por mi virtud he llegado à tener un oficio muy honrado de Almotacen de esta Ciudad. Bien adelante ha passado, dixe yo, no se deshaga de èl; pero quien no tiene blanca còmo podrà passar tan adelante? Si sois de tantas leguas, dixo como decis, no es maravilla aver gastado, y passado trabajos. Donde es vuestra tierra? En la Torre de Perogil, respondì, riose, y dixele. Parecele que para contar trabajos es poco tiempo ? Assi como sali, que fue de noche, me colè en una viña, donde meti tanta uba llena de rocio, que sino buscàra por donde salir, rebentàra, y no pudiera llegar à Ubeda,

y yà que lleguè con este trabajo, me sucediò jugar quatro reales que traia, y quedarme sin dineros, y con hambre, y mucha sed, sin posada, y cama. Pues id, dixo alli, y la hallareis. Fui, y acomodando la borra tendime sobre ella, parece que descansè un poco, y à media noche fue tan grande la mudanza de la serenidad en borrasca, y viento, que pensè no llegar à la mañana, porque el ayre furioso entraba en el banco, haciendo polvo de la borra, para los ojos, y charco de agua para todo el cuerpo: y sobretodo, los cochinos que andaban passeandose, y buscando la vida por aquellas calles, acudieron à los bancos de los tundidores, à repararse de la tempestad, y pensado que estaba solo el mio, entraron gruñendo una docena de ellos, hocicando en la borra, que ainas no borràran toda mi cara; pero sufrilos, y alhaguèlos, por el abrigo que me causaban, y aunque con ofensa de las dos ventanas, lleguè a la mañana, no muy limpio, ni oloroso, pero con algunos palos, porque el mozo del tundidor, antes de amanecer, llegò à echar los cochinos con una varilla de fresno de tres dedos de gordo, y pensando que daba en ellos, pegaba tambien en mis espaldas, con que se me quitò el sueño, y la pereza. Passè mi trabajo, aunque èl no se me passò, porque èl siempre iba de mal en peor, que adonde quiera que iba, ò me buscaba el mal, ò yo le buscaba à èl: que muchachos mal inclinados, en tanto son buenos, en quanto la fuerza les hacen que no sean malos. Fuime de Ubeda à Cordova, donde topè un Frayle mozo, que iba à estudiar à Alcalà, y diciendome si queria acompañarle, le dixe, que de muy buena gana, porque comia, y dormia muy bien de limosna, que por los Pueblos, y Ventas le daban: agradòle tanto mi bachillerìa, que me alabò mucho en un Monasterio de su Orden, donde me diéron el Habito con mucho gusto. La tentacion de hambre que passan los Novicios, aunque la oia decir, no la creia, hasta que la experimenté, que quando acababamos de comer, cogiale al Refitolero un panecillo, para comer entre dia: pero la segunda vez que lo hice, me lo cogieron tratandome mal. Usé una traza muy buena, que hinqué cinco, ò seis clavos por la parte de abaxo, en las tablas de mi cama, y en cogiendo el panecillo, iba corriendo, y espetabale en un clavo de aquellos; venian detràs de mi, y como no lo hallaban, echaban la culpa à otro. Passè de esta manera algunos dias, con que almorzaba, y merendaba à mi gusto, y otros por mi culpa lo pa-

hechado el mozo [illegible] puede abrir [illegible] via. No s[illegible] el mozo [illegible] vèr [illegible] seis [illegible] muchas [illegible] ca- [illegible] Soy la [illegible] cogi dos por [illegible], y fin- si ta[illegible] cosa, fui mu[illegible] espetèlas en ch[illegible] muy mesura- q[illegible], echò menos d[illegible] de puesto à mi [illegible] todo el cuerpo, [illegible], y no hallando [illegible]ba, quiso vèr si es- [illegible] de la cama, me- [illegible] mitad del cuerpo, y el [illegible] Aqui no ay nada, và- [illegible] parte: estaba yo yà [illegible]guro, y muy contento; [illegible] tiempo que fue à sacar [illegible] de debaxo de la cama. [illegible] con el colodrillo en un cla- [illegible] aquellos, y como se las- [illegible], mirò lo que era, y hallò [illegible] los clavos sus tortas, y mis [illegible]cillos. Asieronme, poniendo- [illegible] el cuerpo como tablilla de [illegible], mire V. m. si es mejor la correa que el correo. Dexaron- me aquella noche (à su parecer) que no podria bolver sobre mi; pero yo cogi mi hatillo, y avian- dome àzia el camino, embiaron tras mi dos mozos, que servian al Monasterio, como Donados, y por saber la tierra mejor que yo, cogieronme la delantera tan de mañana que quando sali los vi de lexos puestos en lugar que no tenia remedio, sino que me avian de coger; pero como la necessidad es tan grande trazadora de remedios, hallèlo en un colmenar que estaba junto al camino, y assi como los vi entrème en el colmenar, derribando mas de veinte colmenas, y poniendome entre ellas, sin hacer movimiento poco, ni mucho (porque las abejas no acometen sino à quien lo hace) y entrando ellos à acometer, las abejas por defender su jurisdicion, los recibieron con sus armas, al tiempo del assalto de las murallas, y como ellos se defendieron con las manos, quanto mas jugaban de ellas, tanto mayor numero de abejas acudia. Alborotado el exercito, y puesto en arma, dessampararon las tiendas de la reretaguardia, y viniendo à socorrer la banguardia, fue tan grande el concurso, que les hacian sombra à los pobres verdugos. Yo, vista la batalla, que por mi se avia trabado, y viendo la seguridad con que podia escabullirme, con el mayor silencio que pude me sali à gatas del Real, por entre unas jaras, que para encubrirme estaban mas espesas que las abejas para mis contrarios, que entrandoseles por las muñecas, y pescuezo, no les daban lugar à la defensa. Aunque lo primero que hicieron fue cargar tan increible numero à la fren-

frente, y ojos, que en un momento los cegaron de manera, que quando quisieron salir, yà no acertaron ni veian por donde. Acudiò el dueño del colmenar à sossegar sus soldados, armado con sus armas defensivas, y hallò de suerte à los miserables mozos, apurreados, y llenos de chichones, que en lugar de reñirles el daño hecho en su real, huvo de sacarlos muy lexos de la gente alterada, y colerica, porque no los acabassen de matar. Séis dias ha que vengo huyendo de los azotes que me avian de pegar si me cogieran. Entretuvo el muchacho toda la gente de la Venta con sus sucessos con gusto, y risa. Yo le dixe: Al fin hallaste misericordia en las abejas, que à aver sido sin daño de tercero, fuera el mas felìz sucesso del mundo: pero como tenemos mas obligacion à nosotros propios naturalmente q̃ àlos otros, buscamos remedio para nuestros daños en los agenos, aunque ha de procurar un hombre su bien sin mal del proximo, porque lo demàs es contra caridad. Dixo el muchacho: Sea como fuere, que siempre oì decir, que tiene un hombre obligacion de guardarse à sì propio, que un cordero matò à un lobo por huir de èl, en una trampa que avia puesto el pastor, muy encubierta de yerva, con una culebra muerta, puesta encima. Viò el lobo que venia muy determinado à cogerlo, y corriendo el cordero àzia donde estaba su pastor, quando llegò à la trampa, viò la culebra, y espantòse de ella, diò en la trampa, y quebròse las piernas. Y si un cordero sabe defenderse con daño ageno, por què no lo harà un hombre? Con esto se fue cada uno à su cama, espantados de la bachilleria del muchacho.

DESCANSO XVI.

SAlimos de la Venta, y aunque gustaramos llevar al muchacho con nosotros, èl andaba tan poco, que el Oìdor le diò dineros para que se fuesse à su espacio. Yà que avia salido à puerto de claridad, ù de seguridad, y admirandome de la diversidad de los ingenios, dixe: Quan pocas esperanzas se pueden tener de estos muchachos, que muestran en sus principios agudeza, y bachillerìa, que no les queda profundidad para las cosas de veras, y de substancia. El entendimiento capàz de las cosas, nunca anda vacilando, ni variando en cosas de poco momento: que à los principios, para conmigo dà mayores esperanzas el que comienza mas callado, que no el que descubre con loquacidad todo quanto tiene en el alma. Que siendo el entendimiento la mas principal

parte de ella, y no siendo ella habladora, tampoco lo serà el buen entendimiento. Quando un hombre està yà sazonado, y habilitado el ingenio en las veras, y con la experiencia, bien enterado en la verdad, que sea loquaz, tiene caudal para serlo: pero que no teniendo esta capacidad bien fundada, sea hablador, y atrevido, ni creo en él, ni en quien hiciere caso de èl: pero con todo esso, estos que hablan mucho, son para la soledad del camino de provecho, porque si los oyen entretienen, y sino los oyen, dàn lugar; à que mientras hablan, piense cada uno en su negocio. El Oìdor disputò un rato muy doctamente del entendimiento, la memoria, y la imaginativa, que no es para este lugar, y todo el camino me fue preguntando por cosas de Marcos de Obregon con grande aficion. Llegamos à Cordova, donde fue forzoso el apartarnos, y me rogò encarecidamente al apartarnos, que le dixesse el deseo que tenia de conocerlo, y que si algun tiempo fuesse à Sevilla, fuesse derecho à su casa. Y con esto llegando à la Puente de Guadalquivir, dividìmonos cada uno por su camino, y en aviendonos apartado cosa de cien passos, yo le dixe recio, que lo pudiesse oìr: Señor Oìdor, yo soy Marcos de Obregon: y picando con toda la priessa posible, cogi el camino de Malaga, ù de Gibraltar, que à uno de estos lugares era mi viage. El Oìdor quiso bolver à llamarme, y como yo me di priessa, fue diciendo à sus criados: No en valde me hallaba yo tan bien con la compañia de este hombre, que cierto le he cobrado un amor, sin saber quien era, que haria qualquiera cosa por èl. Yo me aviè à una de estas Ciudades, de cuya templanza yo tenia satisfacion, que para la vejèz son apacibles, por el poco frio que hace en ellas, y por la variedad que tienen consigo los Puertos de mar, por la cercanìa, y correspondencia que tienen con Africa, fuera de tener lugares acomodados para la soledad. Lleguè à Malaga, en tiempo que avia llegado el mismo dia el Vergantin de el Peñon, de que era Capitan Juan de Loxa, muy valiente Soldado, que avia recibido, y dado muchas heridas à Moros, y Turcos, y traìa una presa muy apacible. Fuile à vèr, por ser muy amigo mio, y dandonos los parabienes cada uno de la venida del otro, me dixo, que avia topado con un Barco muy trabajado de una borrasca, y avia cogido con èl una doncella Turca, y un gentil hombre, que debian de ser hermanos, ella muy hermosa, y èl mozo de gallardo talle, y algo Españolados, tanto que se avia

es-

espantado, por ser nacidos en Africa, y hijos de infieles. Roguele que me los mostrasse, por tenerlos muy guardados, para hacer un presente de ellos. El me dixo antes: Pues aveis estado en Argèl, quiero que sin veros los oygais hàblar, por vèr si tratan verdad. Entrò donde estaban, quedandome yo à la puerta, y dixoles: Contadme la verdad de vuestra historia, yà que es forzoso vuestro cautiverio, para que conforme à esto os haga el tratamiento que merecen vuestras personas. Estaba el mozo muy triste, y la doncella desecha en lagrimas, suspiros, y sollozos, consolandolos su amo, el mozo dixo de esta manera: Que la privacion de la preciosa libertad nos trayga tristes, y afligidos, la misma naturaleza lo pide; que carezcamos de nuestra tierra, padres, y regalos que posseìmos, por fuerza se ha de sentir; que dexassemos hacienda, esclavos, y grandeza de nuestra voluntad, soledad nos causa; pero que no consigamos el intento à que venimos, nos arranca el corazon del pecho. Mi hermana, y yo (que lo somos cierto) nacimos en Argèl, somos hijos de un Español, que del Reyno de Valencia se passò à Argèl Casòse con nuestra madre, que es Turca de nacion. Es nuestro padre cosario, que trae por la mar dos Galeotas suyas, con que ha hecho mucho mal à Christianos. Entre los Cautivos que robò en España, vino uno, à quien nuestro padre nos diò para Maestro de la lengua, y letras Españolas, que como nos encarecia tanto las cosas de su tierra, nos encendia en amor, y deseo de vèr, y haver lo que tanto estimaba. Este esclavo Español se diò tan buena prisa en la doctrina que nos enseñò, que dentro de pocos dias teniamos aborrecida la que aviamos mamado en la leche, y abrazada en el corazon la del Bautismo. Si yo nombraba à Jesus, mi hermana à su Madre Maria: no teniamos otra comunicacion sino esta. Hicimos voto en voz de vivir, y morir en la Religion Christiana. Diònos palabra este esclavo de buscar modo como nos bautizassemos. Han passado yà ocho años que fue à su tierra, y al cabo de estos nos dixeron, que en saliendo de Argèl, lo avian cautivado las Galeras de Genova, y le avian muerto, entendiendo que era nuestro padre. Desconfiados yà de su aviso, ò venida, determinamos de buscar por otra parte remedio. En este tiempo, como yà mi hermana tenia edad para tomar estado, y yo era el Mayorazgo de aquella hacienda, concertò nuestro padre con un Turco muy rico, que tenia hijo, y hija de nues-

nuestra edad, de trocar, y casar hijo con hija, y hija con hijo, y avia sido este deseo general de todo Argèl, porque aunque tenia mi hermana, y yo libertad con riqueza, nunca nos viò nadie con resabios de tales, que si bien eramos estimados, ella por su mucha hermosura, y yo por succession de mi hacienda, nunca nos embaneciò de manera, que olvidassemos la libertad Christiana que nos enseñò nuestro Maestro, y (por brevedad de nuestras desdichas) viendo tan cerca nuestros casamientos, por donde aviamos de borrar de nuestra alma los ardientes deseos que conservabamos en el pecho, mi hermana, y yo aguardamos, à que nuestro padre hiciesse una jornada àzia Levante, para traer alguna presa, con que enriquecer mas nuestro nuevo estado. Y en echando las Galeotas al agua, nos fuimos à una heredad, y comunicando el caso con quatro esclavos Españoles, dos Turcos, y seis Italianos practicos en toda la Costa de España, y estando mi madre segura, y descuidada, por estar mi hermana en mi compañia, cogimos al anochecer un Barco, y con todo el silencio del mundo, batiendo los remos fuertemente, nos dimos tan buena priessa, que al amanecer descubrimos la Costa de Valencia; pero yendo con esta buena suerte, nos vino un viento de àzia Levante, que nos hizo baxar la vela, y nos echò àzia Poniente con tanta furia, que no fuimos señores del Barco, porque venian sobre nosotros tan levantados montes, y breñas de agua, que mil vezes nos vimos debaxo de las olas sumergidos; y como yo, y mis criados llevabamos el cuidado puesto mas en salvar à mi hermana, que à nosotros propios, una vez esperando un peñasco de agua que venia à tragarnos, tendiòse ella de bruces sobre el suelo del Barco, y à quatro que se pusieron à resistir la fuerza, porque no llegasse à ella, se los sorviò la ola, y nunca mas parecieron. Rendimonos à lo que el Cielo ordenasse, despues de aver atado à mi hermana de suerte, que no se la llevassen las olas, aunque padeciesse naufragios el Barco, y à los que llevaban los remos en las manos, se los arrancò de ellas el sobervio viento, dexandoles los brazos mancos. Yo visto, que solo Dios podia socorrernos, mandèles que no hiciessen defensa, porque el Barco sobre aquellas poderosas olas andaba como cascara de nuez, siempre encima, aunque una vez, viendo que se bolvia boca arriba, yo me abracè con mi hermana, que me valiò la vida, porque à los demàs que iban sueltos, los volò, sino fueron à dos, que se asieron à los dos bordes del Barco. Vino à sossegarse un

po-

poco el viento, pero las olas movidas del Levante inexorable, quedaron por dos dias en ſu fuerza, andando ſin govierno, cinco, ò ſeis dias, ſin poder comer lo poco que nos avia quedado, como ni tenia remos, ni quien los governaſſe, acordème que aquel nueſtro ayo, ò eſclavo, nos dixo, que los que ſe encomendaban à Dios, tomando el ſagrado Bautiſmo, avian de paſſar los trabajos con mucha paciencia, y eſperanza, y conſolamonos con eſto. Mi hermana buelta en sì, comenzò con muchas veras à rezar en un Roſario, que le avia dexado Marcos de Obregon, (que aſsi ſe llamaba nueſtro Maeſtro) y en eſto deſcubrimos vueſtro Barco; no con intento de ponernos en defenſa, que aquellos dos Turcos, que vueſtro valeroſo brazo matò, los traìamos ya con zelo de bautizarſe: llegamos à tierra de Chriſtianos, donde ſuplicamos à Dios nos dè paciencia, y nos cumpla nueſtro deſeo. Acabò ſu razonamiento, y la hermana no el llanto que avia comenzado deſde el principio del cuento. El Capitan piadoſo, y enternecido, les dixo: Si lo que aveis contado con tanta terneza es verdad, yo os darè libertad, y todas las joyas que tengo vueſtras, y les dixo: Conocereis à Marcos de Obregon, ſi lo veis? Reſpondiò la doncella: Còmo lo avemos de vèr ſi es muerto? Dixo el Capitan: Salid à fuèra, y mirad ſi es alguno de los hombres que eſtàn aì. Alborotaronſe confuſos entre eſperanza, y temor; y la doncella con mayor turbacion, porque el amor hizo memoria de lo paſſado, y la Religion le facilitò ſu ardiente deſeo de vér à quien los avia enſeñado, ſalieron à fuera, y en viendome ſe arrojaron à mis pies, llamandome padre, Maeſtro, y ſeñor, quedè en extaſi por algun eſpacio, ſin poder hacer otra accion, ſino admirarme, afirmando, que quanto avian contado era verdad: en ſoſſegandome de la ſubita alteracion, lloré tiernamente con ellos, que tambien el contento tiene ſus lagrimas piadoſas, como el peſar congojoſas. El Capitan quedò eſpantado del caſo, y aviendoles conſolado con ſus palabras, y mi preſencia, les dixo: No quiera Dios que yo cautive à Chriſtianos, libertad teneis, y vueſtras joyas, de que yo he ſido, no poſſeedor, ſino depoſitario, veislas aqui (entre las quales vi un Roſario, que yo le avia dado à la doncella) uſad de la libertad Chriſtiana, pues tan venturoſos aveis ſido en llegar à executar vueſtro ſoberano intento. La alegria que yo ſenti, en vèr aquellas dos prendas, que en mis trabajos, y cautiverio me alentaron, y conſolaron, y me bolviò (ſi ſe puede decir) la

la mocedad passada, que el pecho con alegria entretiene la vida: y el alegria fundada en bien, engendra paz en el alma. Hablè grandes ratos con ellos de mis trabajos, y sus consuelos, que siendo passados, bien pueden traerse à la memoria, pues causan (à la medida del passado mal) la presente alegria. Los virtuosos mozos cobraron tanta en verme, que se les borrò del rostro la tristeza del trabajo passado. Dimos orden en su vida, con ayudarles à cumplir lo que tanto deseaban: y fue la mudanza de sus acciones exteriores tan conocida, que nos diò exemplo de vida à todos. Aviaronse à Valencia, à conocer los parientes de su padre, donde vivieron con tanto consuelo del alma, que tuve nueva, que acabaron sus vidas con grande exemplo de virtud Christiana.

DESCANSO XVII.

PAreciòme, que para la quietud que yo deseaba, el bullicio de Malagà, y las ocasiones de la tierra, y mar con el apacible trato de la gente, siendo yo conocido en ella, no se podia hallar à la medida de mi deseo, y la execucion del intento principal, fuime à la Saucèda de Ronda, donde ay lugares, y soledades tan remotas, que puede un hombre vivir muchos años sin ser visto, ni encontrado, si èl no quiere. Pusome en camino un buen hombre, y porque no passasse sin trabajo, llegando à la Sabinilla, se desembarcaron dos Vergantines de Turcos, saltaron en tierra, y cogieron pescadores, y baqueros, quantos hallaron derramados por alli; porque aunque avian hecho ahumadas, no las echamos de vèr, hasta que dimos en manos de los Moros, que nos maniataron, y llevaron à los Vergantines; pero de verse tan señores de la tierra, descuidaronse, hinchendo las panzas de vino, de lo que hallaron en una hacienda de pesca, de manera, que todos, ò la mayor parte se emborracharon: dàn sobre ellos la gente de Estepona, y Casares, y los demàs que vivian cerca, viniendo al rebato, y cautivando, y matando, se escaparon muy pocos. Los que estabamos en los Vergantines maniatados, pedimos à las guardas, que si querian vivir, nos desatassen, y echassen en tierra, lo qual hicieron, y les valiò para poderse aviar, porque desatando à un baquero con los dientes, hombre de fuerza, y animo, cogiò un remo, como si fuera una vara de medir, y jugando de èl, hizo que nos desatassen à todos, y echassen en tierra. Afligime de nuevo, acordandome de mis trabajos de

mar,

, y tierra, que aunque han
muchos, siempre hallé pie-
, y misericordia en ellos, co-
en este, que viendome un
bre anciano en edad, aun-
robusto, y fuerte en las
ones de hombre de valor,
no de la Villa de Casares,
decian ser un Habrahan en
ad, porque su casa, y ha-
da era siempre para hospe-
peregrinos, y caminantes;
ose à mi, y dixo: Aunque
pre la piedad me llama à se-
intes cosas, aora parece que
hace mas fuerza que otras
es, viendoos afligido, y con
l: idos conmigo à mi casa,
aunque es pobre de haciên-
es abundantissima de volun-
, y nadie ay en ella, que no
ncline à piedad, tan entra-
lemente como yo, no sola-
nte mi muger, y hijos, pe-
riados, y esclavos; que tan-
iene el hospedage de bueno,
nto tiene de concordia en el
or de todos. Còmo es el nom-
, preguntè yo, de quien
a piedad usa conmigo? que
a de la caridad, que tan-
resplandece en vuestra per-
a, ay en mi otra fuerza
erior, que me abrasa el pe-
en amores. Yo, respondiò,
un hombre no conocido, por
tes que en mi resplandezcan,
ntento con el estado en que
os me puso, pobre, bien inten-
nado, sin embidia al bien age-
no, ni de las grandezas que sue-
len estimarse: trato con los ma-
yores con sencillèz, y humildad,
con los iguales como hermano,
con los sugetos como padre. Ale-
grome quãdo hallo mis baquillas
cabales, castro mis colmenas, ha-
blando con las abejas, como si
fueran personas que me enten-
diessen: no me pongo à juzgar lo
que otros hacen porque todo me
parece bueno: si oygo decir mal
de una persona, mudo conversa-
cion en materia que les pueda
divertir: hago el bien que puedo,
con lo poco que tengo, que es
mas de lo que yo merezco, que
con esto passo una vida quieta, y
sin enemistades, que destruyen la
vida. Dichoso vos, dixe yo, que
sin andar contemporizando las
pompas, y sobervias del mundo,
aveis alcanzado lo que todos de-
sean posseer. Pues còmo aveis
caminado à tan quieta vida? El
respondiò: No desprecio lo pro-
pio, no embidio lo ageno, no
confio en lo dudoso, no repa-
ro en recibir lo que viniere sin
alteracion de animo. Quien tal
estado alcanza, dixe yo, bien
es que publique su nombre. No
es mi nombre, dixo, de los co-
nocidos por el mundo, sino â
la manera de mi persona,
llamome Pedro Ximenez Espi-
nel. Diòme un aldabada en el co-
razon, pero sossegueme, prosi-
guiendo en la conversacion, pa-
ra entretener el camino, hasta
lle-

llegar al lugar: y preguntele, y con essa vida tan segura teneis algunas pesadumbres, que os inquieten? Par Dios, señor, respondiò, sino es quando no hallo la hacienda bien hecha, ò la comida por aderezar, no tengo pesadumbre, y essa con leer en el Memorial de la vida Christiana de Fray Luis de Granada, se me quita, como por la mano. Quantos Philosofos, dixe yo, han procurado essa sencillez, y no la posseyeron, con quantas observaciones han tenido en los preceptos de la Philosofia moral, y natural. No me espanto, dixo el buen hombre, que como la mucha ciencia engendra en los hombres algun desvanecimiento, sin humildad no se puede alcanzar esta vida, que como yo soy ignorante, abracème desde mi niñez con la virtud de la paciencia, y humildad que conocì en mis padres, y heme hallado bien con ella, pero pues aveis andado por el mundo, podrà ser que ayais conocido por allà un sobrino mio, que ha muchos años que no sabemos de èl, que segun nos han dicho anda en Italia; y à quantos hospedo en mi casa, fuera de ser la obra buena, en parte lo hago por saber de mi sobrino. Còmo se llama? preguntè, y respondiòme con mi propio nombre. Si le conozco, dixe, y es el mayor amigo que tengo en el mundo. El es *vivo, y està* en España, y bien cerca de aqui, donde sin andar mucho le podreis vér, y hablar. Holguème en el alma de conocer mi sangre, y tan bien fundada en las virtudes morales, y Christianas, que pudiera yo imitarle, si fuera tan puesto en la verdad de las cosas como era razon. El se holgò de las nuevas que le di, aunque por entonces no me di à conocer, hasta que huve mudado estado. Que realmente la carne, y sangre, y tan cercana como esta, tiene algo de estorvo para la execucion de los intentos buenos, que apetecen soledad. De todos los valerosos hombres en Religion tenemos noticia, que han huido à los desiertos de la compañia de parientes, y amigos, que pueden ser impedimento para los buenos fines. Las potencias del alma en la soledad estàn mas desembarazadas, y libres. Obras de ingenio no quieren compañia: El vicio tiene menos fuerza, quando las ocasiones son menos: las mas excelentes obras de varones señalados se han fraguado en las soledades: y quien quisiere adelantarse en las cosas de virtud, ora sea en exercitarla, ora sea en escrivir de ella, se hallarà mas facil, y prompto para semejantes acciones. Y aunque la soledad por sì no es buena, no està solo quien â Dios tiene por compañero.

***

DES-

DESCANSO XVIII.

Y Para acortar razones, lleguè à la Sauceda, donde lo primero que encontrè, fueron tres baqueros, con muy largas escopetas, que me dixeron: Apeese del macho. Yo les repliquè: Mejor me hallo à cavallo, que à pie. Pues si tan bien se halla, dixeron ellos, comprenoslo. Esso seria, dixe yo, quedar sin macho. y sin los dineros que no tengo, Quien son vuessas mercedes, que me venden el macho, que yo comprè en Madrid? Despues lo sabrà, respondieron, y aora apeese. Cierto, dixe ye, que me huelgo, porque no he visto mas mala bestia en mi vida, maliciosa, ciega, y llena de esparabanes, y con mas años à cuestas, que una palma vieja: tropieza cada momento, y se arroja en el suelo, sin pedir licencia; sola una cosa tiene buena, que si le ponen un alholi de cebada, no se menearà hasta tener sed. Pues con todas essas faltas le queremos, dixeron. Al fin me baxè de ella, y rindiendoles las faltriqueras, como no hallaron substancia en ellas, dixeron, que avian de desollar el macho, y meterme en el pellejo, sino les daba dineros. Pues soy yo cofre, les dixe, para que me quieran aforrar del pellejo del macho? ò quieren abrigarme por el frio, que me ha causado el temor de vèr las escopetas? Con el buen animo que conocieron en mi, se desenconaron del ruin, que ellos tenian: y porque al mismo tiempo venian otros cinco, ò seis furiosos por asir à un hombre que se defendia de ellos valerosamente, dando, y recibiendo heridas, à los quales mandò su caudillo, que no le matassen, porque tan valiente hombre serìa bueno para su compañia, mas èl (con valeroso pecho) dixo, que no queria sino que le matassen, si pudiessen. Por què? preguntò su cabeza, aquietandoles, y sossegando à èl. Porque à quien tal desdicha como à mi le ha sucedido, no ha menester vivir. Mirè al hombre, y pareciendome que era el Doctor Sagredo à quien yo avia comunicado en Madrid, aunque con trage diferente, porqne èl era Medico, y alli venia como Soldado desgarrado, pero siempre hombre muy de hecho: y assi, no me determine en què fuesse èl mismo. Sossegaronse, y èl con grandes ansias reprehendia la piedad de los salteadores porque no le mataron, y con ardientes suspiros clamaba al Cielo, diciendo: O rigores de las estrellas, desdichas entrañables solamente mias, mudanzas de fortuna, Planetas, verdugos de mi quietud, y sosiego, que aviendome librado de tan inmensos

[illegible] tierras no [illegible] à tragar [illegible] dulce com[illegible] esposa, pues [illegible] eguido, y acompa[illegible] importunos traba[illegible] que fuesse yo para tan po[illegible] que no me arrojasse en las [illegible] olas para acompañar [illegible] muerte à quien me acompañò en la vida. Tantas ternezas dixo, que moviò à compassion à la mas mala canalla que avia en el mundo en aquel tiempo, que en avito de baqueros andaban trecientos hombres robando, y salteando à quien no se defendia, y matando à quien se defendia. Juntaronse à consejo cosa de ciento, que se hallaron alli con el caudillo, para tratar de cierta sospecha que traìan, de que su Magestad queria remediar aquel fuego que se iba encendiendo, con tan exorbitantes daños como se descubrian en toda la Andalucìa cada momento: y juntamente sentenciar, què avian de hacer de muchos, que tenian en cuevas pressos. Y entretanto nos pusieron al Doctor Sagredo, y à mi, con otros dos, en una cueva, facil para entrar, y para salir impossible, aunque tenia bastante claridad, que por entre la espesura de los encumbrados arboles entraba en la cueva. Y viendome en aquella afliccion, por no estàr en triste silencio, le preguntè: Señor, yà que estamos en un trabajo, y padeciendo un mismo agravio, os suplico me digais, si sois el Doctor Sagredo? Alborotòse, y replicòme: Quien sois vos, que me lo preguntais, y donde me conocisteis? Yo soy, le respondi, Marcos de Obregon. No lo acabè de pronunciar, quando echandome los brazos al cuello, me dixo: Ay padre de mi alma! yà muriò vuestra querida, y regalada; yà muriò mi amada esposa; yà muriò Doña Mergelina de Aybar; yà muriò todo mi bien, y mi compañia. Yà no soy el Doctor Sagredo, sino una sombra del que solìa, hasta que llegue la disolucion de este miserable cuerpo. Ay mi consejero leal, y quan mal me aprovechè de vuestra doctrina, para verme agora en la soledad que me aflige, y atormenta el alma, sino es què el inmenso Dios tràs tantos infortunios, sea servido de ponerme en esta mazmorra con vuestra compañia; para que muera con algun alivio, y refrigerio, que despues que de ella me apartè, se apartò de mi todo lo que podia estarme bien. Pues còmo, y quando, dixe yo, y donde muriò aquella prenda tan amada vuestra, y alabada (por su hermosura) de todo el mundo? Ninguna fuerza pudiera aver tan grande para mi en lo descubierto, como la vuestra para con-

-tar desdichas, y que tanto me atormentan la memoria. Pero pues no sabemos el fin que nos està guardado en esta esquiva prision, y estando tan cierto, que renovar mis desventuras à quien las ha de sentir, y no burlarse de ellas, puede aligerar tan pesada carga, tomarè el principio de lo que fue mi total ruina.

DESCANSO XIX.

Luego que (por mi desgracia) sali de aquella Reyna de el mundo Madrid, ò madre universal, en el primer Pueblo adonde lleguè, vi tocar caxas, que hacian gente por mandado de Felipe Segundo, para ir à descubrir el estrecho de Magallanes: y como yo nacì mas inclinado à las armas que à los libros, di con ellos à un lado: y con el animo alterado, arrimandome à un Capitan amigo mio, echè mi caudal en armas, y en vestidos de Soldado, que no le parecieron mal à Doña Mergelina, que con vèr, que ella gustaba de ello, me inclinè mas à seguir aquel modo de vida, llevandola en mi compañia, por quererlo ella, y por desearlo yo, que muchos hombres casados fueron à la misma jornada, porque la intencion de su Magestad era poblar aquel estrecho de vassallos suyos, y pluguiera à Dios me lo estorvàra, que yo tenia mi voluntad tan subordinada à la suya, que sin su beneplacito, no me arrojàra tan inconsideradamente à profession tan llena de miserias, y necessidades. Embarcamonos en San Luçar, (que voy abreviando) y llegando al golfo de las Yeguas, fue tan desatada, y terrible la tormenta, que nos sobrevino que por poco no quedàra tabla en que salvarnos, pero por la prudencia de Diego Flores de Valdès, General de la Flota, bolviendo las espaldas à la tormenta, tornamos à invernar à Cadiz primera vez, de donde salimos, y con grandes incomodidades llegamos à la costa del Brasil, invernando segunda vez en San Sebastian, à la boca del rio Ganero, muy ancho, y estendido Puerto. Estuvimos allì algun espacio, admirandonos de vèr aquellos Indios desnudos, y tanta abundancia de ellos, que bastàra para poblar otro mundo. Solian desaparecerse algunos de ellos, sin saber que se hacian: y un valeroso mancebo mestizò Portuguès, y Indio, determinòse de buscar el fin de tantas personas, como faltaban, y embrazando una rodela de punta de diamante, y una muy gentil espada, se fue por la orilla del hancho mar: viò de lexos un monstruo marino, que estaba esperando algun Indio, para cogerle, y que llegando cerca, puesto en pies el monstruo, porque antes estaba de rodillas, era

tan grande, que el Portugès no le llegaba al medio cuerpo, y quando el monstruo le viò cerca, cerrò con èl, pensando llevarle adentro, como hacia con los demas. Pero el valeroso mozo, poniendo la rodela delante, y jugando de la espada, defendiòse lo mejor que pudo, aunque las conchas de la bestia marina eran tan duras, que no le pudo herir por alguna parte. Los golpes que el monstruo le daba, eran tan pesados, que no los ossaba esperar, hasta que diò en ponerlo delante la punta del diamante, apuntando à las coyunturas de los brazos, por donde el monstruo recibiò tanto daño, que se iba desangrando; y aviendo durado en esta pelea grande rato, al fin cayeron ambos muertos. Fueron à buscar al animoso mozo, y hallaron uno caìdo à una parte, y otro à otra. El Capitan Juan Gutierrez de Sama, y yo vimos el cuerpo del espantable monstruo, y otros muchos Españoles, con grande admiracion. El mar por alli tiene muchos baxìos, y muchas Islas, en una de ellas vimos una sierpe, de las que por acà nos pintan para espantarnos, que tenia el hocico à manera de galgo, largo, y con muchos dientes agudissimos: alas grandes de carne, como las de los murciegalos, el cuerpo, y pecho grande, la cola como una viga pequeña, enroscada, dos pies, ò manos con uñas, el aspecto terrible. Encaramos quatrò escopetas àzia ella, porque estaba en una fuente, que por el remanente ibamos à buscar para beber. Yo fui de parecer, que quando la matassemos, ella mataria à alguno de nosotros, y assi la dexamos, porque ella en viendonos se entrò por la espesura del monte, dexando un rastro muy ancho, como de una viga. Mas como no me importaba, ni importa para mi discurso, no digo muchas monstruosidades que vimos. Seguimos desde alli el camino, ò viage del estrecho, por el mes de Enero, y Febrero, quando allà comienza el Verano con muchos vientos contrarios, oponiendonos à recias corrientes, que, ò por cerros altissimos, y canales que ay debaxo del agua, ò por vientos furiosos que la mueven, nos hacian tentas contradiciones, que muchas naos padecieron tormentas, y algunas naufragio, sin poderse socorrer unas à otras. Entre las que padecieron naufragio, fue la que llevaba à mi esposa, y à mi, que aunque soltaron piezas, ò no nos oyeron, ò no pudieron socorrernos, sino fue una que iba à vista de la nuestra, que compadecidos los Marineros (contra su costumbre) de nosotros, acudieron à tan buen tiempo, que pudo salvarse la ropa, y las per-

sonas, antes que del todo se hundiesse. Los Soldados, y Marineros, despues de averse anegado nuestro Navìo, y passado al otro, acudieron à regalar à la mal lograda de mi esposa, que aunque era tan varonil, el temor de la tragada muerte la tenia turbada, y assi fue parecer de todos, que no siguiessemos la Armada, hasta vér que la gente huviesse respirado del trabajo passado. Descubriòse una Isla despoblada, à donde con algun trabajo pudimos arribar. Reparamonos del cansancio, y trabajo, hicimos agua, que la hallamos muy buena, y algunas frutillas, con que nos refrescamos, y dentro de quince dias nos hicimos à la vela, siguiendo la Flota, que no pudimos alcanzar. Llegamos à vista del estrecho, despues de aver andado perdidos mucho tiempo. Descubrieronse grandes, y altas sierras, con muchos arboles, frutales, y infinita caza, segun supimos de pobladores, que dexò alli la Armada, aunque ni saltamos en tierra, ni nuestra cabeza lo consintiò por bolver à seguir la Flota.

DESCANSO XX.

ESstando esperando viento para bolver la proa, vimos venir muchissimas aves en aquella parte del estrecho, donde avia unos hombrecitos, pequeños de estatura (porque en la otra son altissimos, y membrudos, que casi las aves se señoreaban de la tierra, de manera, que los hombrecitos huian de ellas) nos vino un viento tan poderoso, que nos hizo passar el estrecho, sin poderle resistir, con grandes daños del Navìo, porque siendo la orilla muy llena de baxìos, ibamos casi arrastrando por el arena las ancoras, fuera de no estàr el estrecho llano, como el de Gibraltar, sino haciendo combas, y senos, y topando en las ancoras, que avia dexado la Armada por alli. La presteza del viento fue tanta, y tan sin pensar, que no tuvieron los Marineros traza para defender al Navìo. Passamos de la otra parte, con todos estos peligros de golpes, que el Navìo daba, y durò tanto, que nos rompiò las velas mayores, aunque las demàs se amaynaron, dexaron el trinquete de proa, para que la inmensa furia del ayre nos llevasse adonde quisiesse, sin poder dàr bordos, ni vèr lugar, adonde pudiessemos tener recurso, ni socorro. Al fin anduvimos seis meses perdidos, faltando yà todo lo necessario para conservar la vida, arrojados, y sacudidos de las olas por tan inmensos mares, de nadie conocidos, ni navegados, perdida la esperanza, y el govierno, sin saber

ber àzia donde caminabamos, dispuestos cada dia para ser manjar de monstruos espantables, fuera de nuestro elemento, y acabas yà comida, y bebida, de suerte, que no avia quedado cuero de maleta, que no huviesse sido dulcissimo mantenimiento de su dueño (si se las dexaban comer à solas) con un temor horrible, de imaginar la sepultura que teniamos abierta en las no habitadas cabernas del profundo mar, ò en las hambrientas entrañas de sus indomables bestias. Creyendo que yà todo el mundo huviesse tornado à ser agua otra vez por el diluvio general, comenzaron todos à decir en un grito: Tierra, tierra, tierra, porque descubrimos una Isla, de tan altos riscos cercada, y ellos adornados de tan levantados arboles, que parecia alguna cosa encantada, y apenas la descubrimos, quando en un instante se desapareciò, no por arte Magica, sino por la fuerza de una corriente, que nos arrebatò el Navìo contra nuestra voluntad, sin ser poderosos para resistirlo, hasta que la misma corriente nos echò à un lado, entre unos remolinos tan furiosos, que tuvimos por cierto que se tragàra el Navìo, y à nosotros con èl; pero bolviendo en sì los Marineros, y no aviendo perdido el donde se descubriò la Isla, pareciò les, que dando bordos con el trinquete, llevando siempre à vista la corriente, sin acercarnos à ella, podiamos tornar à cobrar la Isla; pero yo fui de opinion, y parecer que amaynassen el trinquete, y con los dos Barcos que iban amarrados en la popa, llevassemos el Navìo à jorro; porque si la corriente arrebatasse uno de los Barcos, serìa facil de bolver al Navìo; mas si arrebatasse el Navìo, tornariamos à perder el tiento, y aun las vidas, y encomendandonos todos al Bendito Angel de la Guardà, con grandissimas plegarias, y oraciones, y bogando los Barcos aquellos que mas robustos, ò menos flacos avian quedado, por la falta de los mantenimientos, y remudando de quando en quando, porque todos se alentassen con la esperanza de ir à buscar tierra, pusimos en la gavia, ò en lo mas alto del arbol mayor un hombre muy bien atado, que fuesse descubriendo con grande vigilancia, y avisando lo que pareciesse que se descubria, y al cabo de dos dias, al punto que yà nos parecia que aviamos perdido el camino de nuestra salud, tornamos à vèr aquellas altissimas, y tajadas peñas, mas empinadas que el Calpe de Gibraltar, pero llenas de tan proceros, y vistosos ramos, que alentò de manera à todos mis com-

pañeros, que fue menester quitarles los remos de las manos; porque con las ansias, y encendidos deseos, que tenian de llegar à tierra, por poco dieran otra vez con el Navio en la corriente, y con las personas en la ultima miseria de la desesperacion. Pero dandoles una grande voz, les dixe: Compañeros, yà que Dios nos ofrece, tràs de tantas desventuras, hambres, y trabajos, ocasion en que se conozca quanto puede la industria junta con el valor de los pechos que tanto tiempo han estado firmes, siendo terrero de increibles golpes de fortuna: si agora nos faltasse la cordura, y sufrimiento, para con prudencia considerar, quanto mas cercanos estamos de la muerte, que en todo el tiempo, que nos ha traido la fortuna jugando con nuestras vidas, no seria ya culpa suya, sino nuestra, precipitarnos en tan evidente peligro como el que avemos tocado con las manos, y visto con los ojos. Y siguiendo mi parecer en lo que tanto nos importaba, fuimos acercandonos à la Isla con tanto tiento, que aunque dieramos en la corriente con alguno de los Barcos, con la mucha atencion que todos los Marineros de conocimiento llevaban, no se recibiera daño, que no fuera facil de reparar. Caminamos tanto, y tan atentamente, que veniamos à hallarnos menos de media legua de la Isla, y muy cercanos à la corriente, que al parecer de los mas experimentados, comenzaba sobre la Isla muy poco trecho, y se estendia por ambos lados de manera, que dexaba la entrada imposible, y la Isla inaccessible, como le dimos el nombre. Y aunque la corriente no era tan estendida, como en lo que por nuestro daño aviamos visto, era mucho mas furiosa, por ser en aquella parte mas angosta. Al fin, estando suspensos, y sin consejo sobre lo que se avia de hacer, yo dixe resolutamente: Alli ay tierra, y riscos, pues aqui ha de aver lo uno, y lo otro. Y determinadamente hice arrojar el ancora, y à poco trecho aferrò de suerte, que todos quedamos muy contentos, y con esperanza de salvamento. Hecho esto, pedi todos los cabos, sogas, y maromas, de que avia abundancia, tambien como de polvora, porque no se avia ofrecido lance, en que gastar lo uno, ni lo otro; y atadas fuertemente una soga con otra, vino à ser tanta la cantidad, que podia el Barco llegar à la Isla, y echando en èl cinquenta compañeros, y los mas fuertes que me parecieron, con sus arcabuzes, frascos, y frasquillos, bien llenos de polvora, y yo por Cabo de ellos, avisando en el Navio, que aunque nos arrebatasse la corrien-

te, fuessen dandonos cabo, y alargando con mucho tiento las maromas, hasta vèr en que parabamos, nos dexamos llegar, guiandonos el Bendito Angel de la Guarda, y arrebatandonos la corriente, sin recibir el Barco otra alteracion, sino ir con mucha furia à poco trecho nos hallamos en un abrigo, ò seno, que hacia la Isla por aquella parte, tan sossegado, que si era grandissima la furia de la corriente, no era menos mansa, y quieta la playa, ò puerto donde nos arrojò. Con este no pensado sucesso fuimos bogando, arrimados al levantado risco, para buscar alguna entrada, y luego vimos à la puerta, que hacia el encorbado abrigo, un idolo de espantable grandeza, y mas admirable hechura, y de novedad nunca vista, ni imaginada: porque su grandeza era como de una torre de las ordinarias, sustentabase sobre dos pies tan grandes, como lo avia menester la arquitectura del cuerpo: tenia un solo brazo, que le salia de ambos ombros, y este tan largo, que le passaba de la rodilla gran trecho: en la mano tenia un Sol, ò rayos de èl, la cabeza proporcionada con lo demàs, con solo un ojo, de cuyo parpado baxo le salia la nariz con una sola ventana: una oreja sola, y essa en el colodrillo: tenia la boca abierta, con dos dientes muy agudos, que parecia amenazar con ellos: una barba salida àzia fuera, con cerdas muy gruessas: cabello poco, y descompuesto. Pero aunque pudiera espantarnos esta vision para no passar adelante, como ibamos buscando la vida, y se avia de hallar en tierra, caminamos àzia el idolo, por donde estaba la pequeña entrada para la Isla, de nadie jamàs vista, ni comunicada, y al punto que llegamos el Barco à la entrada, salieron dos altissimos Gigantes, de la misma hechura que tengo pintado el idolo, y cogiendo el Barco cada uno de su lado, fue tanto el espanto nuestro, y la violencia suya, que sin podernos valer nos vaciaron en una cueva, que estaba al pie del idolo; y à un pobre compañero, que tuvo animo para disparar el arcabuz, le cogiò un Gigante de aquellos, ciñendolo con la mano por medio del cuerpo, y lo arrojò tan lexos, que le vimos ir por encima del agua grande trecho, hasta que cayò en el mar. Yo tuve advertencia de amarrar el Barco à un tronco de un arbol que estaba cerca de la entrada, antes que llegassemos à ella, que despues nos fue de mucha importancia, no previniendo el daño que nos avia de venir, sino porque el Barco no se fuesse àzia la corriente.

DES-

DESCANSO. XXI.

LOs Gigantes (assi como nos echaron en la cueva) taparon la boca, dexando caer un troncon de un arbol, que estaba en la parte superior, pendiendo, à manera de puerta lebadiza, que hizo con el encaxe, y golpe temblar no solo la cueva, y el idolo, pero por un resquicio, ò ventana, que salia à la mar, la violencia del viento movido levantò tan grandes olas en ella, que sentimos nuestro Barco dàr muy grandes golpes, por la grandeza, y pesadumbre suya, porque no creo, que me engaño en decir, que tenia el tronco treinta varas de circunferencia, y de alto mas de sesenta, era de una materia tan maciza, y pesada, como la mas dura piedra del mundo. Los Gigantes, con el gran servicio que avian hecho à su idolo, comenzaron à baylar, y danzar, y hacer sones descompuestos, y desconcertados, en unos tamboriles roncos, y melancolicos, que mas parecian ruido echo en boveda, que son para baylar. En tanto que ellos estaban atentos à sus juegos, y entretenidos à costa de nuestras vidas, nosotros llorabamos la desventura nuestra, y la fuerza del hado que con tal violencia nos avia tratado, y traido à punto, que ya que nos parecia aver hallado algun alivió à tan continuos, y incessables trabajos, nos avia puesto à morir de hambre, y sed entre cuerpos muertos, de los que sacrificaban à su insaciable idolo; pero como no se ha de perder el camino en qualquiera adversidad, si los trabajos son la piedra del toque del valor, y del ingenio, luego se me representò el modo de podernos valer en tan apretado passo, adonde el animo, el ingenio, y la presteza avian de concurrir juntos en un instante. Y como estaban atentos, y divertidos en sus fiestas, y realmente era gente sencilla, y les pareciò que con aquel lance, y con tenernos encerrados en tan obscura sepultura, no avria mas memoria de nosotros. Pudimos (aunque con trabajo) venir à la execucion de mi intento, que fue de este modo. Tomè las cuerdas que me parecieron necessarias, y con los huessos blancos de aquellos muertos que avia mas descarnados, tomando los mas pequeños, hice una escala, con que pudiessemos llegar al resquicio que tengo dicho, que no pudo hacerse sin mucha dificultad, porque como todo era peña viva, nò diò lugar à que se pudiessen hacer agujeros para subir à poner la escala; mas como la necessidad es tan grande maestra, y no iba menos que la vida, en hallar modo para poner la escala, tomè un huesso de un

 es-

espinazo bien descarnado, y por el agujero meti una cuerda, y juntando los dos cabos que se quedassen debaxo, con la mayor fuerza que se pudo, probamos todos à tirar el huesso àzia la ventana, ò resquicio, y un mozo recio, criado en las montañas de Ronda, tuvo tan buen modo, traza, y fuerza, que acertò à colar el huesso por el resquicio, de manera, que quedò atravessado, ò encallado, entonces atando la escala à un cabo de aquellos, y tirando por el otro, llegò la escala à lo alto, y teniendo mis compañeros del cabo que avia quedado abaxo, yo subi con mucho tiento por la escala, y la asseguré de manera, que todos pudimos subir al resquicio, y baxar al Barco. Hallada esta ingeniosa traza, tomè la polvora de todos los frasquillos, y mientras mis compañeros subian, y baxaban al Barco, hice una mina debaxo de los pies del idolo, que avia muchos huecos donde hacerla, y dexandola bien atacada, con menos de un palmo de cuerda encendida, subime por la escala, y saltè en el Barco, y desviandonos con los remos à donde no nos pudiera el daño alcanzar, apenas nos pusimos à mirar lo que passaba, quando diò la mina tan espantable trueno, que alborotò las aguas, y resonò el ruido por la mayor parte de la Isla, y el idolo diò tan increible caìda sobre los danzantes, que hizo pedazos docena y media de ellos. Los demàs viendo que aquel en quien tenian confianza, les avia muerto los compañeros, dieron à huir, metiendose la Isla adentro, y dexando desamparado todo el sitio que nosotros aviamos menester, entramos dentro, dexando el Barco bien amarrado, y todos à un tiempo nos arrojamos, y besamos la tierra, dando inmensas gracias al Fabricador de ella, por avernos dexado pisar nuestro elemento. Y aunque nos espantò el estrago que avia hecho el idolo, y nos pudiera detener el expectaculo, que teniamos delante de los ojos, viendo cubierto el suelo de aquellos exorbitantes monstruos, como vimos la tierra escombrada de ellos, y la hambre, y sed hallaron en que exercitar su oficio, arremetimos à unos arboles frutales excelentissimos, y à una alegrissima fuente, que nacia al pie de un peñasco, muy cercada de ojos, mas claros que los de la cara. Yo fui à la mano à mis compañeros, estorvandoles, que no encharcassen en fruta, y agua, porque no se corrompiessen, y lo que buscabamos para la vida, nos acarreasse à la muerte: y mirando à un lado, y otro, vimos un Gigante de aquellos, sobre quien avia caìdo el idolo, vivo, pero quebrado, y las piernas de suerte,

que

que no podia menearse, y haciendole señas, que nos dixesse donde avia mantenimiento, nos señalò con la nariz, que no podia con otra cosa, una cueva, que tenia la entrada llena de arboles muy verdes, y muy espesos, tanto que la hacian dificultosa, à lo menos para los naturales, que para nosotros no, y supimos despues, que nadie podia entrar alli, sino quando se huviessen de sacar mantenimientos para la Republica, ò el comun, so pena de no comer de ellos en cierta cantidad de tiempo. Al fin entramos en la cueva muy ancha, y clara por de dentro, y con muchos apartamiẽtos, donde avia cecinas de pescado, y carnes suavissimas, muchos tassajos bien curados, y una fruta mas gorda, y mas sabrosa que avellanas, de que usaban en lugar de pan; y otros muchos mantenimientos, de que cargamos el Barco, y hinchendo una docena de cueros de agua dulce, y fria, embiamos à los compañeros, que yà nos tenian por muertos, con que todos se alentaron, comiendo, y bebiendo del manteniento, y agua fria dulcissima. tornaron dando orden, que xando en el Navìo alguna g[illegible]da, para las mugeres de los que avian yà estado en la Isla, los demàs en los dos Barcos se viniessen à ella, usando siempre de los cabos, y sogas, que de otro modo no podia ser: y bien llenos los estomagos de comida, y los frascos de polvora, y cuerdas, se passaron à nuestra compañia.

DESCANSO XXII.

INterrumpieron la relacion que iba dando el Doctor Sagredo, unos Portuguesses, que venian de la Vendeja, con quatro cargas de lienzo, por una senda, à su parecer, segura de los salteadores, por ser muy nueva, y como ellos la sabian mejor que los Portuguesses, dieron con ellos à la boca de nuestra cueva: de manera, que turbados del no pensado encuentro, se arrodillaron diciendo: Por as chagas de Deus naon matedes, como à patifes, nen tomedes venganza en nosas parvuisadas, que fez à Santa Forneyra à os Castelhanos. Sossegad os mentecatos, dixo el caudillo, que no queremos, sino que nos vendais el lienzo à como os ha costado. De muyto boavuntade, dixeron ellos, y sacando el libro de caxa, donde venian escritos los precios, cada salteador pidiò lo que avia menester: y mandando el caudillo que pagassen el dinero antes de tomar el lienzo, de que yo me admirè, que usassen de tanta piedad con los Portuguesses. Tomaron su dinero, y desenfardelando, para medir el lienzo,

y tomando la vara para medir, dixo el Caudillo al Portuguès: Aqui tenemos nuestro contraste, y medida, como Republica libre, y no medimos con las varas que por allà se usan, sino con las que acà tenemos, y pidiendo la vara para medir el lienzo, le traxeron una pica de veinte y cinco palmos, conque ellos midieron, y dieron à cada uno las varas que avia pedido, que les debiò de salir à quartillo por vara, con que ellos quedaron riyendose, y contentos, y los Portugueses callaron, y se fueron descargados del peso que traian. Reimonos nosotros, sino fue el Doctor Sagredo, que prosiguiò su cuento, diciendo: Antes que la fortuna diesse buelta à la rueda de nuestra prosperidad, nos dimos tan buena maña, que dexamos con el saco la cueva casi vacia, nuestro Navìo lleno, no solo de frutas secas, y frescas; pero de mucho pescado seco, carne cecinada, y muchas botas de agua, y otros licores que bebian aquellos Gigantes de mucho gusto, y substancia; pero no fue tan seguro, que à los fines no nos sobresaltassen los Gigantes, porque como hallamos la tierra sin contradicion, y el cansancio, y trabajo de la mar pedia reposo en tierra, tomamoslo de manera, que nos dormimos en los descansos frescos de aquella cueva, que ella era de manera apacible por las salas, y remansos que tenia llenos de comida, y à trechos unas fuentecillas heladas, que aunque estuvieramos muy descansados, nos obligàra à sentar alli nuestos tabernaculos. Duramos dos dias en este regalo, y fresco, hasta que al tercero, estando hasta como entre las doce, y la una festeando, sentimos tan gran ruido, y alboroto de gente, y tamboriles, que recordamos todos, diciendo: Arma, arma, porque venia toda la Isla llena de Gigantes sobre nosotros, y acudiendo à los arcabuzes, no hallamos cuerda encendida, ni fuego en que encenderla, ni hombre que huviesse sacado del Navìo pedernal, eslabon, y yesca, comenzaron à decir: Perdidos somos, pero yo, antes que el temor tomasse possession de los corazones, con la imposibilidad de la defensa, por verse encerrados, y no poderse aprovechar de los arcabuzes, di orden, que la mayor parte de ellos, quitassen de aquellos maderos, que dividian un apartamiento de otro, y lo pusiessen à manera de trampa, en que tropezassen, despues de aver rompido la dificultad de los arboles, que como arriba dixe, hacian la entrada muy dificultosa à los Gigantes, y los demàs tomamos unos palos muy secos, cada uno dos, que eran unos de moral, y otros de yedra, y de cañaeja,

ò cómo mas à mano se hallaban, y fregando el uno con el otro fuertemente, à poco espacio vinieron à humear, sacando lumbre, y nosotros à encender las cuerdas, y aprovecharnos de los arcabuzes, y tuvimos demasiado tiempo para todo, porque su intento no fue venir sobre nosotros, que yà nos tenian por mas que muertos, sino à vèr el estrago que su idolo avia hecho, que los que avian escapado de èl, avian ido à dàr cuenta à su Governador, (que llamaban todos Hazmur) y trayendolo con mucha magestad, sobre quatro muy grandes vigas, en una silla hecha de mimbres, à manera de cesto, le mostraron hecho pedazos à aquel en quien adoraban, y los que él con su caìda avia despedazado, y destripado; y no supieran que estabamos alli, si el mismo Gigante derrengado, que nos mostrò la cueva, no se lo dixera, lo qual sabido, arremetieron à la boca de la cueva, tirando peñascos, desgajando, y arrancando de los arboles que les estorvaban la entrada, aunque el que llegaba primero, ò tropezaba, y caia en las trampas, ò los derribabamos con las balas, porque aunque huvo opiniones, que les tirassemos al ojo que tenian solo, porque sin èl no podian atinar à la boca de la cueva, la mia fue que cebando los arcabuces con dos balas, se les tirasse à las piernas, porque el tiro del ojo no era tan cierto como estotro, y todos caìan, sirviendonos de saetera, y trinchera, assi los maderos que aviamos puesto, como los arboles espesos, que estaban à la entrada: y aunque las muchas piedras, ò peñas que arrojaban, pudieran hacer gran daño en nosotros, como perdìan la fuerza en los arboles, quando llegaban à las trampas, hacian muy poco, ò ninguno, fueles tan mal, que admirado su Governador de tan grande novedad, mandò que se retirassen del mal que hacian, y que recibìan de la cueva, pareciendole, que pues el idolo avia caido con tan gran espanto, y los que tenian por muertos, herian à los vivos, debia de aver alguna fuerza superior, que causaba tan grande daño en ellos. Al punto le obedecieron, y se sossegaron con caìda de algunos de ellos, y ningun daño nuestro, y haciendo demostraciones de paz, y de amistad, el Governador mirando al Cielo, y alzando àzia èl la mano, nos diò seguro, que podiamos manifestarnos libremente, y estar sin recelo, hablandole; y dando razon de quien eramos, y de nuestra venida alli, y fue al mejor tiempo del mundo, porque si mas tardàran, se nos acabàra la municion, y con grande animo salimos muy en orden, hechas tres hileras, y

las caxas sonando en sus puestos, con gentil correspondencia, y ayre. Fue tanto el gusto de aquella sencilla gente (à lo menos de los que no estaban heridos) que en oyendo el son, y orden de las caxas, se les cayeron las duras armas de las manos, mirando con admiracion grande, y alegria à su señor, que siempre se avia estado en la silla, en hombros de los que le avian traido à cuestas, y èl quedò como suspenso, y admirado de vèr en tan pequeña gente dos brazos, y dos piernas, y las demas partes del cuerpo dobladas, y mucho mas del animo, y traza con que procediamos: y haciendo alto en la boca de la cueva, nos paramos à vèr aquella espantosa gente llena de pieles de animales, y de plumas de muchos colores, y la gravedad de su Governador, respetado, y temido, y obedecido en sus mandamientos. Aviendo considerado el modo con que podiamos hablar en nuestra defensa, con las señas mas naturales, y semejantes à la verdad, que pudimos declarar lo que sentiamos: dexadas proligidades, y señas, y las demàs dificultades que por entonces se allanaron, el Governador nos preguntò tres casas. Si eramos hijos de la mar? y si lo eramos, còmo eramos tan pequeños? y siendo tan pequeños, còmo aviamos ossado entrar entre gente tan grande como la suya? A lo primero respondimos, que no eramos hijos de la mar, sino del Dios verdadero, superior al suyo, y como tal los avia castigado, porque viniendo maltratados del mar à pedirle hospedage, nos avian querido matar. A lo demàs respondimos, que la grandeza no consiste en la altura del cuerpo, sino en la virtud, y valor del animo, y con èl ossamos entrar en su tierra, y passar todas las aguas del furioso mar; y que los hijos de Dios, Fabricador del Cielo, y de la tierra, no temian los peligros que les podian suceder de las manos de los hombres, especialmente sino adoraban aquel, que era Señor universal sobre todas las dignidades del Cielo, y de la tierra, y criador del mismo Sol, à quien ellos adoraban. Aqui mudò la conversacion, como oyò decir, que el Sol tenia superior, y preguntò à què fin avia sido nuestra venida? Respondimos la verdad, refiriendo algunos de nuestros trabajos, y acordandole la obligacion que tenian unas criaturas à otras (en razon de ser hijos de Dios) à socorrerse, y ampararse en las necessidades, y desventuras, y que esto le pediamos, como à hombre que tenia lugar supremo, y le avia puesto Dios para juzgar las causas de premio, y de castigo. Diò muestras de admirarse de nuestra respuesta, y la suya fue, que le

avia parecido muy bien lo que aviamos dicho; pero que èl no podia (sin avisar al Rey de la Isla de tan gran novedad) recibirnos, y ampararnos, porque tenia pena de la vida, si lo contrario hiciesse: y suplicandole, nos concediesse licencia para embiar al Navio quatro compañeros (que para todos, ni la quiso dàr, ni nosotros desamparar la puerta de la cueva) diciendo, que iban por mantenimiento de los de nuestra tierra, y con la mayor diligencia que pudieron, entraron en el Barco, haciendo señas al Navio, que tirasse de los cabos. Entre tanto el Governador despachò un correo al Rey de la Isla, à darle noticia de lo que passaba. El correo era un perro de que usaban para las diligencias importantes, que metiendole en la boca un cañuto atravesado, y dentro unas hojas de arbol muy anchas, con las cifras de lo que avisaban, bien arrolladas las hojas, las ponian en el cañuto, y al perro le ponian un barboquexo bien apretado, para que no se le cayesse el cañuto, ni se parasse à comer, ni beber, de suerte, que solo le quedaba la boca libre para carlear, ò resollar, y no para otra cosa, y en teniendolo bien puesto, le despachaban con quatro palos, con que le hacian llegar mas presto à su querencia, que debian ser quatro leguas: y en viendolo venir, le salian à recibir al camino, y regalandolo con comida, y bebida, hacian con otro perro lo mismo, de manera, que la estafeta podia caminar cien leguas cada dia; pero tenia pena de sacrificarle al idolo, el que le estorvasse el viage al perro, ò le estorvasse que llegasse à su manida, ò mansion, ò descansadero, donde avia siempre perros de las Ventas mas vecinas, à quien trataban mal, porque pudiessen con mas amor acudir à sus querencias. Mientras mis compañeros fueron al Navìo, el Governador mandò que no los dexassen entrar en la cueva, sin vèr lo que llevaban, ni à nosotros salir de ella, con pena que si alguno saliesse lo matassen, y estaba nuestro remedio en la venida de los compañeros, porque avian ido por polvora, y balas, que nos avia quedado muy poco de ambas cosas, lo qual asseguraron, con mandar el Governador, que no se quitassen seis guardas de junto à la boca de la cueva de noche, porque de dia todos lo podian vér. Fuenos forzoso, quando los compañeros venian, decirles, que se tornassen al Barco, hasta que diessemos traza para que pudiessen entrar, y pensando, còmo quitariamos las guardas de noche, dixeles, que en oyendo algun movimiento, ò ruido, entrassen con toda la pries-

priessa que pudiessen; y para esto, de dia, quando las guardas se quitaron de su puesto, estando la gente desquidada, derramè por el suelo, donde se sentaban, polvora, rebuelta con algunas chinas menudas, y hice desde alli, hasta nuestro puesto, una reguerita de la misma polvora. En llegando la noche, se pusieron las seis guardas en su lugar, y estando los unos sentados, y los otros tendidos sin calzones (porque no los usaban) dimos fuego à la reguerita, y llegando en un instante à la polvora que tenian debaxo, les abrasò aquella parte de manera que con las chinas, y la polvora, muchos dias no se podian sentar. Ellos, y los demas, con su sencillèz, entendieron que el fuego avia salido de la tierra, y fueron todos temerosos, y admirados, à contarlo à su Governador, y entonces los compañeros, con otros dos que avian quedado en el Navio, entraron con mucha priessa, trayendo seis costalillos de polvora, y balas, con que nos animamos, y pusimos en defensa para lo que nos pudiera suceder. Passamos la noche con cuidado, haciendo centinelas, y atrincherandonos de nuevo con los maderos; pero como ellos no entendieron que el daño era de la parte de dentro, no hicieron diligencia contra nosotros: A la *mañana* al tiempo que el Sol salia, se pusieron todos mirandolo, y con una musica de haullidos, y cañas le hicieron la salva, con muy pocas palabras, y muchas vezes repetidas.

DESCANSO XXIII.

BOlviò el perro, ò correo, con su cañuto en la boca, en que venia escrito con sus señas, que no nos dexassen en la Isla, porque gente que tenia los miembros doblados, tambien tendria la intencion doblada: y para la conservacion de la paz, que siempre avian professado, no podian sustentarla, si forasteros se apoderaban de su tierra. Que si en su Republica avia alguna alteracion, teniendo quien les acudiesse, seria el daño mayor. Que, en tanto, se conserva la paz, en quanto los inquietos no tienen quien los favorezca, y que no aviendo obediencia de los inferiores à los superiores, no puede aver paz. Que si los alborotadores de ella no tuviessen quien se les allegasse, vivirian en quietud, y sossiego. Que los animales de una misma especie tienen paz unos con otros; pero si son de diferente especie, nunca tienen paz, y ansi hariamos nosotros con ellos. Que lo que avian siempre guardado para sì, sin comunicacion agena, no era bien, que forasteros entrassen à gozarlo. Que no podia

dia aver buena amistad con gente de diversas costumbres, para vivir en paz: Y que aviendose de administrar justicia con igualdad, aviamos de ser tan favorecidos como los naturales, y luego entrarian las enemistades à inquietar la paz. Y assi mandaba, que no nos admitiessen en la Isla, pero que nos dexassen ir con seguridad. Con esta respuesta nos la dieron para la salida, pero con tanta priessa, que no nos consintieron estàr medio dia en la Isla. Salimos con mas priessa de la que nos dieron, adivinando lo que avia de suceder; porque apenas estuvimos en el Barco, quando entraron en la cueva, y como la hallaron sin mantenimientos, acudieron â la orilla del mar, arrojando piedras, y peñascos sobre nosotros, tan espesos, que si el Barco no fuera tirado, y ayudado del Navio, nos hundieran mil vezes. Llegamos, y hallè à mi esposa, y à las demàs mugeres del Navio tan deseosas de vernos, como si huviera muchos años que estabamos ausentes. Y sossegados en nuestro Navio, como los Marineros se avian refrescado, y no avian estado ociosos, hallamosles velas remendadas, xarcias, y obras muertas reducidas à mejor estado, y todo quanto era necessario reparado, y con el viento que à los Marineros les pareciò, salimos de aquella Isla inacessible, y con mantenimiento que bastò para dàr una buelta al mundo, que para no ser prolixo, al cabo de un año, con hartos trabajos, nos venimos à hallar cerca del estrecho de Gibraltar, donde fue mi mayor desdicha, y desventura; porque como nuestro Navio venia maltratado de tan continuos movimientos, y trabajos, como avia sufrido, llegò un Naviò de Infieles, y à vista de Gibraltar, nos cañonèaron à su salvo, de suerte, que nos huvimos de rendir, y matando algunos de los compañeros, lo primero que hicieron, fue entrar dentro, y llevarse à mi esposa, y un pagecillo que nos servia, con otras mugeres de los compañeros, y como fue à vista de Gibraltar, y la gente tiene valor, y piedad, acudieron con toda la presteza possible à nuestro socorro, en diez, ò doce Barcos, llevando por cabeza à Don Juan Serrano, y Don Francisco su hermano, que diò una cuchillada à un valeroso caudillo, como la de Don Felix Arias, que le cortò el casco de hierro, y le abriò la cabeza, de que cayò muerto en el agua, que nos importò la vida; pero à mi esposa la muerte, porque los enemigos se retiraron del daño que nos iban haciendo, recogiendose à su Navio con las mugeres. El que avia robado à Doña Mergelina, enamorado de su hermo-

ſura, quiſo forzarla, y huyendo de el delante de mis ojos aſiòſe con las xarcias, y cayò en la mar, ſin ſer ſocorrida de los hereges. Llegò la noche, y la gente de Gibraltar, llenos de piedad, y miſericordia, nos echaron en tierra, y nos alvergaron, con regalados aloxamientos en caſa de Don Franciſco Ahumada, y Mendoza, y eſtos tornaron à vèr, ſi podian deſtruir aquellos enemigos de la Fè, y de la Corona de Eſpaña. Partime ayer de Gibraltar, deſeando mas la muerte que la vida, aunque no tan de eſpacio como và eſta. Acabò ſu relacion el Doctor Sagredo, y haciendo las exequias de ſu muger con lagrimas, los dos que eſtaban con noſotros, quiſieron conſolarle. ayudandole à llevar ſu pena muy peſadamente, porque querian por fuerza que ſe alegraſſe, ignorancia de gente que ſabe poco, que mucho mas ſe conſuela un deſconſolado, en decirle que tiene razon de eſtarlo, que no con querer, que con la reciente paſſion mueſtre contento; que quieren forzar al paciente à que dance, y bayle el cuerpo, teniendolo caſi ſin alma, con razones barbaras, y conſuelos tan peſados como ellos, que es como hacer, que un rio buelva ſu corriente atràs. Las aflicciones de los atribulados, y triſtes ſe han *de aligerar*, con darles à entender con el ſemblante, que les alcanza parte de ſu triſteza, y que les ſobra la ocaſion para eſtàr triſtes, que teniendo quien los ayude à ſentir, yà que del todo no ſe conſuelen, à lo menos vaſe templando la paſſion. A dos generos de gente no tengo por acertado que ſe oponga nadie, ſiendo freſco el accidente, à los colericos, y à los triſtes, que es venir à ſer muy mayor el daño en ambas perſonas. A un cierto Juez, no muy ſabio, acabando de cenar ſe le antojò de azotar â un hombre honrado, y aviendo mandado encender hachas para la fieſta, como la Ciudad ſe alteraſſe, y dieſſen voces ſobre el caſo, èl ſe encendia mas, de modo, que llamò al verdugo, con gran determinacion de hacerlo, por la contradicion que le hacian. Eſtando yà del todo perdido: llegò un hombre de buen diſcurſo, y le dixo: Bueno es, que teniendo tanta razon el ſeñor Corregidor, le vayan à la mano. Caſtiguelo V. m. que todos ſe holgaran de ello; pero porque eſtos no le pongan en la reſidencia eſta determinacion, llame V. m. un Eſcrivano, y haga un poco de informacion. Satisfizole al Juez eſto, y al ſegundo teſtigo que ſe tomò, ſe le fue la paſſion, y alteracion del celebro, que eſtas dos paſſiones no admiten contradicion, ſino templanza.

DES-

DESCANSO XXIV.

COmo los baqueros, ò vandoleros andaban con la sospecha dicha, ni querian soltar à los que tenian en cuevas, ni dexar passar à los que iban siguiendo su viaje por que no hallassen testigos tan cercanos, pareciendoles que no tenian bien averiguados sus delitos. Hallaron un pagecico muy hermoso, que venia solo, y aviendolo asido cerca de nuestra cueva, le quisieron atormentar, porque dixesse con quien venia, y por què se avia adelantado de la compañia, creyendo, que lo avian echado para descubrir tierra, y que los amos serian, ò gente rica, ò que viniessen à hacerles daño, que despues no pudieran escusar. Negando el page lo que le pedian, le mandaron que se desnudasse, para forzarle à confessar la verdad. El con mucha desemboltura, y gracia les preguntò, quien era el caudillo, ò cabeza de aquella Compañia. Dixole Roque Amador: (que assi se llamaba) Yo soy, por qué lo preguntais? Preguntolo, dixo el page, porque tengo tan grandes informaciones de vuestra justicia, y govierno, que no aveis jamàs hecho injuria à quien os trata verdad, y con esta confianza os dirè quien soy. Como aquellos vandoleros, ò baqueros, tenian aquella Sauceda por defensa, sagrado, vivian como gente que no avia de morir, sujetos à todos los vicios del mundo, rapiñas, homicidios, hurtos, luxurias, juegos, insultos gravissimos; y como por ser grande, que tiene aquella dehesa diez, y seis leguas de travesìa, y por algunas partes tan espesa de arboles, y matas, que se pierden los animales por no acertar à sus habitaciones, no tenian temor de Dios, ni de la justicia, andaban sin orden, y razon, cada uno siguiendo su antojo, sino era quando se juntaban à repartir los despojos de los pobres caminantes, que entonces avia mucha quenta, y razon. Llegò un bellaconazo en camisa, y zaraguelles, despues que avia jugado lo demàs, y renegando de su suerte, con mucha furia hizo suspender el tormento del page, diciendo: Maldiga Dios à quien inventò el juego, y aquien me enseñò à jugar, que unas manos que saben derribar un toro no sepan hacer una suerte? Mas deben de estàr descomulgadas, pues echan contra mi treinta pintas en favor de un medio gallina, ò medio liebre. Ay alguien que se quiera matar conmigo? Ay algun diablo con sus pies de Aguila, que se me ponga delante, para que ya que no me ayuda à jugar, me ayude à matar? Que no llege blanca à mis garras, que no me la agarren lue-

go? Ni me basta usar de trampas, ni aprovecharme de fullerias, para que no vaya todo con el diablo? Voto à tal, que tengo de ir à jugarme à las Galeras, quizà por aqui, ò me llevarà el diablo, ò tendrè mas ventura. Mas alzabame con la zurda siempre que yo tomaba el naype, que tengo hechos mil juramentos de nunca parar à momo, y me los pone siempre el diablo delante. Y con el barato que yo le di, ha entrado en buelta, para desollarme cerrado, mas pusose al lado otro tan grande gallina como él, que desea siempre que yo pierda. De que se rien? Soy yo algun cornudo? Mienten quantos se rien. Riense, dixo el caudillo, de los disparates que decis. Callad, y pues sabeis, que sois desgraciado, no jugeis, ni digais blasfemias, que os harè dàr tres tratos de cuerda. Harto mejor serà, dixo èl, darme tres escudos para probar la mano, y dàr de comer à mi moza, que le he jugado quanto traxo à mi poder. Vicio endemoniado, mas que todos los que exercitan los hombres, que el jugador nunca està quieto, si pierde, por desquitarse, si gana por ganar mas. Este acarrea la infamia, la poca estimacion de la buena reputacion, la miseria que padecen muger, y hijos, ser miserable en lo necessario, por guardar el dinero para el *juego*, y envegecerse en èl mas presto de lo que avia de ser: y quando mucho grangea, es alcanzar que los tahures conocidos vayan à jugar à su casa donde (si los puede acarrear) sufre desverguenzas de todos, que le abrasan el alma: que como la mayor parte de ellos son hombres sin obligaciones, se arrojan à decir qualquiera libertad, y en no sufriendolas con callar, no buelven à darle el provecho: pero son tan grandes poltrones los que dàn en este trato de la gente ordinaria, y que por comer, y beber viciosamente, echan la honra à las espaldas: que los Cavalleros, y los que tienen renta, y hacienda segura, el tiempo que han de estar ociosos, despues de aver cumplido con sus obligaciones, jueguen, no es culpable, porque evitan otras cosas de mas daño, y escandalo: pero el que tiene quatro reales para mantener su casa, juegue ciento, còmo se puede llevar, sin que lo paguen las joyas, y vestidos de la pobre muger, y la desnudèz, y hambre de sus hijos, y dàr en otras cosas peores, como este desventurado, aborrecido aun de aquellos que le acompañaban en sus delitos, robos, homicidios, y fuerzas? Acabò este sus quexas, y llegandose la noche, con que se dexò por entonces la averiguacion del page, le pusieron en un apartamiento den-

dentro de nuestra cueva, porque no fuesse à dàr soplo à los que pensaban venir con él, mandandonos que no hablassemos con èl palabra, ni le aconsejassemos cosa, so pena, que nos matarian. El page estuvo toda la noche suspirando, y si alguna vez se dormia, recordaba con grandissimas ansias, y nosotros no teniamos ossadìa para preguntarle de què se quexaba, ò què tenia. Como ellos andaban de passo sobre la sospecha, que no les importaba menos que la vida, recogianse de noche adonde no los pudiessen hallar, que avia bien donde hacerlo: y de qualquiera ruido de personas, ò animales se recelaban, y recataban. En amaneciendo fuèron à visitar las cuevas, donde tenian presos, ò recogidos à los passageros, y viniendo à la nuestra, nos hallaron como nos avian dexado, sin aver hablado palabra con el page, à quien llamaron primero que à nadie, queriendole apretar à que dixesse lo que le avian preguntado. El page con mucha cortesìa, y donayre, dixo: Señor Roque Amador, ayer preguntè, qual era la cabeza, y caudillo de esta compañia, porque siendolo vos, tendria mi partido seguro, por el buen nombre que teneis. Que no es hazaña para vos, atormentar una sabandija, tan sola, y miserable como yo, ni manchar vuestra opinion, empleando vuestro valor en lo que mas os puede desdorar, que aumentar vuestro nombre. Si rigiendo, y governando gente tan desgovernada, cobrasteis la fama, que teneis en toda la Andalucia, què pareceria aora, si aniquilassedeis este credito, con abatiros à una presa tan humilde un aguila tan valerosa? Mas gloria es conservar la yà adquirida, y grangeada con valor propio, que no ponerle en duda, y aventurar lo que yà es vuestro. Vos os aveis preciado siempre de justicia, y verdad con misericordia, no serà justo aora, que conmigo solo os falte. Estabamos en la cueva muy atentos, oyendo la retorica con que el page hablaba: y el Roque amador, movido de las buenas palabras del page, asseguròle, que no recibiria daño ninguno, diciendo la verdad. Yo estaba confuso, porque me parecia conocer la voz, y habla del page; pero no di en quien pudiesse ser. Aviendo hablado con aquella blandura Roque, dixo el page: Pues si alguna compassion ha llegado à vuestro piadoso pecho de mi tristeza, y soledad, dadme palabra por vos, y por vuestros compañeros, de guardar (como naturalmente debeis) mi persona, sin agravio, ni en secreto, ni en publico. A

esto dixo aquel picaronazo: Ea sor page, desnudese, que aqui no entendemos de retoricas, ni atangias, sino de meter un poco de plomo en el cuerpo de quien no trae dineros. Dixo el page con donayre: Si es tan pesado como vos, el diablo podrà digerirlo: que yà yo me acuerdo, averos visto à vos, ò à otro que se os parecia, affaceteado en Sierramorena. Riòse Roque, y le dixo: Oyete bestia, que el page habla muy bien: y à vos os digo gentilhombre, que os doy palabra por mi, y por mis compañeros, no solamente de no agraviaros, mas de favoreceros, y ayudaros en todo lo possible. Pues con essa confianza, respondiò el page, hablarè como con un pecho lleno de valor, misericordia, y verdad. Y estando nosotros muy atentos à lo que passaba, hablò el page de esta manera: Si yo no me consolàra con saber, que no soy la primera persona que ha padecido desventuras, y trabajos, y desgracias sin gracia, con la que resplandece en vos, me animàrà à contar mis desdichas: pero como la fortuna tiene siempre cuidado de levantar caìdos, y derribar levantados, no siendo yo la primera, que ha sufrido sus encuentros, y mudanzas, me animo à hablar con libertad. Sabed, que yo no soy hombre, sino muger desventurada, que despues de aver seguido à mi marido por tierra, y mar, con increìbles daños de hacienda, y persona, y aviendo navegado hasta todo lo descubierto, y mucho mas, padeciendo grandes naufragios, por regiones no conocidas, por misericordias que Dios usò con nosotros, nos venimos à hallar en el estrecho de Gibraltar, donde viendo nuestra salvacion cierta à vista de tierra, bien deseada, nos acometiò un Navio de Infieles, viniendo el nuestro desmantelado, y casi sin gente, los mantenimientos tan gastados, que à su salvo cogieron las mugeres, asiendome à mi primero, y à un pagecillo que me servia, matando à todos los que se defendieron, y à mi marido con ellos. El Capitan del Navio, enamorado de mi, quiso por buenas palabras, inclinarme à su gusto, y à que ofendiesse la pureza, y castidad, que debìa à mi muerto esposo: no le respondì mal, porquè no quisiesse usar de la fuerza, que sin defensa podia. Yo llamando al page debaxo de cubierta, le puse mis vestidos, y vestime los suyos; que son los que traygo puestos. Tenia el muchacho muy buen rostro, y en saliendo fuera, quiso el Capitan acometerle, pensando que fuesse yo;

pe-

pero dando à huir el page con los vestidos, y las xarcias del Navio, enfrascandose, cayò en la mar, y undiendose luego no parecio mas. Sobre la desdicha de la pèrdida de mi marido, y la pèrdida del page, yo me avia tiznado el rostro, porque se quedasse con la fè de lo que avia visto, y no me conociesse. La piadosa gente de Gibraltar, con el valor que siempre ha professado, acudieron à nuestra defensa, y aviendo estado en ella dos dias con sus noches, no se apartaron hasta rendirlos, y dàr libertad à los que avian prendido, y queriendo hacer lo mismò de ellos, despues de tenernos en los Barcos, diciendoles que se diessen à prision, parà traerlos à la Ciudad, dieron fuego al Navio, y desde alli abrasados baxaron derechos al infierno. En Gibraltar, informandome del camino que avia de llevar para Madrid, me dixeron, que avia de passar por la Sauceda, y llegando à Ronda me encaminarian en èl. Estabamos los quatro, y particularmente el Doctor Sagredo, y yo como atonitos, y sospechando que fuesse sueño, ò ilusion de algun encantamiento, ni determinados de creerlo, ni resueltos de desconfiar en la verdad. El Roque Amador, con gran piedad de las lagrimas, que al fin de su cuento derramò la bella muger, la consolò, y ofreciò encaminarla con mucha seguridad, y darle dineros para su viaje, preguntandole como se llamaba, porque historia tan estraña no se quedasse sin memoria: ella respondiò, diciendole la verdad, como en todo: Llamome Doña Mergelina de Aybar, y el malogrado de mi marido, (que no era Soldado, sino Medico) se llamaba el Doctor Sagredo. El Doctor Sagredo que se oyò nombrar de su muger, medio ahogandose con la subita alteracion, y gusto dixo: Vivo es, y en su compañia dormisteis esta noche. Roque Amador, espantado del caso, mandò sacar los que estabamos en la cueva, y preguntandole, qual era de aquellos el que avia hablado? Ella retirandose atràs, como espantada, respondiò: Si no es alguna sombra fantastica de causas superiores; este es mi marido, y este es Marcos de Obregon, à quien tuve por mi padre, y consejero en Madrid. Pues todos tres os podeis ir en buen hora, y aunque no sea dinero ganado en buena guerra, veis aqui parto con los tres algo de lo que à otros se les ha cogido, que el aver detenido à todos estos presos, no ha sido por hacerles mal, sino porque nuestros contrarios no se encontrassen con ellos, y aviando-

donos à todos los demas, y rogandolos que no dixessen, de averlos encontrado. Doña Mergelina con muestras de grande agradecimiento, dixo al caudillo: No tengo con que serviros el bien que de vuestras manos me ha venido, sino con deciros lo que oì en Gibraltar, à quien os quiere mal, que el Licenciado Valladares trae orden de dar gran premio, y perdonar qualesquiera delitos, à quien os entregare en sus manos: y junto con esto vinieron à ellas los pregones, y vandos, que mandò echar aquel gran Juez. Con que juntando à Cabildo à sus compañeros, los hizo una grande oracion (que tenia entendimiento para ello) y la conclusion fue, que todos pensassen aquella noche, lo que podian hacer para su defensa, tomando el consejo que mejor pareciesse. Fueronse à sus alojamientos, y mientras ellos pensaban aquella noche lo que les avia encargado, el Roque Amador, como astuto, se acogiò à Gibraltar, y en el Barco de la vez se passò à Africa, dexandolos à todos suspensos, y engañados.

DESCANSO XXV.

COmo quedaron sin cabeza, y sin govierno, disparaton, huyendo por diversas partes, cessando los insultos que antes hacian; aunque prendiò con grandes astucias el Juez à ducientos de ellos, de que hizo exemplar castigo. Nosotros nos venimos seguros à Madrid, sin tropiezo ninguno, pareciendome (como es verdad) que en ella ay gente que professa tanta virtud, que quien la imitare harà mucho. Acabada mi ultima relacion, el Ermitaño dando grandes muestras de admirarse de lo que avia oìdo, dixo que yà se podia passar por la puente, quizà cansado de averme escuchado tanto tiempo: despedime de èl, y passando la puente, vi tantos arboles arrancados de raiz como avia traido Manzanares, y algunas vallenas destripadas, de las que solian alancear, muchos animales ahogados, otros muchos mirando aquellos, admirandose del diluvio, y tempestad tan arrebatada, y repentina. Todas las huertas anegadas, las Isletas cubiertas de arbolillos, que casi avia llegado hasta la Ermita de San Isidro Labrador, y con la arena, y arboles hechas algunas represas, que hasta aora dexaron el rio dividido por muchas partes.

DESCANSO ULTIMO, y Epilogo.

YA cansado de tantos golpes de fortuna por mar, y por y por tierra, y viendo lo poco

que me avia durado la mocedad, determinè de assegurar la vida, y prevenir la muerte, que es el paradero de todas las cosas, que si esta es buena, corrige, y suelda todos los descuidos cometidos en la juventud: y para instruir, y divertir à esta, quise escrivir los sucessos de mi vida, y lo hice en lenguage facil, y claro, por no poner en cuidado al lector para entenderlo. Dixo muy bien el Maestro Valdiviesso, con la gallardìa, y claridad de su ingenio, à un Poeta que se preciaba de escrivir muy obscuro; que si el fin de la historia, y poesìa, es deleytar enseñando, y enseñar deleytando, còmo puede enseñar, y deleytar lo que no se rinde, ò à lo menos hade poner en mucho cuidado al lector para entendello? Si se hallaren algunas inadvertencias, atribuyase à mi poca erudicion, y no à mi buen deseo, que advirtiendome de ellas, con mucha humildad recibirè la correcion de qualquiera, que con buena intencion me quisiere enmendar, que quien ha querido enseñar à tener paciencia, mal cumpliria con sus preceptos, si le faltasse para oìr, y recibir la correccion fraterna, que sin ella, ni opusiera el pecho à las olas, y crueldades del furioso Tridente, ni ablandàra la inclemencia de los salteadores, ni reduxera à buen termino los impios, y continuos trabajos de la esclavitud, ni atraxera à mi favor la grandeza elevada de los poderosos, ni gozàra de la gran cortesìa de los principes, ni sujetàra tantos, y tan inmensos torvellinos, como trae consigo la fragilidad humana, sin la divina virtud de la paciencia: que quando no aya hecho otro efecto en mi, sino librarme del pernicioso vicio de la ociosidad, que tan estendida he visto por todos los estados de los hombres, me bastàra tener, y aver sacado gran fruto de mis trabajos: y si la juventud advirtiesse bien los hijos que và criando la ociosidad, (tomando exemplo en los daños agenos) ni rehusarian los peligros de la soldadesca, ni vendrian à miserable servidumbre, ni se sujetarian à las necessidades que vèn padecer, y traer arrastrados à varones de buenos nacimientos, rendidos à mil baxezas, que pudieran remediar à su salvo con buen tiempo: de criarles hijos, consintiendolos andar ociosos, vienen los padres à vèr exorbitantes delitos que no pueden remediarse, sino con mucha infamia, ò con mas hacienda de la que posseen. La ocupacion es la grande maestra de la paciencia, virtud en que aviamos de estàr siempre pensando, con grande vigilancia, para resistir las tentaciones, que nos atormentan dentro, y fuera. Al fin,

fin, con ella se alcanzan todas las cosas, de que los hombres son capaces. Que aunque aya calidad, bienes temporales, y abundancia de humanos favores, sin esta virtud no se puede llegar al colmo de lo que se desea, y si à la paciencia se allega la perseverancia, todo lo facilità, y todo lo enseña. Al pobre à que passe su vida con quietud, y mejore su estado. Al rico à que conserve lo adquirido, sin apetecer lo ageno. Al gran Cavallero, à que no se contente con la sangre que de sus passados heredò, sino passar à delante. Al prodigo, à que se ajuste con lo que tiene, y puede tener. Al miserable, y avariento à que entienda, que no naciò para sì solo. Al valiente, y arrojadizo, à que refrene los impetus que tanto mal acarrean. Al cobarde, à que se tenga por virtud en èl, lo que es falta de animo. Al que se vè en trabajos, à que los lleve con aliento, y suavidad. Què no hace la virtud de la paciencia? què furias del mundo no sujeta? què premios no alcanza? Pero si un flematico sabe ayrarse, y executar con vehemencia los impetus de la colera, por què un colerico no sabrà templarse, y perseverar en los actos de paciencia? Tenemos exemplos presentes, y vivos de esta verdad *chos*, y para imitar. Mas con uno solo se verà lo que puede la excelente virtud de la paciencia. Quien pensarà que de una tan gran colera con sangre, riqueza, y juventud, como la que tuvo en sus primeros años el Duque de Ossuna Don Pedro Giròn, viniesse tan admirables virtudes, como las que tienen espantado el mundo? Que aviendo sido un furioso rayo de colera, impacientissimo en los tiernos años de su mocedad, sujetasse con grande paciencia su robusta condicion, à servir en Flandes con tantas ventajas, que templasse la furia de los amotinados, y pusiesse su valeroso pecho à recibir los mosquetazos, conque querian escalar, y saquear su casa? Què paciencia no tuvo, con templanza, y justicia, governando à Sicilia? y què valor sin ella, bastàra para la execucion de sus soberanos intentos, echando por mar, y tierra tan poderosas Armadas que ha enfrenado la potencia de los Turcos, haciendo temblar à los demas enemigos, con que ha sido amado, y temido de las gentes, à quien ha governado, y govierna? Preguntando à Don Francisco de Quevedo, Cavallero de gallardissimo entendimiento, como se hacia respetar con tanta mansedumbre este gran Principe? Respondiò, que con la paciencia, que aunque en la

gente humilde, y ordinaria engendra algun menosprecio, en los Principes, y Governadores engendra temor, amor, y respeto: pero esto quedese para grandes historias, que no puede caber en tan pequeño discurso. Jorge de Tobàr, à quien yo conocì en sus primeros años, por hombre que tuvo brios, y valor para en cosas honradas perder la paciencia, con ella misma adquiriò grandes virtudes morales, que le pusieron en lugares dignos de tan grande sugeto, como ha parecido, usando de grande verdad, valor, y entereza en los actos de la justicia distributiva: pero que excelencias no se hallaràn en la divina virtud de la paciencia? O virtud venida del Cielo! Dios nos la dè por su misericordia, y ami, para que imitando la virtud de mis compañeros en este recogimiento, sepa assegurar la vida, y prevenir la muerte. Y para la execucion del buen intento, si yo supiera aprovecharme de èl, me puso Dios por vecina à una tan grande señora, como Doña Juana de Cordova, Aragòn, y Cordova, Duquesa de Sessa, cuya virtud Christiana, valor propio, y heredado, y cortesìa general puede servir de norma, y dechado, à qualquiera que deseare perfeccion Christiana, en cuya disciplina se criaron tales hijos, como Don Luis Fernandez de Cordova Duque de Sessa, Cavallero adornado de muy superiores partes, muy dado à leccion de las buenas letras, gran favorecedor de ellas, y de los que las professan.

***





